

el borde de la nada-o, peor aún, estos gestos vacíos se arriesgan a reforzar el poder imperial en lugar de desafiarlo. Las nuevas políticas cobran sustancia real sólo cuando desviamos nuestra mirada de la cuestión de la forma y el orden hacia los regímenes y prácticas de la producción. Es en el terreno de la producción donde podremos reconocer que esta movilidad y artificialidad no representan meramente las experiencias excepcionales de pequeños grupos privilegiados sino que, por el contrario, indican la experiencia productiva común de la multitud. Ya en el siglo diecinueve se reconocía a los proletarios como los nómades del mundo capitalista. 16 Aún cuando sus vidas permanezcan fijas en una localidad geográfica (como suele ser el caso), su creatividad y productividad definen a las migraciones corporales y ontológicas. Las metamorfosis antropológicas de los cuerpos se han establecido a través de la experiencia común del trabajo y las nuevas tecnologías, que poseen efectos constitutivos e implicancias ontológicas. Las herramientas han operado siempre como prótesis humanas, integradas a nuestros cuerpos por medio de las prácticas laborales, como una forma de mutación antropológica, tanto en términos individuales como de vida social colectiva. La forma contemporánea del éxodo y la vida de los nuevos bárbaros requieren que las herramientas se vuelvan prótesis poéticas, liberándonos de las condiciones de la humanidad moderna. Para regresar a la digresión marxiana que hicimos antes, cuando llega a su fin la dialéctica entre interior y exterior, y cuando el lugar separado del valor de uso desaparece del terreno imperial, las nuevas formas de la fuerza laboral están cargadas con el objetivo de producir nuevamente lo humano (o, en verdad, lo pos-humano). Este objetivo se cumplirá principalmente mediante las nuevas formas, cada vez más inmateriales, de la fuerza del trabajo afectivo e intelectual, en la comunidad que constituyen, en la artificialidad que presentan como proyecto.

Con este pasaje la fase deconstructiva del pensamiento crítico, que desde Heidegger y Adorno hasta Derrida ha constituido un instrumento poderoso para escapar de la modernidad, ha perdido su efectividad. 17 Es ahora un paréntesis cerrado, y nos enfrenta con una nueva tarea: la construcción de un nuevo lugar en el no-lugar; la construcción ontológica de nuevas determinaciones de lo humano, de lo viviente-de una poderosa artificialidad del ser. La fábula del cyborg de Donna Haraway, que se basa en la ambigua frontera entre lo humano, lo animal y la máquina, nos introduce hoy, con mucha más efectividad que la deconstrucción, en estos nuevos terrenos de la posibilidad-pero debemos recordar que esta es una fábula y nada más. En realidad la fuerza que debe conducir hacia delante la práctica teórica para actualizar estos terrenos de metamorfosis potencial es aún (y cada vez con más intensidad) la experiencia común de las nuevas prácticas productivas y la concentración del trabajo productivo en el campo fluido y plástico de las nuevas tecnologías comunicativas, biológicas y mecánicas.

Por lo tanto, ser republicano en este momento significa, en primer lugar, pelear desde adentro y construir contra el Imperio, en sus terrenos híbridos y modulantes. Y aquí debemos agregar, contra todos los moralismos y las posturas del resentimiento y la nostalgia, que estos nuevos terrenos imperiales proveen mayores posibilidades de

creación y liberación. La multitud, con su voluntad de oponerse y su deseo de liberación, deberá empujar a través del Imperio para salir por el otro lado.

NOTAS

Parte 2

- 1 Robert Musil, *The Man without Qualities*, trad. Sophie Wilkins (New York: Knopf, 1995), 2: 1106.
- 2 Johannes Duns Scotus, *Opus Oxoniense, Libro IV, Distinctio XIII, Quaestio I*, en *Opera Omnia*, Vol. 8 (Hildesheim: Georg Olms Verlagbuchhandlung, 1969), p. 807.
- 3 Dante Alighieri, *De Monarchia*, ed. Louis Bertalot (Frankfurt: Friedrichsdorf, 1918), p. 807.
- 4 Nicholas of Cusa, "Complementum theologicum", en *Opera*, Vol. 2 (Frankfurt: Minerva, 1962), cap. 2, fol. 93b (reproducción facsimilar de la edición editada por Jacques Le Fevre [París: 1514])
- 5 Giovanni Pico della Mirandola. *Of Being and Unity*, trad. Victor Hamm (Milwaukee: Marquette University Press, 1943), pp. 21-22.
- 6 Carolus Bovillus (Charles de Bovelles), *Il libro del sapiente*, ed. Eugenio Garin (Turín: Einaudi, 1987), cap. 22, p. 73.
- 7 Francis Bacon, *Works*, ed. James Spalding, Robert Ellis y Donald Heath (London: Longman and Co., 1857), 1: 129-130.
- 8 Galileo Galilei, *Opere* (Florence: G. Barbéra Editore, 1965, 7: 128-129.
- 9 William of Ockham, *A Short Discourse on the Tyrannical Government*, trad. John Kilcullen (Cambridge: Cambridge University Press, 1992), Libro III, cap. 16, p. 104. El traductor interpreta la frase "multitudo fidelium" como "congregación de los fieles".
- 10 Ver Marsilius de Padua, *Defensor Pacis*, (Cambridge: Cambridge University Press, 1928)
- 11 Los aspectos revolucionarios de los orígenes de la modernidad pueden leerse en su forma más clara y sintética en la obra de Spinoza. Ver: Antonio Negri, *The Savage Anomaly*, trad. Michael Hardt (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1991)
- 12 Los diversos marcos filosóficos del pensamiento negativo de los siglos diecinueve y veinte, desde Nietzsche hasta Heidegger y Adorno, tienen razón al anticipar el fin de la metafísica moderna y al unir modernidad con crisis. Lo que estos autores no reconocen, sin embargo, es que aquí hay dos modernidades en juego y que la crisis es resultado directo de su conflicto. Por esta razón no pueden ver las alternativas dentro de la modernidad que se extienden más allá de los límites de la moderna metafísica. Sobre pensamiento negativo y crisis, ver: Massimo Cacciari, *Krisis: saggio sulla crisi del pensiero negativo da Nietzsche a Wittgenstein* (Milán: Feltrinelli, 1976)
- 13 Sobre estos pasajes de la modernidad europea, ver: Ernst Bloch, *The Principle of Hope*, 3 vol, trad. Neville Plaice, Stephen Plaice y Paul Knight (Cambridge, Mass: MIT Press, 1986); y (en un contexto intelectual y hermenéutico completamente distinto) Reinhart Koselleck, *Critique and Crisis: Enlightenment and the Pathogenesis of Modern Society* (Cambridge, Mass: MIT Press, 1988)
- 14 Samir Amin, *Eurocentrism*, trad. Russell Moore (New York: Monthly Review Press, 1989), pp. 72-73.

15 Baruch Spinoza, *Ethics*, en *The Collected Works of Spinoza*, ed. Edwin Curley, Vol. 1 (Princeton: Princeton University Press, 1985), Parte IV, Proposición 67, p. 584.

16 *Ibid.*, Parte V, Proposición 37, p. 613.

17 Nuestra discusión se basa en la obra de Ernst Cassirer, *The Philosophy of the Enlightenment*, trad. Fritz C. A. Koelln y James P. Pettegrove (Princeton: Princeton University Press, 1951); Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Dialectic of Enlightenment*, trad. John Cumming (New York: Continuum, 1972); y Michel Foucault, "What is Enlightenment?" en *Ethics: Subjectivity and Truth, Vol 1 de Essential Works of Foucault 1954-1984*, ed. Paul Rabinow (New York: New Press, 1997), pp. 303-319.

18 Ver Jacques Chevalier, *Pascal*, (París: Plon, 1922), p. 265.

19 René Descartes, "Letter to Mersenne (15 de abril de 1630)", en *Philosophical Letters*, ed. Anthony Kenny (Oxford: Blackwell, 1970), p. 11. Para la versión original francesa, ver: *Oeuvres complètes*, ed. Charles Adam y Paul Tannery (París: Vrin, 1969), 1: 145.

20 Ver Antonio Negri, *Descartes politico o della ragionevole ideologia* (Milán: Feltrinelli, 1970)

21 Para un ejemplo más reciente que continúa a lo largo de esta línea trascendental de la complacencia europea, ver: Massimo Cacciari, *Geo-filosofía dell'Europa* (Milan: Adelphi, 1994)

22 Ver Arthur Schopenhauer, *The World as Will and Representation*, trad. E. F. J. Payne, 2 vol. (New York: Dover, 1966)

23 *Ibid.*, "Preface to the Second Edition", p. xxi

24 G. W. F. Hegel, *Element of Philosophy of Right*, trad. H. B. Nisbet, ed. Allen Wood (Cambridge: Cambridge University Press, 1991), #258 Addition, p. 279 (traducción modificada)

25 Thomas Hobbes, *The Elements of Law* (Cambridge: Cambridge University Press, 1928), Parte II, Libro 10, parágrafo 8, p. 150.

26 Jean Bodin, *On Sovereignty: Four Chapters from the Six Books of the Commonwealth*, ed. y trad. Julian Franklin (Cambridge: Cambridge University Press, 1992), p. 23 (del Libro I, Cap. 8)

27 Jean-Jacques Rousseau, *On the Social Contract*, en *The Collected Writings of Rousseau*, Vol. 4, ed. Roger Master y Christopher Kelly (Hanover, N. H. : University Press of New England, 1994), Libro I, cap. 6, p. 138.

28 Ver Bodin, *On Sovereignty*.

29 C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism* (Oxford: Oxford University Press, 1962)

30 Ver Arif Dirlik, *The Postcolonial Aura* (Boulder: Westview Press, 1997)

31 Adam Smith, *The Nature and Causes of the Wealth of Nations* (Oxford: Clarendon Press, 1976), Libro IV, cap. ii, parágrafo 9, p. 456.

32 *Ibid.* Libro IV, Capítulo ix, parágrafo 51, p. 687.

33 Hegel, *Elements of the Philosophy of Right*, #261, p. 283.

34 Ver: Michel Foucault, "La gouvernementalité" en *Dits et écrits* (París: Gallimard, 1994), 3: 635-657.

35 Ver nuestra discusión sobre la noción de biopoder de Foucault en la Sección 1.2.

36 Ver principalmente Max Weber, *Economy and Society*, 2 vol., trad. Guenther Roth y Claus Wittich (Berkeley: University of California Press, 1968)

37 Friedrich Nietzsche, *Tus Spoke Zarathustra*, trad. Thomas Common (New York: Modern Library, 1967), cap. 35, "The Sublimes Ones", p. 111.

2.1. Dos Europas, Dos Modernidades

1 Para un extenso análisis sobre ambas formas, la común y las variantes, en Europa, ver: Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State* (London: New Left Books, 1974)

2 Ver Ernst Kantorowicz: *The King's Two Bodies: A Study in Medieval Political Theology* (Princeton: Princeton University Press, 1957); y su ensayo "Christus-Fiscus", en *Sinopsis: Festgabe für Alfred Weber* (Heidelberg: Verlag Lambert Schneider, 1948), pp. 223-235. Ver también: Marc Leopold Bloch, *The Royal Touch: Sacred Monarchy and Scofula in England and France*, trad. J. E. Anderson (London: Rotledge and Kegan Paul, 1972)

3 Para un análisis que liga la transición económica desde el feudalismo al capitalismo con el desarrollo de la filosofía europea moderna, ver Franz Borkenau, *Der Übergang vom feudalen zum bürgerlichen Weltbild: Studien zur Geschichte der Philosophie der Manufakturperiode* (parís: Félix Alcan, 1934). Para una excelente discusión de la literatura filosófica sobre esta problemática, ver: Alessandro Pandolfi, *Genealogie et dialectique de la raison mercantiliste* (París: L'Harmattan, 1996)

4 Ver: Pierangelo Schiera, *Dall'arte de governó alle scienze dello stato* (Milan, 1968)

5 Ver Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (London: Verso, 1983)

6 Ver Étienne Balibar, "The Nation Form: History and Ideology", en Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class* (London: Verso, 1991), pp. 86-106. Ver también: Slavoj Žižek, "Le revé du nationalisme expliqué par le revé du mal radical", *Futur antérieur*, No 14 (1992), pp. 59-82.

7 Los ensayos relevantes de Rosa Luxemburgo está recolectados en Rosa Luxemburg, *The National Question*, ed. Horace Davis (New York: Monthly Review Press, 1976). Para un cuidadoso resumen de la posturas de Luxemburgo, ver Joan Cocks, "From Politics to Parálisis: Critical Intellectuals Answer the National Question", *Political Theory*, 24, No 3 (agosto 1996), 518-537. Lenin fue altamente crítico de las posiciones de Luxemburgo, principalmente porque ella no reconoció el carácter "progresivo" del nacionalismo (incluso el nacionalismo burgués) en los países subordinados. Por ello Lenin afirma el derecho a la auto determinación nacional, que es en realidad el derecho a secesión para todos. Ver: V. I. Lenin, *The Right of Nations to Self-Determination* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1951), pp. 9-64.

8 Jean Bodin, *Six Books of the Commonwealth*, trad. M. J. Tooley (Oxford: Blackwell, 1955), Libro VI, Cap. 6, p. 212 (Traducción modificada)

9 Para una excelente interpretación de la obra de Bodin, que la sitúa sólidamente en las dinámicas del siglo dieciséis, ver: Julian H. Franklin, *Jean Bodin and the Rise of Absolutist Theory* (Cambridge: Cambridge University Press, 1973); y Gérard Mairet, *Dieu mortel: essai de non-philosophie de l'État* (París: PUF, 1987). Para una visión más general que traza el desarrollo de la noción de soberanía en la larga historia de la noción de soberanía en el pensamiento europeo, ver Gérard Mairet, *Le principe de souveraineté* (París: Gallimard, 1997)

10 Ver Friedrich Meinecke, *Die Idee der Staatsräson in der neueren Geschichte* (Munich: Oldenbourg, 1924). Ver también los artículos reunidos por Wilhelm Dilthey en *Weltanschauung und Analyse des Menschen SEIT Renaissance und Reformation*, Vol. 2 de *Gesammelte Schriften* (Leipzig: Teubner, 1914)

11 Con la notable excepción de la obra de Otto von Guericke, *The Development of Political Theory*, trad. Bernard Freyd (New York: Norton, 1939)

12 Ver: Friedrich Meinecke, *Historicism: The Rise of a New Historical Outlook*, trad. J. E. Anderson (London: Routledge and Kegan Paul, 1972)

13 Para reconocer las semillas del idealismo de Hegel en Vico, ver Benedetto Croce, *The Philosophy of Giambattista Vico*, trad. R. G. Collingwood (New York: Russell and Russell, 1964); junto con Hayden White, "What Is Living and What Is Dead in Croce's Criticism of Vico", en Giorgio Tagliacozzo ed., *Giambattista Vico: An International Symposium* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1969), pp. 379-389. White enfatiza sobre cómo Croce tradujo la obra de Vico en términos ideológicos, convirtiendo la filosofía de la historia de Vico en una filosofía del espíritu.

14 Ver Giambattista Vico, *De Universi Juris principio et fine uno*, en *Open giuridiche* (Florence: Sansón, 1974), pp. 17-343; y Johann Gottfried Herder, *Reflections on the Philosophy of the History of Mankind*, trad. Frank Manuel (Chicago: University of Chicago Press, 1968)

15 Emmanuel-Joseph Sieyès, en un contexto muy diferente, declaró la prioridad absoluta de la nación, explícitamente: "La nación existe antes que nada, es el origen de todo". Ver *Qu'est-ce que le Tiers État?* (Geneva: Droz, 1970), p. 180.

16 Sobre la obra de Sieyès y los desarrollos de la Revolución Francesa, ver: Antonio Negri, *Il potere costituente: saggio sulle alternative del moderno* (Milán: Sugarco, 1992), cap. 5, pp. 223-286.

17 Para un análisis excelente de la distinción entre multitud y pueblo, ver: Paolo Virno, "Virtuosity and Revolution: The Political Theory of Exodus", en Paolo Virno y Michael Hardt, eds., *Radical Thought in Italy* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996), pp. 189-210.

18 Thomas Hobbes, *De Cive* (New York: Appleton Century-Crofts, 1949), Cap. XII, Sección 8, p. 135.

19 Ver Étienne Balibar, "Racism and Nationalism", en Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class* (London: Verso, 1991), pp. 37-67. Regresaremos a la cuestión de la nación en el contexto colonial en el próximo capítulo.

20 Ver, por ejemplo, Robert Young, *Colonial Desire: Hybridity in Theory, Culture, and Race* (London: Routledge, 1995)

21 Ver Sieyès, *Qu'est-ce que le Tiers État.*

22 Ver la Introducción de Roberto Zapperi, *Ibid*, pp. 7-117.

23 Más de cien años después, la noción de lo nacional-popular de Antonio Gramsci fue concebida como parte de un esfuerzo para recuperar la operación de clase hegemónica al servicio del proletariado. Para Gramsci, lo nacional-popular es la rúbrica bajo la cual los intelectuales podrían unirse con el pueblo, y por ello, un recurso poderoso para la construcción de una hegemonía popular. Ver Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere* (Turín: Einaudi, 1977), 3: 2113-20. Para una crítica excelente de la noción de Gramsci de lo nacional-popular, ver Asor Rosa, *Scrittori e popolo*, 7a ed. (Roma: Savelli, 1976)

24 Johann Gottlieb Fichte, *Addresses to the German Nation*, trad. R. F. Jones y G. H. Turnbull (Westport Conn: Greenwood Press, 1979)

25 Debemos observar que las diversas interpretaciones liberales de Hegel, desde Rudolf Haym hasta Franz Rosenzweig, sólo tuvieron éxito en recuperar su pensamiento político al enfocarlo en sus aspectos nacionales. Ver Rudolf Haym, *Hegel und sein Zeit* (Berlín, 1857); Franz Rosenzweig, *Hegel und der Staat* (Munich, 1920); y Eric Weil, *Hegel et L'État* (París: Vrin, 1950). Rosenzweig es el que mejor comprendió la tragedia de la inevitable conexión entre nación y ética en el pensamiento de Hegel. Ver: Franz Rosenzweig, *The Star of Redemption*, trad. William Hallo (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1971); y la excelente interpretación de esta obra: Stéphane Moses, *Système et révélation: la philosophie de Franz Rosenzweig* (parís: Seuil, 1982)

26 "[Los socialistas] deben por ello demandar inequívocamente que los Social-Demócratas de los países opresores (en particular de las llamadas "grandes" naciones) reconozcan y defiendan el derecho de las naciones oprimidas a la auto-determinación en el sentido político de la palabra, es decir, el derecho a la separación política". Lenin, *The Right of Nations to Self-Determination*, p. 65.

27 Ver Malcolm X, "The Ballot or the Bullet", en *Malcolm X Speaks* (New York: Pathfinder, 1989), pp. 23-44. Para una discusión sobre el nacionalismo de Malcolm X, en especial sobre sus esfuerzos para fundar la Organización de Unidad Afroamericana durante el último año de su vida, ver William Sales, Jr., *From Civil Rights to Black Liberation: Malcolm X and the Organization of Afro-American Unity* (Boston: South End Press, 1994)

28 Wahneema Lubiano, "Black Nationalism and Black Common Sense: Policing Ourselves and Others", en Wahneema Lubiano, ed., *The House that Race Built* (New York: Vintage, 1997), pp. 232-252; cita en p. 236. Ver también: Wahneema Lubiano, "Standing in for the State: Black nationalism and 'Writing' the Black Subject", *Alphabet City No 3* (octubre 1993), pp. 20-23.

29 La cuestión de la "soberanía negra" es precisamente el tema central en la crítica que Cedric Robinson le hace al apoyo que W. E. B. Du Bois efectuó a Liberia en 1920 y 1930. Robinson cree que Du Bois ha apoyado acríticamente a las fuerzas de la soberanía moderna. Ver Cedric Robinson, "W. E. B. Du Bois and Black Sovereignty", en Sydney Lemelle y Robin Kelley, eds., *Imaging Home: Culture, Class and Nationalism in the African Diaspora* (London: Verso, 1994), pp. 145-157.

30 Jean Genet, "Interview avec Wischenbart", en *Oeuvres complètes*, Vol. 6 (París: Gallimard, 1991), p. 282. En general, sobre la experiencia de Genet con las Panteras Negras y los Palestinos, ver su novela final, *Prisoners of Love*, trad. Barbara Bray (Hanover, N. H.: Weleyan University Press, 1992)

31 Benedict Anderson mantiene que los filósofos han desdeñado injustamente el concepto de nación y que debemos verlo bajo una luz más neutral. "Parte de la dificultad es que uno tiende inconscientemente a hipostatizar la existencia del Nacionalismo-con-una-gran-N (como podemos Envejecer-con-una-gran-E) y luego clasificar 'eso' como una ideología. (Nótese que si todos envejecemos, Envejecer es meramente una expresión analítica). Se simplificaría la cuestión, me parece, si uno tratara esto como relacionado con 'afinidad' y 'religión', en lugar de 'liberalismo' o 'fascismo'." Anderson, *Imagined Communities*, p. 5. Todos pertenecemos a una nación, como todos pertenecemos (o tenemos) a una edad, raza, género etc. El riesgo aquí es que Anderson naturaliza la

nación y nuestra pertenencia a ella. Debemos, por el contrario, desnaturalizar la nación y reconocer su construcción histórica y efectos políticos.

32 *Acerca de la relación entre la lucha de clases y las dos Guerras Mundiales, ver: Ernst Nolte, Der Europäische Bürgerkrieg, 1917-1945 (Frankfurt: Propyläen Verlag, 1987)*

33 *El texto primario a considerar en el contexto de los teóricos austríacos socialdemócratas es: Otto Bauer, Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie (Viena: Wiener Volksbuchhandlung, 1924). Traducciones inglesas de extractos de este libro se incluyen en Austro-Marxism, trad. Tom Bottomore y Patrick Goode (Oxford: Clarendon Press, 1978)*

34 *Ver Joseph Stalin, "Marxism and the National Question", en Marxism and the National and Colonial Question (New York: International Publishers, 1935), pp. 3-61.*

35 *Adoptamos este término, aunque no acordemos con su perspectiva política, de J. L. Talmon, The Origins of Totalitarian Democracy (London: Secker and Warburg, 1952)*

36 *Citado en la traducción de Roberto Zapperi de Sieyès, Qu'est-ce que le Tiers État, pp. 7-117; cita p. 77.*

2.2. Soberanía del Estado-nación

1 *"El lado oscuro del Renacimiento subraya... la reaparición de la tradición clásica como justificación de la expansión colonial". Walter Mignolo, The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality and Colonization (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995), p. vi.*

2 *Bartolomé de Las Casas, In Defense of the Indians ed. Stafford Poole (De Kalb: Northern Illinois University Press, 1974), p. 271. Ver también: Lewis Hanke, All Mankind is One: A Study of the Disputation between Bartolomé de Las Casas and Juan Ginés de Sepúlveda in 1550 on the Intellectual and Religious Capacity of the American Indians (De Kalb: Northern Illinois University Press, 1974)*

3 *Citado en C. L. R. James, The Black Jacobins, 2a ed. (New York: Random House, 1963), p. 196.*

4 *Aimé Césaire, Toussaint Louverture: La révolution française et le problème colonial (París: Présence Africaine, 1961), p. 309.*

5 *Ver Eugene Genovese, From Rebellion to Revolution: Afro-American Slave Revolts in the Making of the Modern World (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1979), p.88.*

6 *Karl Marx, Capital, trad. Ben Fowkes (New York: Vintage, 1976), 1: 925.*

7 *Karl Marx, "The British Rule in India", en Surveys from Exile, Vol. 2 de Political Writings (London: Penguin, 1973), p. 306.*

8 *Karl Marx, "The Native States", en Letters on India (Lahore: Contemporary India Publication, 1937), p. 51.*

9 *Marx, "The British Rule in India", p. 307.*

10 *Karl Marx, "The Future Results of British Rule in India", en Surveys from Exile, Vol. 2 de Political Writings (London: Penguin, 1973), p. 320.*

11 Aijaz Ahmad apunta que las descripciones que Marx efectúa de la historia de la India parecen haber sido tomadas directamente de Hegel. Ver Aijaz Ahmad, *In Theory: Classes, Nations, Literatures* (London: Verso, 1992), pp. 231 y 241.

12 Marx, "The Future Results of British Rule in India", p. 320.

13 Robin Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848* (London: Verso, 1988), pp. 3 y 11.

14 Ver Elizabeth Fox Genovese y Eugene Genovese, *Fruits of Merchant Capital: Slavery and Bourgeois Property in the Rise and Expansion of Capitalism* (Oxford: Oxford University Press, 1983), p. vii

15 Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery*, p. 8.

16 La relación entre trabajo asalariado y esclavitud en el desarrollo capitalista es una de las problemáticas centrales elaboradas por Yann Moulier Boutang, *De l'esclavage au salariat: économie historique du salariat bridé* (París: Presses Universitaires de France, 1998)

17 Este es uno de los argumentos centrales del libro de Robin Blackburn *Overthrow of Colonial Slavery*. Ver en particular p. 520.

18 Moulier Boutang, *De l'esclavage au salariat*, p. 5

19 Franz Fanon, *The Wretched of the Earth*, trad. Constance Farrington (New York: Grove Press, 1963), p. 38. Sobre las divisiones maniqueas del mundo colonial, ver: Abdul JanMohamed, "The Economy of Manichean Allegory: The Function of Racial Difference in Colonialist Literature". *Critical Inquiry*, 12 No 1 (Otoño 1985), 57-87.

20 Fanon, *The Wretched of the Earth*, p. 42.

21 Edward Said, *Orientalism*, (New York: Vintage, 1978), pp. 4-5 y 104.

22 La antropología cultural ha llevado a cabo una auto-crítica radical en las últimas décadas, resaltando cuantas de sus líneas más fuertes participaron y sostuvieron los proyectos colonialistas. Los trabajos iniciales de esta crítica son: Gérard Leclerc, *Anthropologie et colonialisme: essai sur l'histoire de l'africanisme* (París: Fayard, 1972); y Talal Asad, ed., *Anthropology and the Colonial Encounter* (London: Ithaca Press, 1973). Entre los numerosos libros recientes hallamos particularmente útil al de Nicholas Thomas, *Colonialism's Culture: Anthropology, Travel and Government* (Princeton: Princeton University Press, 1994)

23 Este argumento está desarrollado claramente en: Valentín Mudimbe, *The Invention of Africa: Gnosis, Philosophy and the Order of Knowledge* (Bloomington: Indiana University Press, 1994)

24 Ranajit Guha, *An Indian Historiography of India: A Nineteenth-Century Agenda and Its Implications* (Calcuta: Centre for Studies in Social Sciences, 1988), p. 12.

25 *An Inquiry into the Causes of the Insurrection of Negroes in the Island of St. Domingo* (London and Philadelphia: Cruikshank, 1792), p. 5.

26 Ver Paul Gilroy, *The Black Atlantic* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1993), pp. 1-40.

27 Ver Franz Fanon, *Black Skin, White Masks*, trad. Charles Lam Markmann (New York: Grove Press, 1967), pp. 216-222.

28 Jean-Paul Sartre, "Black Orpheus", en "What is Literature?" and Other Essays (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1988), p. 296.

29 Jean-Paul Sartre, "Preface", en Fanon, *The Wretched of the Earth*, p. 20.

30 "De hecho, la negritud aparece como la superación [le temps faible] de una progresión dialéctica: la afirmación teórica y práctica de la supremacía blanca es la tesis; la posición de la negritud como valor antitético es el momento de la negatividad. Pero este momento negativo no es suficiente por sí mismo, y estos hombres negros que lo usan saben bien esto; saben que apuntan a preparar la síntesis o realización del ser humano en una sociedad sin razas. Por ello, la negritud es para destruirse a sí misma; es un "paso a" no una "llegada a", un medio y no un fin." Sartre, "Black Orpheus", p. 327.

31 Fanon, *The Wretched of Earth*, p. 52.

32 *Ibid.*, pp. 58-65.

33 Ver Malcolm X, "The Ballot or the Bullet", en *Malcolm X Speaks* (New York: Pathfinder, 1989), pp. 23-44.

34 Debemos recordar que dentro de la esfera de los movimientos comunistas y socialistas, el discurso del nacionalismo no sólo legitimó la lucha por la liberación de los poderes coloniales sino que también sirvió como medio para insistir en la autonomía y diferencias de las experiencias revolucionarias locales respecto de los modelos de los poderes socialistas dominantes. Por ejemplo, el nacionalismo Chino fue la bandera bajo la cual los revolucionarios Chinos pudieron resistir el control y los modelos Soviéticos, traduciendo el marxismo al lenguaje de los campesinos Chinos (es decir, al pensamiento de Mao Zedong). Similarmente, en el siguiente período, los revolucionarios desde Vietnam a Cuba y Nicaragua insistieron en la naturaleza nacional de las luchas a fin de asegurar su autonomía de Moscú y Beijing.

35 Carta de las Naciones Unidas, Artículo 2.1, en Leland Goodrich y Edvard Hambro, *Charter of the United Nations* (Boston: World Peace Foundation, 1946), p. 339.

36 Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World : A Derivative Discourse?* (London: Zed Books, 1986), p. 168.

37 Louis-Ferdinand Céline, *Journey to the End of the Night*, trad. Ralph Manheim (New York: New Directions, 1983), p. 145 (traducción modificada); citada subsiguientemente en el texto.

38 Ver Cindy Patton, *Global AIDS / Local Context*, en prensa; y John O'Neill, "AIDS as a globalizing Panic", en Mike Featherstone, ed., *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity* (London: Sage, 1990), pp. 329-342.

2.3. Las dialécticas de la Soberanía Colonial

1 Arif Dirlik, *The Postcolonial Aura: Third World Criticism in the Age of Global Capitalism* (Boulder: Westview Press, 1997), pp. 52-83; cita p. 77.

2 Ver, por ejemplo, Jane Flax, *Thinking Fragments* (Berkeley: University of California Press, 1990), p. 29.

3 Para una explicación sobre cómo muchos teóricos posmodernistas unifican las variedades del pensamiento modernista bajo el título único de "Iluminismo", ver Kathi Weeks, *Constituting Feminist Subjects* (Ithaca: Cornell University Press, 1998), cap. 2.

4 bell hooks, *Yearning: Race, Gender and Cultural Politics* (Boston: South End Press, 1990), p. 25.

5 Jane Flax, *Disrupted Subjects* (London: Routledge, 1993), p. 91.

6 Lo necesario para una crítica posmodernista es identificar primero qué significa "modernista" en su campo, y luego instalar un paradigma sucesor que de algún modo sea consistente con alguna forma de pensamiento posmodernista. Considérese, por ejemplo, un campo que a primera vista parece un candidato poco adecuado para esa operación: la administración pública, es decir, el estudio de las burocracias. El paradigma modernista de investigación que domina el campo está definido por "una prescripción de administración pública neutral adscripta a Wilson (separación de la política de la administración), Taylor (administración científica) y Weber (comando jerárquico)". Charles Fox y Hugh Miller, *Postmodern Public Administration: Toward Discourse* (Thousand Oaks, Calif: Sage, 1995), p. 3. Los académicos que estén convencidos que este paradigma está desactualizado y conduce a prácticas gubernamentales antidemocráticas pueden utilizar el pensamiento posmodernista como un arma para transformar este campo. En este caso, ellos proponen la "teoría del discurso no-fundacional" como modelo posmodernista que habrá de crear interacciones públicas más activas, democratizando con ello la burocracia.

7 Ver James Der Derian y Michael Shapiro, ed., *International / Intertextual Relations: Postmodern Readings of World Politics* (Lexington, Mass.: Lexington Books, 1989); Jim George, *Discourses of Global Politics: A Critical (Re) Introduction to International Relations* (Boulder: Lynne Rienner Publications, 1994); y Michael Shapiro y Hayward Alker, Jr., eds., *Territorial Identities and Global Flows* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996)

8 Homi Bhabha, *The Location of Culture* (London: Routledge, 1994), p. 18.

9 Gyan Prakash, "Postcolonial Criticism and Indian Historiography", *Social Text*, No 31/32 (1992), 8.

10 Ver Edward Said, *Culture and Imperialism* (New York: Vintage, 1993), pp. 282-303.

11 Edward Said, "Arabesque", *New Statesman and Society*, 7 (Septiembre 1990), 32.

12 Anders Stephenson realiza un excelente resumen de las concepciones de los Estados Unidos como una "nueva Jerusalem" en *Manifest Destiny: American Expansionism and the Empire of Right* (New York: Hill and Wang, 1995)

13 "Como la mayoría de las visiones de una 'era dorada', la 'familia tradicional'... se evapora al examinarla de cerca. Es una amalgama de estructuras, valores y comportamientos que nunca coexistieron en un mismo tiempo y lugar". Stephanie Coontz, *The Way We Never Were: American Families and the Nostalgia Trap* (New York: Basic Books, 1992), p. 9.

14 Fazlur Rahman, *Islam and Modernity: Transformation of an Intellectual Tradition* (Chicago: University of Chicago Press, 1984), p. 142.

15 "El fundamentalismo del mundo Islámico humillado no es una tradición del pasado sino un fenómeno posmoderno: la reacción ideológica inevitable al fracaso de la modernización Occidental". Robert Kurz, "Die Krise, die aus dem Osten kam", trad. al Italiano en *L'onore perduto del lavoro*,

trad. Anselm Jappe y María Teresa Ricci (Roma: Manifestolibri, 1994), p. 16. Más general, acerca de las falacias contemporáneas sobre las nociones de tradición e identidad de grupo, ver Arjun Appadurai: "Life after Primordialism", en *Modernity at Large* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996), pp. 139-157.

16 Akbar Ahmed, *Postmodernism and Islam* (New York: Routledge, 1992), p. 32.

17 Rahman, *Islam and Modernity*, p. 136.

18 Robert Reich, *The Work of Nations* (New York: Random House, 1992) pp. 8 y 3.

19 Ver Arjun Appadurai, "Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy", en *Modernity at Large* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996), pp. 27-47.

20 Ver, por ejemplo, Jean Baudrillard, *Selected Writings*, ed. Mark Poster (Oxford: Blackwell, 1988); y Umberto Eco, *Travels in Hyper-reality*, trad. William Weaver (London: Picador, 1986), pp. 3-58.

21 Stephen Brown, *Postmodern Marketing* (London: Routledge, 1995), p. 157. Mientras que la práctica de mercadeo es posmodernista, señala Brown, la teoría del mercadeo sigue siendo firmemente "modernista" (que aquí significa positivista). Elizabeth Hirschman y Morris Holbrook también lamentan la resistencia de la teoría de mercadeo y la investigación del consumidor al pensamiento posmodernista en *Postmodern Consumer Research: The Study of Consumption as Text* (Newbury Park, Calif: Sage, 1992)

22 Ver George Yudice, "Civil Society, Consumption and Governmentality in an Age of Global Restructuring: An Introduction", *Social Text* No 45 (Invierno de 1995), 1-25.

23 William Bergquist, *The Postmodern Organization: Mastering the Art of Irreversible Change* (San Francisco: Jossey-Bass, 1993), p. xiii. Ver también los ensayos de David Boje, Robert Gephart Jr. y Tojo Joseph Thatchenkery, eds., *Postmodern Management and Organizational Theory* (Thousand Oaks, Calif: Sage, 1996)

24 Ver Avery Gordon, "The Work of Corporate Culture: Diversity Management", *Social Text*, 44, Vol 13, No 3 (Otoño/Invierno de 1995), 3-30.

25 Ver Chris Newfield, "Corporate Pleasures for a Corporate Planet", *Social Text*, 44, Vol 13, No 3 (Otoño/Invierno de 1995), 31-44.

26 Ver Fredric Jameson, *Postmodernism, Or, The Cultural Logic of Late Capitalism* (Durham: Duke University Press, 1991); y David Harvey, *The Conditions of Postmodernity* (Oxford: Blackwell, 1989)

2.4. Síntomas de Pasaje

1 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *The Federalist*, ed. Max Beldt (Oxford: Blackwell, 1948), p. 37. Este pasaje es de El Federalista No 9, escrito por Hamilton.

2 Ver J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition* (Princeton: Princeton University Press, 1975); y J. C. D. Clark, *The language of Liberty, 1660-1832* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994)

3 *Sobre el pasaje Atlántico de la tradición republicana desde la Revolución Inglesa a la Revolución Americana*, ver Antonio Negri, *Il potere costituente* (Milán: Sugarco, 1992), cap. 3 y 4, pp. 117-222; y David Cressy, *Coming Over: Migration and Communication between England and New England in the Seventeenth Century* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987)

4 Ver nuevamente Negri, *Il potere costituente*. También J. G. A. Pocock, eds. *Conceptual Change and the Constitution* (Lawrence: University Press of Kansas, 1988), pp. 55-77.

5 Ver Polybius, *The Rise of the Roman Empire*, trad. Ian Scott-Kilvert (Harmondsworth: Penguin, 1979), Libro VI, pp. 302-352.

6 Ver Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, 2 Vol (New York: Knopf, 1994), en particular la *Introducción del Autor*, 1: 3-16.

7 Ver Hannah Arendt, *On Revolution* (New York: Viking, 1963)

8 Nos referimos aquí a Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, trad. Talcott Parsons (New York: Scribner's, 1950); pero ver también Michael Walzer, *Exodus and Revolution* (New York: Basic Books, 1985)

9 Para análisis detallados sobre los conflictos internos a la Constitución, ver principalmente: Michael Kurman, *A Machine That Would Go of Itself* (New York: Knopf, 1986)

10 A lo largo de su lectura de Polibio en los *Discourses*, Maquiavelo insiste sobre la necesidad que la República se expanda de modo de no caer en la corrupción. Ver Negri, *Il potere costituente*, pp. 75-97.

11 La combinación de reformismo y expansionismo en el "Imperio del Derecho" es excelentemente presentada por Anders Stephanson, *Manifest Destiny: American Expansionism and the Empire of Right* (New York: Hill and Wang, 1995)

12 Virgil, *Eclogue IV*, en *Opera*, ed. R. A. B. Mynors (Oxford: Clarendon Press, 1969), versos 4-5, p. 10. El original dice: "Ultima Cumaevi uenit iam carminis aetas; / magnus ab integro saeculorum nascitur ordo".

13 Bruce Ackerman propone una periodización de los tres primeros regímenes o fases de la historia constitucional de Estados Unidos. Ver *We The People: Foundations* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1991), en particular pp. 58-80.

14 "Lo que se compartía, por sobre todo, era el sentido de un tipo de país totalmente nuevo, marcado de modo único por una apertura social, económica y espacial". Stephanson, *Manifest Destiny*, p. 28.

15 Marx explicó los orígenes económicos de los Estados Unidos al analizar al economista norteamericano Henry Charles Carey. Los Estados Unidos son "un país donde la sociedad burguesa no se desarrolló sobre las bases del sistema feudal, sino que lo hizo desde sí misma". Karl Marx, *Grundrisse*, trad. Martín Nicolaus (New York: Vintage, 1973), p. 884. Marx discutió también las diferencias del desarrollo capitalista de los Estados Unidos (y el de otras colonias, como Australia), en *Capital*, trad. Ben Fowkes (New York: Vintage, 1976), 1: 931-940. Sobre los análisis de Tocqueville acerca de las raíces socioeconómicas de los Estados Unidos, ver *Democracy in America*, Vol 1, caps. 2 y 3, pp. 26-54.

16 Thomas Jefferson "vió a la expansión como el concomitante indispensable de un Imperio de la Libertad estable, seguro y próspero". Robert Tucker y David Hendrickson, *Empire of Liberty: The Statecraft of Thomas Jefferson* (Oxford: Oxford University Press, 1990), p. 162.

17 *Constitución de los Estados Unidos, Artículo I. sección 2. Sobre la regla de los tres quintos, ver John Chester Miller, The Wolf by the Ears: Thomas Jefferson and Slavery (New York: Free Press, 1977), pp. 221-225.*

18 *Para una breve historia de las crisis de la Constitución precipitadas por la esclavitud negra desde la Convención Constituyente hasta la Guerra Civil, ver Kammen, A Machine That Would Go of Itself, pp. 96-105.*

19 *Sobre la emergencia de la clase trabajadora industrial de los Estados Unidos como una fuerza poderosa a fines del siglo diecinueve y principios del veinte, ver David Brody, Workers in Industrial America: Essays on Twentieth-Century Struggles (Oxford: Oxford University Press, 1980), pp. 3-47; Stanley Aronowitz, False Promises: The Shaping of American Working-Class Consciousness (New York: McGraw-Hill, 1973), pp. 137-166; y Bruno Ramírez, When Workers Fight: The Politics of Industrial Relations in the Progressive Era, 1898-1916 (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1978)*

20 *Para un buen análisis de la relación entre el expansionismo de U. S. y el imperialismo europeo en términos de política exterior, ver Akira Iriye, From Nationalism to Internationalism: U. S. Foreign Policy to 1914 (London: Routledge and Kegan Paul, 1977)*

21 *Cita de: Frank Ninkovich, "Theodore Roosevelt: Civilization as Ideology", Diplomatic History, 20, No 3 (Summer 1986), 221-245; cita en pp. 232-233. Ninkovich demuestra claramente cómo el imperialismo de Roosevelt se afirmó sólidamente en la ideología de la "difusión de la civilización".*

22 *Sobre Woodrow Wilson y la suerte del internacionalismo progresivo ver Thomas Knock, To End All Wars: Woodrow Wilson and the Quest for a New World Order (Oxford: Oxford University Press, 1992)*

23 *Ver Antonio Negri, "Keynes and the Capitalist Theory of the State", en Michael Hardt y Antonio Negri, Labor of Dionysus (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994), pp. 23-51.*

24 *Los efectos de la declaración original de Monroe fueron, como mucho, ambiguos, y Ernst May ha argumentado que la doctrina nació tanto por presiones domésticas como por cuestiones internacionales; ver The Making of the Monroe Doctrine (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1975). La doctrina sólo se volvió una política exterior efectiva durante las campañas imperialistas de Teodoro Roosevelt, y, particularmente, con el proyecto de construcción del Canal de Panamá.*

25 *Para una larga historia de las intervenciones militares de Estados Unidos en América Latina y, en especial en Centroamérica, ver Ivan Musicant, The Banana Wars: A History of United States Military Interventions in Latin America (New York: Macmillan, 1990); Noam Chomsky, Turning the Tide: U. S. Intervention in Central America and the Struggle for Peace (Boston: South End Press, 1985); Saul Landau, The Dangerous Doctrine: National Security and U. S. Foreign Policy (Boulder: Westview Press, 1988)*

26 *William Chafe situó a 1968 como un cambio de régimen en los Estados Unidos, desde la perspectiva de historiador social: "Cualquier historiador que utilice la palabra 'vertiente' para describir un momento dado corre el riesgo de sobresimplificar la complejidad del proceso histórico. Sin embargo, si esta palabra se emplea para indicar un punto de inflexión que señala el fin de la dominación de una constelación de fuerzas y el comienzo de la dominación de otras, parece apropiado para describir lo que ocurrió en América en 1968". William Chafe, The Unfinished Journey: America since World War II (Oxford: Oxford University Press, 1986), p. 378. Chafe captura justamente lo que queremos decir con un cambio en el régimen constitucional, es decir, el fin de la dominación de una constelación de fuerzas y el comienzo de la dominación de otra. Sobre el análisis de Chafe del espíritu republicano de los movimientos, ver pp. 302-342.*

2.5. Poder en Red: La Soberanía de U. S. y el Nuevo Imperio

1 Immanuel Kant, "An Answer to the Question: 'What is Enlightenment?'" en *Political Writings*, ed. Hans Reiss, 2a ed. (Cambridge: Cambridge University Press, 1991), pp. 54-60.

2 Michel Foucault, "What is Enlightenment", en *Ethics: Subjectivity and Truth, Vol 1 de The Essential Works of Foucault 1954-1984*, ed. Paul Rabinow (New York: New Press, 1997), pp. 303-319.

3 *Ibid.* p. 315.

4 *Sobre la relación entre la moderna metafísica y la teoría política*, ver Antonio Negri, *The Savage Anomaly*, trad. Michael Hardt (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1991)

5 Hallamos versiones de esta configuración espacial del adentro y el afuera entre muchos de los filósofos contemporáneos que más admiramos-incluso en escritores tales como Foucault y Blanchot que se alejan de la dialéctica, e incluso Derrida, quien mora en ese margen entre afuera y adentro que es el punto más ambiguo y brumoso del pensamiento moderno. *Sobre Foucault y Blanchot*, ver el ensayo de Foucault "Maurice Blanchot: The Thought from Outside", trad. Brian Massumi, en *Foucault/Blanchot* (New York: Zone Books, 1987). *Sobre Derrida*, ver *Margins of Philosophy*, trad. Alan Bass (Chicago: University of Chicago Press, 1982)

6 Fredric Jameson, *Postmodernism, Or, The Cultural Logic of Late Capitalism* (Durham: Duke University Press, 1991), p. ix.

7 *Pensamos aquí en la noción de Hannah Arendt de la política, articulada en The Human Condition* (Chicago: University of Chicago Press, 1958)

8 *Sobre Los Ángeles* ver Mike Davis, *City of Quartz* (London: Verso, 1990), pp. 221-263. *Sobre São Paulo*, ver Teresa Caldeira, 'Fortified Enclaves: The New Urban Segregation', *Public Culture*, No 8 (1996); 303-328.

9 Ver Guy Debord, *Society of the Spectacle*, trad. Donald Nicholson-Smith (New York: Zone Books, 1994)

10 Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man* (New York: Free Press, 1992)

11 "Hemos observado a la máquina de guerra... poner su mirada sobre un nuevo tipo de enemigo, ya no otro Estado, ni siquiera otro régimen, sino 'l'ennemi quelconque'[cualquier enemigo]". Gilles Deleuze y Félix Guattari *A Thousand Plateaus*, trad. Brian Massumi (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987), p. 422.

12 Hay indudablemente zonas de privación dentro del mercado mundial, en las que el flujo de capital y bienes se reduce a un mínimo. En algunos casos esta privación está determinada por una decisión política explícita (como en las sanciones comerciales contra Iraq), y en otros casos deriva de las lógicas implícitas del capital global (como en los ciclos de pobreza y hambruna en el África Sub-Sahariana). En todos los casos, sin embargo, estas zonas no constituyen un afuera del mercado capitalista; en verdad funcionan dentro del mercado mundial como los peldaños más subordinados de la jerarquía económica global.

13 Para una excelente explicación sobre el concepto del diagrama de Foucault, ver Gilles Deleuze, *Foucault*, trad. Seán Hand (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1988), pp. 34-37.

14 Ver Etienne Balibar, "Is There a 'Neo-Racism'?" en Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class* (London: Verso, 1991), pp. 17-28; cita en p. 21. Avery Gordon y Christopher Newfield identifican algo muy similar al racismo liberal, caracterizado principalmente por "una actitud antirracista que coexiste con un apoyo a resultados racistas", en "White Mythologies", *Critical Inquirí*, 20, No 4 (Summer 1994), 737-757, cita p. 737.

15 Balibar, "Is There a 'Neo-Racism'?" p. 21-22.

16 Ver Walter Benn Michaels, *Our America: Nativism, Modernism and Pluralism* (Durham: Duke University Press, 1995); y "Race into Culture: A Critical Genealogy of Cultural Identity", *Critical Inquirí*, 18, No 4 (Summer 1992), 655-685. Benn Michaels critica al nuevo tipo de racismo que aparece en el pluralismo cultural, pero lo hace de un modo tal que pareciera apoyar un nuevo racismo liberal. Ver la excelente crítica a su obra que efectúan Gordon y Newfield en "White Mythologies".

17 Deleuze y Guattari, *A Thousand Plateaus*, p. 178.

18 *Ibid.* P. 209.

19 Ver Lauren Berlant, *The Queen of America Goes to Washington City: Essays on Sex and Citizenship* (Durham: Duke University Press, 1997). Acerca de su formulación sobre la perversa reversión del slogan "Lo personal es lo político", ver pp. 175-180. Para su excelente análisis sobre la "íntima esfera pública", ver pp. 2-24.

20 El orden liberal del Imperio busca el tipo de "consenso superpuesto" propuesto por John Rawls, en el cual se les pide a todos deponer sus "doctrinas comprensivas" en interés de la tolerancia. Ver John Rawls, *Political Liberalism* (New York: Columbia University Press, 1993). Para una revisión crítica de este libro, ver Michael Hardt, "On Political Liberalism", *Qui Parle*, 7, No 1 (Fall/Winter 1993), 140-149.

21 Sobre las (re)creaciones de las identidades étnicas en China, por ejemplo, ver Ralph Litzinger, "Memory Work: Reconstituting the Ethnic in Post-Mao China", *Cultural Anthropology*, 13, No 2 (1998), 224-255.

22 Gilles Deleuze, "Postscript on Control Societies", en *Negotiations*, trad. Martín Joughin (New York: Columbia University Press, 1995), pp. 177-182; cita p. 179.

23 Ver. Phillipe Bourgois, *Ethnicity at Work: Divided Labor on a Central American Banana Plantation* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1989)

24 ver Aristóteles, *De generatione et corruptione*, trad. C. J. F. Williams (Oxford: Oxford University Press, 1982). Generalizando, acerca de las concepciones filosóficas de generación y corrupción, ver Reiner Schürmann, *Des hégémonies brisées* (Mouvezin: T.E.R., 1996)

25 Ver en particular Gilles Deleuze, "Bartleby, ou la formule", en *Critique et clinique* (París: Minuit, 1993), pp. 89-114; y Giorgio Agamben, "Bartleby o della contingenza", en *Bartleby: la formula della creazione* (Macerata: Quodlibet, 1993), pp. 47-92.

26 J. M. Coetzee, *The Life and Times of Michael K* (Harmondsworth: Penguin, 1983), p. 151.

27 Étienne de La Boétie, *The Politics of Obedience: The Discourse of Voluntary Servitude*, trad. Harry Kurz (New York: Free Life Editions, 1975), pp. 52-53. En Francés, *Discours de la servitude volontaire*, en *Oeuvres complètes* (Geneva: Slatkine, 1967), pp. 1-57; cita p. 14.

2.6. Soberanía Imperial

1 Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Anti-Oedipus*, trad. Robert Hurley, Mark Lane y Helen Lane (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983), p. 239.

2 Uno de las mejores compilaciones históricas de la IWW se encuentra en la enorme novela de John Dos Passos, *USA* (New York: Library of America, 1996). Ver también Joyce Kornbluh, ed. *Rebel Voices: an I.W.W. Anthology* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1964)

3 "Sería posible escribir toda una historia sobre los inventos desarrollados desde 1830 con el único propósito de proveer al capital de armas contra la revuelta de la clase trabajadora". Karl Marx, *Capital*, trad. Ben Fowkes (New York: Vintage, 1976), 1: 563.

4 Sobre las cambiantes relaciones entre trabajo y valor, ver Antonio Negri, "Twenty Theses on Marx", con Saree Makdisi, Cesare Casarino y Rebecca Karl, eds., *Marxism beyond Marxism* (New York: Routledge, 1996), pp. 149-180; y Antonio Negri, "Value and Affect", *boundary2*, 26, No 2 (Summer 1999)

5 Deleuze y Guattari, *Anti-Oedipus*, p. 29 (traducción modificada)

6 Una de las más importantes novelas de la Resistencia Italiana es la de Elio Vittorini, *Uomini e no* (*Hombres y no Hombres*) en la cual ser humano significa ser contra. Los cuentos de Nanni Balestrini acerca de la lucha de clases en Italia en los '60 y '70 toman esta determinación positiva de ser-contra. Ver en particular *Vogliamo tutto* (Milan: Feltrinelli, 1971); y *The Uncen*, trad. Liz Heron (London: Verso, 1989)

7 Yann Moulier Boutang argumenta que el concepto marxista de "ejército industrial de reserva" ha demostrado ser un serio obstáculo para nuestra comprensión del poder de esta movilidad. En este marco las divisiones y estratificaciones de la fuerza de trabajo en general son entendidas como predeterminadas y fijadas por la lógica cuantitativa del desarrollo, es decir, por las racionalidades productivas del mando capitalista. Este comando rígido y unívoco es visto como poseyendo tal poder que todas las formas de fuerza laboral son consideradas como determinadas pura y exclusivamente por el capital. Incluso los desocupados y los migrantes son vistos como derivados de y determinados por el capital, como un "ejército de reserva". La fuerza de trabajo es privada de subjetividad y diferencia puesto que se la considera sujeta por completo a las leyes de hierro del capital. Ver Yann Moulier Boutang, *De l'esclavage au salariat* (París: Presses universitaires de France, 1998)

8 Friedrich Nietzsche, *The Will to Power*. Trad. Walter Kaufman y R. J. Hollingdale (New York: Vintage, 1968), p. 465 (No 868, Noviembre de 1887-Marzo de 1888)

9 Hemos descrito al éxodo como uno de los motores del colapso del Socialismo Real en nuestro Labor of Dionysus (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994), p. 263-269.

10 El primer pasaje es de Walter Benjamín, "Erfahrung und Armut", en *Gesammelte Schriften*, ed. Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäussen (Frankfurt: Suhrkamp, 1972), Vol. 2, pt. 1, pp. 213-219; cita p. 215. El segundo pasaje es de "The Destructive Carácter", en *Reflections*, ed. Peter Demetz (New York: Schocken Books, 1978). pp. 302-303.

11 Sobre las migraciones de la sexualidad y las perversiones sexuales, ver Francois Peraldi, ed., *Polysexuality* (New York: Semiotext(e), 1981); y Sylvère Lotringer, *Overexposed: Treating Sexual Perversion in America* (New York: Pantheon, 1988). También Arthur y Marilouise Kroker enfatizan

sobre la subvertividad de los cuerpos y las sexualidades que rechazan la pureza y la normalización en ensayos tales como "The Last Sex: Feminism and Outlaw Bodies", en Arthur y Marilouise Kroker, eds., *The Last Sex: Feminism and Outlaw Bodies* (New York: St. Martin's Press, 1993). Finalmente, la mejor fuente sobre experimentos de transformaciones sexuales y corporales pueden ser las novelas de Kathy Acker; ver, por ejemplo, *Empire of the Senseless* (New York: Grove Press, 1988)

12 Sobre permutaciones posthumanas de los cuerpos ver Judith Halberstam e Ira Livingston, "Introduction: Posthuman Bodies", en Judith Halberstam e Ira Livingston, eds. *Posthuman Bodies* (Bloomington: Indiana University Press, 1995), pp. 1-19; y Steve Shaviro, *The Cinematic Body* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993). Para otra interesante exploración sobre las permutaciones potenciales del cuerpo humano, ver Alphonso Lingis, *Foreign Bodies* (New York: Routledge, 1994). Ver también las representaciones artísticas de Stelarc, tales como *Stelarc, Obsolete Bodies: Suspensions* (Davis, Calif.: J. P. Publications, 1984)

13 Los textos principales que han servido de base para todo el trabajo desarrollado sobre los límites entre humanos, animales y máquinas son los de Donna Haraway, *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature* (New York: Routledge, 1991); y de Deleuze y Guattari, *Anti-Oedipus*, esp. pp. 1-8. Numerosos estudios se han publicado en los '90, particularmente en Estados Unidos, sobre la potencialidad política del nomadismo y la transformación corporal. Para ver tres de los más interesantes ejemplos feministas, desde distintas perspectivas, ver Rosi Braidotti, *Nomadic Subjects: Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory* (New York: Columbia University Press, 1994); Camilla Griggers, *Becoming-Woman in Postmodernity* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996); y Anna Camaiti Hostere, *Passing* (Roma: Castelvecchi, 1997)

14 Control y mutación son, quizá, los remas definitorios de la ficción cyberpunk. Es suficiente ver el texto seminal de William Gibson, *Neuromancer* (New York: Ace, 1984). Sin embargo, la exploración más fascinante de estos temas se encuentran, probablemente, en las novelas de William Burroughs y los films de David Cronenberg. Sobre Burroughs y Cronenberg ver: Steve Schaviro, *Doom Patrols: A Theoretical Fiction about Postmodernism* (London: Serpents's Tail, 1997), pp. 101-121.

15 Este consejo en contra de las vidas y los cuerpos normalizados fue tal vez el principio central de la práctica terapéutica de Felix Guattari.

16 "El proletariado...aparece en el mundo Occidental como el heredero de los nómades. No sólo muchos anarquistas invocan temas nómades originados en el Este, sino que la burguesía se apresuró a equiparar a los proletarios con los nómades, comparando a París con una ciudad sitiada por nómades". Gilles Deleuze y Félix Guattari, *A Thousand Plateaus*, trad. Brian Massumi (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987), p. 558, nota 61.

17 Ver el ensayo de Antonio Negri sobre la obra de Jacques Derrida *Specters of Marx*, "The Specter's Smile", en Michael Spinker, ed. *Ghostly Demarcations* (London: Verso, 1999) pp. 5-16.

Parte 3

PASAJES DE PRODUCCIÓN

3.1 LOS LÍMITES DEL IMPERIALISMO

El mundo ya está parcelado, y lo que queda de él está siendo dividido, conquistado y colonizado. Pensar en esas estrellas que vemos sobre nuestras cabezas en las noches, esos vastos mundos que nunca alcanzaremos. Si pudiera anexaría los planetas; a menudo pienso en ello. Me pone triste verlos tan claramente y sin embargo tan lejanos.

Cecil Rhodes

Durante la mayor parte del siglo veinte la crítica al imperialismo ha sido una de las arenas más activas y urgentes de la teoría marxista. 1 Muchos de estos argumentos están hoy ciertamente desactualizados, y la situación a la que se refieren totalmente transformada. Sin embargo, esto no significa que no nos quede nada para aprender de ellos. Estas críticas al imperialismo pueden ayudarnos a comprender el pasaje desde el imperialismo hacia el Imperio, porque en ciertos aspectos anticiparon este pasaje.

Uno de los argumentos centrales del pensamiento marxista tradicional sobre el imperialismo es que hay una relación intrínseca entre capitalismo y expansión, y que la expansión capitalista toma inevitablemente la forma del imperialismo. El propio Marx escribió muy poco sobre el imperialismo, pero sus análisis de la expansión capitalista ocupan un lugar central en toda la tradición de la crítica. Lo que Marx explicó con mayor claridad es que el capital opera constantemente mediante una reconfiguración de los límites entre lo interior y lo exterior. De hecho, el capital no funciona dentro de los confines de un territorio y población fijos, sino que siempre sobrevuela sus fronteras e internaliza nuevos espacios: "La tendencia a crear el mercado mundial está determinada en el propio concepto del capital. Cada límite aparece como una barrera a superar".2 Esta característica terca del capital constituye un siempre presente punto de crisis que pertenece a la esencia misma del capital: la constante expansión es su siempre inadecuado, pero sin embargo necesario, intento de saciar una sed insaciable. No pretendemos con esto sugerir que esta crisis y estas

barreras conducirán necesariamente al capital hacia el colapso. Por el contrario, tal como para la modernidad en su conjunto, la crisis es para el capital una condición normal que indica no su fin sino su tendencia y modo de operar. La construcción del imperialismo por el capital y su tránsito más allá de él están dados, ambos, en el complejo juego entre los límites y las barreras.

La Necesidad de un Exterior

Marx analiza la necesidad constante de expansión del capital analizando primeramente el proceso de realización, y con ello la relación cuantitativamente desigual entre el trabajador como productor y el trabajador como consumidor de mercancías. ³ El problema de la realización es uno de los factores que conduce al capital más allá de sus límites y afirma la tendencia hacia el mercado mundial. A fin de comprender el problema debemos comenzar por la explotación. "Para comenzar", leemos en los Grundrisse, "el capital fuerza a los trabajadores más allá del trabajo necesario al plus trabajo" (p.421). El salario del trabajador (correspondiente al trabajo necesario) debe ser menor que el valor total producido por el trabajador. Sin embargo, la plusvalía debe hallar un mercado adecuado a fin de realizarse. Como cada trabajador debe producir más valor que el que él o ella consume, la demanda del trabajador en tanto consumidor no podrá ser nunca una demanda adecuada para la plusvalía. En un sistema cerrado, la producción capitalista y el proceso de intercambio están definidos, en consecuencia, por una serie de barreras: "El capital, entonces, coloca al tiempo de trabajo necesario como la barrera al valor de cambio de la capacidad del trabajo viviente; al tiempo de trabajo excedente como la barrera al tiempo de trabajo necesario; y a la plusvalía como la barrera del tiempo de plus trabajo". (p. 422). Todas estas barreras fluyen desde una única barrera definida por la relación desigual entre el trabajador en tanto productor y el trabajador como consumidor.

Ciertamente, la clase capitalista (junto con las otras clases que participan de sus ganancias) consumirá una parte de este valor excedente, pero no puede consumirlo todo, porque si lo hiciera no quedaría plusvalía restante para reinvertir. En vez de consumir toda la plusvalía, los capitalistas deben practicar abstinencia, lo que equivale a decir que deben acumular. ⁴ El propio capital demanda que los capitalistas renuncien a los placeres y se abstengan en lo posible de "gastar" la plusvalía en su propio consumo.

Esta explicación cultural de la moral y abstinencia capitalista, sin embargo, es sólo un síntoma de las verdaderas barreras económicas alzadas dentro de la producción capitalista. Por un lado, si debe haber ganancia, los trabajadores tendrán que producir más valor que el que consuman. Por otro lado, si debe haber acumulación, la clase capitalista y sus dependientes no podrán consumir toda la plusvalía. Si la clase

trabajadora junto con la clase capitalista y sus dependientes no logran formar un mercado adecuado y comprar todas las mercancías producidas, entonces, aunque haya tenido lugar la explotación y se haya extraído la plusvalía, este valor no podrá realizarse. 5

Luego señala Marx que esta barrera se exagera continuamente a medida que el trabajo se vuelve más productivo. Con el incremento de la productividad y el consiguiente aumento en la composición del capital, el capital variable (es decir, el salario pagado a los trabajadores) constituye una parte cada vez menor del valor total de las mercancías. Esto significa que la capacidad de consumo de los trabajadores es cada vez menor respecto de las mercancías producidas: "Cuanto más productividad se desarrolla, más entra en conflicto con la estrecha base sobre la cual descansa la relación de consumo". 6 La realización del capital es así bloqueada por el problema de la "estrecha base" de la capacidad de consumo. Debemos señalar que esta barrera no tiene nada que ver con el poder absoluto de producción de una población o su poder absoluto de consumo (indudablemente el proletariado puede y desea consumir más), sino que se refiere al poder relativo de consumo de una población dentro de las relaciones de producción y reproducción.

Para poder realizar la plusvalía generada en el proceso de producción y evitar la devaluación resultante de la superproducción, Marx sostiene que el capital necesita expandir su territorio: "Una precondition de la producción basada en el capital es, en consecuencia, la producción de un ámbito de circulación en constante expansión, ya sea este un ámbito directamente expandido o con múltiples puntos interiores creados como puntos de producción". (p. 407). La expansión del terreno de la circulación puede ser lograda mediante la intensificación de mercados existentes dentro de la esfera capitalista, a través de nuevas necesidades y demandas; pero el monto salarial disponible para que gasten los trabajadores y la obligación de acumular de los capitalistas instalan una rígida barrera a esta expansión. Alternativamente, pueden crearse consumidores alternativos reclutando nuevas poblaciones dentro de la relación capitalista, pero esto no puede estabilizar la relación básicamente desigual entre oferta y demanda, entre el valor creado y el valor que puede ser consumido por la población involucrada de proletarios y capitalistas. 7 Por el contrario, los nuevos proletarios serán siempre un mercado inadecuado para el valor que ellos producen, por lo que sólo reproducirán el problema en una escala mayor. 8 La única solución efectiva para el capital es mirar fuera de sí y descubrir mercados no capitalistas en los cuales pueda intercambiar sus mercancías y realizar su valor. La expansión de la esfera de la circulación por fuera del reino capitalista desplaza la desestabilizante desigualdad.

Rosa Luxemburgo desarrolló los análisis de Marx del problema de la realización, pero cambió la inflexión del análisis. Luxemburgo conjeturó sobre el hecho que "los consumidores exteriores en tanto otros-además-de-los capitalistas son esenciales" (pp. 365-66) para que el capital pueda realizar su plusvalía, señalando esto como una indicación de la dependencia que el capital tiene de su exterior. El capitalismo es "el

primer modo de economía que es incapaz de existir por sí mismo, que necesita de otros sistemas económicos como medio y sustrato". 9 El capital es un organismo que no puede sustentarse a sí mismo sin mirar constantemente más allá de sus fronteras, alimentándose de su ambiente exterior. Su exterior es esencial.

Tal vez esta constante necesidad de expandir su esfera de control sea la enfermedad del capital europeo, o quizá sea también el motor que condujo a Europa a la posición de dominio mundial en la era moderna. "Tal vez, entonces, el mérito de Occidente, confinado como estaba en su estrecho 'Cabo de Asia'," supone Fernand Braudel, "fue haber necesitado al mundo, haber necesitado aventurarse hacia fuera de su propia puerta delantera". 10 El capital ha tendido desde sus inicios a ser un poder mundial, o, realmente, el poder mundial.

Internalizando el Exterior

El capital se expande no sólo para satisfacer sus necesidades de realización y hallar nuevos mercados, sino también para cumplir los requerimientos del momento subsiguiente en el ciclo de acumulación, es decir, el proceso de capitalización. Luego que la plusvalía ha sido realizada en la forma de dinero (mediante mercados intensificados en el dominio capitalista y la confianza en los mercados no-capitalistas), esa plusvalía realizada debe ser reinvertida en la producción, es decir, volverse capital. La capitalización de la plusvalía realizada requiere ser efectuada para que el capitalista pueda asegurar el siguiente ciclo de producción necesario para obtener suministros adicionales de capital constante (materias primas, maquinaria, etc.) y capital variable adicional (o sea, fuerza de trabajo)-y eventualmente esto requerirá a su turno una extensión aún mayor del mercado para una realización ulterior.

La búsqueda de capital constante adicional (en especial más materiales y más nuevos) conduce al capital hacia un tipo de imperialismo caracterizado por el pillaje y el robo. El capital, asegura Rosa Luxemburgo, "saquea todo el mundo, procura sus medios de producción en todos los rincones del planeta, obteniéndolos, si es preciso, por la fuerza, de todo nivel de civilización y de todas las formas de sociedad...Progresivamente se torna necesario para el capital el disponer cada vez más del mundo, adquirir una ilimitada opción de medios de producción, tanto en cantidad como en calidad, de modo de hallar empleo productivo para la plusvalía que ha realizado". 11 Para la adquisición de medios adicionales de producción el capital se relaciona y confía en su entorno no-capitalista, pero no internaliza dicho entorno-o, mejor dicho, no necesariamente torna capitalista a dicho entorno. Lo externo permanece externo. Por ejemplo, oro y diamantes pueden ser extraídos de Perú y Sudáfrica, o caña de azúcar de Jamaica y Java, perfectamente bien mientras esas

sociedades y esa producción continúan funcionando mediante relaciones no-capitalistas.

Por el contrario, la adquisición de capital variable adicional, el empleo de nueva fuerza de trabajo y la creación de proletarios implican un imperialismo capitalista. La extensión de la jornada laboral de los trabajadores existentes en el ámbito capitalista puede, por supuesto, crear fuerza de trabajo adicional, pero hay un límite para dicho incremento. Para el resto de esta nueva fuerza de trabajo el capital debe crear continuamente y emplear nuevos proletarios entre grupos y países no-capitalistas. La progresiva proletarización del entorno no-capitalista se constituye en la continua reapertura de los procesos de acumulación primitiva-y, con ello, en la capitalización del propio entorno no-capitalista. Es esto lo que Luxemburgo considera la verdadera novedad histórica de la conquista capitalista: "Todos los conquistadores han buscado la dominación y explotación de los países, pero ninguno se interesó en apoderarse de la gente de sus fuerzas productivas y destruir su organización social". 12 En el proceso de capitalización el exterior es internalizado.

El capital debe, entonces, no sólo abrir el intercambio con sociedades no-capitalistas o apropiarse de sus riquezas; tiene que transformarlas, también, en sociedades capitalistas. Esto es lo central en la definición de Rudolph Hilferding de la exportación de capital: "Con 'exportación de capital' me refiero a la exportación de valor que pretende generara plusvalor afuera". 13 Lo que se exporta es una relación, una forma social que se recreará o replicará a sí misma. Como un misionero o un vampiro, el capital toca aquello que le es extraño y lo vuelve propio. "La burguesía", escribieron Marx y Engels, "obliga a todas las naciones, bajo pena de extinción, a adoptar el modo burgués de producción; los fuerza a introducir lo que llama civilización en su interior, es decir, a volverse burgueses también ellos. En una palabra, crea el mundo a su propia imagen". 14 En términos económicos, esta civilización y modernización significan capitalización, es decir, incorporación dentro del ciclo expansivo de la producción y acumulación capitalistas. De este modo el entorno no-capitalista (territorio, formas sociales, culturas, procesos productivos, fuerza de trabajo, etc.) es subsumido formalmente bajo el capital.

Debemos señalar aquí que el capital europeo no transforma realmente a los territorios no-capitalistas "a su propia imagen", como si todos estuvieran volviéndose homogéneos. De hecho, cuando los críticos marxistas del imperialismo reconocieron los procesos de internalización del capital en el exterior, subestimaron generalmente el significado del desarrollo desigual y de las diferencias geográficas implícitos en ellos. 15 Cada segmento del exterior no-capitalista es transformado diferentemente, y todos son integrados orgánicamente dentro del cuerpo en expansión del capital. En otras palabras, los distintos segmentos del exterior son internalizados no según un modelo de similitud sino como diferentes órganos que funcionan juntos en un solo cuerpo coherente.

En este punto podemos reconocer la contradicción fundamental de la expansión capitalista: la confianza del capital en su exterior, en el entorno no-capitalista, que satisface la necesidad de realizar la plusvalía, entra en conflicto con la internalización del entorno no-capitalista, que satisface la necesidad de capitalizar a dicha plusvalía realizada. Históricamente, estos dos procesos han tenido lugar a menudo secuencialmente. Un territorio y población son primero vueltos accesibles en tanto exterior para el intercambio y la realización, y luego, incorporados adecuadamente al ámbito de la producción capitalista. Sin embargo, el punto importante es que, una vez que un segmento del entorno ha sido "civilizado", una vez que ha sido incorporado orgánicamente dentro de los recientemente expandidos límites del dominio de la producción capitalista, deja de ser el exterior necesario para realizar la plusvalía del capital. En este sentido la capitalización se alza como barrera a la realización y viceversa; o, mejor dicho, la internalización contradice la confianza en el exterior. La sed del capital deberá ser saciada con nueva sangre, debiendo buscar continuamente nuevas fronteras.

Es lógico suponer que llegará un momento en el que estos dos momentos del ciclo de acumulación, realización y capitalización, entrarán en conflicto directo y se socavarán mutuamente. En el siglo diecinueve el campo para la expansión capitalista (en recursos materiales, fuerza de trabajo y mercados) parecía prolongarse indefinidamente, tanto en Europa como en otros lados. En los tiempos de Marx la producción capitalista constituía una pequeña parte de la producción global. Sólo unos pocos países poseían una producción capitalista sustancial (Inglaterra, Francia y Alemania), e incluso estos países poseían aún extensos segmentos de producción no-capitalista (agricultura basada en los campesinos, producción artesanal, etc.) Luxemburgo argumentó, sin embargo, que, dado que la tierra es finita, el conflicto lógico se tornará eventualmente una contradicción real: "Cuanto más violenta, cruel y acabadamente provoque el imperialismo el derrumbe de las civilizaciones no-capitalistas, más rápidamente socavará el piso bajo los pies de la acumulación capitalista. Como el imperialismo es el método histórico para prolongar la carrera del capitalismo, es también el medio más seguro para conducirlo a un dulce final". 16 Esta tensión contradictoria está presente durante todo el desarrollo del capital, pero se revela por completo en el límite, en el punto de crisis-cuando el capital se enfrenta con la finitud de la humanidad y de la tierra. Aquí el gran imperialista Cecil Rhodes aparece como el capitalista paradigmático. Los espacios del planeta se están cerrando, y la expansión imperialista del capital confronta sus límites. Rhodes, siempre aventurero, contempla deseoso y anhelante a las estrellas, frustrado por la cruel tentación de aquellas nuevas fronteras, tan próximas y, sin embargo, tan lejanas.

Aunque sus críticas al imperialismo y a la expansión capitalista sean presentadas con frecuencia en términos estrictamente cuantitativos, en términos económicos, los objetivos de los teóricos marxistas son principalmente políticos. Esto no implica que los cálculos económicos (y sus críticas) no deban ser tomados seriamente en cuenta; significa, en realidad, que las relaciones económicas deben ser consideradas, dado que se hallan realmente articuladas en el contexto histórico y social, como parte de

las relaciones políticas de mando y dominación. 17 El objetivo político más importante para estos autores en la cuestión de la expansión económica es demostrar la ineluctable relación entre capitalismo e imperialismo. Si el capitalismo y el imperialismo están esencialmente relacionados, siguiendo está lógica, entonces cualquier lucha contra el imperialismo (y las guerras, la miseria, el empobrecimiento y la esclavización que derivan de él) deberá ser también una lucha directa contra el capitalismo. Toda estrategia política dirigida a reformar la configuración contemporánea del capitalismo a fin de volverlo no-imperialista es vana y superficial, puesto que el núcleo de la reproducción y acumulación capitalistas implica necesariamente expansión imperialista. El capital no puede comportarse de otro modo-es esta su naturaleza. Los demonios del imperialismo no podrán ser confrontados salvo mediante la destrucción del propio capitalismo.

Ecualización y Subsunción

El libro de Lenin sobre el imperialismo es concebido principalmente como una síntesis de los análisis de otros autores a fin de hacerlos accesibles a un público más amplio.¹⁸ Sin embargo, el texto de Lenin efectúa sus propias contribuciones originales, de las cuales la más importante es sostener la crítica al imperialismo desde el punto de vista subjetivo, ligándola así a la noción marxista del potencial revolucionario de las crisis. Nos brinda así un conjunto de herramientas, un equipo de máquinas para la producción de subjetividad antiimperialista.

A menudo Lenin presenta sus argumentos en forma de polémica. Su análisis del imperialismo se articula principalmente desafiando las tesis de Rudolph Hilferding y Karl Kautsky. A fin de desarrollar sus críticas, sin embargo, Lenin considera cuidadosamente, y a veces asume como propias, las afirmaciones teóricas de estos autores. Y más importante aún, Lenin adopta la tesis fundamental de Hilferding, que dice que como el capital se expande mediante la construcción imperialista del mercado mundial, emergen allí obstáculos aún mayores a la *Ausgleichung* (ecualización) de las tasas de ganancia entre las diversas ramas y sectores de la producción. Sin embargo, el desarrollo capitalista pacífico depende de, al menos, una tendencia hacia condiciones económicas ecualizadas: iguales precios para iguales mercancías, igual ganancia para igual capital, igual salario e igual explotación para igual trabajo, etc. Hilferding reconoce que el imperialismo-que estructura las naciones y territorios del desarrollo capitalista de un modo cada vez más rígido y le asigna autoridad a los monopolios nacionales-impide la conformación de una tasa de ganancia ecualizada, socavando así la posibilidad de una mediación capitalista exitosa del desarrollo internacional. 19 Efectivamente, la dominación y división del mercado mundial por los monopolios ha vuelto casi imposible el proceso de ecualización. Sólo mediante la intervención de los bancos centrales nacionales, o, mejor aún, si interviniera un banco internacional unificado, podría ecualizarse y

aplacarse esta contradicción, que presagia guerras tanto comerciales como armadas. En síntesis, Lenin adoptó la hipótesis de Hilferding acerca de que el capital ha entrado en una nueva fase del desarrollo internacional definida por los monopolios, y que esta lleva tanto a un aumento de las contradicciones como a una crisis de ecualización. Sin embargo, no aceptó que la utopía de un banco internacional unificado pueda ser tomada en cuenta seriamente y que una *Aufhebung* (subsunción) aún capitalista de la crisis pueda ocurrir.

Lenin consideró la posición de Kautsky, quien también tomó a la obra de Hilferding como punto de partida, como aún más utópica y dañina. Kautsky propuso, efectivamente, que el capitalismo podría alcanzar una unificación política y económica real del mercado mundial. Los violentos conflictos del imperialismo podrían ser seguidos por una nueva fase pacífica del capitalismo, una fase "ultra-imperialista". Los magnates del capital podrían unirse en un único trust mundial, substituyendo a la competencia y luchas entre capitales financieros nacionales por un capital financiero internacionalmente unificado. Podemos entonces imaginar, sostiene, una fase futura en la cual el capital alcance una subsunción y resolución pacíficas, en la que no un banco unificado sino las fuerzas del mercado y los monopolios más o menos regulados por los Estados tengan éxito en la determinación de la ecualización global de la tasa de ganancia. 20 Lenin acordó con la tesis básica de Kautsky según la cual existe una tendencia en el desarrollo capitalista hacia la cooperación internacional de los diversos capitales financieros nacionales, y, posiblemente, hacia la construcción de un trust mundial único. Lo que objetó energicamente fue el hecho que Kautsky utilizara esta visión de un futuro pacífico para negar la dinámica de la realidad presente; por ello, Lenin denunció su "deseo profundamente reaccionario de calmar las contradicciones" de la situación actual. 21 En lugar de aguardar por algún tipo de pacífico ultraimperialismo que debería llegar en el futuro, los revolucionarios deberían actuar ahora sobre las contradicciones derivadas de la actual organización imperialista del capital.

Por ello, aunque adoptó en general las proposiciones analíticas de estos autores, Lenin rechazó sus posturas políticas. Aunque acordó básicamente con los análisis de Hilferding sobre la tendencia hacia un mercado mundial dominado por los monopolios, negó que dicho sistema pudiera accionar de modo tal de lograr mediar y ecualizar la tasa de ganancia. Esto lo negó no tanto teóricamente como políticamente. Lenin sostuvo que el desarrollo capitalista en la fase monopólica estaría plagado por una serie de contradicciones, y que los comunistas tenían que actuar sobre ellas. Era responsabilidad del movimiento obrero oponerse a cada intento capitalista de organizar una ecualización efectiva de las tasas imperialistas de ganancia, y era la función del partido revolucionario intervenir en y profundizar las contradicciones objetivas del desarrollo. Lo que más debería evitarse era la realización de la tendencia hacia el "ultraimperialismo", que podría incrementar monstruosamente el poder del capital y eliminar por un largo período la posibilidad de luchas sobre los eslabones más contradictorios, y por ello más débiles, de la cadena de dominación. Lenin escribió, ya sea como deseo o predicción, "Este desarrollo sucede en tales

circunstancias, en tal medida, mediante tales contradicciones, conflictos y sublevaciones-no sólo económicas sino políticas, nacionales, etc.-que, inevitablemente el imperialismo habrá de estallar y el capitalismo se verá transformado en su opuesto mucho antes que se materialice el trust mundial, antes que la amalgama mundial 'ultraimperialista' de los capitales financieros nacionales tenga lugar". 22

Las contramarchas lógicas de Lenin entre propuestas analíticas y posiciones políticas son realmente tortuosas. Sin embargo, su razonamiento fue muy efectivo desde el punto de vista subjetivo. Como dijo Ilya Babel, el pensamiento de Lenin corre a lo largo "de la misteriosa curva de la línea recta" que conduce el análisis de la realidad de la clase trabajadora hacia la necesidad de su organización política. Lenin reconoció el elemento intemporal de la definición de imperialismo y reconoció en las prácticas subjetivas de la clase trabajadora no sólo el obstáculo potencial a la solución lineal de las crisis de la realización capitalista (también enfatizado por Luxemburgo), sino también la posibilidad concreta y existente de que estas prácticas-luchas, insurrecciones y revoluciones-pudieran destruir al mismo imperialismo. 23 En este sentido, Lenin tomó la crítica del imperialismo desde la teoría hasta la práctica.

Desde el Imperialismo al Imperio

Uno de los aspectos más destacables del análisis de Lenin es su crítica del imperialismo como concepto político. Lenin unió la problemática de la soberanía moderna con la del desarrollo capitalista bajo la lente de una crítica unificada, y al entrelazar las diferentes líneas de crítica, logró vislumbrar más allá de la modernidad. En otras palabras, mediante su reelaboración política del concepto de imperialismo, Lenin, más que ningún otro marxista, fue capaz de anticipar el pasaje hacia una nueva fase del capital, más allá del imperialismo, e identificar el lugar (o, en verdad, el no-lugar) de emergencia de la soberanía imperial.

Cuando Lenin estudió al imperialismo, enfocó su atención no sólo en la obra de varios autores marxistas recientes sino que también recurrió al trabajo de John Hobson y su versión populista burguesa de la crítica del imperialismo. 24 Lenin aprendió mucho de Hobson-que, incidentalmente, también habría podido aprender igualmente bien de las teorías populistas alemanas, francesas o italianas sobre el imperialismo. En particular, aprendió que los Estados-nación europeos modernos utilizan al imperialismo para transferir fuera de sus límites las contradicciones políticas que aparecen dentro de cada país. El Estado-nación le pide al imperialismo que resuelva o, en verdad, desplace la lucha de clases y sus efectos desestabilizantes. Cecil Rhodes expresó con la mayor claridad la esencia de esta función del imperialismo: "La idea que acaricio es una solución para los problemas sociales, por ejemplo, a fin de evitar a los 40.000.000 de habitantes del Reino Unido una

sangrienta guerra civil, nosotros, hombres de Estado coloniales, debemos adquirir nuevas tierras para asentar al excedente de población y proveer de nuevos mercados para los bienes producidos por ellos en las fábricas y las minas. El Imperio, como siempre he dicho, es cuestión de pan y manteca. Si usted desea evitar la guerra civil, debe volverse imperialista." 25 Mediante el imperialismo los Estados modernos exportaron la lucha de clases y la guerra civil a fin de preservar el orden y la soberanía en su casa.

Lenin vió al imperialismo como un estadio estructural en la evolución del Estado moderno. Imaginó una progresión histórica lineal y necesaria desde las primeras formas del Estado europeo moderno hacia el Estado-nación y luego al Estado imperialista. En cada estadio de este desarrollo el Estado debió inventar nuevos medios para construir consenso popular, y, por ello, el Estado imperialista debe hallar una vía para incorporar a la multitud y sus formas espontáneas de lucha de clases dentro de las estructuras estatales ideológicas; debe transformar a la multitud en pueblo. Este análisis es la articulación política inicial del concepto de hegemonía que luego sería central en el pensamiento de Gramsci. 26 Por ello Lenin interpretó al populismo imperialista como simplemente otra variante de la propuesta de soberanía en tanto solución para la crisis de la modernidad.

Sobre la base de esta interpretación del imperialismo como elemento hegemónico de la soberanía, Lenin pudo explicar los efectos estructurantes y las consecuencias totalitarias de las políticas imperialistas. Entendió con gran claridad la dinámica centrípeta del imperialismo que socavaba progresivamente la distinción entre el "interior" y el "exterior" del desarrollo capitalista. El punto de partida de la crítica al imperialismo de Luxemburgo se basaba en el "exterior", es decir, en las resistencias que podrían reorganizar los valores de uso no-capitalistas de la multitud, tanto en los países dominantes como en los subordinados. Desde la perspectiva de Lenin, sin embargo, ese punto de partida y esa estrategia no son defendibles. Las transformaciones estructurales impuestas por las políticas imperialistas tienden a eliminar toda posibilidad de estar afuera, tanto en países dominantes como subordinados. El asentamiento de la crítica debe localizarse no en el exterior sino dentro de la crisis de la soberanía moderna. Lenin creía que con la Primera Guerra Mundial, en la cual el estadio imperialista de la soberanía moderna había llevado directamente a un conflicto mortal entre los Estados-nación, el punto de la crisis había llegado.

Lenin reconoció finalmente que, aunque el imperialismo y la fase monopólica eran expresión de la expansión global del capital, las prácticas imperialistas y las administraciones coloniales mediante las cuales eran a menudo aplicadas se habían vuelto obstáculos al desarrollo ulterior del capital. Enfatizó el hecho, observado por numerosos críticos del imperialismo, de que la competencia, esencial para el funcionamiento y expansión del capital, declina necesariamente en la fase imperialista, proporcionalmente al crecimiento de los monopolios. El imperialismo, con sus intercambios exclusivos y tarifas protectoras, sus territorios nacionales y

coloniales, está alzando y reforzando continuamente fronteras fijas, bloqueando o encauzando flujos económicos, sociales y culturales. Como hemos visto antes en términos culturales (en la Sección 2.3), y como Luxemburgo sostuvo en términos económicos, el imperialismo se apoya pesadamente sobre estas fronteras fijas y en la distinción entre interior y exterior. El imperialismo crea realmente una camisa de fuerza para el capital-o, más precisamente, en un cierto momento los límites creados por las prácticas imperialistas obstruyen el desarrollo capitalista y la plena realización del mercado mundial. El capital deberá eventualmente superar al imperialismo y destruir las barreras entre el interior y el exterior.

Sería una exageración afirmar que, sobre la base de estas intuiciones, los análisis de Lenin acerca del imperialismo y la crisis conducen directamente a la teoría del Imperio. Es verdad, sin embargo, que su revolucionario punto de vista reveló el nudo fundamental del desarrollo capitalista-o, mejor, el nudo Gordiano que debería deshacerse. Aún cuando las propuestas prácticas y políticas de Lenin para la revolución mundial fueron derrotadas (y pronto analizaremos las razones de esa derrota), algo como la transformación que él anticipó fue, sin embargo, necesario. El análisis de Lenin de la crisis del imperialismo posee la misma fuerza y necesidad que el análisis de Maquiavelo sobre la crisis del orden medieval: la reacción debería ser revolucionaria. Esta es la alternativa implícita en la obra de Lenin: o revolución mundial comunista o Imperio, y hay una profunda analogía entre estas dos opciones.

Los Volúmenes faltantes de El Capital

A fin de comprender el pasaje desde el imperialismo hacia el Imperio, además de mirar el desarrollo del propio capital, debemos entender la genealogía desde la perspectiva de la lucha de clases. Este punto de vista es, de hecho, probablemente más central a los movimientos históricos reales. Las teorías de los pasajes hacia y dentro del imperialismo que privilegian la crítica pura de la dinámica del capital corren el riesgo de subestimar el poder del motor realmente eficiente que conduce el desarrollo capitalista desde su núcleo más profundo: los movimientos y luchas del proletariado. Este motor puede ser difícil de reconocer, a menudo porque está oculto por la ideología del Estado y las clases dominantes, pero aún cuando aparezca sólo esporádicamente o veladamente, no por ello es menos efectivo. La historia posee una lógica sólo cuando la subjetividad la dirige, sólo cuando (como decía Nietzsche) la emergencia de la subjetividad reconfigura causas eficientes y causas finales en el desarrollo de la historia. El poder del proletariado consiste precisamente en esto.

Arribamos así al delicado pasaje mediante el cual la subjetividad de la lucha de clases transforma al imperialismo en Imperio. En esta tercera parte del libro trazaremos la genealogía del orden económico del Imperio de modo de revelar la naturaleza global de la lucha de clases proletaria y su habilidad para anticipar y prefigurar los

desarrollos del capital hacia la realización del mercado mundial. Necesitamos todavía identificar, sin embargo, un esquema teórico que pueda apoyarnos en esta búsqueda. Los viejos análisis del imperialismo no serán suficientes ahora porque finalizan deteniéndose ante el desafío del análisis de la subjetividad, concentrándose en las contradicciones del propio desarrollo del capital. Necesitamos identificar un esquema teórico que instale la subjetividad de los movimientos sociales del proletariado en el centro del escenario de los procesos de globalización y constitución del orden mundial.

Hay una paradoja en el pensamiento de Marx que puede ser particularmente ilustrativa para resolver los problemas que enfrentamos. En sus borradores sobre el esquema del Capital, Marx planeó tres volúmenes que nunca fueron escritos: uno sobre el salario, un segundo sobre el Estado, y un tercero sobre el mercado mundial. 27 Podríamos decir que el contenido del volumen sobre el salario, en tanto iba a ser un volumen sobre los salarios devengados, estaba incluido en parte en los escritos políticos e históricos de Marx, tales como El Dieciocho de Brumario, La Lucha de Clases en Francia, y los escritos sobre la Comuna de París. 28 La situación de los volúmenes sobre el Estado y el mercado mundial, sin embargo, es completamente diferente. Las diversas notas de Marx sobre estos temas están diseminadas y son insuficientes; ni siquiera existen bosquejos de estos libros. Los comentarios que efectuó Marx sobre el concepto del Estado están dirigidos menos a una discusión teórica general que a análisis específicos de políticas nacionales: sobre el parlamentarismo inglés, el bonapartismo francés, la autocracia rusa, etc. Los límites nacionales de estas situaciones son los que tornan imposible hacer una teoría general. Las características constitucionales de cada Estado-nación fueron, en la visión de Marx, condicionadas por la diferencia en las tasas de ganancia en las diferentes economías nacionales, junto con las diferencias en los regímenes de explotación-en suma, por la sobredeterminación de los Estados particulares de los procesos de valorización en los diferentes sitios nacionales de desarrollo. El Estado-nación era una organización singular del límite. En estas condiciones una teoría general del Estado sólo podía ser aleatoria y concebida en los términos más abstractos. Las dificultades de Marx para escribir los volúmenes de El Capital sobre el Estado y el mercado mundial estuvieron, por tanto, conectadas fundamentalmente: el volumen sobre el Estado no podría haberse escrito hasta que el mercado mundial se hubiera realizado.

El pensamiento de Marx, sin embargo, estaba orientado hacia un momento en el que la valorización capitalista y los procesos políticos de comando convergieran y se superpusieran a nivel mundial. El Estado-nación juega apenas un rol efímero en su obra. Los procesos de desarrollo capitalista determinan la valorización y la explotación como funciones de un sistema global de producción, y cada obstáculo que aparezca en ese terreno tiende a ser superado finalmente. "La tendencia a crear el mercado mundial", escribió, "está contenida en el propio concepto del capital. Cada límite aparece como una barrera a ser superada". 29 Una teoría marxista del Estado podrá ser escrita sólo cuando todas esas barreras fijas sean superadas y cuando el

Estado y el capital coincidan efectivamente. En otros términos, la declinación del Estado-nación es, en un sentido profundo, la plena realización de la relación entre el Estado y el capital. "El capitalismo sólo triunfa", como dice Fernand Braudel, "cuando se identifica con el Estado, cuando es el Estado".³⁰ Tal vez ya sea hoy posible (si aún se siente la necesidad) bosquejar los dos volúmenes faltantes de Marx; o mejor aún, siguiendo el espíritu de su método y reuniendo los apuntes de Marx sobre el Estado y el mercado mundial, podría intentarse escribir una crítica revolucionaria del Imperio.

Los análisis del Estado y del mercado mundial también se vuelven posibles en el Imperio por otra razón: porque en este punto del desarrollo la lucha de clases actúa sin límites en la organización del poder. Habiendo alcanzado el nivel mundial, el desarrollo capitalista se enfrenta directamente con la multitud, sin mediaciones. Por ello la dialéctica, o, en realidad la ciencia del límite y su organización, se evapora. La lucha de clases, empujando al Estado-nación hacia su abolición y avanzando más allá de las barreras alzadas por él, propone la constitución del Imperio como el lugar del análisis y el conflicto. Sin esa barrera, entonces, la situación de lucha es completamente abierta. El capital y el trabajo se oponen de un modo directamente antagónico. Esta es la condición fundamental de toda teoría política del comunismo.

Ciclos

Desde el imperialismo al Imperio y desde el Estado-nación a la regulación política del mercado mundial: estamos siendo testigos, considerándolo desde el punto de vista del materialismo histórico, de un pasaje cualitativo en la historia moderna. Mientras que somos incapaces de expresar adecuadamente la enorme importancia de este pasaje, a veces definimos pobremente lo que está sucediendo como la entrada en la posmodernidad. Reconocemos la pobreza de esta descripción, pero a veces la preferimos a otras porque, al menos, la posmodernidad indica el cambio de época de la historia contemporánea.¹ Otros autores, sin embargo, parecen minimizar la diferencia de nuestra situación y retornar el análisis hacia las categorías de una comprensión cíclica de la evolución histórica. Lo que estamos viviendo hoy, desde su punto de vista, sería otra simple fase en los ciclos repetitivos regulares de las formas del desarrollo económico o las formas de gobierno.

Estamos familiarizados con las numerosas teorías de los ciclos históricos, desde aquellas concernientes a las formas de gobierno que hemos heredado de la antigüedad greco-romana a las del desarrollo y declinación cíclicos de la civilización, de autores del siglo veinte como Oswald Spengler y José Ortega y Gasset. Hay, por supuesto, enormes diferencias entre la evaluación cíclica de Platón de las formas de gobierno y la apología de Polibio del Imperio Romano, o entre la ideología nazi de Spengler y el fuerte historicismo de Fernand Braudel. Nosotros hallamos completamente inadecuado a todo este modo de razonamiento, porque cada teoría de los ciclos parece

reírse del hecho que la historia es producto de la acción humana, imponiendo una ley objetiva que gobierna sobre las intenciones y las resistencias, las derrotas y las victorias, las alegrías y el sufrimiento de los humanos. O peor aún, hacen danzar a las acciones humanas al ritmo de las estructuras cíclicas.

Giovanni Arrighi adoptó la metodología de los ciclos largos para escribir un análisis rico y fascinante del "largo siglo veinte".² El libro se aboca principalmente a entender cómo la crisis de la hegemonía y acumulación de los Estados Unidos en la década de 1970 (indicada, por ejemplo, por el desenganche del dólar del patrón oro en 1971 y por la derrota militar norteamericana en Vietnam) es un punto de inflexión fundamental en la historia del capitalismo mundial. A fin de aprehender este pasaje contemporáneo, sin embargo, Arrighi cree que debemos volver atrás y situar esta crisis dentro de la larga historia de ciclos de la acumulación capitalista. Siguiendo la metodología de Fernand Braudel, Arrighi construye un enorme aparato histórico y analítico de cuatro grandes ciclos sistémicos de acumulación capitalista, cuatro "largos siglos", que sitúan a los Estados Unidos en línea después del ciclo genovés, el holandés y el inglés.

Esta perspectiva histórica lleva a Arrighi a demostrar cómo todo vuelve, o específicamente cómo el capitalismo siempre vuelve. Entonces, la crisis de los '70 no es en verdad nada nuevo. Lo que hoy le está sucediendo al sistema capitalista dirigido por Estados Unidos le sucedió a los británicos cien años atrás, a los holandeses antes y, más atrás, a los genoveses. La crisis indica un pasaje, que es el punto de inflexión de cada ciclo sistémico de acumulación, desde una primera fase de expansión material (inversión en producción) a una segunda fase de expansión financiera (incluyendo especulación). Este pasaje hacia una expansión financiera, que, Arrighi sostiene, ha caracterizado la economía de los Estados Unidos desde principios de los '80, posee siempre un carácter otoñal; señala el fin de un ciclo. Indica específicamente el fin de la hegemonía de Estados Unidos sobre el sistema capitalista mundial, porque el fin de cada ciclo largo indica siempre un cambio geográfico del epicentro de los procesos sistémicos de acumulación de capital. "Cambios de este tipo", escribe, "han sucedido en todas las crisis y expansiones financieras que marcaron la transición de un ciclo sistémico de acumulación a otro".³ Arrighi afirma que Estados Unidos le ha pasado la antorcha a Japón para que conduzca el próximo ciclo largo de acumulación capitalista.

No nos interesa discutir si Arrighi tiene razón al adelantar esta hipótesis sobre la declinación de los Estados Unidos y el alza de Japón. Lo que más nos concierne es que en el contexto del argumento cíclico de Arrighi es imposible reconocer una ruptura del sistema, un cambio de paradigma, un evento. En lugar de ello, todo debe volver siempre atrás, y la historia del capitalismo se convierte así en el eterno retorno de lo mismo. Finalmente, tal análisis cíclico enmascara el motor del proceso de crisis y reestructuración. Aunque el propio Arrighi ha efectuado extensas investigaciones sobre las condiciones y movimientos de la clase trabajadora en todo el mundo, en el contexto de este libro, y bajo el peso de sus aparatos históricos, pareciera que la crisis

de 1970 fue sólo parte de los ciclos objetivos e inevitables de la acumulación capitalista, antes que el resultado del ataque proletario y anticapitalista, tanto en los países dominantes como en los subordinados. Fue la acumulación de estas luchas el motor de la crisis, y la que determinó los términos y naturaleza de la reestructuración capitalista. Y más importante que cualquier debate histórico sobre la crisis de los '70, sin embargo, son las posibilidades de ruptura hoy en día. Debemos reconocer dónde, en las redes transnacionales de la producción, los circuitos del mercado mundial y las estructuras globales del mando capitalista, existe el potencial para la ruptura y el motor para un futuro que no esté simplemente condenado a repetir los ciclos pasados del capitalismo.

3.2 Gobernabilidad disciplinaria

Pareciera políticamente imposible para una democracia capitalista organizar gastos en la medida necesaria para realizar el gran experimento que probaría mi caso- excepto en condiciones de guerra.

John Maynard Keynes, Julio 29, 1940

El viejo imperialismo-la explotación para beneficio del extranjero-no tiene cabida en nuestros planes.

Presidente Harry S. Truman, Enero 20, 1949

La primera gran oleada de análisis teóricos marxistas sobre el imperialismo aparece alrededor del período de la Primera Guerra Mundial. Este período fue también el comienzo de algunos cambios profundos en el sistema capitalista mundial. Habiendo ocurrido la Revolución Soviética de 1917 y la primera gran guerra interimperialista, era claro que el desarrollo capitalista no continuaría como antes. Había, como hemos dicho, una opción clara: o la revolución comunista mundial o la transformación del imperialismo capitalista hacia el Imperio. El capital debía responder a este desafío, pero las condiciones en todo el mundo no le eran muy favorables. En la década de 1920 el desorden del desarrollo capitalista en los países imperialistas había alcanzado su pico. El crecimiento y la concentración de la producción industrial, que la guerra había empujado hasta el extremo, continuaron aceleradamente en las naciones capitalistas dominantes, y la diseminación del Taylorismo condujo a niveles cada vez más altos de productividad. Esta organización racional del trabajo, sin embargo, no condujo a una organización racional de los mercados, sino que acentuó su anarquía. Los regímenes salariales en los países dominantes se volvieron aún más fuertes y rígidos con el modelo Fordista. Los regímenes fijos de altos salarios funcionaron en parte como respuesta a la amenaza conjurada por la Revolución de Octubre, una inoculación contra la diseminación de la enfermedad comunista. Mientras tanto, la expansión colonial continuaba sin tregua con la división de los despojos territoriales de Alemania, Austria y Turquía entre los victoriosos, bajo los trapos sucios de la Liga de las Naciones.

Este juego de factores subyacía a la gran crisis económica de 1929-crisis tanto de sobreinversión capitalista como de subconsumo proletario en los países capitalistas dominantes. 1 Cuando el "Viernes Negro" en Wall Street declaró oficialmente abierta la crisis, los dirigentes debieron enfrentar los problemas generales del sistema capitalista y hallar una solución, si alguna era aún posible. Lo que debían haber hecho durante las negociaciones de paz de Versalles-ocuparse de las causas de la guerra interimperialista en lugar de, simplemente, castigar a los vencidos 2-debía ahora ser hecho dentro de cada país individual. El capitalismo debería ser transformado radicalmente. Sin embargo, los gobiernos de las principales potencias imperialistas no estaban en condición de efectuar esto. En Gran Bretaña y Francia la reforma nunca sucedió realmente, y los pocos intentos se empantanaron ante la reacción conservadora. En Italia y Alemania el proyecto para reestructurar las relaciones capitalistas derivó eventualmente en el nazismo y el fascismo. 3 También en Japón el crecimiento capitalista tomó la forma del militarismo y el imperialismo. 4 Sólo en los Estados Unidos la reforma capitalista se puso en marcha, siendo propuesta como un Nuevo Acuerdo (New Deal) democrático. El Nuevo Acuerdo constituyó un desvío real de las formas burguesas previas de regulación del desarrollo económico. Para nuestro análisis, la importancia del Nuevo Acuerdo debe ser observada no sólo en términos de su capacidad para reestructurar las relaciones de producción y poder dentro de un país capitalista dominante, sino también en términos de sus efectos en todo el mundo-efectos que no fueron directos o de avanzada, pero, sin embargo, profundos. Con el Nuevo Acuerdo el verdadero proceso de superar al imperialismo comenzó a afirmarse.

Un Nuevo Acuerdo para el Mundo

En los Estados Unidos el Nuevo Acuerdo fue apoyado por una fuerte subjetividad política tanto entre las fuerzas populares como en la elite. La continuidad de las caras populista y liberal del progresismo americano, desde el principio del siglo, convergieron en el programa de Franklin Delano Roosevelt. Sería acertado decir que FDR resolvió las contradicciones del progresismo americano forjando una síntesis entre la vocación imperialista y el capitalismo reformista, representados por Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson.⁵ La subjetividad fue la fuerza conductora que transformó al capitalismo de Estados Unidos, renovando a la sociedad norteamericana en este proceso. El Estado fue celebrado no sólo como mediador de conflictos sino también como motor del movimiento social. Las transformaciones de la estructura jurídica del Estado pusieron en acción mecanismos de procedimiento que posibilitaron la fuerte participación y expresión de una amplia pluralidad de fuerzas sociales. El Estado también ocupó el rol central en la regulación económica, puesto que el Keynesianismo fue aplicado a las políticas laborales y monetarias. El capitalismo de los Estados Unidos fue lanzado hacia delante por estas reformas, y se desarrolló en un régimen de altos salarios, alto consumo y, también, alta

conflictividad. De este desarrollo devino la trinidad que constituiría el moderno Estado de Bienestar: una síntesis de Taylorismo en la organización del trabajo, Fordismo en el régimen salarial y Keynesianismo en las regulaciones macroeconómicas de la sociedad.⁶ No fue un Estado de Bienestar producto de políticas económicas y sociales que mezclaron la asistencia pública y los incentivos imperialistas, como en el caso de Europa, sino uno que invirtió en su totalidad las relaciones sociales, imponiendo un régimen de disciplina acompañado de una mayor participación en los procesos de acumulación. Fue un capitalismo que quiso ser transparente, regulado por un Estado que ejerció la planificación liberal.

Deseamos aclarar que nuestra apología del Estado de Bienestar de Roosevelt está exagerada aquí a fin de demostrar nuestra tesis central: que el modelo del Nuevo Acuerdo (en respuesta a la crisis común a todos los Estados capitalistas dominantes tras la Primera Guerra Mundial) fue la primera instancia de una nueva subjetividad que apuntó en dirección al Imperio. El Nuevo Acuerdo produjo la forma más elevada de gobierno disciplinario. Y cuando hablamos de gobierno disciplinario no nos referimos simplemente a las formas jurídicas y políticas que lo organizan. Nos referimos principalmente al hecho que en una sociedad disciplinaria, toda la sociedad, con todas sus articulaciones productivas y reproductivas, es subsumida bajo el comando del capital y el Estado, y que la sociedad tiende, gradualmente pero de modo indetenible, a ser dirigida únicamente por criterios de producción capitalista. Una sociedad disciplinaria es, por ello, una sociedad-factoría.⁷ El disciplinamiento es al mismo tiempo una forma de producción y una forma de gobierno, de modo tal que la producción disciplinaria y la sociedad disciplinaria tienden a coincidir completamente. En esta nueva sociedad-factoría, las subjetividades productivas son forjadas como funciones unidimensionales del desarrollo económico. Las figuras, estructuras y jerarquías de la división del trabajo social se vuelven aún más diseminadas y mínimamente definidas en la medida en que la sociedad civil es cada vez más absorbida por el Estado: las nuevas reglas de subordinación y los regímenes capitalistas disciplinarios se extienden por todo el terreno social.⁸ Es precisamente cuando el régimen disciplinario es empujado a su más alto nivel y su más completa aplicación que se revela como el límite extremo de un orden social, una sociedad en proceso de ser superada. Ciertamente, esto se debe en gran medida al motor detrás del proceso, las dinámicas subjetivas de resistencia y rebelión, a las cuales regresaremos en la próxima sección.

El modelo del Nuevo Acuerdo, entonces, fue un desarrollo propio de la política de Estados Unidos, una respuesta a la crisis económica doméstica, pero fue también una bandera que las fuerzas armadas de Estados Unidos flamearon durante todo el transcurso de la Segunda Guerra Mundial. Se han dado múltiples explicaciones al motivo del ingreso de Estados Unidos a dicha guerra. Roosevelt siempre sostuvo que fueron empujados contra su voluntad por la dinámica de la política internacional. Keynes y los economistas pensaron, en realidad, que las necesidades del Nuevo Acuerdo-confrontado como estaba en 1937 por un nuevo tipo de crisis, desafiado por la presión política de las demandas de los trabajadores-habían obligado a los Estados

Unidos a elegir el camino de la guerra. Enfrentados a una lucha internacional por un nuevo reparto del mercado mundial, los Estados Unidos no pudieron evitar la guerra, en especial porque con el Nuevo Acuerdo, la economía norteamericana había entrado en una nueva fase expansiva. En cualquier caso, el ingreso de los Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial ató indisolublemente al Nuevo Acuerdo con la crisis de los imperialismos europeos y proyectó al Nuevo Acuerdo en la escena del gobierno mundial como un modelo sucesor, alternativo. Desde ese punto de vista, los efectos de las reformas del Nuevo Acuerdo iban a ser sentidos sobre todo el terreno mundial.

Ante las consecuencias de la guerra, muchos vieron al modelo del Nuevo Acuerdo como el único camino para la recuperación mundial (bajo el pacífico poder hegemónico de Estados Unidos). Como escribió un comentarista norteamericano, "Sólo un Nuevo Acuerdo para el mundo, más extenso y consistente que nuestro titubeante Nuevo Acuerdo, podrá evitar que ocurra una Tercera Guerra Mundial".⁹ Los proyectos de reconstrucción económica lanzados tras la Segunda Guerra Mundial impusieron de hecho en todos los países capitalistas dominantes, tanto los Aliados vencedores como las potencias derrotadas, la adhesión al expansivo modelo de sociedad disciplinaria según el marco construido por el Nuevo Acuerdo. Así fueron transformadas sustancialmente las formas previas, europeas y japonesas, de asistencia-pública basada en el Estado y el desarrollo del Estado corporativista (tanto en su forma liberal como en la nacional-socialista). Había nacido el "Estado social", o en verdad el Estado disciplinario global, que tomó en cuenta más amplia y profundamente los ciclos vitales de las poblaciones, ordenando su producción y reproducción dentro de un esquema de contrato colectivo fijado por un régimen monetario estable. Al extenderse la hegemonía de Estados Unidos el dólar se volvió rey. La iniciativa del dólar (mediante el Plan Marshall en Europa y la reconstrucción económica en Japón) fue el camino ineludible para la reconstrucción de posguerra; el establecimiento de la hegemonía del dólar (mediante los acuerdos de Bretón Woods) se unió a la estabilidad de todos los patrones de valor; y el poder militar de Estados Unidos determinó el ejercicio final de la soberanía respecto de cada uno de los países capitalistas dominantes y subordinados. Hasta la década de 1960 este modelo fue expandido y perfeccionado. Fue la Era Dorada de la reforma del Nuevo Acuerdo del capitalismo en el estadio mundial.¹⁰

Descolonización, Descentramiento y Disciplina

Como resultado del proyecto de reforma económica y social iniciado bajo la hegemonía de Estados Unidos, las políticas imperialistas de los países capitalistas dominantes se transformó en el período de posguerra. La nueva escena global fue definida y organizada principalmente alrededor de tres mecanismos o aparatos: (1) el proceso de descolonización que recompuso gradualmente al mercado mundial a lo largo de líneas jerárquicas ramificadas desde los Estados Unidos; (2) la descentralización gradual de la producción; y (3) la construcción de una red de

relaciones internacionales que distribuyen por todo el planeta el régimen productivo disciplinario y la sociedad disciplinaria en sus sucesivas evoluciones. Cada uno de estos aspectos constituye un paso en la evolución del imperialismo al Imperio.

La descolonización, el primer mecanismo, fue ciertamente un proceso amargo y feroz. Ya lo hemos tratado brevemente en la Sección 2.3, y vimos sus momentos convulsivos desde el punto de vista de los colonizados en lucha. Aquí debemos historizar el proceso desde el punto de vista de los poderes dominantes. Los territorios coloniales de los derrotados, Alemania, Italia y Japón, fueron, por supuesto, completamente disueltos o absorbidos por las otras potencias. Sin embargo, en este tiempo los proyectos coloniales de los vencedores (Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Holanda) también habían llegado a un alto. 11 Además de enfrentar a los crecientes movimientos de liberación en las colonias, se hallaban obstaculizados por la división bipolar entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. También los movimientos de liberación se vieron atrapados en las quijadas de esta guerra fría, y aquellos que se habían abocado a su independencia fueron forzados a negociar entre los dos campos. 12 Lo que dijo Truman en 1947, durante la crisis de Grecia siguió siendo cierto para las fuerzas decolonizadoras y postcoloniales durante la Guerra Fría: "En el actual momento de la historia mundial toda nación debe elegir entre modos de vida alternativos". 13

La trayectoria lineal de la descolonización fue así interrumpida por la necesidad de elegir un adversario global y de alinearse detrás de uno de los modelos de orden internacional. Los Estados Unidos, que eran muy proclives a la descolonización, se vieron forzados por las necesidades de la Guerra Fría y la derrota de los antiguos imperialismos a asumir el papel primario de guardianes internacionales del capitalismo, y con ello, ambiguos herederos de los viejos colonizadores. Así, tanto del lado de los Estados Unidos como del de los sujetos anticoloniales la descolonización fue distorsionada y desviada. Los Estados Unidos heredaron un orden mundial, pero cuyas formas de gobierno entraban en conflicto con su propio proyecto constitucional, con su forma imperial de soberanía. La Guerra de Vietnam fue el episodio final de la ambigua herencia por parte de Estados Unidos del viejo manto imperialista, y corrió el riesgo de bloquear toda apertura posible de una "nueva frontera" imperial (ver Sección 2.5). Esta fase fue el obstáculo final a la maduración del nuevo diseño imperial, que se construiría eventualmente sobre las cenizas del viejo imperialismo. Poco a poco, tras la Guerra de Vietnam, el nuevo mercado mundial fue organizado: un mercado mundial que destruyó los límites fijos y los procedimientos jerárquicos de los imperialismos europeos. En otras palabras, la terminación de los procesos de descolonización señaló el momento de llegada de una nueva jerarquización mundial de las relaciones de dominación-y las claves estuvieron firmemente en manos de los Estados Unidos. La amarga y feroz historia del primer período de descolonización se abrió a una segunda fase en la cual el ejército de comando ejerció su poder menos por las armas militares que mediante el dólar. Este fue un enorme paso adelante hacia la construcción del Imperio.

El segundo mecanismo se define por un proceso de descentralización de los sitios y flujos de producción. 14 Aquí, como en la descolonización, dos fases dividieron el período de posguerra. Una primera fase, neocolonial, involucró la continuidad de los viejos procedimientos jerárquicos imperialistas y el mantenimiento, si no la profundización, de los mecanismos de intercambio desigual entre regiones subordinadas y Estados-nación dominantes. Este primer período, sin embargo, fue una breve fase transicional, y, efectivamente, en el arco de veinte años la escena cambió radicalmente. Para fines de los '70, o, en verdad, en el final de la Guerra de Vietnam, las corporaciones transnacionales comenzaron a establecer firmemente sus actividades en todo el planeta, en cada rincón del mundo. Las transnacionales se volvieron el motor fundamental de la transformación económica y política de los países postcoloniales y las regiones subordinadas. En primer lugar, sirvieron para transferir la tecnología que era esencial para construir el nuevo eje productivo de los países subordinados; en segundo lugar, movilizaron la fuerza de trabajo y las capacidades productivas locales en aquellas naciones; y, finalmente, las transnacionales colectaron los flujos de riqueza que comenzaron a circular cada vez más por todo el mundo. Estos múltiples flujos comenzaron a converger esencialmente hacia Estados Unidos, que garantizó y coordinó, cuando no comandó directamente, el movimiento y la operación de las transnacionales. Esta fue una fase constituyente decisiva del Imperio. Mediante las actividades de las corporaciones transnacionales, la mediación y ecualización de las tasas de ganancia fueron desvinculadas del poder de los Estados-nación dominantes. Más aún, la constitución de los intereses capitalistas unidos a los nuevos Estados-nación postcoloniales se desarrolló en el terreno de las propias transnacionales y tendió a formarse bajo su control. Mediante la descentralización de los flujos productivos, nuevas economías regionales y una nueva división mundial del trabajo comenzó a ser determinada. 15 Aún no había un orden mundial, pero se estaba formando un orden.

Junto con el proceso de descolonización y la descentralización de los flujos, un tercer mecanismo involucró a la diseminación de las formas disciplinarias de producción y gobierno por todo el mundo. Este proceso fue muy ambiguo. En las naciones poscoloniales, la disciplina requirió, primeramente, transformar la movilización popular masiva para la liberación en una movilización para la producción. En todo el planeta los campesinos fueron arrancados de sus campos y villas y arrojados a la forja ardiente de la producción mundial. 16 El modelo ideológico que era proyectado desde los países dominantes (en especial desde los Estados Unidos) consistió en regímenes salariales Fordistas, métodos Tayloristas de organización del trabajo, y un Estado de Bienestar que podía ser modernizante, paternalista y protector. Desde el punto de vista del capital el sueño de este modelo era que eventualmente cada trabajador en el mundo, suficientemente disciplinado, sería intercambiable en el proceso productivo global-una sociedad-factoría global y un Fordismo global. Los altos salarios de un régimen Fordista y la asistencia estatal fueron señalados como las recompensas de los trabajadores por aceptar el disciplinamiento, por entrar a la factoría global. Sin embargo, debemos ser cuidadosos en señalar que estas relaciones de producción específicas, desarrolladas en los países dominantes, nunca fueron realizadas en las

mismas formas en las regiones subordinadas de la economía global. El régimen de altos salarios que caracterizó al Fordismo y la amplia asistencia social que caracterizó al Estado de Bienestar fueron realizados sólo en forma fragmentaria y para poblaciones limitadas en los países capitalistas subordinados. Todo esto no iba a ser realizado: su promesa funcionó como la zanahoria ideológica que debía asegurar suficiente consenso para el proyecto modernizador. La verdadera sustancia del esfuerzo, la marcha hacia la modernidad, que de hecho se logró, fue la diseminación del régimen disciplinario en todas las esferas sociales de la producción y la reproducción.

Los dirigentes de los estados socialistas acordaron básicamente con este proyecto disciplinario. El conocido entusiasmo de Lenin con el Taylorismo fue más tarde superado por los proyectos de modernización de Mao. 17 La receta socialista oficial para la descolonización siguió también la lógica esencial dirigida por las transnacionales capitalistas y las agencias internacionales: cada gobierno poscolonial debía crear una fuerza de trabajo adecuada al régimen disciplinario. Numerosos economistas socialistas (especialmente aquellos que estaban en posición de planificar las economías de los países recientemente liberados del colonialismo) sostuvieron que la industrialización era el camino ineludible al desarrollo 18 y enumeraron los beneficios de la extensión de las economías "Fordistas periféricas". 19 Los beneficios eran en realidad una ilusión, y esa ilusión no duró demasiado, pero ello no alteró significativamente el curso de estas naciones poscoloniales en el camino de la modernización y el disciplinamiento. Este pareció el único camino abierto ante ellas. 20 El disciplinamiento era en todas partes la regla.

Estos tres mecanismos-descolonización, descentramiento de la producción y disciplinamiento-caracterizaron al poder imperial del Nuevo Acuerdo, y demostraron cuan lejos se había ido más allá de las viejas prácticas del imperialismo. Ciertamente los formuladores originales de las políticas del Nuevo Acuerdo en los Estados Unidos, en la década de 1930, nunca imaginaron una aplicación tan extensa de sus ideas, pero ya alrededor de los '40, en medio de la guerra, los líderes mundiales comenzaron a reconocer su papel y poder en el establecimiento del orden económico y político mundial. Para la época de la asunción de Harry Truman, él entendió que, finalmente, el imperialismo en el viejo estilo europeo ya no podía entrar en sus planes. No. La nueva era escondía algo nuevo en la trastienda.

Entrar y Salir de la Modernidad

La Guerra Fría fue la figura dominante en la escena mundial durante el período de descolonización y descentralización, pero desde el punto de vista actual tenemos la impresión que su papel fue realmente secundario. Aunque las oposiciones especulares de la Guerra Fría estrangulaban tanto el proyecto imperial de Estados Unidos como el proyecto stalinista de modernización socialista, estos fueron en verdad elementos

menores de todo el proceso. El elemento realmente importante, cuyo significado va mucho más allá de la historia de la Guerra Fría, fueron las gigantescas transformaciones poscoloniales del Tercer Mundo bajo la apariencia de la modernización y el desarrollo. Finalmente, ese proyecto fue relativamente independiente de las dinámicas y restricciones de la Guerra Fría, y uno puede afirmar, *post factum*, que en el Tercer Mundo la competencia entre las dos potencias mundiales meramente aceleró los procesos de liberación.

Es verdad que las elites del Tercer Mundo que dirigieron las luchas anticoloniales y antiimperialistas durante este período se aliaron ideológicamente a una de las dos divisiones de la Guerra Fría, y en ambos casos definieron el proyecto de masas de la liberación en términos de modernización y desarrollo. Sin embargo, para nosotros, ubicados como estamos en el extremo más lejano de la modernidad, no es difícil reconocer la trágica falta de perspectiva involucrada en el traslado de la liberación hacia la modernización. El mito de la modernidad-y por lo tanto de la soberanía, la nación, el modelo disciplinario, etc-

fue, virtualmente, la ideología exclusiva de las elites, pero este no es el factor más importante.

Los procesos revolucionarios de liberación determinados por la multitud realmente empujaron más allá de la ideología de la modernización, y en este proceso revelaron una enorme producción de nueva subjetividad. Esta subjetividad no podía ser contenida en la relación bipolar USA-URSS, ni en los dos regímenes competidores, quienes meramente reproducían las modalidades de dominación de la modernidad. Cuando Nehru, Sukarno y Chou En-lai se reunieron en la Conferencia de Bandung en 1955, o cuando se formó en los '60 el Movimiento de Países No Alineados, lo que se expresaba no era tanto la magnitud de sus miserias nacionales ni la esperanza de repetir las glorias de la modernidad, sino el enorme potencial para la liberación que producían las poblaciones subalternas. 21 Esta perspectiva no-alineada permitió una primera visión de un nuevo y generalizado deseo.

La pregunta sobre que hacer tras la liberación para no caer bajo la dominación de uno u otro campo permaneció sin respuesta. Lo que estaba claro y pleno de potencial, en contraste, era la subjetividad que empujaba más allá de la modernidad. La imagen utópica de las revoluciones soviética y china como alternativas al desarrollo se desvaneció cuando aquellas revoluciones no pudieron avanzar más, o, en realidad, cuando fracasaron en encontrar un camino para ir más allá de la modernidad. El modelo de desarrollo de Estados Unidos parecía igualmente cerrado puesto que durante todo el período de la posguerra los Estados Unidos se presentaban a sí mismos como la fuerza policial de los viejos imperialismos más que como agentes de una nueva esperanza. La lucha de las poblaciones subalternas por su liberación permanecía como una mezcla explosiva e incontenible. Para fines de los '60 las luchas de liberación, cuya influencia se hacía sentir en cada intersticio del espacio mundial, asumieron una fuerza, una movilidad y una plasticidad de forma tal que

condujeron al proyecto de modernización capitalista (tanto en su variante liberal como en la socialista) hacia un mar abierto, donde perdió sus apoyos. Tras la fachada de la división bipolar Estados Unidos-Soviet se pudo discernir un único modelo disciplinario, y contra este modelo lucharon los enormes movimientos, en formas más o menos ambiguas, más o menos mistificadas, pero muy reales. Esta gigantesca nueva subjetividad estaba referida a y hacía necesario un cambio de paradigma.

En este momento se hizo evidente lo inadecuado de la teoría y práctica de la soberanía moderna. Durante los '60 y los '70, aún cuando el modelo de modernización disciplinaria se había impuesto en todo el mundo; aún cuando las políticas de bienestar se habían vuelto indetenibles y eran promocionadas livianamente por los dirigentes de los países subordinados; y aún en este nuevo mundo de medios y redes comunicativos, los mecanismos de la soberanía moderna ya no eran suficientes para gobernar a las nuevas subjetividades. Debemos señalar aquí que así como el paradigma de la soberanía moderna perdió su efectividad, también las teorías clásicas sobre el imperialismo y el antiimperialismo perdieron sus fuerzas explicativas, cualesquiera que estas fueran. En general, cuando estas teorías concibieron la superación del imperialismo, la vieron como un proceso que estaría en perfecta continuidad con el paradigma de la modernización y la soberanía moderna. Sin embargo, lo que sucedió fue exactamente lo opuesto. Las subjetividades masificadas, las poblaciones, las clases oprimidas, en el exacto momento en que ingresaron a los procesos de modernización comenzaron a transformarlos e ir más allá de ellos. Las luchas de liberación, en el mismo momento en que eran situadas y subordinadas dentro del mercado mundial, reconocieron insuficientes y trágicas a las claves de la soberanía moderna. La explotación y la dominación ya no pudieron seguir siendo impuestas en sus formas modernas. A medida que estas enormes fuerzas de la nueva subjetividad emergían de la colonización y alcanzaban la modernidad, reconocieron que el objetivo primario no es entrar sino salir de la modernidad.

Hacia un Nuevo Paradigma Global

Estaba teniendo lugar un cambio de paradigma en el orden económico y político mundial. Uno de los elementos significativos de este pasaje era el hecho que el mercado mundial en tanto estructura de jerarquía y comando se volvía más importante y decisivo en todas aquellas zonas y regiones en la que los viejos imperialismos habían operado previamente. El mercado mundial comenzó a aparecer como la pieza central de un aparato que podría regular las redes globales de circulación. Esta unificación era todavía instalada sólo a nivel formal. Los procesos que emergieron en el terreno conflictivo de las luchas de liberación y la circulación capitalista expansiva no eran necesariamente o inmediatamente compatibles con las nuevas estructuras del mercado mundial. La integración ocurrió irregularmente y a

diferentes velocidades. En distintas regiones y a menudo dentro de una misma región, coexistieron formas diversas de trabajo y producción, como asimismo diferentes regímenes de reproducción social. Lo que pudo parecer un eje central coherente de la reestructuración de la producción mundial se despedazó en mil fragmentos particulares, y el proceso unificador fue experimentado singularmente en todas partes. Lejos de ser unidimensional, el proceso de reestructuración y unificación del comando sobre la producción fue realmente una explosión de innumerables sistemas productivos diferentes. Paradójicamente, los procesos de unificación del mercado mundial operaron a través de la diversidad y la diversificación, pero su tendencia era, sin embargo, real.

Numerosos e importantes efectos derivaron de la tendencia hacia la unificación del mercado mundial. Por un lado, la diseminación del modelo disciplinario de organización del trabajo y la sociedad por fuera de las regiones dominantes produjo en el resto del mundo un extraño efecto de proximidad, aproximándolo y simultáneamente aislándolo en un ghetto. Es decir, las luchas de liberación se vieron a sí mismas "victoriosas" pero sin embargo consignadas al ghetto del mercado mundial-un vasto ghetto con límites indeterminados, un caserío, una favela. Por otro lado, grandes poblaciones ingresaron a lo que podría denominarse emancipación salarial como resultado de estos procesos. La emancipación salarial significa la entrada de grandes masas de trabajadores dentro del régimen disciplinario de la moderna producción capitalista, ya sea en las fábricas, los campos u otro sitio de producción social, por lo que estas poblaciones fueron liberadas de la semi-servidumbre que el imperialismo había perpetuado. El ingreso al sistema de salarios puede ser sangriento (y lo fue); puede reproducir sistemas de feroz represión (y lo hizo); pero aún en las chozas de las nuevas villas y favelas, la relación salarial determina la constitución de nuevas necesidades, deseos y demandas. Por ejemplo, los campesinos que se volvieron trabajadores asalariados y quedaron sujetos a la disciplina de la nueva organización del trabajo sufrieron en muchos casos de peores condiciones de vida, y no puede decirse que sean más libres que los trabajadores territorializados tradicionales, pero se vieron infundidos de un nuevo deseo de liberación. Cuando el nuevo régimen disciplinario construyó la tendencia hacia el mercado global de la fuerza de trabajo, construyó también la posibilidad de su antítesis. Construyó el deseo de escapar del régimen disciplinario y, tendencialmente, una indisciplinada multitud de trabajadores que quieren ser libres.

La creciente movilidad de grandes porciones del proletariado global es otra consecuencia importante de la unificación tendencial del mercado mundial. En contraste con los antiguos regímenes imperialistas en los cuales las corrientes de movilidad laboral eran reguladas primariamente en forma vertical entre la colonia y la metrópoli, el mercado mundial abre amplios caminos horizontales. La constitución de un mercado global organizado mediante un modelo disciplinario está atravesada por tensiones que abren la movilidad en toda dirección: es una movilidad transversal rizomática antes que arborescente. Nuestro interés no es sólo dar una descripción fenomenológica de la situación existente, sino también reconocer las posibilidades

inherentes a dicha situación. La nueva movilidad transversal de la fuerza de trabajo disciplinada es significativa porque indica una búsqueda real y poderosa de libertad, y la formación de nuevos deseos nomádicos que no pueden ser contenidos ni controlados dentro del régimen disciplinario. 22 Es cierto que muchos trabajadores en todo el mundo están sujetos a migraciones forzadas en horribles circunstancias que difícilmente sean liberadoras de por sí. También es verdad que esta movilidad rara vez aumenta el costo de la fuerza de trabajo; de hecho, con más frecuencia lo disminuye, aumentando la competencia entre trabajadores. Sin embargo, la movilidad conlleva un alto precio para el capital: el deseo incrementado de liberación.

Algunos efectos macroeconómicos significativos derivan de la nueva movilidad producida por el paradigma disciplinario global del capital. La movilidad de las poblaciones vuelve cada vez más difícil administrar los mercados nacionales (en especial los mercados laborales nacionales) individualmente. El dominio adecuado para la aplicación del comando capitalista ya no está delimitado por las fronteras nacionales o por los límites internacionales tradicionales. Los trabajadores que abandonan el Tercer Mundo para ir al Primero en busca de trabajo o riqueza contribuyen a socavar los límites entre los dos mundos. El Tercer Mundo no desaparece realmente en el proceso de unificación del mercado mundial, sino que entra en el Primero, se instala en su corazón como ghetto, villa, favela, siempre producido y reproducido nuevamente. A su vez, el Primer Mundo se transfiere al Tercero bajo la forma de bolsas y bancos, corporaciones transnacionales y rascacielos de dinero y comando. Tanto la geografía económica como la política son desestabilizadas de modo tal que los límites entre las diversas zonas se tornan fluidos y móviles. Como resultado, la totalidad del mercado mundial tiende a ser el único dominio coherente para la aplicación efectiva de la administración y comando capitalistas.

En este punto los regímenes capitalistas deben iniciar un proceso de reformas y reestructuraciones a fin de asegurar su capacidad para organizar el mercado mundial. Esta tendencia emerge claramente sólo en los '80 (y se establece definitivamente tras el colapso del modelo soviético de modernización), pero ya en el momento de su primera aparición sus rasgos principales están claramente definidos. Debe ser un mecanismo nuevo del control general de los procesos globales, y por ello un mecanismo que pueda coordinar políticamente las nuevas dinámicas del dominio global del capital y las dimensiones subjetivas de los actores; debe ser capaz de articular la dimensión imperial del comando y la movilidad transversal de los sujetos. Veremos en la próxima Sección cómo se realizó históricamente este proceso, y así comenzaremos a analizar directamente los procesos de constitución de un aparato global de gobierno.

La Subsunción Real y el Mercado Mundial

Antes de avanzar, el desarrollo expositivo de nuestro estudio nos demanda que veamos más detalladamente las relaciones entre esta tendencia hacia la realización del mercado mundial y el paradigma del gobierno y la producción disciplinaria. ¿Porqué la extensión de los regímenes disciplinarios por todo el mundo representan un momento genealógico fundamental del Imperio? Podemos explicar porqué esto es así uniendo la descripción que hace Marx de las fases de subsunción capitalista de la sociedad con sus análisis de la tendencia hacia el mercado mundial. Ambos movimientos coinciden en un punto, es decir, la subsunción capitalista de la sociedad tiende a completarse en la construcción del mercado mundial.

Antes dijimos que las prácticas del imperialismo involucran a la internalización del exterior por parte del capital, siendo así procesos de la subsunción formal del trabajo bajo el capital. Marx utilizó la expresión "subsunción formal" para denominar a aquellos procesos en los que el capital incorpora bajo sus propias relaciones de producción a prácticas laborales originadas fuera de sus dominios. ²³ Los procesos de subsunción formal están por ello intrínsecamente relacionados con la extensión del dominio de la producción capitalista y los mercados capitalistas. En cierto momento, cuando la expansión capitalista alcanza sus límites, los procesos de subsunción formal ya no pueden desempeñar el papel principal. Los procesos de subsunción real del trabajo bajo el capital no se basan en el exterior, y no involucran los mismos procesos de expansión. A través de la subsunción real, la integración del trabajo al capital se vuelve más intensiva que extensiva y la sociedad va siendo diseñada cada vez más acabadamente por el capital. Hay, ciertamente, procesos de subsunción real sin mercado mundial, pero no puede haber un mercado mundial plenamente realizado sin los procesos de subsunción real. En otras palabras, la realización del mercado mundial y la eculización general, o al menos la administración de tasas de ganancia a escala mundial, no pueden ser un simple resultado de factores financieros o monetarios, sino que deben provenir de una transformación de las relaciones sociales y productivas. La disciplina es el mecanismo central de esta transformación. Cuando se está formando una nueva realidad social, integrando tanto al desarrollo del capital como a la proletarización de la población en un único proceso, la forma política del comando debe también ser modificada y articulada en un modo y escala adecuados a este proceso, un quasi-Estado del régimen disciplinario.

Las intuiciones de Marx sobre los procesos de subsunción real no nos proveen de la clave que necesitamos. El pasaje desde la subsunción formal a la real debe ser explicado mediante las prácticas de las fuerzas subjetivas activas. En otras palabras, el disciplinamiento empujado a sus extremos, impuesto por la Taylorización global de los procesos laborales, no puede determinar la necesidad de una nueva forma de comando, salvo mediante la expresión de subjetividades sociales activas. La globalización de los mercados, lejos de ser nada más que el horrible fruto del empresariado capitalista, es realmente resultado de los deseos y demandas de fuerzas

laborales disciplinadas, Tayloristas y Fordistas de todo el mundo. En este sentido, los procesos de subsunción formal anticiparon y llevaron a la maduración a la subsunción real no porque esta última fuera producto de la primera (como el mismo Marx pareció creer), sino porque en la primera se construyeron condiciones de liberación y de lucha que sólo la segunda podría controlar. Los movimientos de subjetividades deseantes forzaron el desarrollo para avanzar-y proclamaron que ya no sería posible retornar. En respuesta a estos movimientos, tanto en los países dominantes como en los subordinados, debía instalarse una nueva forma de control a fin de establecer el comando sobre aquello que ya no podría controlarse en términos disciplinarios.

Acumulaciones Primitivas

Justo cuando el proletariado parece estar desapareciendo de la escena mundial, el proletariado se está volviendo la figura universal del trabajo. Esta afirmación no es realmente tan paradójica como pareciera. Lo que ha desaparecido es la posición hegemónica de la clase trabajadora industrial, que no ha desaparecido ni siquiera disminuido en número-simplemente ha perdido su posición hegemónica y cambiado geográficamente. Sin embargo, utilizamos el concepto "proletariado" para referirnos no sólo a la clase trabajadora industrial sino a todos aquellos que están subordinados, explotados y produciendo bajo el mando del capital. Desde esta perspectiva, entonces, como el capital globaliza cada vez más sus relaciones de producción, todas las formas de trabajo tienden a proletarizarse. En cada sociedad y a lo ancho de todo el planeta el proletariado es la figura cada vez más general del trabajo social.

Marx describió los procesos de proletarización en términos de acumulación primitiva, la acumulación inicial o previa necesaria antes que la producción y reproducción capitalista puedan comenzar a tener lugar. Lo necesario no es simplemente una acumulación de riqueza o propiedades, sino una acumulación social, la creación de capitalistas y proletarios. El proceso histórico esencial, entonces, incluye primeramente divorciar al productor de los medios de producción. Para Marx fue suficiente describir el ejemplo inglés de esta transformación social, pues Inglaterra representaba el "punto más alto" del desarrollo capitalista en aquel tiempo. En Inglaterra, explicó Marx, la proletarización fue alcanzada primeramente mediante los cercamientos de las tierras comunes y la eliminación de los campesinos de las haciendas, y luego por las brutales penalizaciones del vagabundeo y la vagancia. Así los campesinos ingleses fueron "liberados" de todo medio previo de subsistencia, arriados hacia las nuevas ciudades fabriles, y preparados para la relación salarial y la disciplina de la producción capitalista. Por contraste, el motor central para la creación de capitalistas vino desde afuera de Inglaterra, del comercio-o, en verdad, de la conquista, el tráfico de esclavos y el sistema colonial. "Los tesoros capturados fuera de Europa por saqueos, esclavizaciones y asesinatos indisimulados", escribe Marx, "fluyeron hacia la madre patria y aquí se volvieron capital". 1 El enorme influjo de

riqueza saturó la capacidad de las antiguas relaciones feudales de producción. Los capitalistas ingleses brincaron para encarnar al nuevo régimen de comando que podría explotar esta nueva riqueza.

Sin embargo sería un error tomar la experiencia inglesa de volverse-proletario y volverse-capitalista como representativa de todas las otras. Durante los últimos trescientos años, en la medida que las relaciones capitalistas de producción y reproducción se han esparcido por el mundo, aunque la acumulación primitiva ha involucrado siempre separar al productor de los medios de producción, creando así clases de proletarios y de capitalistas, cada proceso de transformación social ha sido, sin embargo, único. En cada caso las relaciones sociales y productivas preexistentes fueron diferentes, los procesos de la transición fueron diferentes, e incluso la forma de las relaciones capitalistas de producción y especialmente las de reproducción resultantes fueron diferentes, en consonancia con las diferencias culturales e históricas específicas.

Pese a estas importantes diferencias, aún resulta útil agrupar los procesos modernos de acumulación primitiva bajo dos modelos generales que ilustran la interrelación entre riqueza y comando, y entre interior y exterior. En todos los casos la acumulación primitiva de capital requiere una nueva combinación de riqueza y comando. Lo distintivo del primer modelo, que Marx describió para Inglaterra y se aplica para Europa en general, es que la nueva riqueza para la acumulación primitiva de capital proviene del exterior (de los territorios coloniales) y el comando surge internamente (mediante la evolución de las relaciones de producción inglesas y europeas). Según el segundo modelo, que caracteriza a la mayoría de los procesos modernos de acumulación primitiva fuera de Europa, los términos se revierten, de modo que la nueva riqueza emerge del interior y el comando proviene del exterior (usualmente el capital europeo). Esta inversión de riqueza / comando e interior / exterior en ambos modelos conduce a toda una serie de diferencias en las formaciones económicas, políticas y sociales del capital a través del mundo. Muchas de estas diferencias, derivadas de los dos modelos, fueron adecuadamente descritas por los teóricos del subdesarrollo en términos de formaciones capitalistas centrales y periféricas.²

A medida que pasamos de la modernidad a la posmodernidad, los procesos de acumulación primitiva aún continúan. La acumulación primitiva no es un proceso que ocurre una sola vez; en realidad las relaciones capitalistas de producción y las clases sociales deben ser reproducidas continuamente. Lo que ha cambiado es el modelo o modo de acumulación primitiva. Primeramente, el juego entre interior y exterior que distinguió a los dos modelos modernos ha declinado progresivamente. Más importante aún, la naturaleza del trabajo y la riqueza acumulada está cambiando. En la posmodernidad la riqueza social acumulada es crecientemente inmaterial; involucra relaciones sociales, sistemas de comunicación, información y redes afectivas. Correspondientemente, el trabajo social es crecientemente inmaterial; simultáneamente produce y reproduce directamente todos los aspectos de la vida

social. Como el proletariado se está convirtiendo en la figura universal del trabajo, el objeto del trabajo proletario se vuelve igualmente universal. El trabajo social produce la vida.

Debemos enfatizar el papel central que la acumulación informacional juega en los procesos de acumulación primitiva posmoderna y la cada vez mayor socialización de la producción. Mientras emerge la nueva economía informacional, es necesaria una cierta acumulación de información antes que la producción capitalista pueda tener lugar. La información transporta por sus redes tanto la riqueza como el comando de producción, interrumpiendo las concepciones previas de interior y exterior, pero reduciendo también la progresión temporal que definió anteriormente a la acumulación primitiva. En otras palabras, la acumulación informacional (como la acumulación primitiva analizada por Marx) destruye o al menos desestructura los procesos productivos previos, pero (a diferencia de la acumulación primitiva de Marx) integra de inmediato a aquellos procesos productivos en sus propias redes, generando en los diferentes reinos de producción los más elevados niveles de productividad. La secuencia temporal de desarrollo es así reducida a la inmediatez, en tanto la totalidad de la sociedad tiende a integrarse de algún modo en las redes de la producción informacional. Las redes de información tienden hacia algo parecido a la simultaneidad de la producción social. Por ello la revolución de la acumulación informacional requiere un enorme salto adelante en la mayor socialización de la producción. Esta socialización incrementada, junto con la reducción del espacio social y la temporalidad, es un proceso que sin dudas beneficia al capital con una productividad aumentada, pero también en un proceso que apunta más allá de la era del capital, hacia un nuevo modo social de producción.

3.3 Resistencia, Crisis, Transformación

La continuidad de la lucha es sencilla: los trabajadores sólo se necesitan a sí mismos y al patrón enfrente. Pero la continuidad de la organización es un asunto raro y complejo: tan pronto como es institucionalizada es usada rápidamente por el capitalismo, o por el movimiento de los trabajadores en favor del capitalismo.

Mario Tronti

La Nueva Izquierda salta...desde la pelvis giratoria de Elvis.

Jerry Rubin

Anteriormente definimos a la Guerra de Vietnam como una desviación del proyecto constitucional de los Estados Unidos y su tendencia hacia el Imperio. Pero esta guerra también fue, sin embargo, la expresión del deseo de libertad de los vietnamitas, una expresión de subjetividad campesina y proletaria-un ejemplo fundamental de resistencia tanto contra las formas finales de imperialismo como contra el régimen disciplinario internacional. La Guerra de Vietnam representa un punto de inflexión en la historia del capitalismo contemporáneo en tanto que la resistencia vietnamita es concebida como el centro simbólico de toda una serie de luchas mundiales que hasta ese momento permanecían separadas y distantes unas de otras. Los campesinos que estaban siendo subsumidos bajo el capital multinacional, el proletariado poscolonial, la clase trabajadora industrial en los países capitalistas dominantes, y el nuevo estrato del proletariado intelectual, en todas partes todos ellos tendieron hacia un sitio común de explotación en la sociedad-factoría del régimen disciplinario globalizado. Las diversas luchas convergieron contra un enemigo común: el orden disciplinario internacional. Se estableció una unidad objetiva, a veces con la conciencia de los que luchaban y otras sin ella. El prolongado ciclo de luchas contra los regímenes disciplinarios había alcanzado la madurez, forzando al capital a modificar sus propias estructuras y sufrir un cambio de paradigma.

Dos, Tres, muchos Vietnam

A fines de los '60 el sistema internacional de producción capitalista estaba en crisis. 1 La crisis capitalista, como nos decía Marx, es una situación que requiere que el capital sufra una devaluación general y un profundo reordenamiento de las relaciones de producción como resultado de la presión descendente que el proletariado ejerce sobre la tasa de ganancia. En otras palabras, las crisis capitalistas no son simplemente una función de la propia dinámica del capital, sino que están provocadas directamente por los conflictos proletarios. 2 Esta noción marxiana de crisis nos ayuda a comprender los rasgos más importantes de la crisis de fines de los '60. La caída de la tasa de ganancia y la interrupción de las relaciones de comando en este período se comprenden mejor cuando son vistas como resultado de la confluencia y acumulación de los ataques proletarios y anticapitalistas contra el sistema capitalista internacional.

En los países capitalistas dominantes este período fue testigo de un ataque de los trabajadores de la mayor intensidad dirigido principalmente contra los regímenes disciplinarios de trabajo capitalista. Este ataque se expresó, primeramente, como un rechazo general del trabajo, y específicamente como un rechazo del trabajo fabril. Estaba dirigido contra la productividad y contra cualquier modo de desarrollo basado en el incremento de la productividad del trabajo fabril. El rechazo del régimen disciplinario y la afirmación de la esfera del no-trabajo se convirtieron en los rasgos definitorios de un nuevo juego de prácticas colectivas y una nueva forma de vida. 3 Segundo, el ataque sirvió para subvertir las divisiones capitalistas del mercado laboral. Las tres características principales del mercado laboral-la separación de grupos sociales (por estratos de clase, raza, etnicidad o sexo), la fluidez del mercado laboral (movilidad social, terciarización, nuevas relaciones entre trabajo productivo directo e indirecto, etc.), y las jerarquías del mercado de trabajo abstracto-fueron todas amenazadas por la creciente rigidez y comunalidad de las demandas de los trabajadores. La creciente socialización del capital también llevó a la unificación social del proletariado. Esta voz crecientemente unificada alzó la demanda general por un salario social garantizado y un nivel elevado de bienestar social. 4 Tercero, y por último, el ataque de los trabajadores se dirigió directamente contra el comando capitalista. El rechazo del trabajo y la unificación social del proletariado se unieron en un ataque frontal contra la organización coercitiva del trabajo social y las estructuras disciplinarias de comando. El ataque trabajador fue completamente político-aún cuando muchas prácticas de masas, en especial de los jóvenes, parecieran decididamente apolíticas-en tanto exponía y paralizaba los centros nerviosos políticos de la organización económica del capital.

Las luchas campesinas y proletarias en los países subordinados también impusieron reformas en los regímenes políticos locales e internacionales. Décadas de lucha

revolucionaria-desde la Revolución China a Vietnam y desde la Revolución Cubana a las numerosas luchas de liberación en todo América Latina, África y el mundo Árabe-empujaron una demanda salarial proletaria que diversos regímenes socialistas y/o reformistas nacionalistas debían satisfacer, y que desestabilizaban directamente el sistema económico internacional. La ideología de la modernización, aún cuando no trajo "desarrollo", creó nuevos deseos que excedieron las relaciones establecidas de producción y reproducción. El súbito aumento de los costos de las materias primas, la energía y ciertas mercancías agrícolas en los '60 y '70 fue un síntoma de estos nuevos deseos y la creciente presión del proletariado internacional sobre el salario. Los efectos de estas luchas no sólo fueron cuantitativos sino que determinaron también un elemento cualitativamente nuevo que marcó profundamente la intensidad de la crisis. Durante más de cien años las prácticas del imperialismo trabajaron para subsumir todas las formas de producción del mundo bajo el comando del capital, y esa tendencia sólo se intensificó en este período de transición. La tendencia creó necesariamente una unidad virtual o potencial del proletariado internacional. Esta unidad virtual nunca se efectivizó como unidad política global, pero sin embargo tuvo efectos sustanciales. En otras palabras, las pocas instancias de la organización internacional del trabajo real y conciente no parecen ser aquí lo más importante, sino la coincidencia objetiva de luchas que se superponían precisamente porque, pese a su diversidad radical, estaban todas dirigidas contra el régimen disciplinario internacional del capital. La creciente coincidencia determinó lo que llamamos una acumulación de luchas.

Esta acumulación de luchas socavó la estrategia capitalista que durante mucho tiempo había confiado en las jerarquías de las divisiones internacionales del trabajo para bloquear toda unidad global de los trabajadores. Ya en el siglo diecinueve, antes del florecimiento del imperialismo europeo, Engels lamentaba el hecho que el proletariado inglés se colocara en el lugar de una "aristocracia del trabajo", porque sus intereses apostaban así al proyecto del imperialismo británico en lugar de a la fuerza de trabajo colonial. En el período de declinación de los imperialismos, ciertamente persistieron fuertes divisiones internacionales del trabajo, pero las ventajas imperialistas de cualquier clase trabajadora nacional habían comenzado a esfumarse. Las luchas comunes del proletariado de los países subordinados acabaron con las posibilidades de la antigua estrategia imperialista de transferir la crisis desde el terreno metropolitano a sus territorios subordinados. Ya no era posible aplicar la vieja estrategia de Cecil Rhode de aplacar los peligros domésticos de la lucha de clases en Europa mediante el desplazamiento de las presiones económicas hacia el aún pacífico orden de los terrenos imperialistas dominados, mantenidos mediante técnicas brutalmente efectivas. Ahora el proletariado formado en el terreno imperialista se había organizado y armado y era peligroso. Había pues una tendencia hacia la unidad del proletariado internacional o multinacional en un ataque común contra el régimen disciplinario capitalista. 5 La resistencia e iniciativa del proletariado de los países subordinados resonó como un símbolo y modelo por sobre y dentro del proletariado de los países capitalistas dominantes. En virtud de esta convergencia, las luchas obreras en todo el dominio del capital internacional

decretaron el fin de la división entre Primer y Tercer Mundo, y la integración política potencial de todo el proletariado mundial. La convergencia de las luchas instaló a escala internacional el problema de transformar a la cooperación obrera en organización revolucionaria, realizando la unidad política virtual.

Con esta convergencia objetiva y acumulación de luchas, las perspectivas Tercermundistas, que antes pudieron ser de alguna utilidad, eran ahora totalmente inútiles. Entendemos que el Tercermundismo se define por la noción que la contradicción primaria y el antagonismo en el sistema capitalista internacional está entre el capital del Primer Mundo y el trabajo del Tercer Mundo. ⁶ Entonces, el potencial revolucionario reside exclusivamente en el Tercer Mundo. Esta visión ha sido evocada implícita o explícitamente en numerosas teorías de la dependencia, del subdesarrollo y perspectivas del sistema mundo. ⁷ El limitado mérito de la perspectiva Tercermundista reside en que se opone directamente al "Primermundismo", o la visión eurocéntrica que considera que la innovación y los cambios se originan, y sólo pueden originarse, en Euro-América. Sin embargo, su oposición especular a esta falsa visión conduce a una postura igualmente falsa. Hallamos inadecuada a esta perspectiva Tercermundista porque ignora las innovaciones y antagonismos del trabajo en el Primer y Segundo Mundo. Más aún, y más importante para nuestra argumentación, la perspectiva Tercermundista es ciega a la convergencia efectiva de luchas en todo el mundo, tanto en los países dominantes como en los subordinados.

La Respuesta Capitalista a la Crisis

A medida que la confluencia de las luchas socavaba la capacidad de disciplina capitalista e imperialista, el orden económico que había dominado el planeta por casi treinta años, aquella Edad Dorada de la hegemonía de Estados Unidos y el crecimiento capitalista, comenzó a desenmarañarse. La forma y sustancia de la administración capitalista del desarrollo internacional para el período de posguerra fueron dictadas en la conferencia de Bretton Woods, New Hampshire, en 1944. ⁸ El sistema de Bretton Woods se basó en tres elementos fundamentales. Su primera caracterización fue la comprensiva hegemonía económica de Estados Unidos por sobre todos los países no-socialistas. Esta economía se aseguraba mediante la elección estratégica de un desarrollo liberal basado en un libre comercio relativo, y, más aún, por el mantenimiento del oro (del cual los Estados Unidos poseían alrededor de un tercio del total mundial) como garantía del poder del dólar. El dólar era "tan bueno como el oro". Segundo, el sistema demandaba un acuerdo de estabilidad monetaria entre Estados Unidos y los otros países capitalistas dominantes (primero Europa, luego Japón) por sobre los territorios tradicionales de los imperialismos europeos, que habían sido dominados previamente por la libra británica y el franco francés. Así la reforma en los países capitalistas dominantes podría ser financiada por

un excedente de las exportaciones hacia Estados Unidos y garantizada por el sistema monetario del dólar. Finalmente, Bretton Woods dictó el establecimiento de una relación cuasi-imperialista de los Estados Unidos sobre todos los países no-socialistas subordinados. El desarrollo económico dentro de Estados Unidos y la estabilización y reforma en Europa y Japón fueron garantizadas por los Estados Unidos en tanto ellos acumularan superganancias imperialistas mediante su relación con los países subordinados.

El sistema de la hegemonía monetaria de Estados Unidos fue fundamentalmente un nuevo orden porque, mientras el control de los sistemas monetarios internacionales previos (en especial el inglés) había estado firmemente en manos de banqueros y financistas privados, Bretton Woods le dio el control a una serie de organizaciones gubernamentales y regulatorias, incluyendo al Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y, finalmente, la Reserva Federal norteamericana. 9 Por ello Bretton Woods puede ser entendido como la cara monetaria y financiera de la hegemonía del Nuevo Acuerdo sobre la economía capitalista mundial.

Los mecanismos Keynesianos y pseudo-imperialistas de Bretton Woods entraron eventualmente en crisis cuando la continuidad de las luchas de los trabajadores en los Estados Unidos, Europa y Japón elevaron los costos de la estabilización y el reformismo, y cuando las luchas anticapitalistas y antiimperialistas en los países subordinados comenzaron a socavar la extracción de superganancias. 10 Cuando el motor imperialista no pudo seguir avanzando y las luchas de los trabajadores se volvieron cada vez más demandantes, la balanza comercial de Estados Unidos comenzó a inclinarse pesadamente en dirección a Europa y Japón. Una primera fase de la crisis—más furtiva que rampante—se extiende desde principios a fines de los '60. Como los controles provistos por Bretton Woods tornaron al dólar inconvertible de facto, la mediación monetaria de la producción y el comercio internacional se desarrolló en una fase caracterizada por la relativamente libre circulación del capital, la construcción de un fuerte mercado europeo del Eurodólar, y la fijación de una paridad política en casi todos los países dominantes. 11 Sin embargo, la explosión de 1968 en Europa, Estados Unidos y Japón, junto con la victoria militar vietnamita sobre los Estados Unidos, disolvió por completo esta estabilidad provisoria. La estanflación le dio paso a la inflación rampante. La segunda fase de la crisis puede considerarse que comienza el 17 de agosto de 1971, cuando el presidente Nixon desacopla el dólar del patrón oro, volviendo al dólar inconvertible de jure, y aplicando un sobrecargo del 10% a todas las importaciones de Europa a Estados Unidos. 12 La totalidad de la deuda de Estados Unidos fue efectivamente empujada hacia Europa. Esta operación se realizó sólo en virtud del poderío económico y político de Estados Unidos, quien así le recordó a los europeos los términos iniciales del acuerdo, de su hegemonía como el punto más elevado de explotación y comando capitalista.

En los '70 la crisis se tornó oficial y estructural. El sistema de equilibrio político y económico inventado de Bretton Woods había entrado en una confusión total, y lo

que quedaba era sólo el hecho bruto de la hegemonía de Estados Unidos. La declinante efectividad de los mecanismos de Bretton Woods y la descomposición del sistema monetario del Fordismo en los países dominantes revelaron que la reconstrucción de un sistema internacional del capital debía incluir una reestructuración comprensiva de las relaciones económicas y un cambio del paradigma en la definición del comando mundial. Dicha crisis, sin embargo, no es exclusivamente un evento enteramente negativo o inesperado desde la perspectiva del capital. Marx sostiene que el capital, de hecho, tiene un interés fundamental por las crisis económicas, debido a su poder transformador. Respecto del sistema total, los capitalistas individuales son conservadores. Se ocupan principalmente de maximizar sus ganancias individuales en el corto plazo, aún cuando esto conduzca a un camino ruinoso para el capital colectivo en el largo plazo. Las crisis económicas pueden superar estas resistencias, destruir a los sectores no rentables, reestructurar la organización de la producción y renovar sus tecnologías. En otras palabras, las crisis pueden empujar hacia delante una transformación que reestablezca una elevada tasa general de ganancia, respondiendo efectivamente en el mismo terreno definido por el ataque obrero. La devaluación general del capital y sus esfuerzos por destruir la organización obrera sirven para transformar la sustancia de la crisis-el desequilibrio entre la circulación y la sobreproducción-en un aparato reorganizado de comando que rearticule la relación entre desarrollo y explotación.

Dada la intensidad y coherencia de las luchas de los '60 y '70, dos caminos se abrieron para el capital a fin de lograr los objetivos de aplacar las luchas y reestructurar el comando, y ambos fueron ensayados. El primer camino, con sólo una limitada efectividad, fue la opción represiva-una operación fundamentalmente conservadora. La estrategia represiva del capital apuntó a revertir el proceso social, separando y desagregando el mercado laboral, y reestableciendo el control sobre todo el ciclo de producción. Así el capital privilegió a las organizaciones que representaban un salario garantizado para una porción limitada de la fuerza laboral, fijando a ese segmento de la población dentro de sus estructuras y reforzando la separación entre aquellos trabajadores y las poblaciones más marginales. La reconstrucción de un sistema de compartimentalización jerárquica, tanto al interior de cada nación como internacionalmente, fue logrado controlando la movilidad y fluidez social. El uso represivo de la tecnología, incluyendo la automatización y computarización de la producción, fue un arma central esgrimida a este efecto. La transformación tecnológica fundamental previa en la historia de la producción capitalista (es decir, la introducción de la línea de montaje y el régimen de producción en masa) involucró modificaciones cruciales en los procesos productivos inmediatos (Taylorismo) y un enorme paso adelante en la regulación del ciclo social de la producción (Fordismo). Sin embargo, las transformaciones tecnológicas de los '70, con su impulso hacia la racionalización automática, empujaron a estos regímenes al límite extremo de su efectividad, al punto de quiebre. Los mecanismos Tayloristas y Fordistas ya no pudieron controlar la dinámica de las fuerzas sociales y productivas. 13 La represión ejercida mediante el antiguo marco de control tal vez hubiera podido frenar los poderes destructivos de la crisis y la furia del ataque obrero, pero hubiese

sido también una respuesta auto-destructiva que podría haber sofocado a la propia producción capitalista.

Al mismo tiempo, entonces, debió entrar en juego un segundo camino, uno que involucraría una transformación tecnológica dirigida no sólo a la represión sino a modificar la composición misma del proletariado, integrándolo, dominándolo y beneficiándose con sus nuevas prácticas y formas. A fin de entender la emergencia de este segundo camino de respuesta capitalista a la crisis, sin embargo, el camino que constituye un cambio de paradigma, debemos mirar más allá de la lógica inmediata de la estrategia y planificación capitalistas. La historia de las formas capitalistas es siempre necesariamente una historia reactiva: librado a sus propios deseos, el capitalismo nunca abandonará un régimen de ganancia. En otras palabras, el capitalismo ingresa a una transformación sistémica sólo cuando se ve forzado y cuando su actual régimen es insostenible. A fin de aprehender el proceso desde la perspectiva de su elemento activo, debemos adoptar el punto de vista del otro lado- vale decir, la perspectiva del proletariado, junto con la del resto del mundo no-capitalista que está siendo conducido a relaciones capitalistas. El poder del proletariado le impone límites al capital y no sólo determina las crisis sino que también dicta los términos y naturaleza de la transformación. El proletariado realmente inventa las formas sociales y productivas que el capital se verá forzado a adoptar en el futuro.

Podemos obtener una primera indicación de este papel determinante del proletariado preguntándonos cómo pudieron los Estados Unidos mantener su hegemonía durante la crisis. La respuesta subyace en gran parte, tal vez paradójicamente, no en el genio de los políticos o capitalistas norteamericanos, sino en el poder y la creatividad del proletariado de Estados Unidos. Tal como previamente, desde otra perspectiva, colocamos a la resistencia vietnamita como centro simbólico de las luchas, ahora, en los términos del cambio de paradigma del comando capitalista internacional, el proletariado de Estados Unidos aparece como la figura subjetiva que expresa más acabadamente los deseos y necesidades de los trabajadores internacionales o multinacionales. 14 En contra del lugar común que afirma que el proletariado norteamericano es débil por su baja representación partidaria y sindical respecto de Europa y otros lugares, tal vez deberíamos verlo fuerte por esos mismos motivos. El poder de la clase trabajadora reside no en sus instituciones representativas sino en el antagonismo y autonomía de los propios trabajadores. 15 Esto es lo que marca el verdadero poder de la clase obrera industrial de Estados Unidos. Más aún: la creatividad y conflictividad del proletariado reside también, lo que es probablemente más importante, en las poblaciones trabajadoras que están fuera de las fábricas. Incluso (y especialmente) aquellos que rechazan activamente el trabajo alzan serios desafíos y alternativas creativas. 16 Para comprender la continuación de la hegemonía norteamericana, entonces, no es suficiente citar las relaciones de fuerza que el capitalismo de los Estados Unidos mantiene sobre los capitalistas de otros países. La hegemonía de Estados Unidos está realmente sostenida por el poder antagonico del proletariado de Estados Unidos.

La nueva hegemonía que parecía persistir en manos de Estados Unidos era aún limitada, cerrada dentro de los viejos mecanismos de reestructuración disciplinaria. Se requería de un cambio de paradigma para diseñar los procesos reestructurantes a lo largo de las líneas del cambio político y tecnológico. Es decir, el capital debía confrontar y responder a la nueva producción de subjetividad del proletariado. Esta nueva producción de subjetividad alcanzó (más allá de la lucha por el bienestar que hemos mencionado) lo que podría llamarse una lucha ecológica, una lucha sobre el modo de vida, que se expresó eventualmente en los desarrollos del trabajo inmaterial.

La Ecología del Capital

No estamos aún en posición de comprender la naturaleza del segundo camino de la respuesta del capital a la crisis, el cambio de paradigma que lo desplazará más allá de las lógicas y prácticas de la modernización disciplinaria. Debemos retroceder otra vez y examinar las limitaciones impuestas al capital por el proletariado internacional y el entorno no-capitalista, pues ambos hacen necesaria la transformación y dictan sus términos.

En la época de la Primera Guerra Mundial muchos observadores creían, en especial los teóricos marxistas del imperialismo, que el redoble de muerte había sonado y el capital alcanzaba el umbral de un desastre fatal. El capitalismo había proseguido por décadas cruzadas expansionista, utilizado porciones significativas del planeta para su acumulación, y, por primera vez, se veía forzado a enfrentar los límites de sus fronteras. Al aproximarse estos límites, las potencias imperialistas se hallaban inevitablemente en conflicto mortal entre ellas. El capital depende de su exterior, como decía Rosa Luxemburgo, de su entorno no-capitalista, a fin de realizar y capitalizar su plusvalía y poder así continuar con sus ciclos de acumulación. A principios del siglo veinte parecía que las aventuras imperialistas de la acumulación capitalista agotarían pronto la naturaleza no-capitalista en su entorno, y el capital moriría de inanición. Todo lo que estuviera por fuera de la relación capitalista-fuera humano, animal, vegetal o mineral-era visto desde la perspectiva del capital y su expansión como naturaleza. ¹⁷ Así, la crítica al imperialismo capitalista expresaba una conciencia ecológica-ecológica en tanto reconocía los límites reales de la naturaleza y las consecuencias catastróficas de su destrucción. ¹⁸

Bien, mientras escribimos este libro y el siglo veinte llega su fin, el capitalismo está milagrosamente sano, y su acumulación más robusta que nunca. ¿Cómo podemos conciliar este hecho con los cuidadosos análisis de tantos autores marxistas de principio de siglo que señalaban a los conflictos imperialistas como síntomas de un

inminente desastre ecológico que corría hacia los límites de la naturaleza? Podemos aproximarnos por tres caminos hacia este misterio de la permanente salud del capital. Primero, algunos afirman que el capital ya no es imperialista, que se ha reformado, volviendo atrás el reloj hacia sus días de libre competencia, desarrollando una relación ecológica con su entorno no-capitalista. Aunque los teóricos desde Marx a Luxemburgo no hubieran demostrado que dicho proceso corre contra la propia esencia de la acumulación capitalista, una simple mirada a la economía política global contemporánea convencerá a cualquiera de olvida esta explicación a contramano. Queda claro que la expansión capitalista a continuado a paso acelerado en la segunda mitad del siglo veinte, abriendo nuevos territorios al mercado capitalista y subsumiendo procesos productivos no-capitalistas bajo el mando del capital.

Una segunda hipótesis puede ser que la imprevisible persistencia del capitalismo representa una simple continuación de los mismo procesos de expansión y acumulación que analizamos antes, salvo que la depleción total del medio ambiente no era aún inminente, y que, por lo tanto, el instante de confrontar los límites y del desastre ecológico aún no ha llegado. Sin embargo, los recursos del medio ambiente no-capitalista han probado ser vastos. Aunque la denominada Revolución Verde ha subsumido dentro del capitalismo una gran parte de la agricultura mundial no-capitalista, y otros proyectos modernizadores han incorporado nuevos territorios y civilizaciones dentro del ciclo de acumulación capitalista, persisten aún enormes (aunque, por supuesto, limitadas) reservas de fuerza de trabajo y recursos materiales para ser subsumidas en la producción capitalista y sitios potenciales para los mercados expansivos. Por ejemplo, el colapso de los regímenes socialistas de la Unión Soviética y el Este europeo, junto con la apertura de la economía china en la era post-Mao, le ha provisto al capital global de acceso a extensos territorios de ambiente no-capitalista-prefabricados para la subsunción capitalista por años de modernización socialista. Incluso hay aún amplias oportunidades de expansión en regiones ya integradas firmemente al sistema capitalista mundial. En otros términos, de acuerdo con esta segunda hipótesis, los ambientes no-capitalistas continúan siendo subsumidos formalmente dentro del dominio del capital, y por ello la acumulación aún puede funcionar al menos parcialmente mediante esta subsunción formal: los profetas del derrumbe inminente del capital no estaban equivocados sino que simplemente se apresuraron a hablar. Sin embargo, las limitaciones del medio ambiente no-capitalista son reales. Tarde o temprano se agotarán los una vez abundantes recursos naturales.

Una tercer hipótesis, tal vez complementaria de la segunda, es que en la actualidad el capital continúa acumulando mediante la subsunción en un ciclo de reproducción expandida, pero que cada vez más subsume no el medio ambiente no-capitalista sino su propio terreno capitalista-es decir, que la subsunción ya no es formal sino real. El capital ya no mira hacia fuera sino hacia adentro de sus dominios, y por ello su expansión es ahora más intensiva que extensiva. Este pasaje se centra en un salto cualitativo de la organización tecnológica del capital. Los estadios previos de la

revolución industrial introdujeron bienes de consumo hechos-a-máquina, y luego máquinas-hechas-a-máquina, pero ahora nos hallamos confrontados a materias primas y víveres-hechos-a-máquina, en suma, naturaleza-hecha-a-máquina y cultura-hecha-a-máquina. 19 Podríamos decir, entonces, siguiendo a Fredric Jameson, que la posmodernización es el proceso económico que emerge cuando las tecnologías mecánicas e industriales se han expandido hasta investir todo el mundo, cuando el proceso de modernización se ha completado, y cuando la subsunción formal del medio ambiente no-capitalista ha alcanzado sus límites. Mediante los procesos de la moderna transformación tecnológica, toda la naturaleza se ha vuelto capital, o al menos ha quedado sujeta al capital. 20 Mientras la acumulación moderna se basaba en la subsunción formal de los territorios no-capitalistas, la acumulación posmoderna descansa en la subsunción real del propio terreno capitalista. Esta parece ser la verdadera respuesta capitalista al desafío del "desastre ecológico", una respuesta mirando al futuro. 21 La finalización de la industrialización de la sociedad y la naturaleza, sin embargo, la finalización de la modernización, sólo constituye la precondition para el pasaje a la posmodernización, definiendo a la transformación sólo en términos negativos, como post-. En la siguiente sección confrontaremos directamente a los procesos reales de la posmodernización, o la informatización de la producción.

El asalto al régimen disciplinario

Para comprender en profundidad este pasaje debemos analizar de alguna manera sus bases determinantes, que residen en las transformaciones subjetivas de la fuerza de trabajo. En el período de crisis, a lo largo de los '60 y '70, la expansión del Bienestar y la universalización de la disciplina, tanto en los países dominantes como en los subordinados, crearon un nuevo margen de libertad para la multitud trabajadora. En otras palabras, los trabajadores usaron a la era disciplinaria, por encima de todos sus momentos de disenso y sus fases de desestabilización política (tal como el período de la crisis de Vietnam), a fin de expandir las fuerzas sociales del trabajo, incrementar el valor de la fuerza laboral, y rediseñar el conjunto de deseos y necesidades a las cuales debían responder el salario y el bienestar. De acuerdo con la terminología de Marx, uno podría decir que el valor del trabajo necesario había crecido enormemente-y, desde luego más importante desde el punto de vista del capital, en la medida que aumentaba el tiempo de trabajo necesario, el tiempo de trabajo excedente (y por ende la ganancia) decrecía proporcionalmente. Desde la perspectiva capitalista, el valor del trabajo necesario aparece como una cantidad económica objetiva-el precio de la fuerza de trabajo, como el precio del grano, el aceite y otras mercancías-pero en realidad está determinado socialmente, y es el índice de toda una serie de luchas sociales. La definición del conjunto de necesidades sociales, la calidad del tiempo de no-trabajo, la organización de las relaciones familiares, las expectativas aceptadas de vida, están todas en acción y representadas efectivamente por los costos de reproducir

al trabajador. El enorme aumento del gasto social (tanto en términos de salarios de trabajadores como de bienestar social) durante el período de crisis de los '60 y '70 derivó directamente de la acumulación de luchas sociales en el terreno de la reproducción, el terreno del no-trabajo, el terreno de la vida.

Las luchas sociales no sólo elevaron los costos de reproducción y el salario social (disminuyendo la tasa de ganancia), sino que también, lo que es más importante, forzaron un cambio en la calidad y naturaleza del propio trabajo. Particularmente en los países capitalistas dominantes, donde el margen de libertad acordado, y conquistado por los trabajadores, fue mayor, el rechazo del régimen disciplinario de la factoría social se acompañó de una reevaluación del valor social del conjunto de las actividades productivas. Claramente, el régimen disciplinario no pudo seguir conteniendo los deseos y necesidades de los jóvenes. La perspectiva de obtener un empleo que garantizara un trabajo estable y regular ocho horas diarias, cincuenta semanas al año, durante toda una vida laboral, la perspectiva de ingresar al régimen normalizado de la factoría social, que había sido el sueño de muchos de sus padres, aparecía ahora como una especie de muerte. El rechazo masivo del régimen disciplinario, que tomó diversas formas, no fue sólo una expresión negativa sino también un momento de creación, aquello que Nietzsche denominó una transvalorización de los valores.

Las diversas formas de experimentación y respuesta social se centraron en un rechazo a valorizar la clase de programa fijo de producción material, típico del régimen disciplinario, sus fábricas masivas y su estructura familiar nuclear. 22 En cambio, los movimientos valorizaron una dinámica más flexible de creatividad y lo que podrían considerarse formas más inmateriales de producción. Desde la perspectiva de los segmentos "políticos" tradicionales de los movimientos de los Estados Unidos de los '60, las diversas formas de experimentación cultural que florecieron violentamente durante ese período aparecieron como una especie de distracción de las luchas políticas y económicas "reales", por ello no pudieron comprender que la experimentación "meramente cultural" tenía efectos políticos y económicos muy profundos.

"Haciendo cagadas" era realmente una pobre concepción de lo que estaba ocurriendo en Haight-Ashbury y todos los Estados Unidos en los '60. Las dos operaciones esenciales eran el rechazo del régimen disciplinario y la experimentación con formas nuevas de productividad. El rechazo apareció bajo una amplia gama de apariencias y proliferó en miles de prácticas cotidianas. Era el estudiante que experimentaba con LSD en lugar de buscar un trabajo; era la mujer joven que se negaba al matrimonio y formaba una familia; era el trabajador Afro-americano que se movía con los tiempos descuidados de la GC (Gente de Color), rechazando el trabajo de todos los modos posibles. 23 Los jóvenes que rechazaron la repetición embotante de la sociedad factoría inventaron nuevas formas de movilidad y flexibilidad, nuevos estilos de vida. Los movimientos estudiantiles forzaron el otorgamiento de un alto valor social al conocimiento y el trabajo intelectual. Los movimientos feministas que esclarecieron

el contenido político de las relaciones "personales" y rechazaron la disciplina patriarcal elevaron el valor social de aquello que tradicionalmente se había considerado trabajo de la mujer, que involucraba un elevado contenido de trabajo afectivo o de cuidado y se centraba en servicios necesarios para la reproducción social. 24 Toda la panoplia de movimientos y la totalidad de la contracultura emergente resaltaron el valor social de la cooperación y la comunicación. Esta transvalorización masiva de la producción y reproducción de nuevas subjetividades abrió el camino para una poderosa transformación de la fuerza de trabajo. En la próxima sección veremos en detalle cómo los índices de valor de los movimientos-movilidad, flexibilidad, conocimiento, comunicación, cooperación, lo afectivo-definirían la transformación de la producción capitalista en las siguientes décadas.

Los diversos análisis de los "nuevos movimientos sociales" han prestado un gran servicio al insistir en la importancia política de los movimientos culturales, contrariamente a las perspectivas económicas que minimizaron su significatividad. 25 Sin embargo, estos análisis son muy limitados también, porque, tanto como aquellos a los que se oponen, perpetúan un estrecho entendimiento de lo económico y lo cultural. Y más importante: fracasan en el reconocimiento del profundo poder económico de los movimientos culturales, es decir, la creciente indistinguibilidad entre los fenómenos económicos y los culturales. Por un lado, las relaciones capitalistas se estaban expandiendo para subsumir todos los aspectos de la producción y reproducción social, todo el reino de la vida; por otro lado, las relaciones culturales redefinían los procesos de producción y las estructuras económicas del valor. Un régimen de producción, y por sobre todo un régimen de producción de subjetividad, estaba siendo destruido, y otro, inventado por la enorme acumulación de luchas.

Estos nuevos circuitos de producción de subjetividad, centrados en las dramáticas modificaciones del valor y el trabajo, se desarrollaron dentro y contra del período final de la organización disciplinaria de la sociedad. Los movimientos se anticiparon a la percepción capitalista de la necesidad de un cambio de paradigma en la producción, y dictaron su forma y naturaleza. Si la Guerra de Vietnam no hubiese tenido lugar, si no hubiera habido revueltas estudiantiles y obreras en los '60, si no hubiese ocurrido el 1968 y la segunda ola de movimientos feministas, si no hubiese estado toda la serie de luchas anti-imperialistas, el capital se habría conformado con mantener su propio dispositivo de poder, ¡feliz de evitarse el problema de modificar el paradigma de la producción! Y hubiera estado feliz por múltiples razones: porque los límites naturales al crecimiento aún le servían; porque estaba amenazado por el desarrollo del trabajo inmaterial; porque sabía que la movilidad transversal e hibridización de la fuerza de trabajo mundial abrían la posibilidad de nuevas crisis y conflictos de clase, en una magnitud nunca antes experimentada. La reestructuración de la producción, desde el Fordismo hasta el pos-Fordismo, desde la modernización a la posmodernización, fue anticipada por el ascenso de una nueva subjetividad. 26 El pasaje desde la fase de perfeccionamiento del régimen disciplinario hacia las sucesivas fases de cambio del paradigma productivo fue dirigido desde abajo, por un proletariado cuya composición ya había cambiado. El capital no tuvo que inventar un

nuevo paradigma (aún de haber sido capaz) porque el momento realmente creativo ya había ocurrido. En verdad, el problema del capital era dominar a una nueva composición que se había producido autónomamente, y estaba definida mediante una nueva relación con la naturaleza y el trabajo, una relación de producción autónoma.

Llegado a este punto el sistema disciplinario se había vuelto totalmente obsoleto y debía ser abandonado. El capital debía lograr un reflejo negativo y una inversión de la nueva calidad de la fuerza de trabajo; debía ajustarse a sí mismo a fin de poder comandar nuevamente. Sospechamos que es por esta razón que las fuerzas políticas e industriales que confiaron más acabadamente y con la mayor inteligencia en la modernización extrema del modelo productivo disciplinario (como los componentes principales del capital de Japón y el Este Asiático) son las que sufrieron más severamente en este pasaje. Las únicas configuraciones de capital capaces de prosperar en el nuevo mundo serán aquellas que se adapten y gobiernen a la nueva composición inmaterial, comunicativa, cooperativa y afectiva de la fuerza de trabajo.

Las convulsiones de muerte de la Disciplina Soviética

Ahora que hemos ofrecido una primera aproximación a las formas y condiciones del nuevo paradigma, deseamos examinar brevemente un efecto subjetivo gigantesco que el cambio de paradigma determinó en el curso de su movimiento: el colapso del sistema Soviético. Nuestra tesis, compartida por numerosos estudiosos del mundo Soviético, ²⁷ es que el sistema entró en crisis y se derrumbó por su incapacidad estructural para ir más allá del modelo de gobernabilidad disciplinaria, tanto respecto de su modo de producción, que era Fordista y Taylorista, como de su forma de comando político, que era socialista-Keynesiana, es decir, modernizadora internamente e imperialista externamente. Esta falta de flexibilidad para adaptar su despliegue de comando y su aparato productivo a los cambios de la fuerza de trabajo exacerbó las dificultades de la transformación. La pesada burocracia del Estado Soviético, heredada de un prolongado período de intensa modernización, colocó al poder Soviético en una posición insostenible cuando debió reaccionar a las nuevas demandas y deseos que expresaban las subjetividades globalmente emergentes, primero dentro del proceso de modernización y luego en sus límites exteriores.

El desafío de la posmodernidad fue levantado principalmente no por las potencias enemigas sino por la nueva subjetividad de la fuerza de trabajo y su nueva composición intelectual y comunicativa. El régimen, particularmente en sus aspectos iliberales, fue incapaz de responder adecuadamente a estas demandas subjetivas. El sistema pudo continuar, y de hecho lo hizo por un cierto tiempo, trabajando sobre la base del modelo de modernización disciplinaria, pero no logró combinar la modernización con la nueva movilidad y creatividad de la fuerza de trabajo, condición fundamental para infundir vida dentro del nuevo paradigma y sus complejos mecanismos. En el contexto de la Guerra de las Galaxias, la carrera

nuclear y la exploración espacial, la Unión Soviética hubiera sido capaz de enfrentarse a sus adversarios desde el punto de vista militar y tecnológico, pero el sistema no pudo sostener el conflicto competitivo en el frente subjetivo. No pudo competir, en otras palabras, precisamente donde los verdaderos conflictos de poder se desarrollaban, y no pudo afrontar los desafíos de la productividad comparativa de los sistemas económicos, porque las tecnologías avanzadas de la comunicación y la cibernética son eficientes sólo cuando se enraízan en la subjetividad, o, mejor aún, cuando están animadas por subjetividades productivas. Para el régimen Soviético, manejar el poder de las nuevas subjetividades fue cuestión de vida o muerte.

De acuerdo con nuestra tesis, entonces, tras los dramáticos años finales del mando de Stalin y las abortivas innovaciones de Khrushchev, el régimen de Brezhnev impuso un congelamiento a una sociedad civil productiva que había alcanzado un alto nivel de madurez y que, tras las enormes movilizaciones para la guerra y la productividad, exigía reconocimiento social y político. En el mundo capitalista, la propaganda masiva de la guerra fría y la extraordinaria máquina ideológica de falsificación y desinformación nos impidió ver los desarrollos reales de la sociedad Soviética y las dialécticas políticas que allí se desplegaban. La ideología de la guerra fría llamó totalitaria a aquella sociedad, pero en realidad era una sociedad atravesada por muy fuertes instancias de creatividad y libertad, tan fuertes como los ritmos de desarrollo económico y modernización cultural. La Unión Soviética se entiende mejor como una dictadura burocrática que como una sociedad totalitaria. 28 Y sólo dejando atrás estas definiciones distorsionadas podremos ver cómo se produjo y reprodujo la crisis política en la Unión Soviética, hasta el punto de enterrar al régimen.

La resistencia a la dictadura burocrática fue lo que condujo a la crisis. El rechazo al trabajo por parte del proletariado soviético fue, de hecho, el mismo método de lucha que desplegó el proletariado en los países capitalistas, empujando a sus gobiernos a un ciclo de crisis, reformas y reestructuraciones. Este es nuestro argumento: pese al atraso del desarrollo del capitalismo ruso, pese a las pérdidas masivas durante la Segunda Guerra Mundial, pese al relativo aislamiento cultural, pese a su relativa exclusión del mercado mundial, las crueles políticas de encarcelamiento, hambreamiento y asesinato de su población, pese a todo esto, y pese a las enormes diferencias con los países capitalistas dominantes, el proletariado en Rusia y los otros países del bloque Soviético operó en los '60 y '70 para instalar los mismos problemas que el proletariado de los países capitalistas. 29 Incluso en Rusia y los demás países bajo control Soviético la demanda por mayores salarios y más libertad creció continuamente junto con el ritmo de la modernización. Y de igual modo que en los países capitalistas, allí se definió una nueva figura de la fuerza de trabajo, que expresó enormes capacidades productivas sobre la base de un nuevo desarrollo de las fuerzas intelectuales de la producción. Esta nueva realidad productiva, esta viviente multitud intelectual, es lo que los dirigentes Soviéticos intentaron encerrar en las jaulas de una economía disciplinaria de guerra (una guerra conjurada retóricamente en forma permanente) y acorralar en las estructuras de una ideología socialista del trabajo y el desarrollo económico, es decir, una administración socialista del capital

que ya no tenía ningún sentido. La burocracia Soviética no fue capaz de construir el arsenal necesario para la movilización posmoderna de la nueva fuerza de trabajo. Estaba asustada por ella, aterrorizada por el colapso de los regímenes disciplinarios, por las transformaciones de los sujetos Taylorizados y Fordistas que antes había animado la producción. Este fue el momento en el que la crisis se tornó irreversible, y, dada la inmovilidad de la hibernación Brezhneviana, catastrófica.

Lo que hallamos importante no es tanto la falta de o las ofensas contra las libertades formales e individuales de los trabajadores, sino la pérdida de la energía productiva de una multitud que había agotado el potencial de la modernidad y ahora quería ser liberada de la administración socialista de la acumulación capitalista a fin de poder expresar un más elevado nivel de productividad. Esta represión y esta energía fueron las fuerzas que, desde lados opuestos, hicieron colapsar al mundo Soviético como un castillo de naipes. Ciertamente la Glasnost y la Perestroika representaron una auto-crítica del poder Soviético e instalaron la necesidad de una vía democrática como condición para una productividad renovada del sistema, pero fueron empleadas muy tarde y muy tímidamente para poder detener la crisis. La máquina Soviética se volvió sobre sí misma y se detuvo, sin el combustible que sólo las nuevas subjetividades productivas podían producir. Los sectores del trabajo inmaterial e intelectual le retiraron su consenso al régimen, y su éxodo condenó a muerte al sistema: muerte desde la victoria socialista de la modernización, muerte desde la incapacidad de utilizar sus efectos y excedentes, muerte desde una asfixia definitiva que estranguló las condiciones subjetivas que demandaban un pasaje a la posmodernidad.

3.4 Posmodernización, o la Informatización de la Producción

El posmodernismo no es algo que podamos determinar de una vez y para todos, y luego utilizar con plena conciencia. El concepto, si es que lo hay, debe aparecer al final y no al inicio de nuestra discusión sobre él.

Fredric Jameson

*La buena noticia desde Washington es que cada persona en el Congreso apoya el concepto de una superautopista de la información.
La mala noticia es que nadie tiene la menor idea de lo que eso significa.*

Congresal Edward Markey

Resulta común dividir la sucesión de paradigmas económicos desde la Edad Media en tres momentos distintos, cada uno de ellos definido por el sector dominante de la economía: un primer paradigma en el que la agricultura y extracción de materias primas dominó la economía, un segundo en el cual la industria y la fabricación de bienes durables ocuparon la posición de privilegio, y un tercero y actual paradigma en el cual la provisión de servicios y la manipulación de la información están en el centro de la producción económica. 1 Es así como la posición dominante ha pasado de la producción primaria a la secundaria y de ella a la terciaria. La modernización económica involucra el pasaje del primer paradigma al segundo, del predominio de la agricultura al de la industria. Modernización significa industrialización. Podemos denominar al pasaje desde el segundo al tercer paradigma, desde la dominación de la industria a la de los servicios y la información, un proceso de posmodernización económica, o mejor aún, de informatización.

La definición más obvia e índice de los cambios entre estos tres paradigmas aparece primero en términos cuantitativos, referidos a los porcentajes de población incorporados en cada uno de estos dominios productivos o al porcentaje del valor

total producido por los diversos sectores de producción. Los cambios en las estadísticas de empleo en los países dominantes durante los últimos cien años también indican cambios dramáticos. 2 Sin embargo, esta visión cuantitativa puede conducir a graves incomprendimientos de estos paradigmas económicos. Los indicadores cuantitativos no pueden aprehender ni la transformación cualitativa durante la progresión de un paradigma hacia otro, ni la jerarquía entre los sectores económicos en el contexto de cada paradigma. En el proceso de la modernización y el pasaje hacia el paradigma del dominio industrial, la producción agrícola no sólo declinó cuantitativamente (tanto en porcentaje de trabajadores empleados como en proporción del valor total producido), sino también, lo que es más importante, la propia agricultura fue transformada. Cuando la agricultura quedó bajo el dominio de la industria, incluso cuando todavía era dominante en términos cuantitativos, quedó sujeta a las presiones sociales y financieras de la industria, más aún: la misma producción agrícola fue industrializada. La agricultura, por supuesto, no desapareció; permaneció como un componente esencial de las economías industriales modernas, pero era ahora una agricultura industrializada, transformada.

La perspectiva cuantitativa fracasa también en el reconocimiento de jerarquías entre economías nacionales o regionales en el sistema global, lo que conduce a todo tipo de desconocimientos históricos, instalando analogías donde no las hay. Desde una perspectiva cuantitativa, por ejemplo, uno puede aceptar que una sociedad del siglo veinte con la mayoría de su fuerza laboral ocupada en la agricultura o la minería y la mayoría de sus valores producidos en estos sectores (tales como India o Nigeria) esté en posición análoga a una sociedad que haya existido en el pasado, con igual porcentaje de trabajadores o valor producido en esos sectores (tales como Francia o Inglaterra). La ilusión histórica modela la analogía en una secuencia dinámica de modo tal que un sistema económico ocupa igual posición o estadio en una secuencia de desarrollo, que otro ha ocupado previamente, como si todo se dispusiera en la misma línea, moviéndose en fila hacia delante. Desde la perspectiva cualitativa, es decir, en términos de su posición en las relaciones de poder globales, sin embargo, las economías de estas sociedades ocupan posiciones incomparablemente distintas. En el caso previo (Francia o Inglaterra del pasado), la producción agrícola existió como sector dominante en su esfera económica, mientras que en el caso posterior (India o Nigeria del siglo XX), se halla subordinada a la industria en el sistema mundial. Las dos economías no están en una misma línea sino en situaciones radicalmente diferentes e incluso divergentes- de dominación y subordinación. En estas posiciones jerárquicas diferentes, una multiplicidad de factores económicos son completamente distintos-relaciones de intercambio, relaciones de crédito y deuda, etc. 3 Para que las últimas economías pudieran alcanzar una posición análoga a la de las primeras, deberían invertir la relación de fuerza y alcanzar una posición de dominación en su esfera económica contemporánea, como lo hizo Europa, por ejemplo, en la economía medieval del mundo Mediterráneo. En otras palabras, el cambio histórico debe ser reconocido en términos de las relaciones de fuerza a lo largo de la esfera económica.

Ilusiones de Desarrollo

El discurso del desarrollo económico, impuesto bajo la hegemonía de Estados Unidos en coordinación con el modelo del Nuevo Acuerdo durante el período de posguerra, utiliza esas falsas analogías históricas como fundamento para las políticas económicas. Este discurso concibe a la historia económica de todos los países como siguiendo un único patrón de desarrollo, en diferentes tiempos y a diferente velocidad. Así, los países cuya producción económica no está hoy en el nivel de los países dominantes son considerados países en desarrollo, con la idea de que si continúan en el camino seguido previamente por los países dominantes y repiten sus estrategias, eventualmente disfrutará de una posición o estadio análogo. Sin embargo, la visión desarrollista falla en reconocer que las economías de los denominados países desarrollados están definidas no sólo por ciertos factores cuantitativos o por sus estructuras internas, sino también, lo que es más importante, por su posición dominante en el sistema mundial.

Las críticas a la visión desarrollista que fueron levantadas por las teorías del subdesarrollo y la dependencia, nacidas principalmente en América Latina y África durante los '60, fueron útiles e importantes precisamente porque enfatizaron el hecho que la evolución de un sistema económico regional o nacional dependía en gran medida de su lugar dentro de las estructuras jerárquicas y de poder del sistema mundo capitalista. 4 Las regiones dominantes continuarán desarrollándose y las subordinadas continuarán subdesarrollándose, como polos mutuamente apoyados en la estructura mundial de poder. Decir que las economías subordinadas no se desarrollan no significa que no crezcan o cambien: significa que permanecen subordinadas en el sistema mundial y por ello nunca alcanzarán la forma prometida de una economía desarrollada, dominante. En algunos casos, ciertos países individuales pueden ser capaces de modificar su posición en la jerarquía, pero el punto es que, independientemente de quien ocupa cual posición, la jerarquía continúa siendo el factor determinante. 5

Sin embargo, los mismos teóricos del subdesarrollo repiten también una ilusión similar de desarrollo económico. 6 Resumiendo en términos esquemáticos, podemos decir que su lógica comienza con dos reclamos históricos muy válidos, pero luego extrae de ellos una conclusión errónea. Primero, sostienen que, mediante la imposición de regímenes coloniales y/u otras formas de dominación imperialista, el subdesarrollo de las economías subordinadas fue creado y sostenido mediante su integración a la red global de economías capitalistas dominantes, su integración parcial, y por ello su dependencia real y continuada de aquellas economías dominantes. Segundo, afirman que las economías dominantes desarrollaron originariamente sus estructuras independientes y plenamente articuladas en relativo aislamiento, con una limitada interacción con otras economías y redes globales. 7

De estos dos reclamos históricos más o menos aceptables, sin embargo, deducen una conclusión inválida: si las economías desarrolladas lograron una plena articulación en un aislamiento relativo mientras que las economías subdesarrolladas se tornan desarticuladas y dependientes por su integración a las redes globales, entonces un proyecto para el aislamiento relativo de las economías subdesarrolladas dará como resultado su plena articulación y desarrollo. En otras palabras, como una alternativa al "falso desarrollo" publicitado por los economistas de los países capitalistas dominantes, los teóricos del subdesarrollo promueven el "desarrollo real", que involucra desconectar una economía de sus relaciones dependientes y articular en relativa soledad una estructura económica autónoma. Como este es el modo en que se desarrollaron las economías dominantes, debe ser el verdadero camino para escapar del ciclo de subdesarrollo. Sin embargo, este silogismo nos pide que creamos que las leyes del desarrollo económico trascienden de algún modo las diferencias del cambio histórico.

La noción alternativa de desarrollo se basa, paradójicamente, en la misma ilusión histórica central de la ideología dominante del desarrollo a la cual se opone. La realización tendencial del mercado mundial destruirá toda noción de que un país o región puede aislarse o desconectarse de las redes globales de poder, a fin de recrear las condiciones del pasado y desarrollarse como lo hicieron en su momento los países capitalistas dominantes. Incluso los países dominantes son ahora dependientes del sistema global; las interacciones del mercado mundial han resultado en una desarticulación generalizada de todas las economías. Crecientemente, cualquier intento de aislamiento o separación significará solamente una forma de dominación más brutal por el sistema global, una reducción a la pobreza y la debilidad.

Informatización

Los procesos de modernización e industrialización transformaron y redefinieron todos los elementos del plano social. Cuando la agricultura fue modernizada como industria, la granja se volvió progresivamente una fábrica, con toda la disciplina fabril, la tecnología, las relaciones salariales, etc. La agricultura se modernizó como industria. En forma más general, la misma sociedad se industrializó lentamente, hasta el punto de transformar las relaciones y la naturaleza humana. La sociedad se volvió una fábrica. A principios del siglo veinte, Robert Musil reflexionó bellamente sobre la transformación de la humanidad en el pasaje desde el mundo agrícola pastoral hacia la factoría social: "Había un tiempo en el que la gente crecía naturalmente en las condiciones que hallaban esperándolos, y ese era un perfecto modo de formarse. Pero hoy en día, con toda esta agitación, cuando todo se está desprendiendo de la tierra en que creció, incluso en lo que a la producción del alma concierne uno debe reemplazar las artesanías tradicionales por la clase de inteligencia que corresponde a la máquina y la fábrica". 8 Los procesos de volverse humanos y la propia naturaleza

de lo humano fueron transformados fundamentalmente en el pasaje definido por la modernización.

En nuestros tiempos, sin embargo, la modernización ha concluido. En otras palabras, la producción industrial ya no está expandiendo su dominación por sobre otras formas económicas y fenómenos sociales. Un síntoma de este cambio se manifiesta en los cambios cuantitativos del empleo. Mientras el proceso de modernización estaba indicado por una migración del trabajo desde la agricultura y la minería (el sector primario) a la industria (el secundario), el proceso de posmodernización o informatización se demuestra mediante la migración desde la industria a los servicios (el terciario), cambio que viene teniendo lugar en los países capitalistas dominantes, en especial en los Estados Unidos, desde principios de los '70. Los servicios abarcan un amplio rango de actividades, desde el cuidado de la salud, la educación, las finanzas y el transporte hasta los entretenimientos y la publicidad. Los empleos para la mayor parte son altamente móviles e involucran habilidades flexibles. Más importante aún: se caracterizan en general por el papel central desempeñado por el conocimiento, la información, el afecto y la comunicación. En este sentido muchos denominan a la economía posindustrial una economía informacional.

Sostener que la modernización ha concluido y que la economía global está atravesando un proceso de posmodernización hacia una economía informacional no significa que la producción industrial será dejada de lado ni que dejará de jugar un papel importante, incluso en las regiones más dominantes del planeta. Del mismo modo que los procesos de industrialización transformaron la agricultura y la volvieron más productiva, así también la revolución informacional transformará la industria redefiniendo y rejuveneciendo los procesos de fabricación. Aquí el nuevo operativo administrativo imperativo es, "Tratar a la fabricación como un servicio".⁹ Efectivamente, a medida que se transforman las industrias, la división entre manufactura y servicios se borra.¹⁰ Del mismo modo que durante el proceso de modernización toda la producción tendió a industrializarse, así también durante el proceso de posmodernización toda la producción tiende hacia la producción de servicios, a volverse informacionalizada.

Por supuesto, no todos los países, incluso entre aquellos capitalistas dominantes, se han embarcado en el proyecto de posmodernización siguiendo el mismo camino. Sobre la base del cambio en las estadísticas de empleo en las naciones del G-7 desde 1970, Manuel Castells y Yuko Aoyama han discernido dos modelos básicos o caminos de informatización.¹¹ Ambos modelos implican el aumento del empleo en los servicios posindustriales, pero enfatizan diferentes tipos de servicios y diferentes relaciones entre servicios y manufactura. El primer camino tiende hacia un modelo de economía de servicios y es dirigido por los Estados Unidos, el Reino Unido y Canadá. Este modelo implica una rápida declinación de los empleos industriales con el correspondiente incremento de los empleos en el sector servicios. En particular, los servicios financieros que manejan el capital tienden a dominar a los otros servicios del sector. En el segundo modelo, el modelo info-industrial, representado por Japón y

Alemania, los empleos industriales decaen más lentamente que en el primer modelo, y, más importante, el proceso de informatización está estrechamente integrado y sirve para reforzar a la fuerza de la producción industrial existente. En este modelo, los servicios relacionados directamente con la producción industrial resultan más importantes que los demás. Los dos modelos representan dos estrategias para manejar y obtener ventajas en la transición económica, pero debe quedar claro que ambos avanzan resueltamente en dirección a la informatización de la economía y la resaltada importancia de las redes y flujos productivos.

Aunque las naciones y regiones subordinadas del mundo no sean capaces de implementar estas estrategias, los procesos de posmodernización les imponen cambios irreversibles. El hecho de que la informatización y el cambio hacia los servicios haya tenido lugar principalmente en los países capitalistas dominantes y no en otra parte no nos debe llevar a un entendimiento de la situación económica global contemporánea en términos de estadios lineales de desarrollo. Es verdad que mientras la producción industrial ha declinado en los países dominantes, ha sido efectivamente exportada a países subordinados, por ejemplo, desde Estados Unidos y Japón a México y Malasia. Esos cambios y desplazamientos geográficos pueden inducir a algunos a creer que hay una nueva organización global de los estadios económicos por la cual los países dominantes son economías de servicios informacionales, sus subordinados inmediatos las economías industriales, y los últimos subordinados las economías agrícolas. Desde la perspectiva de los estadios de desarrollo, por ejemplo, uno puede suponer que mediante la exportación contemporánea de producción industrial, una fábrica automotriz construida por Ford en Brasil en 1990 podrá ser comparable a la fábrica Ford de Detroit en 1930 porque ambas instancias de producción pertenecen al mismo estadio industrial.

Sin embargo, cuando miramos con más detenimiento podemos ver que ambas fábricas no son comparables, y sus diferencias son muy importantes. Primeramente, ambas fábricas son radicalmente distintas en términos de tecnología y prácticas productivas. Cuando se exporta capital fijo, generalmente se lo hace en su más elevado nivel de productividad. La fábrica Ford de Brasil en 1990, entonces, no será construida con la tecnología de la fábrica Ford de Detroit de 1930, sino que se basará en la tecnología informacional y computacional más avanzada y productiva que sea posible obtener. La infraestructura tecnológica de la propia fábrica la colocará claramente dentro de la economía informacional. Segundo, y tal vez más importante, las dos fábricas se hallan en diferente relación de dominación con respecto a la economía global como un todo. La fábrica de autos de Detroit de 1930 representa el pináculo de la economía global en la posición dominante, produciendo el valor más elevado; la fábrica de 1990, ya sea en San Pablo, Kentucky o Vladivostok, ocupa una posición subordinada en la economía global-subordinada a la producción de servicios de mayor valor. Hoy todas las actividades económicas tienden a quedar bajo el dominio de la economía informacional y a ser transformadas cualitativamente por ella. Las diferencias geográficas en la economía global no son signos de co-presencia

de diferentes estadios de desarrollo sino líneas de la nueva jerarquía global de la producción.

Desde la perspectiva de las regiones subordinadas está quedando cada vez más claro que la modernización ya no es la clave del avance económico y la competencia. Las regiones más subordinadas, tales como las áreas del África sub-Sahariana, están efectivamente excluidas de los flujos de capital y las nuevas tecnologías, encontrándose a sí mismas en los límites de la inanición. 12 La competencia por las posiciones de mediano nivel en la jerarquía global es conducida no por la industrialización sino mediante la informatización de la producción. Grandes países con diversas economías, tales como India y Brasil, pueden sostener simultáneamente todos los niveles de los procesos productivos: producción de servicios basada en la información, moderna producción industrial de bienes, y producción tradicional de manufacturas, agricultura y minería. No es preciso que haya una progresión histórica ordenada entre estas formas, sino que se mezclan y coexisten. Todas las formas de producción existen dentro de las redes del mercado mundial y bajo la dominación de la producción informacional de servicios.

Las transformaciones de la economía italiana desde los '50 demuestran claramente que las economías relativamente atrasadas no siguen simplemente los mismos estadios que experimentaron las regiones dominantes, sino que se desenvuelven a través de patrones mixtos y alternativos. Tras la Segunda Guerra Mundial, Italia era aún una sociedad basada en los campesinos, pero en los '50 y '60 ingresó a una furiosa aunque incompleta modernización e industrialización, un primer milagro económico. Sin embargo, luego, en los '70 y '80, cuando aún no se habían completado los procesos de industrialización, la economía italiana se embarcó en otra transformación, un proceso de posmodernización, y logró un segundo milagro económico. Estos milagros italianos no eran realmente saltos hacia delante que le permitirían alcanzar a las economías dominantes, en realidad representaban mezclas de diferentes formas económicas incompletas. Lo más significativo, y que puede colocar convenientemente al caso italiano como modelo general para todas las demás economías atrasadas, es que la economía italiana no completó un estadio (industrialización) antes de moverse hacia el siguiente (informatización). De acuerdo con dos economistas contemporáneos, la reciente transformación italiana revela "una interesante transición desde el proto-industrialismo al proto-informacionalismo". 13 Diversas regiones evolucionarán hacia tener elementos campesinos mezclados con industrialización parcial e informatización parcial. De este modo, los estadios económicos están todos presentes al unísono, fundidos en una economía compuesta, híbrida, que varía en el mundo no en tipo sino en grado.

Del mismo modo que la modernización en la era previa, la posmodernización o informatización hoy marcan un nuevo modo de volverse humano. En lo que a la producción del alma concierne, como diría Musil, uno debe reemplazar las técnicas tradicionales de las máquinas industriales con la inteligencia cibernética de las tecnologías de la información y comunicación. Debemos inventar lo que Pierre Levy

denomina una antropología del ciberespacio. 14 Este cambio de metáforas nos ofrece una primera aproximación a la transformación, pero debemos observar más profundamente para ver claramente los cambios en nuestra noción de los humanos y la humanidad que emergen en el pasaje hacia una economía informacional.

La Sociología del Trabajo Inmaterial

El pasaje hacia una economía informacional implica necesariamente un cambio en la calidad y naturaleza del trabajo. Esta es la más inmediata implicancia sociológica y antropológica del pasaje de paradigmas económicos. La presente información y comunicación ha venido a jugar un papel fundamental en los procesos de producción.

Muchos reconocen un primer aspecto de esta transformación en los términos del cambio del trabajo fabril-utilizando la industria automotriz como punto central de referencia-desde el modelo Fordista al modelo Toyotista. 15 El cambio estructural primario entre estos modelos implica al sistema de comunicación entre la producción y el consumo de mercancías, es decir, el pasaje de información entre la fábrica y el mercado. El modelo Fordista construyó una relación relativamente "muda" entre la producción y el consumo. La producción masiva de mercancías en la era Fordista pudo confiar en una demanda adecuada, y por ello tuvo poca necesidad de "escuchar" al mercado. Un circuito de retroalimentación desde el consumo hacia la producción permitió que los cambios del mercado estimulen cambios en la ingeniería productiva, pero este circuito de comunicación era restringido (por los canales fijos y compartimentalizados de las estructuras de planificación y diseño) y lento (por la rigidez de las tecnologías y procesos de la producción en masa)

El Toyotismo se basa en una inversión de la estructura Fordista de comunicación entre la producción y el consumo. Idealmente, según este modelo, la planificación de la producción se comunicará constante e inmediatamente con los mercados. Las fábricas mantendrán un stock cero, y las mercancías serán producidas justo a tiempo, de acuerdo a la demanda actual de los mercados existentes. De este modo el modelo no implica simplemente un circuito de retroalimentación más veloz sino una inversión de la relación porque, al menos en teoría, la decisión de producción ocurre después y como reacción a la decisión del mercado. En los casos más extremos la mercancía no es producida hasta que el consumidor ya la haya elegido y comprado. Pero en general es más exacto concebir al modelo como empeñado en una rápida comunicación o continua interactividad entre la producción y el consumo. El contexto industrial provee un primer sentido en el que la comunicación y la información han llegado a cumplir un papel central en la producción. Podríamos afirmar que la acción instrumental y la acción comunicativa se han entrelazado íntimamente en el proceso industrial informacionalizado, pero debemos apresurarnos a agregar que esta es una

noción empobrecida de la comunicación en cuanto mera transmisión de los datos del mercado. 16

El sector servicios de la economía presenta un modelo más rico de la comunicación productiva. De hecho, la mayoría de los servicios se basan en el continuo intercambio de información y conocimientos. Puesto que la producción de servicios no resulta en bienes materiales ni durables, definimos al trabajo implicado en esta producción como trabajo inmaterial-es decir, trabajo que produce un bien inmaterial, tal como un servicio, un producto cultural, conocimiento o comunicación. 17 Un aspecto del trabajo inmaterial puede ser reconocido en analogía con el funcionamiento de una computadora. El uso cada vez más extensivo de las computadoras ha tendido progresivamente a redefinir las prácticas y relaciones laborales, junto con las prácticas y relaciones sociales. La familiarización y aptitud con la tecnología de las computadoras se está convirtiendo en una calificación primaria general para el trabajo en los países dominantes. Aún cuando el contacto directo con computadoras no esté implicado, la manipulación de símbolos e información a lo largo del modelo de operación de computadoras está muy extendida. En una época anterior, los trabajadores aprendieron a actuar como máquinas, tanto dentro como fuera de la fábrica. Incluso hemos aprendido (con la ayuda de las fotos de Muybridge, por ejemplo) a reconocer como mecánica a la actividad humana en general. Hoy pensamos cada vez más como computadoras, a medida que las tecnologías de comunicación y su modelo de interacción se vuelven cada vez más centrales en las actividades laborales. Un aspecto novedoso de la computadora es que puede modificar continuamente su propia operación mediante su uso. Incluso las formas más rudimentarias de inteligencia artificial le permiten a la computadora expandir y perfeccionar sus operaciones mediante sus interacciones con el usuario y su entorno. El mismo tipo de interactividad continua caracteriza a un amplio rango de actividades productivas contemporáneas, ya sea que involucren el uso de hardware informático o no. La revolución de la computación y las comunicaciones está transformando las prácticas laborales de tal modo que todas tienden hacia el modelo de las tecnologías de la información y comunicación. 18 Las máquinas interactivas y cibernéticas se convierten en nuevas prótesis integradas a nuestros cuerpos y mentes, y en una lente a través de la cual redefinimos nuestros propios cuerpos y mentes. La antropología del ciberespacio es en verdad un reconocimiento de la nueva condición humana.

Robert Reich denomina a la clase de trabajo inmaterial implicado en el trabajo de la computadora y la comunicación "servicios simbólico-analíticos"-tareas que incluyen "resolución de problemas, identificación de problemas y actividades de corretaje estratégico". 19 Este tipo de trabajo reclama el valor más elevado, y por ello Reich lo identifica como la clave para la competencia en la nueva economía global. Reconoce, sin embargo, que el crecimiento de estos empleos de manipulación simbólica creativa, basados en el conocimiento, implica el crecimiento consiguiente de trabajos de bajo valor y baja calificación, como los de manipulación de símbolos rutinarios, tales como los de carga de datos y procesamiento de texto. Aquí comienza a surgir una división del trabajo fundamental dentro del reino de la producción inmaterial.

Debemos señalar que una consecuencia de la informatización de la producción y la emergencia del trabajo inmaterial ha sido una homogeneización real de los procesos laborales. Desde la perspectiva de Marx en el siglo diecinueve, las prácticas concretas de las diversas actividades laborales eran radicalmente heterogéneas: la sastrería y la tejeduría incluían incontables acciones concretas. Sólo cuando se las abstraía de sus prácticas concretas podían juntarse diferentes actividades laborales y ser vistas de modo homogéneo, ya no como sastrería o tejeduría sino como el gasto de fuerza de trabajo humano en general, o trabajo abstracto. 20 Con la presente computarización de la producción, sin embargo, la heterogeneidad del trabajo concreto tiende a reducirse, y el trabajador está cada vez más alejado del objeto de su trabajo. El trabajo de la sastrería computarizada o la tejeduría computarizada puede implicar exactamente las mismas prácticas concretas-es decir, la manipulación de símbolos e información. Por supuesto, las herramientas siempre han abstraído en cierta medida a la fuerza de trabajo del objeto de trabajo. Sin embargo, en periodos previos las herramientas solían estar relacionadas de un modo relativamente inflexible con ciertas tareas o ciertos conjuntos de tareas; a diferentes actividades les correspondían diferentes herramientas-las herramientas del sastre, las del tejedor, o, luego, una máquina de coser o un telar mecánico. En contraste, la computadora se propone a sí misma como la herramienta universal, o la herramienta central a través de la cual deben pasar todas las actividades. Entonces, mediante la computarización de la producción, el trabajo avanza hacia la posición de trabajo abstracto.

Sin embargo, el modelo de la computadora puede dar cuenta de sólo una cara del trabajo comunicacional e inmaterial implicado en la producción de servicios. La otra cara del trabajo inmaterial es el trabajo afectivo de la interacción y el contacto humano. Los servicios de salud, por ejemplo, descansan centralmente sobre el trabajo afectivo y de cuidado, y la industria del entretenimiento está también enfocada en la creación y manipulación del afecto. Este trabajo es inmaterial, aún cuando sea corporal y afectivo, en cuanto que su producto es intangible, un sentimiento de comodidad, bienestar, satisfacción, excitación o pasión. Categorías tales como "servicios personales" o servicios de proximidad son utilizadas a menudo para identificar esta clase de trabajos, pero lo realmente esencial para ellos es la creación y manipulación de afectos. Esa producción, intercambio y comunicación afectiva se asocia generalmente con el contacto humano, pero dicho contacto puede ser real o virtual, como en la industria del entretenimiento.

Este segundo aspecto del trabajo inmaterial, su cara afectiva, se extiende mucho más allá del modelo de comunicación e inteligencia definido por la computadora. El trabajo afectivo es entendido mejor partiendo de lo que los análisis feministas del "trabajo de la mujer" han denominado "trabajo en modo corporal". 21 Los trabajos de cuidado son están por cierto inmersos en lo corporal, lo somático, pero los efectos que producen son sin embargo inmateriales. Lo que produce el trabajo afectivo son redes sociales, formas de comunidad, biopoder. Aquí podríamos reconocer otra vez que la acción instrumental de la producción económica se ha unido con la acción

comunicativa de las relaciones humanas; en este caso, sin embargo, la comunicación no se ha empobrecido: la producción se ha enriquecido al nivel de la complejidad de la interacción humana.

En resumen, podemos distinguir tres tipos de trabajo inmaterial que conducen al sector servicios la tope de la economía informacional. El primero está implicado en una producción industrial que se ha informacionalizado e incorporado tecnologías de comunicación de modo tal que transforman al propio proceso de producción. La manufactura es considerada un servicio, y el trabajo material de la producción de bienes durables se mezcla y tiende hacia el trabajo inmaterial. El segundo es el trabajo inmaterial de las tareas analíticas y simbólicas, el que se subdivide en manipulaciones inteligentes y creativas por un lado y tareas simbólicas rutinarias por otro. Finalmente, un tercer tipo de trabajo inmaterial implica la producción y manipulación de afectos, y requiere contacto humano (virtual o real), trabajo en modo corporal. Estos son los tres tipos de trabajo que dirigen la posmodernización de la economía global.

Antes de movernos hacia estas tres formas de trabajo inmaterial debemos señalar que la cooperación es completamente inherente al propio trabajo. El trabajo inmaterial involucra inmediatamente cooperación e interacción social. En otras palabras, el aspecto cooperativo del trabajo inmaterial no es impuesto u organizado desde afuera, como lo era en las formas previas de trabajo, sino que, la cooperación es completamente inmanente a la propia actividad laboral. ²² Este hecho lleva a cuestionar la vieja noción (común a la economía política clásica y marxiana) por la cual la fuerza de trabajo es concebida como "capital variable", es decir, una fuerza activada y vuelta coherente sólo por el capital, porque la fuerza cooperativa de la fuerza de trabajo (en particular de la fuerza de trabajo inmaterial) le otorga al trabajo la posibilidad de valorizarse a sí mismo. Las mentes y los cuerpos aún necesitan de otros para producir valor, pero los otros que necesitan no son necesariamente provistos por el capital y sus capacidades de orquestar la producción. La actual productividad, riqueza y creación de excedente social toma la forma de interactividad cooperativa a través de redes lingüísticas, comunicacionales y afectivas. En la expresión de sus propias energías creativas, el trabajo inmaterial parece poder proveer el potencial para algún tipo de comunismo elemental y espontáneo.

Producción en Red

La primera consecuencia geográfica del pasaje de una economía industrial a otra informacional es una dramática descentralización de la producción. Los procesos de modernización y pasaje al paradigma industrial provocaron la intensa agregación de fuerzas productivas y masivas migraciones de fuerzas de trabajo hacia centros que se volvieron ciudades fabriles, como Manchester, Osaka y Detroit. La eficiencia de la

producción industrial masiva dependió de la concentración y proximidad de los elementos a fin de crear el lugar fabril y facilitar el transporte y la comunicación. Sin embargo, la informatización de la industria y la emergente dominación de la producción de servicios ha vuelto innecesaria dicha concentración de la producción. El tamaño y la eficiencia ya no están relacionados linealmente; de hecho, la gran escala se ha vuelto un obstáculo en muchos casos. Los avances en las telecomunicaciones y las tecnologías de la información han posibilitado una deterritorialización de la producción que ha dispersado efectivamente a las fábricas de masas y evacuado las ciudades factoría. La comunicación y el control pueden ser ejercidos eficientemente a la distancia, y en algunos casos los productos inmateriales pueden transportarse por todo el mundo con mínimo costo y demora. Múltiples destrezas diferentes pueden coordinarse en la producción simultánea de una única mercancía, de tal modo que las fábricas pueden estar dispersas en diversos lugares. Incluso en algunos sectores la propia fábrica puede eliminarse desde que sus trabajadores se intercomunican mediante nuevas tecnologías informáticas. 23

En el pasaje a la economía informacional, la línea de montaje ha sido reemplazada por la red como modelo organizacional de la producción, transformando las formas de cooperación y comunicación dentro de cada lugar productivo y entre distintos lugares productivos. La fábrica industrial masiva definió los circuitos de cooperación laboral principalmente mediante el despliegue físico de trabajadores en la planta. Los trabajadores individuales se comunicaban con los trabajadores cercanos, y la comunicación estaba limitada habitualmente por la proximidad física. La cooperación entre los sitios productivos requería también de proximidad física tanto para coordinar los ciclos productivos como para minimizar los costos y tiempos de transporte de las mercancías producidas. Por ejemplo, la distancia entre la mina de carbón y la fundición de acero, y la eficiencia de las líneas de comunicación y transporte entre ellos eran factores significativos en la eficiencia global de la producción de acero. Similarmente, para la producción automotriz la eficiencia de la comunicación y el transporte entre la serie de subcontratistas implicados es crucial en la eficiencia total del sistema. En contraste, el pasaje hacia la producción informacional y la estructura en red de la producción vuelve a la cooperación y eficiencia productiva no dependientes en tal magnitud de la proximidad y la centralización. Las tecnologías de la información vuelven menos relevantes a las distancias. Los trabajadores involucrados en un único proceso pueden comunicarse y cooperar efectivamente desde localidades remotas, sin importar la proximidad. En efecto, la red de cooperación laboral no requiere de un centro territorial o físico.

La tendencia hacia la deterritorialización de la producción es aún más pronunciada en los procesos de trabajo inmaterial que implican la manipulación del conocimiento y la información. Los procesos laborales pueden ser conducidos de modo totalmente compatible con las redes de comunicación, para las que la locación y la distancia tienen una importancia muy limitada. Incluso los trabajadores pueden quedarse en su hogar y navegar en la red. El trabajo de la producción informacional (tanto de servicios como de bienes durables) descansa sobre lo que podríamos denominar

cooperación abstracta. Dicho trabajo asigna un papel aún más central a la comunicación de conocimientos e información entre los trabajadores, pero dichos trabajadores cooperadores no requieren estar presentes e incluso pueden ser relativamente desconocidos entre sí, o conocerse sólo mediante la información productiva intercambiada. El circuito de cooperación se consolida en la red y la mercancía en un nivel abstracto. Por ello los sitios de producción pueden deterritorializarse y tender hacia una existencia virtual en cuanto están coordinados en la red de comunicación. En oposición al antiguo modelo industrial vertical y corporativo, la producción tiende ahora a estar organizada en redes horizontales de empresas. 24

Las redes de información también liberan a la producción de límites territoriales en tanto tienden a colocar al producto en contacto directo con el consumidor, sin importar la distancia que haya entre ambos. Bill Gates, cofundador de Microsoft Corporation, lleva esta tendencia al extremo cuando predice un futuro en el que las redes derribarán a las barreras a la circulación, posibilitando la emergencia de un capitalismo ideal, "sin fricciones": "La autopista informática extenderá el mercado electrónico, volviéndolo el escenario final, el intermediario universal". 25 Si se realiza la visión de Gates, las redes tenderán a reducir todas las distancias y volver inmediatas las transacciones. Los sitios de producción y los de consumo se presentarán entonces simultáneamente, sin importar las localizaciones geográficas.

Estas tendencias hacia la deterritorialización de la producción y la creciente movilidad del capital no son absolutas, y existen tendencias contrapuestas significativas, pero considerando de donde provienen, sitúan al trabajo en una debilitada posición negociadora. En la era de la organización Fordista de la producción industrial masiva, el capital se ataba a un territorio específico y negociaba contractualmente con una población laboral limitada. La informatización de la producción y la creciente importancia de la producción inmaterial han tendido a liberar al capital de los límites del territorio y la negociación. El capital puede retirarse de una negociación con una población local trasladando su lugar a otro punto de la red global-o simplemente utilizando su potencial de movilidad como un arma en la negociación. Poblaciones laborales completas, que habían disfrutado de una cierta estabilidad y fuerza contractual, se han encontrado en situaciones de empleo crecientemente precarias. Una vez que la posición negociadora de los trabajadores se ha debilitado, la producción en red puede introducir diversas formas de trabajo no-garantizado, tales como el cuentapropismo, el trabajo domiciliario, el trabajo part-time y el trabajo a destajo. 26

La descentralización y dispersión global de los sitios y procesos productivos, característica de la posmodernización o informatización de la economía, provoca una centralización equivalente del control sobre la producción. El movimiento centrífugo de la producción se balancea con la tendencia centrípeta del comando. Desde la perspectiva local, las redes computacionales y las tecnologías de comunicación internas de los sistemas de producción posibilitan un monitorio más extensivo de los

trabajadores desde algún lugar central, remoto. El control de la actividad laboral puede, potencialmente ser individualizado y continuo en el panóptico virtual de la producción en red. Sin embargo, la centralización del control es aún más evidente desde una perspectiva global. La dispersión geográfica de la manufactura ha creado una demanda de administración y planificación crecientemente centralizadas, y también de una nueva centralización de producción de servicios especializados, en especial servicios financieros. 27 Los servicios financieros y relacionados al comercio en unas pocas ciudades clave (tales como Nueva York, Londres y Tokio) administran y dirigen las redes globales de producción. Como un cambio demográfico masivo, entonces, a la declinación y evacuación de las ciudades industriales les ha correspondido la emergencia de ciudades globales, o, verdaderamente, ciudades de control.

Autopistas Informáticas

La estructura y administración de las redes de comunicación son condiciones esenciales para la producción en la economía informacional. Estas redes globales deben ser construidas y vigiladas de modo tal de garantizar el orden y las ganancias. No debe sorprender, por ello, que el gobierno considere el establecimiento y regulación de una infraestructura global de información como una de sus principales prioridades, y que las redes de comunicación se hayan vuelto el más activo terreno de fusiones y competencia para las corporaciones transnacionales más poderosas.

Un consejero de la Comisión Federal de Comunicaciones, Peter Cowhey, ha efectuado una interesante analogía para el rol que estas redes juegan en el nuevo paradigma de producción y poder. La construcción de la nueva infraestructura de información, afirma, provee las condiciones y términos del gobierno y la producción mundial del mismo modo que la construcción de caminos lo hizo para el Imperio Romano. 28 La extensa distribución de la ingeniería y tecnología Romanas fue tanto el más duradero regalo a los territorios imperiales como la condición fundamental para ejercer control sobre ellos. Los caminos romanos, sin embargo, no jugaron un rol central en los procesos de producción imperiales, sino que sólo facilitaron la circulación de bienes y tecnologías. Tal vez una mejor analogía de la infraestructura mundial de información pueda ser la construcción de ferrocarriles para beneficio de los intereses de las economías imperialistas de los siglos diecinueve y veinte. El tendido de vías férreas en los países dominantes consolidó su economía industrial nacional, y en las regiones colonizadas y económicamente dominadas abrió dichos territorios a la penetración por las empresas capitalistas, posibilitando su incorporación a los sistemas económicos imperialistas. Sin embargo, como los caminos Romanos, las vías férreas jugaron sólo un rol externo en la producción industrial e imperialista, extendiendo sus líneas de comunicación y transporte a nuevas materias primas, mercados y fuerza de trabajo. La novedad de la nueva infraestructura de información es el hecho de que está incorporada y es

completamente inmanente a los nuevos procesos de producción. En el pináculo de la producción contemporánea la información y comunicación son las verdaderas mercancías producidas; la propia red es tanto el lugar de producción como de circulación.

En términos políticos la infraestructura global de información puede ser caracterizada como la combinación de un mecanismo democrático y otro oligopólico, que operan mediante diferentes modelos de sistemas de red. La red democrática es un modelo completamente horizontal y deterritorializado. La Internet, que comenzó como un proyecto del DARPA (la Agencia de Proyectos Avanzados de Investigación del Departamento de Defensa de los Estados Unidos), pero que se ha expandido actualmente por todo el planeta, es el ejemplo principal de esta estructura de red democrática. Un número indeterminado y potencialmente ilimitado de nodos interconectados se comunican sin ningún punto central de control; todos los nodos, independientemente de su localización territorial, se conectan con entre sí a través de una miríada de pasos y relevos. De este modo la Internet recuerda a la estructura de las redes telefónicas, y de hecho la suele incorporar como su propio camino de comunicación, del mismo modo que se basa en la tecnología de la computación para sus puntos de comunicación. El desarrollo de la telefonía celular y las computadoras portátiles, desamarrando de un modo aún más radical los puntos comunicantes de la red, han intensificado el proceso de deterritorialización. El diseño original de la Internet fue ideado para resistir un ataque militar. Como no hay un centro y casi cada parte puede operar como un todo autónomo, la red puede continuar funcionando aún cuando parte de ella haya sido destruida. Ese mismo elemento de diseño que asegura la sobrevivencia, la descentralización, es el que torna tan difícil del control de la red. Como ningún punto de la red es necesario para la comunicación entre otros, es dificultoso regular o prohibir su comunicación. Este modelo es el que Deleuze y Guattari llaman un rizoma, una estructura en red, no-jerárquica y no-centrada.

El modelo oligopólico de red se caracteriza por sistemas de difusión. Según este modelo, por ejemplo en los sistemas de radio o televisión, hay un único y relativamente fijo punto de emisión, pero los puntos de recepción son potencialmente infinitos y territorialmente indefinidos, aunque ciertos desarrollos como las redes de televisión por cable fijan en cierta medida estos caminos. La red de emisión se define por su producción centralizada, su distribución masiva, y la comunicación unidireccional. Toda la industria de la cultura-desde la distribución de diarios y libros hasta las películas y video cassettes-ha operado tradicionalmente dentro de este modelo. Un número relativamente pequeño de corporaciones (o, en algunas regiones, de empresarios como Rupert Murdoch, Silvio Berlusconi y Ted Turner) pueden dominar efectivamente todas estas redes. Este modelo oligopólico no es un rizoma sino una estructura de árbol que subordina todas las ramas a la raíz central.

Las redes de la nueva infraestructura de información son un híbrido de estos dos modelos. De igual modo que Lenin y otros críticos del imperialismo reconocieron en otra época una consolidación de las corporaciones multinacionales en cuasi-

monopolios (sobre los ferrocarriles, los bancos, la electricidad, etc.), hoy somos testigos de una competencia entre las corporaciones transnacionales para establecer y consolidar cuasi-monopolios sobre la nueva infraestructura de información. Las variadas corporaciones de la telecomunicación, la producción de software y hardware, y las corporaciones de la información y los entretenimientos están fusionándose y expandiendo sus operaciones, peleando para dividirse y controlar los nuevos continentes de las redes productivas. Quedarán, por supuesto, porciones o aspectos democráticos de esta red consolidada que resistan el control gracias a su estructura en red, interactiva y descentralizada; pero ya está en marcha una centralización masiva del control mediante la unificación (de facto o de jure) de los principales elementos de la estructura de poder de la información y la comunicación: Hollywood, Microsoft, IBM, AT&T, etc. Las nuevas tecnologías de comunicación, que levantaron la promesa de una nueva democracia y una nueva igualdad social, han creado de hecho nuevas líneas de inequidad y exclusión, en los países dominantes y especialmente fuera de ellos. 30

Comunes

Ha habido un movimiento continuo a lo largo del período moderno tendiente a privatizar la propiedad pública. En Europa las extensas tierras comunes creadas por la fractura del Imperio Romano y el auge del Cristianismo fueron transferidas eventualmente a manos privadas durante el curso de la acumulación primitiva capitalista. En todo el mundo los restos de los vastos espacios públicos son ahora material de leyendas: el bosque de Robin Hood, las Grandes Planicies de los Amerindios, las estepas de las tribus nómades, etc. Durante la consolidación de la sociedad industrial, la construcción y destrucción de los espacios públicos se desarrolló en una espiral aún más poderosa. Es cierto que cuando era dictado por las necesidades de la acumulación (a fin de impulsar una aceleración o salto en el desarrollo, de concentrar y movilizar los medios de producción, de hacer la guerra, etc.), la propiedad pública era expandida mediante la expropiación de amplios sectores de la sociedad civil, transfiriéndose a la colectividad riquezas y propiedades. Sin embargo, esa propiedad pública pronto era reapropiada por manos privadas. En cada proceso, la posesión comunal, considerada natural, es transformada a expensa pública en una segunda y tercera naturaleza que funcionan finalmente para el beneficio privado. Una segunda naturaleza se creó, por ejemplo, embalsando los grandes ríos del oeste de Norte América e irrigando los valles áridos, y luego esta nueva riqueza fue dejada en manos de los magnates de los negocios agrícolas. El capitalismo pone en acción un ciclo continuo de reapropiación privada de los bienes públicos: la expropiación de lo que es común.

El auge y derrumbe del Estado de Bienestar en el siglo veinte es otro ciclo en esta espiral de apropiaciones públicas y privadas. La crisis del Estado de Bienestar ha

significado principalmente que las estructuras de asistencia y distribución pública, construidas mediante fondos públicos, están siendo privatizadas y expropiadas para beneficio privado. La actual tendencia neoliberal hacia la privatización de la energía y los servicios de comunicaciones es otra vuelta de la espiral. Consiste en garantizar para los negocios privados las redes de energía y comunicaciones que se contruyeron mediante enormes inversiones de dineros públicos. Los regímenes de mercado y el neoliberalismo sobrevivieron a estas apropiaciones privadas de segundo, tercer o enésimo orden. Los comunes, que alguna vez fueron considerados base del concepto de público, son expropiados para uso privado y nadie puede elevar un dedo. Lo público es de este modo disuelto, privatizado, incluso como concepto. O, la relación inmanente entre lo público y lo común es reemplazada por la fuerza trascendente de la propiedad privada.

No pretendemos llorar sobre la destrucción y expropiación que el capitalismo opera continuamente en todo el mundo, aunque resistir su fuerza (y en particular resistir la expropiación del Estado de Bienestar) sea por cierto una tarea importante y eminentemente ética. En realidad deseamos preguntar cual es hoy la noción operativa de lo común, en medio de la posmodernidad, la revolución de la información y la consiguiente transformación del modo de producción. Nos parece, de hecho, que hoy participamos de una comunalidad mucho más radical y profunda que la que se haya experimentado nunca en la historia del capitalismo. El hecho es que participamos en un mundo productivo hecho de redes sociales y comunicacionales, servicios interactivos y lenguajes comunes. Nuestra realidad económica y social está definida menos por los objetos materiales fabricados y consumidos que por los servicios co-producidos y las interrelaciones. Produciendo crecientemente medios que construyen cooperación y comunalidades comunicativas.

El propio concepto de propiedad privada, entendido como el derecho exclusivo de usar un bien y disponer de toda la riqueza derivada de su posesión, se vuelve crecientemente sin sentido en esta nueva situación. Incluso hay cada vez menos bienes que puedan ser poseídos y utilizados exclusivamente en este marco; es la comunidad la que produce y la que, mientras produce es reproducida y redefinda. Así, el fundamento de la clásica concepción moderna de propiedad privada es, en cierta medida, disuelto en el modo posmoderno de producción.

Deberíamos objetar que, sin embargo, esta nueva condición social de producción no ha debilitado los regímenes jurídicos y políticos de la propiedad privada. La crisis conceptual de la propiedad privada no se ha vuelto una crisis en la práctica, y en lugar de ello el régimen de expropiación privada tiende a ser aplicado universalmente. Esta objeción sería válida de no ser por el hecho que, en el contexto de la producción lingüística y cooperativa, el trabajo y la propiedad común tienden a superponerse. La propiedad privada, pese a sus poderes jurídicos, no puede evitar volverse un concepto cada vez más abstracto y trascendente, y con ello, cada vez más separado de la realidad.

En este terreno deberá emerger una nueva noción de "comunes". Deleuze y Guattari sostienen en *¿Qué es la filosofía?* que en la era contemporánea y en el contexto de la producción comunicativa e interactiva, la construcción de conceptos no es sólo una operación epistemológica sino igualmente un proyecto ontológico. La construcción de conceptos y los que ellos denominan "nombres comunes" es en verdad una actividad que combina la inteligencia y la acción de la multitud, haciéndolas trabajar juntas. La construcción de conceptos significa hacer existir en la realidad un proyecto que es una comunidad. No hay otro modo de construir conceptos más que trabajar de modo común. Esta comunalidad es, desde la perspectiva de la fenomenología de la producción, desde la perspectiva de la epistemología del concepto, y desde la perspectiva de la práctica, un proyecto en el que la multitud está completamente investida. Lo común es la encarnación, la producción y la liberación de la multitud. Rousseau decía que la primera persona que deseaba un pedazo de naturaleza como de su exclusiva posesión y lo transformaba en la forma trascendente de la propiedad privada, era el que había inventado al demonio. Bien, lo contrario es lo común.

3.5 Constitución mixta

Una de las cosas más maravillosas de la autopista informática es que la equidad virtual es mucho más fácil de alcanzar que la equidad real...

Todos somos creados iguales en el mundo virtual.

Bill Gates

El cambio de paradigma de producción hacia el modelo de redes ha alentado al poder creciente de las corporaciones transnacionales más allá y por encima de las fronteras tradicionales de los Estados-nación. La novedad de esta relación debe ser reconocida en los términos de la prolongada lucha de poder entre los capitalistas y el Estado. La historia de este conflicto es fácilmente incomprendida. Debemos entender que, por sobre todo, pese al antagonismo constante entre los capitalistas y el Estado, la relación es realmente conflictiva sólo cuando los capitalistas son considerados individualmente.

Marx y Engels caracterizaron al Estado como la junta ejecutiva que administra los intereses de los capitalistas; con esto querían decir que aunque la acción del Estado pueda a veces contradecir los intereses inmediatos de capitalistas individuales, siempre será a favor, a largo plazo, del capitalista colectivo, es decir, del sujeto colectivo del capital social como un todo. 1 La competencia entre los capitalistas, se desprende de ello, aunque libre, no garantiza el bien común del capitalista colectivo, porque su inclinación inmediata egoísta hacia la ganancia es fundamentalmente miope. Se requiere del Estado para una prudente mediación de los intereses de los capitalistas individuales, elevándolos en el interés colectivo del capital. Por ello los capitalistas combaten los poderes del Estado aún cuando el Estado esté actuando en su propio interés colectivo. Este conflicto es realmente una dialéctica feliz y virtuosa desde la perspectiva del capital social total.

Cuando los Gigantes Gobiernan la Tierra

La dialéctica entre el Estado y el capital ha tomado diferentes configuraciones en las distintas fases del desarrollo capitalista. Una periodización rápida y grosera no ayudará a identificar al menos los rasgos más básicos de esta dinámica. En los siglos dieciocho y diecinueve, mientras el capitalismo se establecía plenamente en Europa, el Estado manejó los asuntos del capital social total, pero necesitando relativamente pocos poderes de intervención. Este período ha sido visto retrospectivamente (con una cierta distorsión) como la época dorada del capitalismo europeo, caracterizada por el libre comercio entre capitalistas relativamente pequeños. Por fuera de los Estados-nación europeos en este período, antes del pleno despliegue de las poderosas administraciones coloniales, el capital europeo operó aún con menores restricciones. En gran medida las compañías capitalistas fueron soberanas al operar en los territorios coloniales o precoloniales, estableciendo su propio monopolio de la fuerza, su propia policía, sus propias cortes. La Dutch East India Company, por ejemplo, gobernó los territorios que explotaba en Java hasta el final del siglo dieciocho con sus propias estructuras de soberanía. Incluso tras la disolución de la compañía en 1800, el capital gobernó relativamente libre del control o la mediación del Estado. 2 La situación era la misma para los capitalistas que operaban en las colonias británicas del Sur Asiático y el África. La soberanía de la East India Company persistió hasta que el Acta de East India de 1858 colocó a la compañía bajo el mando de la Reina, y en el sur de África el libre reinado de los empresarios y aventureros capitalistas duró al menos hasta fin de siglo. 3 Es así como este período se caracterizó por una relativamente escasa necesidad de intervención estatal, en el lugar de origen o el extranjero: dentro de los Estados-nación europeos los capitalistas individuales eran dirigidos (en su propio interés colectivo) sin grandes conflictos, mientras que en los territorios coloniales eran efectivamente soberanos.

La relación entre Estado y capital cambió gradualmente en los siglos diecinueve y veinte cuando la crisis amenazó crecientemente el desarrollo del capital. En Europa y Estados Unidos las corporaciones, trusts y carteles crecieron hasta establecer cuasi-monopolios sobre industrias específicas y conglomerados industriales, extendiéndose mucho más allá de las fronteras nacionales. La fase de los monopolios instaló una amenaza directa a la salud del capitalismo, pues erosionó la competencia entre capitalistas, vale decir, la sangre vital del sistema. 4 La formación de monopolios y cuasi-monopolios también socavó las capacidades administrativas del Estado, y con ello las enormes corporaciones ganaron poder para imponer sus intereses particulares sobre el interés del capitalista colectivo. Consecuentemente surgió toda una serie de luchas con las cuales el Estado buscó establecer su comando sobre las corporaciones aprobando leyes antitrust, elevando impuestos y tarifas y extendiendo la regulación estatal sobre las industrias. También en los territorios coloniales las actividades incontroladas de las compañías soberanas y los aventureros capitalistas condujeron crecientemente hacia la crisis. Por ejemplo, en 1857 la rebelión de la India contra los poderes de la East India Company alertó al gobierno inglés sobre los desastres que

eran capaces de provocar los capitalistas coloniales de no ser controlados. El Acta de la India aprobada por el Parlamento inglés al año siguiente fue una respuesta directa a la crisis potencial. Gradualmente las potencias europeas establecieron administraciones plenamente articuladas y funcionantes sobre los territorios coloniales, recuperando efectivamente la economía colonial y la actividad social bajo la segura jurisdicción de los Estados-nación, garantizando con ello los intereses del capital social total ante la crisis. Interna y externamente los Estados-nación se vieron forzados a intervenir más fuertemente a fin de proteger los intereses del capital social total frente a los capitalistas individuales.

Hoy ha madurado plenamente una tercera fase de esta relación, en la que las grandes corporaciones transnacionales han sobrepasado efectivamente la jurisdicción y autoridad de los Estados-nación. Pareciera, entonces, que esta centenaria dialéctica ha llegado a su fin: ¡el Estado ha sido vencido y las corporaciones gobiernan ahora la Tierra! En los últimos años han aparecido numerosos trabajos en la Izquierda que miran estos fenómenos en términos apocalípticos, como librando a la humanidad en las manos de incontrolables corporaciones capitalistas sin la antigua protección de los Estados-nación. 5 En correspondencia, los proponentes del capital celebran una nueva era de desregulación y libre comercio. Sin embargo, si esta fuese la situación, si el Estado realmente hubiera dejado de manejar los asuntos del capital colectivo y la virtuosa dialéctica del conflicto entre el Estado y el capital hubiera acabado, ¡entonces los capitalistas deberían ser los más temerosos del futuro! Sin el Estado el capital social no tiene medios para proyectar y realizar sus intereses colectivos.

De hecho la fase contemporánea no se caracteriza adecuadamente mediante la victoria de las corporaciones capitalistas sobre el Estado. Aunque las corporaciones transnacionales y las redes globales de producción y circulación han socavado los poderes de los Estados-nación, las funciones y elementos constitucionales del Estado se han desplazado efectivamente a otros niveles y dominios. Necesitamos echar una mirada mucho más cuidadosa sobre cómo ha cambiado la relación entre el Estado y el capital. Primeramente debemos reconocer la crisis de las relaciones políticas en el contexto nacional. En la medida que el concepto de soberanía nacional está perdiendo efectividad, así también decae la denominada autonomía de la política. 6 La noción actual de la política como una esfera independiente de determinación del consenso y ámbito de mediación entre las fuerzas sociales en conflicto tiene poco espacio para subsistir. El consenso está determinado más significativamente por factores económicos, tales como el equilibrio de los balances comerciales y la especulación con el valor de las divisas. El control sobre estos movimientos no está en manos de las fuerzas políticas que fueron concebidas tradicionalmente como depositarias de la soberanía, y el consenso se determina por mecanismo que no son los políticos tradicionales. El gobierno y la política tienden a integrarse dentro del sistema de comando transnacional. Los controles son articulados por intermedio de una serie de cuerpos y funciones internacionales. Y esto es también cierto para los mecanismos de mediación política, que realmente funcionan a través de categorías de mediación burocrática y sociología administrativa antes que por las categorías políticas

tradicionales de la mediación de conflictos y la reconciliación de los conflictos de clase. Los políticos no desaparecen, lo que desaparece es toda noción de autonomía de la política.

La declinación de toda esfera de política autónoma señala también la declinación de todo espacio independiente en donde pueda emerger la revolución en el régimen político nacional, o donde el espacio social pueda ser transformado utilizando los instrumentos del Estado. La idea tradicional de contra-poder y la idea de resistencia contra la soberanía moderna en general se torna así cada vez menos posible. Esta situación recuerda en ciertos aspectos a la que enfrentó Maquiavelo en otra era: la derrota patética y desastrosa de la revolución o la resistencia "humanística" a manos de los poderes del principado soberano, o, en verdad, del Estado moderno emergente. Maquiavelo reconoció que las acciones de los héroes individuales (al estilo de los héroes de Plutarco) ya no eran capaces ni de tocar la nueva soberanía del principado. Debía hallarse una nueva forma de resistencia adecuada a las nuevas dimensiones de la soberanía. Hoy también podemos ver que las formas tradicionales de resistencia, tales como las organizaciones institucionales de los trabajadores que se desarrollaron durante la mayor parte del siglo diecinueve y veinte, han comenzado a perder su poder. Otra vez habrá que inventar un nuevo tipo de resistencia.

Por último, la declinación de las esferas tradicionales de la política y la resistencia es complementada con la transformación del Estado democrático de tal modo que sus funciones se han integrado a mecanismos de comando en el nivel global de las corporaciones transnacionales. El modelo nacional democrático de explotación administrada estatalmente operó en los países capitalistas dominantes mientras fue apto para regular la creciente conflictividad de un modo dinámico-en otras palabras, mientras fue capaz de mantener vivo el potencial de desarrollo y la utopía del Estado planificador, mientras, por sobre todo, la lucha de clases en los países individuales determinó una especie de dualismo de poder sobre el que las estructuras del Estado unitario pudieron situarse. En la medida que estas condiciones han desaparecido, tanto en términos reales como ideológicos, el Estado capitalista nacional democrático se ha auto-destruido. La unidad de los gobiernos individuales ha sido desarticulada e investida en una serie de cuerpos separados (bancos, organismos internacionales de planificación, etc., además de los cuerpos separados tradicionales), los que crecientemente requieren la legitimación del nivel transnacional de poder.

El reconocimiento del auge de las corporaciones transnacionales por arriba y más allá del comando constitucional de los Estados-nación no nos debe llevar a creer que los mecanismos constitucionales y controles como tales han declinado, que las corporaciones transnacionales, relativamente libres de Estados-nación, tienden a competir libremente y administrarse a sí mismas. En lugar de ello, las funciones constitucionales han sido desplazadas a otro nivel. Una vez que hemos reconocido la declinación de los sistemas constitucionales nacionales tradicionales debemos explorar cómo es constitucionalizado el poder en un nivel supranacional-en otras palabras, cómo comienza a tomar forma la constitución del Imperio.

La Pirámide de la Constitución Global

A primera vista, y en un nivel de observación empírico, la trama constitucional del nuevo mundo aparece como un conjunto desordenado e incluso caótico de controles y organizaciones representativas. Estos elementos constitucionales globales se hallan distribuidos en un amplio espectro de cuerpos (Estados-nación, asociaciones de Estados-nación y organizaciones internacionales de todo tipo); los que están divididos según función y contenido (tales como los organismos políticos, monetarios, de salud o educacionales); y se hallan atravesados por una variedad de actividades productivas. Sin embargo, si miramos más de cerca, esta disposición desordenada contiene algunos puntos de referencia. Más que elementos ordenadores son matrices que delimitan horizontes relativamente coherentes en el desorden de la vida política y jurídica global. Cuando analizamos las configuraciones del poder global en sus diversos cuerpos y organizaciones, podemos reconocer una estructura piramidal compuesta por tres escalones progresivamente más anchos, cada uno de los cuales contiene múltiples niveles.

En la cúspide angosta de la pirámide hay una superpotencia, los Estados Unidos, que posee la hegemonía sobre el uso mundial de la fuerza-superpotencia que puede actuar sola pero prefiere hacerlo en colaboración con otros bajo el paraguas de las Naciones Unidas. Este status singular fue alcanzado definitivamente con el fin de la Guerra Fría y confirmado en la Guerra del Golfo. En un segundo nivel, aún dentro de este escalón, en un leve ensanchamiento de la pirámide, un grupo de Estados-nación controla los instrumentos monetarios globales primarios y con ello tienen la capacidad de regular los intercambios internacionales. Estos Estados-nación están reunidas en una serie de organismos-el G7, los clubes de París y Londres, Davos, etc. Finalmente, en un tercer nivel de este escalón, hay un conjunto heterogéneo de asociaciones (incluyendo más o menos a los mismos poderes que ejercen la hegemonía en lo militar y lo monetario) que despliegan poder cultural y biopolítico a escala mundial.

Por debajo del escalón más elevado del comando mundial unificado hay un segundo escalón en el cual el comando está ampliamente distribuido por el planeta, enfatizando no tanto la unificación como la articulación. Este estamento se estructura principalmente mediante las redes que las corporaciones capitalistas transnacionales han extendido por todo el mercado mundial-redes de flujo de capital, flujos tecnológicos, flujos poblacionales. Estas organizaciones productivas que forman y abastecen los mercados se extienden transversalmente bajo el paraguas y las garantías de los poderes centrales que conforman el primer nivel del poder global. Si tomásemos la antigua noción Iluminista de la construcción de los sentidos pasando

una rosa ante el rostro de la estatua, podríamos decir que las corporaciones transnacionales le dan vida a la rígida estructura del poder central. En efecto, mediante la distribución mundial de capitales, tecnologías, bienes y poblaciones, las corporaciones transnacionales construyen vastas redes de comunicación y aseguran la satisfacción de las necesidades. Así la cúspide única y unívoca del comando mundial se articula mediante las corporaciones transnacionales y la organización de los mercados. El mercado mundial homogeniza y diferencia los territorios, re-escribiendo la geografía del mundo. Aún en el segundo escalón, en un nivel subordinado a menudo al poder de las corporaciones transnacionales, reside el conjunto de Estados-nación soberanos, los que ahora consisten esencialmente en organizaciones locales, territoriales. Los Estados-nación cumplen diversas funciones: mediación política respecto de los poderes globales hegemónicos, negociaciones con las corporaciones transnacionales, y redistribución del ingreso según las necesidades biopolíticas al interior de sus propios territorios limitados. Los Estados-nación son filtros del flujo de la circulación global y reguladores de la articulación del comando global; en otras palabras, capturan y distribuyen los flujos de riqueza hacia y desde el poder global, y disciplinan a su propia población en la medida en que esto sea posible.

El tercer y más ancho escalón de la pirámide, finalmente, consiste en grupos que representan intereses populares en la disposición del poder global. La multitud no puede ser incorporada directamente dentro de la estructura del poder global sino que debe ser filtrada mediante mecanismos de representación. ¿Qué grupos y organizaciones satisfacen la función contestataria y/o legitimante de la representación popular en las estructuras mundiales del poder? ¿Quién representa al Pueblo en la constitución global? O, más importante aún, ¿qué fuerzas y procesos transforman a la multitud en un Pueblo que pueda ser representado en la constitución global? En muchos casos los Estados-nación son instalados en este rol, especialmente el colectivo de Estados menores o subordinados. Dentro de la Asamblea General de las Naciones Unidas, por ejemplo, el conjunto de Estados-nación subordinados, la mayoría numérica pero la minoría en términos de poder, operan como limitadores simbólicos y legitimadores de las grandes potencias. En este sentido la totalidad del planeta se considera representada en el escenario de la Asamblea General de Naciones Unidas y en otros foros globales. Aquí, como los Estados-nación son presentados (tanto los relativamente democráticos como los autoritarios) como representantes de la voluntad de sus Pueblos, la representación de Estados-nación en escala global sostienen la voluntad popular en dos transferencias, en dos niveles de representación: el Estado-nación representando al Pueblo representando a la multitud.

Sin embargo, los Estados-nación no son las únicas organizaciones que construyen y representan al Pueblo en la nueva disposición mundial. También en el tercer escalón de la pirámide, el Pueblo global está representado más clara y directamente no por cuerpos gubernamentales sino por una variedad de organizaciones que al menos son relativamente independientes de los Estados-nación y el capital. Estas organizaciones son a menudo consideradas como funcionando como las estructuras de una sociedad civil global, canalizando los deseos y necesidades de la multitud en formas que

puedan ser representadas dentro del funcionamiento de las estructuras de poder global. En esta nueva forma global podemos reconocer aún instancias de los componentes tradicionales de la sociedad civil, tales como los medios y las instituciones religiosas. Los medios se han posicionado a sí mismos desde hace tiempo como la voz e incluso la conciencia del Pueblo en oposición al poder de los Estados y los intereses privados del capital. Están instituidos como un control y balance de la acción gubernamental, proveyendo una visión objetiva e independiente de todo lo que el Pueblo quiere o necesita saber. Sin embargo, hace tiempo que se ha visto que los medios son con frecuencia no demasiado independientes del capital por un lado, y de los Estados por otro. 7 Las organizaciones religiosas son un sector aún más permanente de instituciones no-gubernamentales que representan al Pueblo. El auge de los fundamentalismos religiosos (tanto Islámicos como Cristianos) en tanto representan al Pueblo contra el Estado deben ser considerados, tal vez, como componentes de esta nueva sociedad civil global-aunque cuando dichas organizaciones religiosas se alzan contra el Estado, tienden a menudo a convertirse ellas en el propio Estado.

Las fuerzas más recientes y tal vez más importantes de la sociedad civil global son las denominadas organizaciones no-gubernamentales (ONG). El término ONG no posee una definición muy rigurosa, pero puede aplicarse a toda organización que pretenda representar al Pueblo y operar en su interés, separada (y a menudo en contra) de las estructuras del Estado. De hecho, muchos consideran a las ONG como sinónimo de "organizaciones del pueblo" porque el interés del Pueblo se define distintamente al interés del Estado. 8 Estas organizaciones operan en niveles locales, nacionales y supranacionales. Así el término ONG agrupa a un conjunto enorme y heterogéneo de organizaciones: a principios de los '90 se informó de la existencia de más de dieciocho mil ONG en todo el mundo. Algunas se ocupan de algo similar a las funciones sindicales tradicionales de los gremios (tal como la Asociación de Mujeres Auto-Empleadas de Ahmedabad, India); otras continúan la vocación misionera de las sectas religiosas (como los Servicios de Asistencia Católicos); y otros buscan representar a poblaciones que no están representadas por los Estados-nación (como el Concejo Mundial de Pueblos Indígenas). Sería inútil pretender caracterizar el funcionamiento de este vasto y heterogéneo conjunto de organizaciones bajo una única definición. 9

Algunos críticos afirman que las ONG, como están afuera de y a menudo en conflicto con el poder estatal, son compatibles con y sirven al proyecto neoliberal del capital global. Mientras el capital ataca a los poderes del Estado-nación desde arriba, argumentan, las ONG funcionan como una "estrategia paralela 'desde abajo'" y presentan el "rostro comunitario" del neoliberalismo. 10 Puede que sea cierto que las actividades de muchas ONG sirvan para promover el proyecto neoliberal del capital global, pero ser cuidadosos en señalar que esto no puede definir adecuadamente las actividades de todas las ONG de un modo categórico. El hecho de ser no-gubernamentales e incluso de oponerse a los poderes de los Estados-nación no basta por sí para alinear a estas organizaciones con los intereses del capital. Hay muchos

modos de estar afuera y opuesto al Estado, de los cuales el proyecto neoliberal es sólo uno.

A los fines de nuestros argumentos, y en el contexto del Imperio, nos interesa un subgrupo de ONG que se empeñan en representar a los más marginales, aquellos que no pueden representarse a sí mismos. Estas ONG, a veces caracterizadas globalmente como organizaciones humanitarias, son de hecho las que se han ubicado entre las más poderosas y prominentes en el orden global contemporáneo. Su mandato no es para con los intereses particulares de ningún grupo limitado sino que representa directamente los intereses humanos globales y universales. Organizaciones de derechos humanos (como Amnesty International y Americas Watch), grupos pacifistas (como Witness of Peace y Shanti Sena), y las agencias médicas y de alivio del hambre (como Oxfam y Médecins sans frontières), todas ellas defienden a la vida humana contra la tortura, el hambre, las masacres, el encarcelamiento y el asesinato político. Su acción política se basa en un llamamiento moral universal-la vida es la cuestión central. En este aspecto tal vez sea inexacto sostener que estas ONG representan a aquellos que no pueden representarse a sí mismos (las poblaciones en guerra, las masas famélicas, etc.) e incluso que representan al Pueblo global en su totalidad. Van más allá de eso. Lo que realmente representan es a la fuerza vital que subyace bajo el Pueblo, transformando de este modo a la política en una cuestión de vida genérica, de vida en toda su generalidad. Estas ONG se extienden a lo largo y a lo ancho del humus de bípode; son los vasos capilares finales de las redes contemporáneas de poder, o (para retornar a nuestra metáfora general) son las anchas bases del triángulo del poder global. Aquí, en este nivel más ancho y universal, las actividades de estas ONG coinciden con los trabajos del Imperio "más allá de la política", en el terreno del biopoder, satisfaciendo las necesidades de la vida misma.

Polibio y el Gobierno Imperial

Si retrocedemos un paso desde el nivel de descripción empírica, podremos reconocer rápidamente que la división tripartita de funciones y elementos que ha emergido nos permite introducirnos directamente en la problemática del Imperio. En otras palabras, la situación empírica contemporánea recuerda a la descripción teórica de los poderes imperiales como suprema forma de gobierno, que Polibio contruyó para Roma y la tradición europea nos ha acercado. 11 Para Polibio el Imperio Romano representó el pináculo del desarrollo político porque asoció las tres "buenas" formas de poder-la monarquía, la aristocracia y la democracia, encarnadas en las personas del Emperador, el Senado y la popular comitia. El Imperio evitaba que estas buenas formas cayeran en el círculo vicioso de la corrupción, por el cual la monarquía se volvía tiranía, la aristocracia oligarquía y la democracia olocracia o anarquía.

De acuerdo con el análisis de Polibio, la monarquía asegura la unidad y continuidad del poder. Es la base fundacional e instancia final del mando imperial. La aristocracia define a la justicia, la medida y la virtud, articulando sus redes por toda la esfera social. Vigila la reproducción y circulación del mando imperial. Y por último, la democracia organiza a la multitud de acuerdo con un esquema representativo, de modo tal que el Pueblo pueda ser colocado bajo el mando del régimen y el régimen pueda ser obligado a satisfacer las necesidades del Pueblo. La democracia garantiza disciplina y redistribución. También el Imperio que enfrentamos hoy está-mutatis mutandis-constituido por un equilibrio funcional entre estas tres formas de poder: la unidad monárquica del poder y su monopolio mundial de la fuerza; las articulaciones aristocráticas mediante las corporaciones transnacionales y los Estados-nación; y los comitia representativos-democráticos, presentados nuevamente bajo la forma de los Estados-nación junto con los distintos tipos de ONG, organizaciones de medios y otros organismos "populares". Podríamos decir que la constitución imperial que se avecina trae consigo las tres buenas clasificaciones tradicionales de gobierno en una relación que es formalmente compatible con el modelo de Polibio, aún cuando, por cierto, sus contenidos son muy diferentes de las fuerzas políticas y sociales del Imperio Romano.

Podemos reconocer los modos en los que estamos próximos y distantes del modelo de poder imperial de Polibio situándonos en la genealogía de las interpretaciones de Polibio dentro de la historia del pensamiento político europeo. La principal línea de interpretación nos llega desde Maquiavelo y el Renacimiento Italiano; animó a la tradición maquiavélica en los debates que precedieron y continuaron la Revolución Inglesa, y, finalmente, encontraron su más elevada aplicación en el pensamiento de los Padres Fundadores y la redacción de la Constitución de los Estados Unidos. 12 El cambio clave que ocurrió en el curso de esta tradición interpretativa fue la transformación del clásico modelo tripartito de Polibio en un modelo trifuncional de construcción constitucional. En una sociedad aún medieval, proto-burguesa, como la Florencia de Maquiavelo, e incluso la Inglaterra prerrevolucionaria, la síntesis de Polibio era concebida como un edificio unificando tres diferentes cuerpos sociales: a la monarquía le pertenecían la unión y la fuerza, a la aristocracia la tierra y el ejército, y a la burguesía la ciudad y el dinero. Si el Estado debía funcionar adecuadamente, todo posible conflicto entre estos tres cuerpos debía ser resuelto en interés de la totalidad. Sin embargo, en la ciencia política moderna desde Montesquieu hasta los Federalistas, esta síntesis se transformó en un modelo que regulaba no los cuerpos sino las funciones. 13 Los grupos y clases sociales fueron también considerados funciones corporizadas: el ejecutivo, el judicial y el representativo. Estas funciones fueron abstraídas de los sujetos sociales colectivos o clases que las representaban, y presentadas como elementos puramente jurídicos. Las tres funciones fueron luego organizadas en un equilibrio que era formalmente el mismo que previamente sostuvo la solución interclases. Un equilibrio de cheques y balances, de pesos y contrapesos, que operaba continuamente para administrar y reproducir la unidad del Estado y la coherencia de sus partes. 14

Nos parece que en ciertos aspectos el antiguo modelo original de Polibio de la constitución del Imperio está más próximo a nuestra realidad que la tradición moderna de transformación del mismo. Hoy nos hallamos nuevamente en una fase genética del poder y su acumulación, en la cual las funciones son vistas principalmente desde el ángulo de las relaciones y la materialidad de las fuerzas, antes que desde la perspectiva de un posible equilibrio y la formalización de la disposición acabada definitiva. En esta fase de la constitución del Imperio, las demandas expresadas por el desarrollo moderno del constitucionalismo (tales como la división de poderes y la legalidad formal de los procedimientos) no poseen la principal prioridad (ver Sección 1.1)

Uno podría argumentar que nuestra experiencia de la constitución (en formación) del Imperio es, en verdad, el desarrollo y coexistencia de las "malas" formas de gobierno antes que las "buenas" formas, como pretende la tradición. De hecho, todos los elementos de la constitución mixta aparecen a primera vista como distorsionados por una lente. La monarquía, antes que asentar la legitimación y condición trascendente de la unidad del poder, se presenta como una fuerza policial global, es decir, una forma de tiranía. La aristocracia transnacional parece preferir la especulación financiera a la virtud empresarial, semejando una oligarquía parasitaria. Finalmente, las fuerzas democráticas que en este marco deberían constituir el elemento abierto y activo de la máquina imperial, aparecen como fuerzas corporativas, como un conjunto de supersticiones y fundamentalismos, mostrando un espíritu conservador cuando no directamente reaccionario. 15 Tanto dentro de los Estados individuales como a nivel internacional esta esfera limitada de "democracia" imperial es configurada como un Pueblo (una particularidad organizada que defiende privilegios y propiedades establecidos) antes que como una multitud (la universalidad de prácticas libres y productivas)

Constitución híbrida

Sin embargo, el Imperio que está surgiendo hoy no es realmente un retroceso hacia el antiguo modelo de Polibio, ni siquiera en sus formas "malas" o negativas. La disposición contemporánea es mejor comprendida en términos posmodernos, es decir, en tanto evolución más allá del modelo moderno, liberal, de una constitución mixta. Tanto el marco de formalización jurídica como el mecanismo constitucional de garantías y el esquema de equilibrios son transformados según dos ejes primarios en el pasaje desde el terreno moderno hacia el posmoderno.

El primer eje de transformación implica la naturaleza de la mezcla en la constitución- un pasaje desde el modelo antiguo y moderno de un mixtum de cuerpos o funciones separados hacia un proceso de hibridización de las funciones gubernamentales en la situación actual. Los procesos de la subsunción real, de subsumir al trabajo bajo el

capital y absorber a la sociedad global dentro del Imperio, fuerzan a las figuras del poder a destruir las medidas y distancias espaciales que habían definido a sus relaciones, fundiendo las figuras en formas híbridas. Esta mutación de las relaciones espaciales transforma al mismo ejercicio del poder. Primeramente, la monarquía imperial posmoderna implica el mando sobre la unidad del mercado mundial, y por ello es llamada a garantizar la circulación de bienes, tecnologías y fuerza de trabajo-a garantizar, efectivamente, la dimensión colectiva del mercado. Sin embargo, los procesos de globalización del poder monárquico pueden tener sentido sólo si los consideramos en términos de la serie de hibridizaciones que opera la monarquía con las otras formas de poder. La monarquía imperial no se localiza en un lugar separado aislable-y nuestro Imperio posmoderno no tiene una Roma. El propio cuerpo monárquico es multiforme y espacialmente difuso. Este proceso de hibridización es aún más evidente en el desarrollo de la función aristocrática, y específicamente el desarrollo y articulación de las redes productivas y los mercados. De hecho, las funciones aristocráticas tienden a fundirse inextricablemente con las funciones monárquicas. En el caso de la aristocracia posmoderna, el problema consiste no sólo en crear un conducto vertical entre un centro y una periferia a fin de producir y vender mercancías, sino también en poner continuamente en relación con un amplio horizonte de productores y consumidores dentro y entre los mercados. Esta relación omnilateral entre producción y consumo se torna de la mayor importancia cuando la producción de mercancías tiende a ser definida de modo predominante por los servicios inmateriales incorporados en estructuras de red. Es aquí donde la hibridización se vuelve un elemento central y condicionante de la formación de circuitos de producción y circulación. 16 Finalmente, las funciones democráticas del Imperio son determinadas dentro de estas mismas hibridizaciones monárquicas y aristocráticas, cambiando en ciertos aspectos sus relaciones e introduciendo nuevas relaciones de fuerza. En los tres niveles, lo que previamente se consideró como mezcla, que era realmente la interacción orgánica de funciones que permanecían separadas y distintas, tiende ahora hacia una hibridización de las propias funciones. Podemos entonces definir el primer eje de transformación como un pasaje desde la constitución mixta hacia la constitución híbrida.

Un segundo eje de transformación constitucional, que demuestra tanto un desplazamiento de la teoría constitucional como una nueva calidad de la propia constitución, se revela por el hecho que en la fase presente el comando debe ser ejercido aún en mayor extensión sobre las dimensiones temporales de la sociedad, y, por ende, sobre la dimensión de la subjetividad. Debemos considerar aquí cómo funciona el momento monárquico, tanto como un gobierno mundial unificado sobre la circulación de bienes, como un mecanismo de organización del trabajo social colectivo que determina las condiciones de su reproducción. 17 El momento aristocrático debe desplegar su comando jerárquico y sus funciones ordenadoras sobre la articulación transnacional de la producción y la circulación, no sólo mediante instrumentos monetarios tradicionales, sino también, en grado aún mayor, mediante los instrumentos y las dinámicas de la cooperación de los propios actores sociales. Los procesos de cooperación social deben ser formalizados constitucionalmente

como una función aristocrática. Finalmente, aunque tanto la función monárquica como la aristocrática aluden a las dimensiones subjetivas y productivas de la nueva constitución híbrida, la clave para todas estas transformaciones reside en el momento democrático, y la dimensión temporal del momento democrático debe referirse en última instancia a la multitud. No debemos olvidar nunca que tratamos aquí con las sobredeterminaciones imperiales de la democracia, mediante las cuales la multitud es capturada en aparatos de control flexibles y moduladores. Es aquí donde debe reconocerse el salto cualitativo más importante: desde el paradigma disciplinario de gobierno hacia el paradigma de control. 18 El mando es ejercido directamente sobre los movimientos de las subjetividades productivas y cooperantes; las instituciones son formadas y redefinidas continuamente según el ritmo de estos movimientos; y la topografía del poder ya no tiene que ver primariamente con relaciones espaciales sino que se inscribe en los desplazamientos temporales de las subjetividades. Aquí hallamos otra vez el no-lugar del poder que nuestro análisis de la soberanía reveló previamente. El no-lugar es el sitio donde se ejercitan las funciones de control híbrido del Imperio.

En este no-lugar Imperial, en el espacio híbrido que construye el proceso constitucional, hallamos aún la presencia continua e irremisible de los movimientos subjetivos. Nuestra problemática permanece en alguna manera como la de la constitución mixta, pero ahora está infundida con la plena intensidad de los desplazamientos, modulaciones e hibridizaciones implicados en el pasaje a la posmodernidad. Aquí comienzan a tomar forma los movimientos desde lo social hacia lo político y lo jurídico, que siempre definen a los procesos constituyentes; aquí las relaciones recíprocas entre fuerzas políticas y sociales que demandan un reconocimiento formal en el proceso constitucional comienzan a emerger; y, finalmente, las diversas funciones (monarquía, aristocracia y democracia) miden la fuerza de las subjetividades que las constituyen e intentan capturar segmentos de sus procesos constituyentes.

Lucha sobre la Constitución

En este análisis de los procesos constitucionales y las figuras del Imperio nuestro objetivo final es reconocer el terreno en el cual deberán emerger las respuestas y alternativas. En el Imperio, como fue también el caso en los regímenes antiguos y de la modernidad, la propia constitución es un lugar de lucha, pero hoy la naturaleza de dicho lugar y dicha lucha no es para nada evidente. Los lineamientos generales de la actual constitución imperial pueden ser concebidos en la forma de una red de comunicación rizomática, en la cual las relaciones se establecen desde y hacia todos los puntos o nodos. Esa red pareciera estar, paradójicamente, al mismo tiempo completamente abierta y completamente cerrada a la lucha y la intervención. Por un lado, la red permite formalmente que todos los sujetos posibles en la red de relaciones

estén presentes simultáneamente, pero, por otro lado, la propia red es, propiamente, un no-lugar real. La lucha sobre la constitución deberá desarrollarse en este terreno ambiguo y cambiante.

Hay tres variables clave que definirán esta lucha, variables que actúan en el reino entre lo común y lo singular, entre lo axiomático del comando y la auto-identificación del sujeto, y entre la producción de subjetividad por el poder y la resistencia autónoma de los mismos sujetos. La primera variable implica la garantía de la red y su control general, de modo que (positivamente) la red funcionará siempre y (negativamente) no podrá funcionar en contra de aquellos que estén en el poder. 19 La segunda variable concierne a aquellos que distribuyen servicios en la red y la pretensión de que dichos servicios sean remunerados equitativamente, de modo que la red pueda sustentar y reproducir un sistema económico capitalista y al mismo tiempo producir la segmentación política y social que le es propia. 20 La tercer variable, por último, se presenta dentro de la propia red. Tiene que ver con los mecanismos por los cuales se producen diferencias entre las subjetividades, y con los modos mediante los cuales estas diferencias funcionan dentro del sistema.

De acuerdo con estas tres variables cada subjetividad debe volverse un sujeto que es gobernado en las redes generales de control (en el sentido moderno temprano de aquel que está sujeto [subdictus] a un poder soberano), y al mismo tiempo cada uno debe ser también un agente independiente de producción y consumo dentro de las redes. ¿Es posible esta doble articulación? ¿Es posible para el sistema sostener simultáneamente la sujeción política y la subjetividad del productor/consumidor? No pareciera. En efecto, la condición fundamental para la existencia de la red universal, que es la hipótesis central de este marco constitucional, es que sea híbrida, y esto significa, para nuestros propósitos, que el sujeto político sea transitorio y pasivo, mientras que el agente consumidor es permanente y activo. Esto significa que, lejos de ser una repetición simple de un equilibrio tradicional, la formación de la nueva constitución mezclada o mixta conduce a un desequilibrio fundamental entre los actores establecidos, y con ello a una nueva dinámica social que libera al sujeto productor y consumidor (o al menos torna ambigua su posición dentro de) de los mecanismos de sujeción política. Es aquí donde parece emerger el sitio primario de la lucha, en el terreno de la producción y regulación de la subjetividad.

¿Es esta realmente la situación que resultará de la transformación capitalista del modo de producción, los desarrollos culturales del posmodernismo y los procesos de constitución política del Imperio? Por cierto aún no estamos en condiciones de arribar a esa conclusión. Podemos ver, sin embargo, que en esta nueva situación la estrategia de participación equilibrada y regulada, que las constituciones liberal e imperial mixta han seguido siempre, se ve confrontada por nuevas dificultades y por la fuerte expresión de autonomía de las subjetividades productivas individuales y colectivas implicadas en el proceso. En el terreno de la producción y regulación de la subjetividad, y en la disyunción entre el sujeto político y el sujeto económico, creemos que es posible identificar un verdadero campo de lucha, en el cual podrán

reabrirse todos los gambitos de la constitución y el equilibrio entre las fuerzas-una situación cierta de crisis y, eventualmente, de revolución.

El Espectáculo de la Constitución

El campo abierto de lucha que parece emerger de este análisis, sin embargo, desaparece rápidamente cuando consideramos los nuevos mecanismos mediante los cuales estas redes híbridas de participación son manipuladas desde arriba. 21 Efectivamente, el pegamento que sostiene juntos a los diversos cuerpos y funciones de la constitución híbrida es lo que Guy Debord denomina el espectáculo, un aparato integrado y difuso de ideas e imágenes que producen y regulan el discurso y la opinión pública. 22 En la sociedad del espectáculo, que alguna vez fue imaginada como la esfera pública, el terreno abierto de la participación y el intercambio político se evapora por completo. El espectáculo destruye cualquier forma colectiva de socialidad-individualizando a los actores sociales en sus automóviles separados y frente a pantallas de video separadas-imponiendo al mismo tiempo una nueva socialidad masiva, una nueva uniformidad de la acción y el pensamiento. En este terreno espectacular las formas tradicionales de lucha sobre la constitución resultan inconcebibles.

La concepción común de que los medios (y la televisión en particular) han destruido a la política es falsa sólo en cuanto parece basarse en una noción idealizada sobre aquello en que consistió la participación, el intercambio y el discurso político democrático en la era previa a esta etapa mediática. La diferencia de la manipulación contemporánea de la política por los medios no es en verdad una diferencia de naturaleza sino de grado. En otras palabras, ciertamente han existido previamente numerosos mecanismos para conformar la opinión pública y la percepción pública de la sociedad, pero los medios contemporáneos han suministrado instrumentos poderosos para estas tareas. Como dice Debord, en la sociedad del espectáculo sólo existe lo que aparece, y los medios principales mantienen algo cercano a un monopolio sobre lo que aparece ante la población. Esta ley del espectáculo reina claramente sobre las políticas electorales mediáticas, un arte de la manipulación quizá desarrollado inicialmente en Estados Unidos, pero extendido ahora por todo el mundo. El discurso de las épocas electorales se enfoca casi exclusivamente sobre cómo aparecen los candidatos, en la temporalización y circulación de imágenes. Las principales redes de medios conducen una especie de espectáculo de segundo orden que se refleja (e indudablemente contribuye a conformar) en el espectáculo montado por los candidatos y sus partidos políticos. Incluso los viejos llamados a ocuparse menos de la imagen y más en las cuestiones y sustancia de la campaña política que escuchábamos no hace mucho, hoy parecen irremediablemente ingenuos. De igual modo, las nociones acerca de que los políticos operan como celebridades y las campañas políticas funcionan sobre la lógica de la publicidad-hipótesis que hubiesen

parecido radicales y escandalosas treinta años atrás-hoy son aceptadas sin dudar. El discurso político es un discurso de venta articulado, y la participación política se reduce a seleccionar entre las imágenes consumibles.

Cuando afirmamos que el espectáculo implica la manipulación mediática de la opinión pública y la acción política no pretendemos sugerir que haya un pequeño hombrecito detrás del telón, un gran Mago de Oz que controla todo lo que se ve, piensa y hace. No existe un único locus de control que dicta el espectáculo. Sin embargo, el espectáculo funciona generalmente como si hubiera tal punto de control central. Como afirma Debord, el espectáculo es tanto difuso como integrado. Por ello deben reconocerse tanto falsas como ciertas a las teorías conspirativas del complot gubernamental y extragubernamental para el control global, que han proliferado en las últimas décadas. Fredric Jameson explica maravillosamente cómo, en el contexto de los films contemporáneos, las teorías conspirativas son un mecanismo crudo pero efectivo para aproximarnos al funcionamiento de la totalidad. 23 El espectáculo de la política funciona como si los medios, los militares, el gobierno, las corporaciones transnacionales, las instituciones financieras mundiales, etc. estuvieran todas dirigidas explícita y conscientemente por un poder único, aún cuando en realidad no lo están.

La sociedad del espectáculo manda utilizando una antigua arma. Hobbes reconoció tiempo atrás que a los efectos de una dominación adecuada "la Pasión más efectiva es el Miedo". 24 Para Hobbes, es el miedo el que conduce a y asegura el orden social, y aún hoy el miedo es el mecanismo primario de control que inunda la sociedad del espectáculo. 25 Aunque el espectáculo parece funcionar mediante el deseo y el placer (deseo de mercancías y placer de consumo), lo hace en verdad mediante la comunicación del miedo-es decir, el espectáculo crea formas de deseo y placer que están íntimamente asociadas al miedo. En los inicios de la filosofía europea moderna, a la comunicación del miedo se la llamaba superstición. Y, realmente, las políticas del miedo han sido diseminadas siempre mediante una forma de superstición. Las que han cambiado son las formas y mecanismos de las supersticiones que transmiten miedo.

El espectáculo de miedo que sostienen conjuntamente la constitución híbrida posmoderna y la manipulación mediática de lo público y lo político parece aventar la lucha sobre la constitución imperial. Pareciera que no quedara terreno donde afirmarse, ningún peso para resistir, sólo una máquina implacable de poder. Es importante reconocer el poder del espectáculo y la imposibilidad de las formas de lucha tradicionales, pero este no es el final de la historia. Mientras declinan los antiguos lugares y formas de lucha emergen otros nuevos y más poderosos. El espectáculo del orden imperial no es un mundo blindado, sino que realmente abre la posibilidad real de su derrumbe y las nuevas potencialidades para la revolución.

3.6 Soberanía Capitalista, o administrando la Sociedad Global de Control

Mientras la sociedad se base en el dinero, nunca tendremos suficiente.

Panfleto, Huelga en París, Diciembre 1995

Esta es la abolición del modo de producción capitalista dentro del propio modo de producción capitalista, y por lo tanto una contradicción auto-abolitoria, que se presenta prima-facie como un mero punto de transición hacia una nueva forma de producción.

Karl Marx

Capital y soberanía bien pueden parecer una combinación contradictoria. La soberanía moderna descansa fundamentalmente sobre la trascendencia del soberano-sea el Príncipe, el Estado, la nación o incluso el Pueblo-por sobre el plano social. Hobbes estableció en su Leviatán unitario la metáfora espacial de la soberanía para todo pensamiento político moderno que se eleva por encima de la sociedad y la multitud. El soberano es el excedente de poder que sirve para resolver o diferir la crisis de la modernidad. Además, la soberanía moderna opera, como hemos visto en detalle, mediante la creación y mantenimiento de fronteras fijas entre los territorios, poblaciones, etc. Así, la soberanía es también un excedente de código, una sobre-codificación de los flujos y funciones sociales. En otras palabras, la soberanía opera mediante la estriación del campo social.

El capital, contrariamente, opera en el plano de la inmanencia, mediante postas y redes de relaciones de dominación, sin depender de un centro trascendente de poder. Tiende históricamente a destruir los límites sociales tradicionales, expandiéndose por todos los territorios e incorporando siempre a nuevas poblaciones dentro de sus

procesos. El capital funciona, según la terminología de Deleuze y Guattari, a través de una decodificación generalizada de los flujos, una deterritorialización masiva, y luego mediante conjunciones de estos flujos deterritorializados y decodificados. 1 Podemos entender al funcionamiento del capital como inmanente y deterritorializador en tres aspectos primarios ya analizados por el propio Marx. Primero, en los procesos de acumulación primitiva el capital separa poblaciones de territorios específicamente codificados, poniéndolas en acción. Borra los Estados y crea un proletariado "libre". Las culturas y organizaciones sociales tradicionales son destruidas en la incansable marcha del capital por el mundo para crear las redes y vías de un único sistema económico y cultural de producción y circulación. Segundo, el capital agrupa a todas las formas de valor en un único plano común, uniéndolas mediante el dinero, su equivalente general. El capital tiende a reducir a todas las formas de status, título y privilegio previamente establecidas al nivel del nexus del contado efectivo, es decir, a términos económicos cuantitativos y conmensurables. Tercero, las leyes por las cuales funciona el capital no son leyes fijas y separadas, dirigiendo desde las alturas las operaciones del capital, sino leyes históricamente variables que son inmanentes al mismo funcionamiento del capital: las leyes de la tasa de ganancia, la tasa de explotación, la realización de la plusvalía, etc.

Por ello, el capital no demanda un poder trascendente sino un mecanismo de control que resida en el plano de la inmanencia. A causa del desarrollo social del capital, los mecanismos de la soberanía moderna-los procesos de codificación, sobrecodificación y recodificación que impusieron un orden trascendental sobre un terreno social limitado y segmentado-son reemplazados progresivamente por una axiomática: es decir, un conjunto de ecuaciones y relaciones que determina y combina variables y coeficientes inmediata e igualmente a lo largo de distintos terrenos sin referencia a definiciones o términos previos y fijos. 2 La característica principal de dicha axiomática es que las relaciones son previas a sus términos. En otras palabras, dentro de un sistema axiomático, los postulados "no son proposiciones que pueden ser verdaderas o falsas, dado que contienen variables relativamente indeterminadas. Sólo cuando le asignamos a esas variables valores particulares, o en otros términos, cuando sustituimos constantes para ellos, los postulados se vuelven proposiciones, verdaderas o falsas, según la constante elegida". 3 El capital opera mediante esa misma clase de funciones proposicionales o axiomáticas. La equivalencia general del dinero junta a todos los elementos en relaciones conmensurables, cuantificables, y luego las leyes inmanentes o ecuaciones del capital determinan su despliegue y relación de acuerdo con las constantes particulares que son sustituidas por las variables de las ecuaciones. De igual modo que una axiomática desestabiliza todos los términos y definiciones previos a las relaciones de deducción lógica, así también el capital barre con las barreras fijas de la sociedad precapitalista-e incluso las fronteras del Estado-nación tienden a borrarse a medida que el capital se realiza a sí mismo en el mercado mundial. El capital tiende a un espacio uniforme, definido por flujos no codificados, flexibilidad, modulación continua y ecualización tendencial. 4

De este modo la trascendencia de la soberanía moderna entra en conflicto con la inmanencia del capital. Históricamente, el capital ha confiado en la soberanía y el apoyo de sus estructuras de derecho y fuerza, pero esas mismas estructuras continuamente contradicen en principio y obstruyen en la práctica a la operación del capital, obstruyendo finalmente su desarrollo. Por ello toda la historia de la modernidad que hemos trazado puede ser vista como los intentos de negociar y mediar esta contradicción. El proceso histórico de mediación no ha sido un dar y tomar igualitario, sino un movimiento unilateral desde la posición trascendente de la soberanía hacia el plano de inmanencia del capital. Foucault trazó este movimiento en su análisis del pasaje del mando europeo entre los siglos diecisiete y dieciocho, desde la "soberanía" (una forma absoluta de soberanía centralizada en la voluntad y la persona del Príncipe) y "governabilidad" (una forma de soberanía expresada mediante una economía descentralizada del gobierno y la administración de bienes y poblaciones).⁵ Este pasaje entre formas de soberanía coincide dramáticamente con el desarrollo temprano y la expansión del capital. Cada uno de los paradigmas modernos de la soberanía ha sostenido las operaciones del capital durante un período histórico específico, pero, al mismo tiempo, instalado obstáculos al desarrollo del capital, que debieron ser superados a su tiempo. El despliegue de esta relación es tal vez la problemática central que ha confrontado cada teoría del Estado capitalista.

La sociedad civil ha servido durante un período histórico como mediador entre las fuerzas inmanentes del capital y el poder trascendente de la soberanía moderna. Hegel adoptó el término "sociedad civil" de sus lecturas de los economistas ingleses, y lo entendió como una mediación entre los esfuerzos auto-interesados de una pluralidad de individuos económicos y el interés unificado del Estado. La sociedad civil media entre los (inmanentes) Muchos y el (trascendente) Uno. Las instituciones que constituyen la sociedad civil funcionan como compuertas que canalizan los flujos de las fuerzas económicas y sociales, elevándolas hacia una unidad coherente y refluyendo, como una red de irrigación, para distribuir el comando de la unidad a través del campo social inmanente. Estas instituciones no-estatales, en otras palabras, organizaron la sociedad capitalista bajo el orden del Estado, y oportunamente diseminaron el mando del Estado por toda la sociedad. En los términos de nuestro marco conceptual podemos decir que la sociedad civil fue el terreno donde la soberanía del Estado moderno fue volviéndose inmanente (descendiendo hacia la sociedad capitalista) y donde, al mismo tiempo, la sociedad capitalista fue volviéndose trascendente (ascendiendo hacia el Estado).

En nuestro tiempo, sin embargo, la sociedad civil ya no sirve como el adecuado punto de mediación entre el capital y la soberanía. Las estructuras e instituciones que la constituyen se marchitan progresivamente. Ya hemos afirmado que este apagamiento puede ser entendido claramente en términos de la declinación de la dialéctica entre el Estado capitalista y el trabajo, es decir, en la declinación de la efectividad y el rol de los sindicatos, la declinación de las negociaciones colectivas con el trabajo y la declinación de la representación del trabajo en la constitución.⁶ El languidecimiento de la sociedad civil puede ser reconocido también como concomitante con el pasaje

de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control (ver Sección 2.6). Hoy, las instituciones sociales que constituyeron la sociedad disciplinaria (la escuela, la familia, el hospital, la fábrica), que en gran medida son las mismas o están íntimamente relacionadas con aquellas entendidas como sociedad civil, están en crisis en todas partes. Con el derrumbe de los muros de estas instituciones, las lógicas de subjetivización que operaron previamente dentro de sus espacios limitados son ahora diseminadas hacia fuera, generalizándose por todo el campo social. El quiebre de las instituciones, el apagamiento de la sociedad civil y la declinación de la sociedad disciplinaria, todo ello implica un alisamiento de las estriaciones del espacio social moderno. Aquí emergen las redes de la sociedad de control. 7

Respecto de la sociedad disciplinaria y la sociedad civil, la sociedad de control representa un paso adelante hacia el plano de la inmanencia. Las instituciones disciplinarias, los límites de la efectividad de sus lógicas, y su estriación del espacio social, todas ellas constituyen instancias de verticalidad o trascendencia por sobre el plano social. Debemos ser cuidadosos, sin embargo, al localizar el lugar exacto en el que reside esta trascendencia de la sociedad disciplinaria. Foucault insistió sobre el hecho que-y este fue el núcleo brillante de su obra-el ejercicio de la disciplina es absolutamente inmanente a las subjetividades bajo su comando. En otras palabras, la disciplina no es una voz externa que dicta nuestras prácticas desde las alturas, sobrevolándonos, como diría Hobbes, sino que es algo así como una compulsión interna, indistinguible de nuestra voluntad, inmanente e inseparable de nuestra propia subjetividad. Las instituciones que son condición de posibilidad y definen espacialmente las zonas de efectividad del ejercicio de la disciplina, sin embargo, mantienen una cierta separación de las fuerzas sociales producidas y organizadas. Son, efectivamente, una instancia de soberanía, o un punto de mediación con la soberanía. Las paredes de la prisión tanto habilitan como limitan el ejercicio de las lógicas carcelarias. Diferencian el espacio social.

Foucault analiza con gran sutileza esta distancia entre las paredes trascendentes de las instituciones y el ejercicio inmanente de la disciplina, mediante sus teorías del dispositivo y el diagrama, que articulan una serie de estadios de abstracción. 8 En términos más simples, podemos decir que el dispositivo (que se traduce como mecanismos, aparatos o despliegue) es la estrategia general que se alza por detrás del ejercicio real e inmanente de la disciplina. La lógica carcelaria, por ejemplo, es el dispositivo unificado que vigila o sustenta-y es por ello distinto y abstraído de-la multiplicidad de las prácticas de la prisión. En un segundo nivel de abstracción, el diagrama posibilita los desarrollos del dispositivo disciplinario. Por ejemplo, la arquitectura carcelaria del panóptico, que vuelve a los internos constantemente visibles para un punto central de poder, es el diagrama o diseño virtual, que se actualiza en los diversos dispositivos disciplinarios. Finalmente, las mismas instituciones instalan el diagrama en formas sociales particulares y concretas. La prisión (sus muros, administradores, guardias, leyes, etc.) no gobierna a sus internos del modo que un soberano comanda a sus sujetos. Crea un espacio en el cual los internos, mediante las estrategias de los dispositivos carcelarios y las prácticas reales,

se disciplinan a sí mismos. Sería más preciso decir, entonces, que la institución disciplinaria no es soberana en sí misma, pero que su trascendencia y abstracción por encima del campo social de la producción de subjetividad constituye el elemento clave en el ejercicio de la soberanía en la sociedad disciplinaria. La soberanía ha devenido virtual (pero no por ello menos real), y es realizada siempre y en todas partes mediante el ejercicio de la disciplina.

Hoy, el colapso de los muros que delimitaban las instituciones y el alisamiento de la estriación social son síntomas del aplanamiento de estas instancias verticales, marchando hacia la horizontalidad de los circuitos de control. El pasaje hacia la sociedad de control no significa en modo alguno el fin de la disciplina. De hecho, el ejercicio inmanente de la disciplina-es decir, del auto-disciplinamiento de los sujetos, los incesantes susurros de las lógicas disciplinarias dentro de las subjetividades-está extendido de modo aún más general en la sociedad de control. Lo que ha cambiado es que, junto con el colapso de las instituciones, los dispositivos disciplinarios se han vuelto menos limitados y delimitados espacialmente en el espacio social. Las disciplina carcelaria, la disciplina escolar, la disciplina fabril, etc., se entrelazan en una producción híbrida de subjetividad. En efecto, en el pasaje a la sociedad de control, los elementos trascendentes de la sociedad disciplinaria declinan mientras los aspectos inmanentes son acentuados y generalizados.

La producción inmanente de subjetividad en la sociedad de control corresponde a la lógica axiomática del capital, y su semejanza indica una nueva y más completa compatibilidad entre soberanía y capital. La producción de subjetividad en la sociedad civil y la sociedad disciplinaria promovió en cierto período el mando y facilitó la expansión del capital. Las instituciones sociales modernas produjeron identidades sociales mucho más móviles y flexibles que las figuras subjetivas previas. Las subjetividades producidas en las instituciones modernas eran como los repuestos estandarizados producidos en la fábrica masiva: el interno, la madre, el trabajador, el estudiante, etc. Cada repuesto desempeñaba un papel específico en la máquina total, pero era estandarizado, producido en masa, y por lo tanto reemplazable por cualquier otro repuesto de su tipo. En un cierto momento, sin embargo, la fijeza de estas partes estandarizadas, de las identidades producidas por las instituciones, representó un obstáculo para la ulterior progresión hacia la movilidad y la flexibilidad. El pasaje hacia la sociedad de control implica una producción de subjetividad que no está fijada en identidad, sino que es híbrida y modulante. A medida que los muros que definieron y aislaron los efectos de las instituciones modernas se derrumbaron progresivamente, las subjetividades tendieron a ser producidas simultáneamente por numerosas instituciones en diferentes combinaciones y dosis. Ciertamente, en la sociedad disciplinaria cada individuo tenía muchas identidades, pero en cierta medida las diferentes identidades estaban definidas por diferentes lugares y diferentes momentos de la vida: uno era madre o padre en el hogar, trabajador en la fábrica, estudiante en la escuela, interno en la prisión y paciente mental en el asilo. En la sociedad de control son precisamente estos lugares, estos sitios discretos de aplicabilidad, los que tienden a perder su definición y delimitaciones. Una

subjetividad híbrida producida en la sociedad de control puede no adoptar la identidad de un interno de la prisión o un paciente mental o un obrero fabril, pero estar igualmente constituida en forma simultánea por todas sus lógicas. Es un obrero fabril fuera de la fábrica, estudiante fuera de la escuela, interno fuera de la prisión, insano fuera del asilo-todo al mismo tiempo. No pertenece a ninguna identidad y a todas ellas-fuera de las instituciones, pero está regido de modo aún más intenso por sus lógicas disciplinarias. 9 Del mismo modo que la soberanía imperial, las subjetividades de la sociedad de control poseen constituciones mixtas.

Un mundo llano

En el pasaje de la soberanía hacia el plano de la immanencia, el colapso de las fronteras ha tenido lugar tanto dentro de cada contexto nacional como en una escala mundial. El apagamiento de la sociedad civil y la crisis general de las instituciones disciplinarias coinciden con la declinación de los Estados-nación como límites que marcan y organizan las divisiones del mando global. El establecimiento de una sociedad global de control que alisa las estrías de las fronteras nacionales va de la mano con la realización del mercado mundial y la subsunción real de la sociedad global bajo el capital.

En el siglo diecinueve y el inicio del veinte el imperialismo contribuyó a la supervivencia y expansión del capital (ver Sección 3.1). La división del planeta entre los Estados-nación dominantes, el establecimiento de administraciones coloniales, la imposición de comercios y tarifas exclusivas, la creación de monopolios y carteles, de zonas diferenciadas de extracción de materias primas y producción industrial, todo ayudó al capital en su período de expansión global. El imperialismo fue el sistema diseñado para servir a las necesidades y promover los intereses del capital en su fase de conquista global. Y sin embargo, como observaron la mayor parte de los críticos del imperialismo (comunistas, socialistas, y capitalistas), el imperialismo, desde sus inicios, entró en conflicto con el capital. Fue un remedio que también amenazó la vida del paciente. Aunque el imperialismo proveyó de vías y mecanismos para que el capital penetrara en nuevos territorios y diseminara el modo capitalista de producción, también creó y reforzó rígidas fronteras entre los diversos espacios globales, estrictas nociones de interior y exterior que bloquearon efectivamente el libre flujo del capital, el trabajo y los bienes-dificultando de este modo la plena realización del mercado mundial.

El imperialismo es una máquina de estriación global, canalizando, codificando y territorializando los flujos de capital, bloqueando ciertos flujos y facilitando otros. En contraste, el mercado mundial requiere de un espacio llano de flujos no codificados y deterritorializados. Este conflicto entre la estriación del imperialismo y el espacio llano del mercado mundial capitalista nos da una nueva perspectiva que nos permite

reconsiderar la predicción de Rosa Luxemburgo sobre el colapso capitalista: "Aún cuando el imperialismo sea el método histórico para prolongar la carrera del capitalismo, es también el modo seguro para conducirlo a un dulce final". 10

El orden internacional y el espacio estriado del imperialismo sirvieron para expandir al capitalismo, pero se volvieron, eventualmente, un freno para los flujos deterritorializantes y el espacio llano del desarrollo capitalista, por lo que debía ser dejado de lado. Rosa Luxemburgo tenía razón: de no superarse, el imperialismo hubiese sido la muerte del capital. La realización plena del mercado mundial es necesariamente la muerte del imperialismo.

La declinación del poder de los Estados-nación y la disolución del orden internacional trajeron consigo el final definitivo de la efectividad del término "Tercer Mundo". Podríamos contar esta historia como una simple narración. El término fue acuñando como complemento a la división bipolar de la Guerra Fría entre las naciones capitalistas dominantes y las principales naciones socialistas, de modo tal que el Tercer Mundo fue concebido como exterior a este conflicto primario: el espacio libre o la frontera sobre la cual combatirían los dos primeros mundos. Como ha finalizado la Guerra Fría, la lógica de esta división ya no es efectiva. Esto es cierto, pero el sencillo final de este relato fracasa en el intento de dar cuenta de la historia real del término y sus importantes usos y efectos.

Muchos afirman, ya desde los '70, que el Tercer Mundo nunca existió realmente, en el sentido de la concepción de una unidad homogénea y un sistema esencialmente diverso de naciones, pues falla en aprehender, e incluso niega, las diferencias sociales, económicas y culturales entre Paraguay y Pakistán, Marruecos y Mozambique. Sin embargo, reconocer esta multiplicidad, no debe ocultarnos el hecho que, desde el punto de vista del capital en su marcha hacia la conquista mundial, dicha concepción unitaria y homogeneizante ha tenido cierta validez. Por ejemplo, Rosa Luxemburgo tomó esta perspectiva del capital cuando dividió al mundo en el dominio capitalista y el entorno no-capitalista. Las diversas zonas de ese entorno son sin duda radicalmente diferentes unas de otras, pero desde la perspectiva del capital son todas su exterior: terreno potencial para su acumulación expandida y futura conquista. Durante la Guerra Fría, cuando las regiones del Segundo Mundo fueron efectivamente cerradas, el Tercer Mundo representó para las naciones capitalistas dominantes el espacio abierto restante, el terreno de la posibilidad. Las diversas formas económicas, sociales y culturales podían ser todas potencialmente subsumidas bajo la dinámica de la producción y los mercados capitalistas. Desde la perspectiva de esta subsunción potencial, pese a las diferencias reales y sustanciales entre las naciones, el Tercer Mundo era realmente uno sólo.

Igualmente lógico fue que pensadores como Samir Amin, Immanuel Wallerstein y otros diferenciaron el dominio capitalista en países centrales, periféricos y semi-periféricos.¹¹ Centro, periferia y semi-periferia se distinguen por formas sociales, políticas y burocráticas distintas, diferentes procesos productivos y diferentes formas

de acumulación. (La forma más reciente de división entre Norte y Sur no difiere significativamente de esta concepción) Como la concepción de Primer, Segundo y Tercer Mundo, la división de la esfera capitalista en centro, periferia y semi-periferia homogeniza y eclipsa las diferencias reales entre naciones y culturas, pero lo hace para subrayar una unidad tendencial entre las formas económicas, políticas y sociales que emergen en los prolongados procesos imperialistas de la subsunción formal. En otras palabras, Tercer Mundo, Sur y periferia, todos ellos homogenizan las diferencias reales para resaltar los procesos unificadores del desarrollo capitalista, pero además, lo que es más importante, indican la unidad potencial de una oposición internacional, la confluencia potencial de fuerzas y países anticapitalistas.

Las divisiones geográficas entre Estados-nación, e incluso entre centro y periferia, conjuntos de Estados-nación del norte y el sur, ya no son suficientes para aprehender las divisiones globales y distribución de producción, acumulación y formas sociales. Debido a la descentralización de la producción y la consolidación del mercado mundial, las divisiones internacionales y los flujos de trabajo y capital se han fracturado y multiplicado, de modo que ya no es posible demarcar grandes zonas geográficas como centro y periferia, Norte y Sur. En regiones geográficas tales como el Cono Sur de América Latina o el Sudeste Asiático, todos los niveles de producción pueden existir simultáneamente y juntos, desde los más altos niveles de tecnología, productividad y acumulación, hasta los más bajos, con complejos mecanismos sociales que mantienen sus diferenciaciones e interacciones. También en las metrópolis el trabajo recorre el continuo desde las alturas hasta las profundidades de la producción capitalista: los talleres explotadores de Nueva York y París pueden rivalizar con los de Hong Kong y Manila. Si alguna vez Primer y Tercer Mundo, centro y periferia, Norte y Sur, estuvieron realmente separados a lo largo de límites nacionales, hoy se infiltran mutuamente, distribuyendo inequidades y barreras a lo largo de líneas múltiples y ramificadas. Esto no quiere decir que ahora los Estados Unidos y Brasil, la India y Gran Bretaña, son territorios idénticos en términos de producción y circulación capitalista, sino que entre ellos no hay diferencia de naturaleza, sólo diferencias de grado. Las diversas naciones y regiones contienen proporciones diferentes de lo que se consideraba Primer y Tercer Mundo, centro y periferia, Norte y Sur. La geografía del desarrollo desigual y las líneas de división y jerarquía ya no se encontrarán a lo largo de fronteras nacionales o internacionales estables, sino en fluidos límites infra y supranacionales.

Algunos protestarán, con cierta justificación, que las voces dominantes del orden mundial están proclamando la muerte del Estado-nación justo cuando "la nación" ha emergido como un arma revolucionaria para los subordinados, los desdichados de la tierra. Tras la victoria de las luchas de liberación nacional y la emergencia de alianzas internacionales potencialmente desestabilizantes, maduras durante décadas tras la Conferencia de Bandung, ¿qué mejor modo de socavar el poder del nacionalismo del Tercer Mundo y del internacionalismo que deprivarlo de su apoyo principal y rector, el Estado-nación! En otras palabras, según este punto de vista que al menos aporta una narrativa plausible para esta compleja historia, el Estado-nación, que ha sido el

garante del orden internacional y la clave de la soberanía y la conquista imperialista, se ha vuelto, por el auge y la organización de las fuerzas anti-imperialistas, el elemento que más hace peligrar al orden internacional. Por ello, el imperialismo en retirada se ha visto forzado a abandonar y destruir la pieza principal de su arsenal antes que el arma se usara en su contra.

Creemos, sin embargo, que es un grave error albergar nostalgia por los poderes del Estado-nación o resucitar cualquier política que festeje la nación. Primeramente, estos esfuerzos son vanos pues la declinación del Estado-nación no es simplemente resultado de una posición ideológica que pueda revertirse mediante un acto de voluntad política: es un proceso estructural e irreversible. La nación no fue sólo una formación cultural, un sentimiento de pertenencia y una herencia compartida, sino también, y tal vez principalmente, una estructura jurídico-económica. La declinante efectividad de esta estructura puede ser seguida claramente por la evolución de toda una serie de cuerpos jurídico-económicos globales, tales como el GATT, la Organización Mundial de Comercio, el Banco Mundial y el FMI. La globalización de la producción y la circulación, sostenida por este andamiaje jurídico supranacional, reemplaza la efectividad de las estructuras jurídicas nacionales. Segundo, y más importante, aún si la nación pudiera ser todavía un arma efectiva, lleva consigo toda una serie de estructuras e ideologías represivas (como sostuvimos en la Sección 2.2), por lo que cualquier estrategia que confíe en ella debe ser rechazada desde esta base.

Las nuevas Segmentaciones

Sin embargo, la ecualización general o el alisamiento del espacio social tanto en la declinación de la sociedad civil como en la de los límites nacionales, no indica que las desigualdades sociales y las segmentaciones hayan desaparecido. Por el contrario, en muchos aspectos se han tornado más severas, pero bajo otra forma. Sería más exacto decir que centro y periferia, Norte y Sur, ya no definen un orden internacional sino que se han acercado uno a otro. El Imperio se caracteriza por la proximidad de poblaciones extremadamente desiguales, lo que crea una situación de peligro social permanente y requiere de los poderosos aparatos de la sociedad de control para asegurar su separación y garantizar la nueva administración del espacio social.

Las tendencias de la arquitectura urbana en las megalópolis mundiales demuestran un aspecto de estas nuevas segmentaciones. A medida que los niveles de riqueza y pobreza han aumentado y la distancia física entre ricos y pobres ha disminuido en ciudades globales como Los Ángeles, San Pablo y Singapur, de han tenido que elaborar medidas para mantener su separación. Los Ángeles tal vez sea el líder en lo que Mike Davis llama "arquitectura de fortaleza", con la cual no sólo los hogares privados sino también los centros comerciales y los edificios gubernamentales crean ambientes internos libres y abiertos mediante la creación de un exterior cerrado e

impenetrable.¹² Esta tendencia en planeamiento y arquitectura urbana ha establecido en términos físicos, concretos, lo que antes denominábamos el fin del exterior, o la declinación del espacio público que posibilitó la interacción social abierta y no programada.

Sin embargo, el análisis arquitectural sólo puede brindar una primera introducción a la problemática de las nuevas separaciones y segmentaciones. Las nuevas líneas de división están más claramente definidas por las políticas del trabajo. La revolución informacional y de la computadora, que ha posibilitado enlazar diferentes grupos de fuerza de trabajo en tiempo real y en todo el planeta, ha llevado a una competencia feroz y desenfrenada entre los trabajadores. Las tecnologías de la información han sido utilizadas para debilitar las resistencias estructurales de la fuerza de trabajo, tanto en términos de la rigidez de las estructuras salariales como de las diferencias culturales y geográficas. Así el capital ha podido imponer flexibilidad temporal y movilidad espacial. Debe quedar claro que este proceso de debilitamiento de las resistencias y rigideces de la fuerza de trabajo se ha vuelto un proceso completamente político orientado hacia una forma de administración que maximiza el beneficio económico. Es aquí donde se vuelve central la teoría de la acción administrativa imperial.

La política imperial de trabajo está diseñada principalmente para bajar el precio del trabajo. Esto es algo parecido a un proceso de acumulación primitiva, un proceso de reproletarización. La regulación de la jornada laboral, que fue la clave de las políticas socialistas durante las últimas dos décadas, ha sido completamente superada. A menudo la jornada laboral es de doce, catorce o dieciséis horas, sin fin de semana ni vacaciones; hay trabajos para hombres, mujeres y niños, y para los viejos y los discapacitados. ¡El Imperio tiene trabajo para todos! Cuanto más desregulado sea el régimen de explotación, más trabajo habrá. Sobre estas bases se crean las nuevas segmentaciones del trabajo. Están determinadas (en el lenguaje de los economistas) por los diferentes niveles de productividad, pero podríamos resumir el cambio diciendo simplemente que hay más trabajo y menores salarios. Como la escoba de Dios barriendo la sociedad (así es como Hegel describió la imposición de la ley de los bárbaros, principalmente en manos de Atila el Huno), las nuevas normas de productividad diferencian y segmentan a los trabajadores. Aún quedan lugares en el mundo en los que la pobreza permite la reproducción de la fuerza de trabajo a menor costo, y aún hay lugares en las metrópolis donde las diferencias de consumo fuerzan a una clase baja a venderse a sí misma por menos, o a someterse a un régimen más brutal de explotación capitalista.

Los flujos financieros y monetarios siguen más o menos los mismos patrones globales de la organización flexibilizada de la fuerza de trabajo. Por un lado, el capital financiero y especulativo va adonde el valor de la fuerza de trabajo es menor y donde la fuerza administrativa que garantice la explotación sea mayor. Por otro lado, los países que aún mantengan las rigideces del trabajo y se opongan a su plena flexibilización y movilidad son castigados, atormentados y finalmente destruidos por

los mecanismos monetarios globales. El mercado accionario cae cuando la tasa de desempleo cae, o, dicho de otro modo, cuando se eleva el número de trabajadores que no están inmediatamente flexibilizados y móviles. Lo mismo sucede cuando las políticas sociales de un país no se acomodan por completo al mandato imperial de flexibilidad y movilidad-es decir, cuando algunos elementos del Estado de Bienestar son preservados como signo de persistencia del Estado-nación. Las políticas monetarias refuerzan las segmentaciones dictadas por las políticas laborales.

El miedo a la violencia, la pobreza y el desempleo son, finalmente, las fuerzas primarias e inmediatas que crean y mantienen estas nuevas segmentaciones. Lo que se alza por detrás de las diversas políticas de las nuevas segmentaciones es una política de comunicación. Como argumentamos antes, el miedo es el contenido fundamental de la información que presentan las enormes corporaciones de la comunicación. El miedo constante a la pobreza y la ansiedad por el futuro son las claves para crear una lucha por el trabajo entre los pobres y mantener el conflicto entre el proletariado imperial. El miedo es la garantía final de las nuevas segmentaciones.

Administración Imperial

Tras haber visto cómo en la formación del Imperio caen las barreras sociales tradicionales y cómo, al mismo tiempo, son creadas nuevas segmentaciones, debemos también investigar las modalidades administrativas mediante las que estos desarrollos se despliegan. Resulta fácil observar que estos procesos están llenos de contradicciones. Cuando el poder se vuelve inmanente y la soberanía se transforma en gobernabilidad, las funciones de mando y los regímenes de control deben desarrollarse en un continuo que allanen las diferencias a un campo común. Sin embargo hemos visto que las diferencias son, por el contrario, acentuadas en este proceso, de modo tal que la integración imperial determina nuevos mecanismos de separación y segmentación de los diferentes estratos de la población. El problema de la administración imperial es cómo manejar este proceso de integración, y así pacificar, movilizar y controlar a las fuerzas sociales segmentadas y aisladas.

En estos términos, sin embargo, el problema no está aún claramente expuesto. La segmentación de la multitud ha sido, de hecho, la condición de la administración política a través de la historia. Hoy la diferencia está en que, mientras en los regímenes modernos de la soberanía nacional la administración operó hacia una integración lineal de los conflictos y hacia un aparato coherente que pudiera reprimirlos, es decir, hacia la normalización racional de la vida social tanto respecto del objetivo administrativo del equilibrio y al desarrollo de reformas administrativas, en la trama imperial la administración se torna fractal, e intenta integrar los conflictos no mediante la imposición de un aparato social coherente sino por el control de las

diferencias. Ya no es posible entender la administración imperial en términos de una definición Hegeliana de administración, la que se sustenta en las mediaciones de la sociedad burguesa que constituyen el centro espacial de la vida social; pero es igualmente imposible entenderla según una definición Weberiana, es decir, una definición racional basada en una mediación temporal continua y un emergente principio de legitimidad.

Un primer principio que define a la administración imperial es que en ella el manejo de los fines políticos tiende a estar separado del manejo de los medios burocráticos. Así, el nuevo paradigma no sólo es diferente sino que se opone al viejo modelo de la administración pública del Estado moderno, que operó continuamente para coordinar su sistema de medios burocráticos con sus objetivos políticos. En el régimen imperial las burocracias (y los medios administrativos en general) son consideradas no según con las lógicas lineales de la funcionalidad para sus objetivos, sino según lógicas instrumentales múltiples y diferenciales. El problema de la administración no es un problema de unidad sino de multifuncionalidad instrumental. Mientras que para la legitimación y administración del Estado moderno la universalidad y equidad de las acciones administrativas eran fundamentales, en el régimen imperial lo fundamental es la singularidad y adecuación de las acciones a los fines específicos.

Desde este primer principio, sin embargo, emerge lo que pareciera una paradoja. Precisamente en la medida que la administración se singulariza y ya no opera tan sólo como el actor de los órganos políticos y deliberativos centralizados, se torna crecientemente autónomo, comprometiéndose más estrechamente con diversos grupos sociales: grupos del trabajo y los negocios, grupos étnicos y religiosos, grupos legales y criminales, etc. En lugar de contribuir a la integración social, la administración imperial actúa como un mecanismo diseminador y diferenciador. Este es el segundo principio de la administración imperial. De este modo, la administración tiende a presentar procedimientos específicos que le permiten al régimen involucrarse con las diversas singularidades sociales, y la administración será más efectiva cuanto más directo sea su contacto con los diferentes elementos de la realidad social. Así la acción administrativa se torna crecientemente autocéntrica, y por ello funcional sólo para los problemas específicos que debe resolver. Cada vez es más difícil reconocer una línea continua de acción administrativa atravesando el conjunto de redes y relevos del régimen imperial. En suma, el antiguo principio administrativo de universalidad, tratando a todo de igual modo, es reemplazado por la diferenciación y singularización de los procedimientos, tratando cada cosa diferencialmente.

Aunque ahora sea difícil trazar una línea de procedimiento coherente y universal, tal como la que caracterizó a los modernos sistemas soberanos, esto no significa que el aparato imperial no esté unificado. La autonomía y unidad de la acción administrativa son construidas de otros modos, por medios que no son los de la deducción normativa de los sistemas jurídicos europeos continentales ni los del formalismo de procedimiento de los sistemas anglo-sajones. En verdad, es construida de acuerdo con

las lógicas estructurales que están activas en la construcción del Imperio, tales como las lógicas policiales y militares (es decir, la represión de las fuerzas potencialmente subversivas en el contexto de la paz imperial), las lógicas económicas (la imposición del mercado, que a su vez es gobernado por el régimen monetario), y las lógicas comunicativas e ideológicas. El único modo en que la acción administrativa puede ganar su autonomía y legitimar su autoridad en el régimen imperial es siguiendo las líneas diferenciadoras de estas lógicas. Esta autorización, sin embargo, no es directa. La administración no está orientada estratégicamente hacia la realización de las lógicas imperiales. Se somete a ellas en tanto animan a los grandes medios militares, monetarios y comunicativos que autorizan a la propia administración. La acción administrativa se ha vuelto fundamentalmente no-estratégica, y por ello se legitima mediante medios heterogéneos e indirectos. Este es el tercer principio de la acción administrativa en el régimen imperial.

Una vez que hemos reconocido a estos tres principios "negativos" de la acción administrativa imperial-su carácter instrumental, su autonomía de procedimiento y su heterogeneidad-debemos preguntarnos qué le permite funcionar sin provocar continuos antagonismos sociales violentos. ¿Qué virtud le permite a este desarticulado sistema de control, desigualdad y segmentación, suficiente cantidad de consenso y legitimación? Esto nos conduce al cuarto principio, la característica "positiva" de la administración imperial. La matriz unificante y el valor dominante de la administración imperial yacen en su efectividad local.

Para comprender cómo este cuarto principio puede sostener al sistema administrativo como totalidad, consideremos la clase de relaciones que se formaron entre las organizaciones territoriales feudales y las estructuras del poder monárquico en Europa durante la Edad Media, o entre las organizaciones de la mafia y las estructuras del Estado en el período moderno. En ambos casos la autonomía de procedimiento, la aplicación diferencial y los nexos territorializados con los diversos segmentos de la población junto con el ejercicio limitado y específico de la violencia legitimada no estaban por lo general en contradicción con el principio de un ordenamiento coherente y unificado. Estos sistemas de distribución del poder administrativo fueron sostenidos conjuntamente por la efectividad local de una serie de despliegues de fuerzas militares, financieras e ideológicas. En el sistema medieval europeo, al vasallo se le requería la contribución de dinero y hombres armados cuando el monarca los necesitaba (mientras la ideología y la comunicación eran controladas en gran parte por la Iglesia). En el sistema de la mafia, la autonomía administrativa de la familia extendida y el despliegue de violencia de tipo policial por todo el territorio social garantizaban la adherencia a los principios primarios del sistema capitalista y sostenían a la clase política dirigente. Como en estos ejemplos medievales y mafioso, la autonomía de cuerpos administrativos localizados no contradice la administración imperial-por el contrario, ayuda y expande su efectividad global.

La autonomía global es una condición fundamental, el sine qua non del desarrollo del régimen imperial. De hecho, dada la movilidad de las poblaciones en el Imperio, no

sería posible proclamar un principio de administración legitimada si su autonomía no marchara también por un camino nómada junto a las poblaciones. De igual modo sería imposible ordenar los segmentos de la multitud por procesos que la forzaran a ser más móviles y flexibles, en formas culturales híbridas y en ghettos multicolores si esta administración no fuese igualmente flexible y capaz de diferenciaciones y revisiones de procedimientos continuas y específicas. El consentimiento al régimen imperial no es algo que proviene de la trascendencia de la buena administración, como se definía en los Estados del derecho moderno. El consentimiento, en realidad, se forma mediante la efectividad local del régimen.

Hasta aquí hemos esbozado sólo los lineamientos generales de la administración imperial. Una definición de la administración imperial que enfoque sólo la efectividad local autónoma de la acción administrativa no puede por sí sola garantizar al sistema contra eventuales amenazas, revueltas, subversiones e insurrecciones, ni siquiera contra los conflictos normales entre los segmentos locales de la administración. Este argumento, sin embargo, opera para transformar la discusión en una acerca de las "prerrogativas reales" del gobierno imperial-una vez que hemos establecido el principio de que la regulación del conflicto y el recurso al ejercicio de la violencia legitimada debe ser resuelto en términos de auto-regulación (de la producción, el dinero y la comunicación) y por las fuerzas de policía interna del Imperio. Es aquí donde la cuestión de la administración se transforma en una cuestión de comando.

Comando Imperial

Mientras que los regímenes modernos tendían a colocar a la administración cada vez más alineada con el comando, hasta el punto de volver indistinguibles a ambos, el comando imperial permanece separado de la administración. Tanto en el régimen moderno como en el imperial las contradicciones internas junto con los riesgos y posibles desviaciones de una administración no-centralizada demandan la garantía de un comando supremo. Los teóricos tempranos de la fundación jurídica del Estado moderno concibieron esto como una apelación originaria a un poder supremo, pero la teoría del comando imperial no necesita de esas fábulas sobre su genealogía. No son las apelaciones a una multitud en guerra perpetua que demanda un supremo poder pacificador (como en Hobbes), ni los recursos de una clase comercial que demanda la seguridad de los contratos (como en Locke y Hume). El comando imperial es en realidad resultado de una erupción social que ha derrumbado todas las antiguas interrelaciones que constituían la soberanía.

El comando imperial es ejercido ya no mediante las modalidades disciplinarias del Estado moderno, sino a través de las modalidades del control biopolítico. Estas modalidades tienen como base y objetivo una multitud productiva que no puede ser

regimentada y normalizada, pero debe sin embargo ser gobernada, incluso en su autonomía. El concepto de Pueblo ya no funciona como el sujeto organizado del sistema de comando, y consecuentemente la identidad del Pueblo es reemplazada por la movilidad, flexibilidad y perpetua diferenciación de la multitud. Este cambio desmitifica y destruye la idea circular moderna de la legitimidad del poder por medio de la cual el poder construye a partir de la multitud un sujeto único que, a su vez, puede legitimar al mismo poder. Esa tautología ya no funciona.

La multitud es gobernada mediante los instrumentos del sistema capitalista posmoderno y dentro de las relaciones sociales de la subsunción real. La multitud sólo puede ser gobernada siguiendo líneas internas, en la producción, los intercambios, la cultura-en otras palabras, en el contexto biopolítico de su existencia. Sin embargo, en su autonomía deterritorializada, esta existencia biopolítica de la multitud posee el potencial de poder transformarse en una masa autónoma de productividad inteligente, en un poder democrático absoluto, como diría Spinoza. Si eso ocurriera la dominación capitalista de la producción, el intercambio y la comunicación se derrumbaría. Prevenir esto es el primer objetivo del gobierno imperial. Pero no debemos olvidar que la constitución del Imperio depende para su propia existencia de las fuerzas que representan esta amenaza, las fuerzas autónomas de la cooperación productiva. Sus poderes deben ser controlados pero no destruidos.

La garantía que el Imperio le ofrece al capital globalizado no incluye un manejo micropolítico y/o microadministrativo de las poblaciones. El aparato de comando no tiene acceso a los espacios locales y las secuencias temporales determinadas de la vida donde funciona la administración; no puede poner sus manos sobre las singularidades y sus actividades. Lo que el comando imperial intenta principalmente investir y proteger, y lo que garantiza para el desarrollo capitalista, es el equilibrio general del sistema global.

El control imperial opera mediante tres medios globales y absolutos: la bomba, el dinero y el éter. La panoplia de las armas termonucleares, efectivamente acumuladas en el pináculo del Imperio, representa la continua posibilidad de destrucción de la vida. Esta es una operación de violencia absoluta, un nuevo horizonte metafísico que cambia por completo la concepción por la cual el Estado soberano tiene el monopolio de la fuerza física legitimada. En una época, en la modernidad, este monopolio se legitimaba ya como la expropiación de las armas de la turba violenta y anárquica, la masa desordenada de individuos que tendían a matarse mutuamente, ya como el instrumento de defensa contra el enemigo, es decir, contra otros pueblos organizados en Estados. Ambos medios de legitimación estaban orientados hacia la supervivencia de la población. Hoy ya no son efectivos. La expropiación de los medios de violencia de una población supuestamente auto-destructiva tiende a tornarse en meras operaciones policiales y administrativas dirigidas a mantener las segmentaciones de los territorios productivos. La segunda justificación se vuelve aún menos efectiva en tanto la guerra nuclear entre potencias estatales es cada vez más impensable. El desarrollo de las tecnologías nucleares y su concentración imperial ha limitado la

soberanía de la mayoría de los países del mundo en la medida que les ha quitado el poder de decidir sobre la guerra y la paz, que es un elemento primario de la definición tradicional de soberanía. Además, la amenaza final de la bomba imperial ha reducido toda guerra a conflictos limitados, guerra civil, guerra sucia. Ha vuelto a cada guerra dominio exclusivo del poder policial y administrativo. Desde ninguna otra perspectiva es más evidente el pasaje de la modernidad a la posmodernidad y desde la soberanía moderna al Imperio, que desde la perspectiva de la bomba. El Imperio se define en última instancia como el "no-lugar" de la vida, o la capacidad absoluta de destrucción. El Imperio es la forma final del biopoder en tanto es la inversión absoluta del poder de la vida.

El dinero es el segundo medio global de control absoluto. La construcción del mercado mundial ha consistido primeramente en la deconstrucción monetaria de los mercados nacionales, la disolución de los regímenes nacionales y/o regionales de regulación monetaria, y la subordinación de dichos mercados a las necesidades de los poderes financieros. A medida que las estructuras monetarias nacionales tienden a perder toda característica de soberanía, podemos ver emerger a través de ellas las sombras de una nueva reterritorialización monetaria unilateral que está concentrada en los centros políticos y financieros del Imperio, las ciudades globales. Esto no es la construcción de un régimen monetario universal sobre la base de nuevas localidades productivas, nuevos circuitos de circulación y, por ello, nuevos valores; en lugar de ello es una construcción monetaria basada puramente en las necesidades políticas del Imperio. El dinero es el árbitro imperial, pero al igual que en el caso de la amenaza imperial nuclear, este árbitro no posee una locación determinada ni un status trascendente. Así como la amenaza nuclear autoriza el poder generalizado de policía, el árbitro monetario está articulado continuamente en relación con las funciones productivas, las medidas del valor y las colocaciones de riqueza que constituyen el mercado mundial. Los mecanismos monetarios son los principales medios para controlar el mercado.¹³

El éter es el tercer y fundamental medio de control imperial. El manejo de la comunicación, la estructuración del sistema educativo y la regulación de la cultura aparecen hoy día más que nunca como prerrogativas soberanas. Todo esto, sin embargo, se disuelve en el éter. Los sistemas contemporáneos de comunicación no están subordinados a la soberanía; por el contrario, la soberanía parece estar subordinada a la comunicación-o, ciertamente, la soberanía se articula mediante sistemas de comunicación. En el campo de las comunicaciones las paradojas introducidas por la disolución de las soberanías nacionales y/o territoriales son más evidentes que nunca. Las capacidades deterritorializantes de la comunicación son únicas: la comunicación no se satisface con limitar o debilitar la moderna soberanía territorial; en verdad ataca la posibilidad real de enlazar un orden con un espacio. Impone una circulación continua y completa de signos. La deterritorialización es la fuerza principal y la circulación la forma por la cual se manifiesta la comunicación social. De este modo y en este éter los lenguajes se vuelven funcionales para la circulación y disuelven toda relación de soberanía. Tampoco la educación y la cultura

pueden evitar someterse a la sociedad circulante del espectáculo. Aquí alcanzamos un límite extremo del proceso de disolución de la relación entre orden y espacio. En este punto no podemos concebir esta relación sino en otro espacio, otra parte que, en principio, no puede ser contenida en la articulación de los actos soberanos.

El espacio de la comunicación está completamente deterritorializado. Es totalmente otro respecto de los espacios residuales que hemos venido analizando en términos del monopolio de la fuerza física y la definición de la medida monetaria. Aquí no es cuestión de residuo sino de metamorfosis, una metamorfosis de todos los elementos de la economía política y la teoría del Estado. La comunicación es la forma de la producción capitalista con la que el capital ha logrado someter total y globalmente a la sociedad bajo su régimen, suprimiendo todo camino alternativo. Si alguna vez habrá de proponerse una alternativa, deberá emerger desde el interior de la sociedad de la subsunción real y demostrar todas las contradicciones que hay dentro de ella.

Estos tres medios de control nos conducen otra vez a los tres niveles de la pirámide imperial del poder. La bomba es un poder monárquico, el dinero aristocrático, y el éter, democrático. Pareciera en cada uno de estos casos como si los reinos de estos mecanismos fueran poseídos por los Estados Unidos. Pareciera que los Estados Unidos fuesen la nueva Roma, o un conjunto de nuevas Romas: Washington (la bomba), New York (el dinero), y Los Ángeles (el éter). Sin embargo, cualquiera de esas concepciones territoriales del espacio imperial está desestabilizada continuamente por la flexibilidad, movilidad y deterritorialización fundamental en el centro del aparato imperial. Tal vez el monopolio de la fuerza y de la regulación del dinero pueda tener determinaciones territoriales parciales, pero la comunicación no. La comunicación se ha vuelto el elemento central que establece las relaciones de producción, guiando el desarrollo capitalista y transformando también a las fuerzas productivas. Esta dinámica produce una situación extremadamente abierta: aquí el locus centralizado del poder debe confrontar al poder de las subjetividades productivas, al poder de todos aquellos que contribuyen a la producción interactiva de la comunicación. En este dominio circulante de la dominación imperial sobre las nuevas formas de producción, la comunicación está ampliamente diseminada en forma capilar.

¡El Gran Gobierno ha terminado!

"El Gran Gobierno ha terminado" es el grito de batalla de los conservadores y neoliberales en todo el Imperio. El Congreso Republicano de los Estados Unidos, dirigido por Newt Gingrich, lucha por demistificar el fetiche del gran gobierno, llamándolo "totalitario" y "fascista" (en una sesión del Congreso que pretendió ser imperial pero terminó siendo carnavalesca). ¡Pareciera que hemos vuelto a los tiempos de las grandes diatribas de Henry Ford contra Franklin D. Roosevelt! O a los

mucho menos grandes tiempos de la primera administración de Margaret Thatcher, cuando frenéticamente, y con un sentido del humor que sólo un británico puede tener, buscó vender los bienes públicos de la nación, desde los sistemas de comunicación a la provisión de agua, desde el sistema ferroviario y el petróleo hasta las universidades y los hospitales. Sin embargo, en los Estados Unidos los representantes del ala más conservadora llegaron muy lejos, y todos se dieron cuenta. Lo cierto, la ironía más brutal, fue que entablaron su ataque contra el gran gobierno justamente cuando el desarrollo de la revolución informacional posmoderna más necesitaba del gran gobierno para apoyar sus esfuerzos-para la construcción de las autopistas informáticas, el control del equilibrio de los mercados bursátiles pese a las fluctuaciones salvajes de la especulación, el mantenimiento firme de los valores monetarios, las inversiones públicas en el sistema industrial-militar para ayudar a la transformación del modo de producción, la reforma del sistema educativo para adaptarse a estas nuevas redes productivas, etc. Precisamente en esta época, tras el colapso de la Unión Soviética, las tareas imperiales que enfrenta el gobierno de Estados Unidos eran más urgentes y el gran gobierno más necesario.

Cuando los proponentes de la globalización del capital gritan en contra del gran gobierno están siendo hipócritas e ingratos. ¿Dónde estaría el capital de no haber puesto sus manos sobre los grandes gobiernos y haberlos puesto a trabajar en sus exclusivos intereses durante siglos? Y en la actualidad ¿qué sería del capital imperial si los grandes gobiernos no fuesen lo suficientemente grandes como para alzar el poder de la vida y la muerte ante la multitud global? ¿Qué sería del capital sin un gran gobierno capaz de imprimir dinero para producir y reproducir un orden global que garantice el poder y la riqueza capitalista? ¿O sin las redes de comunicación que expropian la cooperación de la multitud productiva? Al levantarse todas las mañanas, los capitalistas y sus representantes en todo el mundo, en lugar de leer los cursos contra el gran gobierno en el Wall Street Journal, ¿deberían arrodillarse y agradecerle!

Ahora que los oponentes más radicalmente conservadores del gran gobierno han colapsado bajo el peso de la paradoja de su postura, queremos levantar sus estandartes del lodo en que los abandonaron. Ahora es nuestro turno de gritar "¡El Gran Gobierno ha Terminado!" ¿Porqué debería ese slogan ser propiedad exclusiva de los conservadores? Ciertamente, habiendo sido educados en la lucha de clases, sabemos bien que el gran gobierno ha sido también un instrumento para la redistribución de la riqueza social y que, bajo la presión de la lucha de la clase trabajadora, ha servido en la batalla por la igualdad y la democracia. Pero hoy, sin embargo, esos tiempos han terminado. En la posmodernidad imperial el gran gobierno se ha vuelto meramente el medio despótico de dominación y de la producción totalitaria de la subjetividad. El gran gobierno conduce la gran orquesta de subjetividades reducidas a mercancía. Y es consecuentemente la determinación de los límites del deseo: estas son, de hecho, las líneas que, en el Imperio biopolítico, establecen la nueva división del trabajo a lo largo del horizonte imperial, a fin de reproducir el poder de explotar y subyugar. Nosotros, por el contrario, luchamos porque el deseo no tiene límites y (como el deseo de existir y el deseo de producir son

uno y lo mismo) porque la vida puede ser continua, libre e igualitariamente disfrutada y reproducida.

Algunos pueden objetar que el universo biopolítico productivo aún requiere de alguna forma de comando, y que en verdad deberíamos procurar no destruir al gran gobierno sino colocar nuestras manos sobre sus controles. ¡Debemos terminar con esas ilusiones que han plagado a las tradiciones comunistas y socialistas durante tanto tiempo! Contrariamente, desde la perspectiva de la multitud y su búsqueda del auto-gobierno autónomo, debemos terminar con la repetición continua de lo mismo que Marx lamentó hace 150 años cuando dijo que todas las revoluciones han perfeccionado el Estado en lugar de destruirlo. Dicha repetición ha quedado clara recién en este siglo, cuando el gran compromiso (en sus formas liberal, socialista o fascista) entre el gran gobierno, el gran negocio y el gran trabajo ha forzado al Estado a producir horribles frutos nuevos: campos de concentración, gulags, ghettos, etc.

Ustedes son sólo un grupo de anarquistas, nos enrostrará e nuevo Platón. Esto no es verdad. Seríamos anarquistas si no habláramos (como Trasímaco y Calicles, los inmortales interlocutores de Platón) desde la perspectiva de la materialidad constituida en las redes de la cooperación productiva, en otras palabras, desde la perspectiva de una humanidad que es construida productivamente, es decir, constituida mediante el "nombre común" de la libertad. No, no somos anarquistas sino comunistas que han visto cuánta represión y destrucción de la humanidad fue forjada por los grandes gobiernos liberales y socialistas. Hemos visto cómo todo esto está siendo re-creado en el gobierno imperial, justamente cuando los circuitos de la cooperación productiva han vuelto a la fuerza de trabajo como un todo capaz de constituirse a sí misma en gobierno.

NOTAS

Parte 3

1 Para conocer fuentes acerca del debate sobre el imperialismo desde Kautsky a Lenin, ver la excelente bibliografía provista en Hans-Ulrich Wehler, ed., *Imperialismus* (Cologne: Kiepenheuer and Witsch, 1970), pp. 443-459. Sobre los debates acerca del imperialismo que se desarrollaron entre las dos Guerras Mundiales y continuaron hasta los años '60, ver la bibliografía en Dieter Senghaas, ed., *Imperialismus und strukturelle Gewalt* (Frankfurt: Suhrkamp, 1972), pp. 379-403. Para un útil resumen de los debates, ver Anthony Brewer, *Marxist Theories of Imperialism: A Critical Survey* (London: Routledge and Kegan Paul, 1980).

2 Karl Marx, *Grundrisse*, trad. Martín Nicolaus (New York: Vintage, 1973), p. 408; citado luego en el texto. Sobre la discusión de Marx acerca de las "barreras" internas a la producción capitalista ver también *Capital*, vol. 3, trad. David Fernbach (London: Penguin, 1981), pp. 349-375.

3 El siguiente argumento sostiene el espectro de las teorías subconsumistas, que afirman que la incapacidad de consumir todas las mercancías producidas es el defecto fatal del capitalismo, que lo conducirá al colapso. Muchos economistas marxistas y no-marxistas han argumentado convincentemente en contra de la idea de que la tendencia capitalista a producir demasiado o consumir muy poco sea catastrófica. Para evaluar los argumentos subconsumistas en Marx y Luxemburgo, ver Michael Bleaney, *Under-consumption Theories* (New York: International Publishers, 1976), pp. 102-119 y 186-201; y Ernest Mandel, *Introducción a Karl Marx Capital*, vol. 2, trad. David Fernbach (Harmondsworth: Penguin, 1977), pp. 69-77. Ver también la influyente crítica de Nikolai Bukharin sobre Rosa Luxemburgo en *Imperialism and the Accumulation of Capital*, ed. Kenneth Tarbuck, trad. Rudolph Wichmann (London: Allen Lane, 1972), pp. 151-270. Debemos señalar que la necesidad económica basada en cálculos cuantitativos es a veces la forma pero nunca la sustancia de los argumentos de Marx o Luxemburgo. Toda necesidad es verdaderamente histórica y social. Lo que Marx y Luxemburgo identificaron fue una barrera económica que ayudaba a explicar por qué el capital se había visto históricamente obligado o inducido a expandirse, a moverse fuera de sí mismo e incorporar nuevos mercados a su reinado.

4 Sobre los análisis de Marx acerca de la teoría de la abstinencia del consumo capitalista, ver *Capital*, vol. 1, trad. Ben Fowkes (New York: Vintage, 1976), pp. 738-746, y *Capital*, 3:366.

5 "La masa total de mercancías, el producto total, debe ser vendido, tanto aquella porción que reemplaza al capital constante y variable como aquella que representa plusvalía. Si esto no sucede, o sucede sólo parcialmente, o sucede a precios que son menores que el precio de la producción, entonces, aunque el trabajador es efectivamente explotado, su explotación no es realizada como tal para el capitalista, e incluso puede no involucrar ninguna realización de la plusvalía extraída". Marx, *Capital*, 3:352.

6 *Ibid.*, 3:353.

7 Acerca de la expansión de producción y mercados ver: Marx, *Grundrisse*, p. 419; *Capital*, 1:910-911; 2:470-471; 3:349-355.

8 "La verdadera barrera a la producción capitalista es el propio capital" Marx, *Capital*, 3:358.

9 Rosa Luxemburgo, *The Accumulation of Capital*, trad. Agnes Schwarzschild (New York: Monthly Review Press, 1968), pp. 365-366 y 467. Los análisis de Luxemburgo sobre la acumulación capitalista, sus críticas a Marx y su teoría sobre el colapso del capitalismo han sido todos replicados vehementemente desde que se publicó su primer libro. Para buenos resúmenes de estos temas ver la

Introducción de Mandel al Capital, 2:11-79, en especial pp. 62-69; la *Introducción de Joan Robinson a Luxemburgo*, *The Accumulation of Capital*, pp. 13-28; y *Paul Sweezy*, *The Theory of Capitalist Development* (New York: Oxford University Press, 1942), pp. 202-207.

10 *Fernand Braudel*, *Capitalism and Material Life, 1400-1800*, trad. *Miriam Kochan* (New York: Harper and Row, 1973), p. 308.

11 *Luxemburgo*, *The Accumulation of Capital*, p. 358.

12 *Ibid.*, p. 372.

13 *Rudolph Hilferding*, *Finance Capital: A Study of the Latest Phase of Capitalist Development*, ed. *Tom Bottomore* (London: Routledge and Kegan Paul, 1981), p. 314.

14 *Marx y Engels*, *Manifiesto of the Communist Party* (London: Verso, 1998), p. 40.

15 *Sobre el desarrollo desigual y las diferencias geográficas de la expansión capitalista* ver: *David Harvey*, *The Limits to Capital* (Chicago: University of Chicago Press, 1984); y *Neil Smith*, *Uneven Development: Nature, Capital, and the Production of Space* (Oxford: Blackwell, 1984).

16 *Luxemburgo*, *The Accumulation of Capital*, p. 446.

17 "Como el poder del cual es la expresión más global, el imperialismo no es una noción que puede constituir el objeto de ninguna definición explícita originada de conceptos económicos. El imperialismo sólo puede ser comprendido sobre la base de una acabada teoría del Estado". *Michel Aglietta*, *A Theory of Capitalist Regulation*, trad. *David Fernbach* (London: New Left Books, 1979), p. 30.

18 Ver en especial *V. I. Lenin*, *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism* (New York: International Publishers, 1939), y *Notebooks on Imperialism*, vol. 39 de *Collected Works* (Moscow: Progress Publishers, 1977).

19 Ver *Hilferding*, *Finance Capital*, en especial pp. 183-235. El análisis de *Hilferding* de basa fuertemente en la teoría de *Marx* de la eualización de la tasa general de ganancia mediante la competencia; ver *Capital*, 3:273-301.

20 *Karl Kautsky*, "Zwei Schriften zum Umlernen", *Die Neue Zeit*, Abril 30, 1915, p. 144. Se incluyen resúmenes de los escritos de *Kautsky* sobre el imperialismo en *Karl Kautsky: Selected Political Writings*, ed. Y trad. *Patrick Goode* (London: Macmillan, 1983), pp. 74-96.

21 *V. I. Lenin*, "Preface to *N. Bukharin's Pamphlet, Imperialism and the World Economy*", en *Collected Works* (Moscow: Progress Publishers, 1964), 22:103-107; cita p. 106. Ver también *Lenin, Imperialism*, pp. 111-122. Debemos señalar aquí que aunque *Lenin* sostiene correctamente que la posición de *Kautsky* es una desviación del método de *Marx* al ignorar los conflictos potenciales y las oportunidades políticas de la situación presente, las observaciones de *Kautsky* sobre la tendencia hacia un mercado mundial unificado se hallan en resonancia con la obra de *Marx*, en especial con sus artículos acerca del colonialismo en la India, donde expone una tendencia lineal del desarrollo capitalista hacia la conformación de un mercado mundial. Ver en particular *Karl Marx*, "The Future Results of British Rule in India", en *Surveys from Exile*, vol. 2 de *Political Writings* (London: Penguin, 1973), pp. 319-325.

22 *Lenin*, "Preface to *N. Bukharin's Pamphlet, Imperialism and the World Economy*", p. 107.

23 Ver *Antonio Negri*, *La fabbrica della strategia: 33 lezioni su Lenin* (Padua: CLEUP, 1976)

24 *Sobre la deuda de Lenin con Hobson ver: Giovanni Arrighi, The Geometry of Imperialism: The Limits of Hobson's Paradigm, trad. Patrick Camiller (London: Verso, 1978), pp. 23-27.*

25 Cecil Rhodes, citado en Lenin, *Imperialism*, p. 79.

26 *Es importante agradecer cuando hay actualmente deudas de gratitud, cuando nos encontramos ante numerosas versiones de revisionismo histórico. Pobre Gramsci, antes que nada comunista y militante, torturado y asesinado por el fascismo, y, finalmente, por los patrones que financiaron al fascismo-al pobre Gramsci le dieron el obsequio de considerarlo fundador de una extraña noción de hegemonía que no dejaba lugar para una política marxiana. (Ver, por ejemplo, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics [London: Verso, 1985], esp. pp. 65-71) ¡Debemos cuidarnos de tan generosos obsequios!*

27 Ver Roman Rosdolsky, *The Making of Marx's "Capital"*, trad. Peter Burgess (London: Pluto Press, 1977).

28 *Sobre el volumen faltante sobre el salario ver, Antonio Negri, Marx Beyond Marx, trad. Harry Cleaver, Michael Ryan y Mauricio Viano (New York: Autonomedia, 1991), pp. 127-150; Y Michael Lebowitz, Beyond Capital: Marx's Political Economy of the Working Class (London: Macmillan, 1992). Sobre la cuestión de la existencia de una teoría marxista del Estado, ver el debate entre Norberto Bobbio y Antonio Negri en: Norberto Bobbio, Which Socialism? (Cambridge: Polity Press, 1987).*

29 Marx, *Grundrisse*, p. 408.

30 Fernand Braudel, *Afterthoughts on Material Civilization and Capitalism*, trad. Patricia Ranum (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1977), p. 64.

3.1. Los límites del Imperialismo

1 *"A veces me canso del slogan 'posmoderno', como tantos otros, pero cuando estoy tentado de lamentar mi complicidad con él, de deplorar su mal uso y notoriedad, y de concluir con cierta relucencia que crea más problemas que los que resuelve, en ese momento me detengo para inquirir si hay algún otro concepto que pueda dramatizar las cuestiones de modo tan efectivo y económico". Fredric Jameson, Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism (Durham: Duke University Press, 1991), p. 418.*

2 Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Time* (London: Verso, 1994)

3 *Ibid.*, p. 332.

3.2. Gobernabilidad Disciplinaria

1 Ver James Devine, "Underconsumption, Over-investment, and the Origins of the Great Depression", *Review of Radical Political Economics*, 15, No 2 (Summer 1983), 1-27. *Acerca de la crisis económica de 1929 ver también el análisis clásico de John Kenneth Galbraith, The Great Crash, 1929 (Boston: Houghton Mifflin, 1954), que enfoca sobre la especulación como causa de la crisis; y, más recientemente, Gérard Duménil y D. Lévy, La dynamique du capital: un siècle d'économie américaine (Paris: PUF, 1996). En forma más general, sobre los problemas teóricos que la crisis de 1929 le legó a la economía política del siglo veinte, ver Michel Aglietta, A Theory of Capitalist Regulation, trad.*

David Fernbach (London: New Left Books, 1979); y Robert Boyer y Jacques Mistral, *Accumulation, inflation, crises* (Paris: PUF, 1978).

2 Tal vez haya sido John Maynard Keynes la persona con la más clara comprensión de la Conferencia de Versalles. Ya en la Conferencia y luego en su ensayo "The Economic Consequences of Peace", denunció el egotismo político de los vencedores, que vendría a constituirse en uno de los factores contribuyentes de la crisis económica de los '20.

3 Esta clase de interpretación de la crisis económica y política de 1929 debe contratarse fuertemente con las concepciones historiográficas "revisionistas" al estilo de Francois Furet, Ernst Nolte y Renzo De Felice. Demuestra la gran importancia del elemento económico en la definición de las elecciones políticas del siglo veinte. Las historias revisionistas, por el contrario, leen los desarrollo del siglo como una progresión lineal de ideas que se alzan a menudo en oposición dialéctica, con el fascismo y el comunismo ocupando los polos opuestos. Ver, por ejemplo, Francois Furet, *Le passé d'une illusion: essai sur l'idée communiste au XXe siècle* (Paris: Robert Laffont, 1995), en especial el capítulo en el que discute la relación entre comunismo y fascismo (pp. 189-248).

4 Ver Jon Halliday, *A Political History of Japanese Capitalism* (New York: Panteón, 1975), pp. 82-133.

5 Por sobre todo es la historiografía "liberal" de autores tales como Arthur Meier Schlesinger la que ha insistido sobre las características sintéticas del progresismo americano. Ver su *Political and Social Growth of the American People, 1865-1940*, 3a ed. (New York: Macmillan, 1941). Ver también Arthur Ekirch, Jr. *Progressivism in America: A Study of the Era from Theodore Roosevelt to Woodrow Wilson* (New York: New Viewpoints, 1974).

6 Este es el desarrollo central trazado por Michel Aglietta en *A Theory of Capitalist Regulation*, y por Benjamín Coriat en *L'atelier et le chronomètre* (Paris: Christian Bourgois, 1979). Ver también Antonio Negri, "Keynes and the Capitalist Theory of the State", en Michael Hardt y Antonio Negri, *Labor of Dionysus* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994), pp. 23-51; y "Crisis of the Planner-State: Communism and Revolutionary Organisation", en *Revolution Retrieved* (London: Red Notes, 1988), pp. 91-148. Un buen análisis del Nuevo Acuerdo y el Keynesianismo lo provee también Suzanne de Brunhoff, *The State, Capital and Economic Policy*, trad. Mike Sonenscher (London: Pluto Press, 1978), pp. 61-80.

7 La noción de disciplina desarrollada por Michel Foucault posee otro enfoque que el que empleamos aquí, pero estamos refiriéndonos a las mismas prácticas y la misma globalidad de aplicación. El concepto teórico primario de Foucault es que la disciplina es desplegada mediante arquitecturas institucionales, que el poder de la disciplina no se ubica en algún lugar central sino en las formaciones capilares en su punto de ejercicio, y que las subjetividades son producidas mediante la internalización de la disciplina y el desempeño de sus prácticas. Todo esto es igualmente válido para nuestras consideraciones. Sin embargo, nuestro enfoque principal es acerca de cómo las prácticas e interrelaciones del disciplinamiento que se originan en el régimen fabril llegan a investir a todo el terreno social como mecanismo tanto de producción como de gobierno, es decir, como un régimen de producción social.

8 El texto fundamental que describe este desarrollo y anticipa sus resultados es: Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Dialectic of Enlightenment*, trad. John Cumming (New York: Herder and Herder, 1972), escrito a mediados de la década de 1940. Numerosos trabajos lo continuaron en la descripción de la sociedad disciplinaria y su implacable desarrollo como una "sociedad biopolítica", trabajos provenientes de distintas tradiciones culturales e intelectuales, pero completamente coherentes en la definición de la tendencia. Para los dos polos más fuertes e inteligentes de este rango de estudios, ver Herbert Marcuse, *One-Dimensional Man* (Boston: Beacon Press, 1964), para lo que podríamos

denominar el polo Anglo-germano; y Michel Foucault, *Discipline and Punish*, trad. Alan Sheridan (New York: Panteón, 1977), para el polo Latino.

9 Freda Kirchwey, "Program of Action", *Nation*, March 11, 1944, pp. 300-305; citado en Serge Guilbaut, *How New York Stole the Idea of Modern Art: Abstract Expressionism, Freedom and the Cold War*, trad. Arthur Goldhammer (Chicago: University of Chicago Press, 1983), p. 103.

10 Sobre la diseminación del modelo del Nuevo Acuerdo a otros países dominantes, tras la Segunda Guerra Mundial, ver Paul Kennedy, *The Rise and the Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000* (New York: Random House, 1987), pp. 347-437; y Franz Schurmann, *The Logic of World Power: An Inquiry Into the Origins, Currents and Contradictions of World Politics* (New York: Panteón, 1974)

11 Sobre la historia general del proceso de descolonización, ver Marc Ferro, *Histoire des colonisations: des conquêtes aux indépendances, XIIIe-XXe siècle* (Paris: Seuil, 1994); Frank Ansprenger, *The Dissolution of the Colonial Empires* (London: Routledge, 1989); y R. F. Holland, *European Decolonization, 1918-1981* (London: Macmillan, 1985)

12 Acerca del efecto de la hegemonía de los Estados Unidos sobre las luchas de descolonización, ver Giovanni Arrighi: *The Long Twentieth Century* (London: Verso, 1994), pp. 69-75; y Francois Chesnais, *La mondialisation du capital*, rev. Ed. (Paris: Syros, 1997)

13 Harry S. Truman, *Public Papers* (Washington D. C.: United States Government Printing Office, 1947), p. 176; citado en Richard Freeland, *The Truman Doctrine and the Origins of McCarthyism* (New York: Schocken, 1971), p. 85. Sobre las rígidas divisiones bipolares impuestas por la Guerra Fría, ver nuevamente Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, pp. 373-395; y Schurmann, *The Logic of World Power*.

14 Sobre la descentralización de la fabricación y producción de servicios (acoplada a la centralización del comando), ver dos libros de Saskia Sassen, *The Mobility of Labor and Capital: A Study in International Investment and Labor Flow* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), en especial pp. 127-133; y *The Global City: New York, London, Tokio* (Princeton: Princeton University Press, 1991), pp. 22-34. Más generalmente, acerca de la movilidad del capital y los factores limitantes o contrarrestantes, ver David Harvey, *The Limits to Capital* (Chicago: University of Chicago Press, 1984), pp. 417-422.

15 Ver Wladimir Andreff, *Les multinationales globales* (París: La Découverte, 1995); y Kenichi Ohmae, *The End of the Nation-State: The Rise of Regional Economies* (New York: Free Press, 1995)

16 Sobre las resistencias de los campesinos a la disciplina capitalista ver James Scott, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance* (New Haven: Yale University Press, 1985), p. 235 y sig.

17 Sobre los proyectos de modernización económica en la China de Mao ver Maurice Meisner, *Mao's China and After*, 2nd. Ed. (New York: Free Press, 1986), pp. 113.139.

18 Robert Sutcliffe, por ejemplo, escribió: "Ninguna gran nación se ha vuelto rica sin haberse industrializado...Las más grandes riquezas y los mejores patrones de vida bajo cualquier sistema político se hallan estrechamente conectados con la industrialización". Robert Sutcliffe, *Industry and Underdevelopment* (Reading, Mas.: Addison-Wesley, 1971)

19 Sobre Fordismo global y periférico ver principalmente Alan Lipietz, *Mirages and Miracles: The Crises of Global Fordism*, trad. David Marcey (London: Verso, 1987); y "Towards a Global Fordism?" *New Left Review*, No 132 (1982), 33-47. Sobre la recepción del trabajo de Lipietz entre los economistas Anglo-americanos, ver David Ruccio, "Fordism on a World Scale: International

Dimensions of Regulation", *Review of Radical Political Economics*, 21, No 4 (Winter 1989), 33- 53; y Bob Jessop, "Fordism and Post-Fordism: A Critical Reformulation", en Michael Storper y Allen Scott eds., *Pathways to Industrialization and Regional Development* (London: Routledge, 1992), pp. 46-69.

20 Ver, por ejemplo, Giovanni Arrighi y John Saul, "Socialism and Economic Development in Tropical Africa", en *Essays on the Political Economy of Africa* (New York: Monthly Review Press, 1973), pp. 11-43; John Saul, "Planning for Socialism in Tanzania", en Uchumi Editorial Board, ed., *Towards Socialist Planning* (Dar Es Salaam: Tanzania Publishing House, 1972), pp.1-29; y Terence Hopkins, "On Economic Planning in Tropical Africa", *Co-existence*, 1, No 1 (May 1964), 77-88. Para dos aproximaciones sobre la falla de las estrategias de desarrollo económico y planificación en Africa (pero donde ambas aún imaginan la posibilidad de un desarrollo socialista "alternativo"), ver Samir Amin, *Maldevelopment: Anatomy of a Global Failure* (London: Zed Books, 1990), esp. pp. 7-74; y Claude Ake, *Democracy and Development in Africa* (Washington, D. C. : The Brookings Institution, 1996)

21 Para un interesante relato personal sobre la Conferencia de Bandung y su importancia, ver Richard Wright, *The Color Curtain: A Report on the Bandung Conference* (New York: World, 1956). Los principales discursos desarrollados durante la conferencia están incluidos en George McTurnan Kahin, *The Asian-African Conference* (Ithaca: Cornell University Press, 1956). Sobre el Movimiento de No-Alineados, ver Leo Mates, *Nonalignment: Theory and Current Policy* (Belgrade: Institute for International Politics and Economics, 1972); y M. S. Rajan, *Nonalignment and Nonalignment Movement* (New Delhi: Vikas Publishing, 1990)

22 Sobre nomadismo y la constitución de subjetividades, ver Gilles Deleuze y Félix Guattari, *A Thousand Plateaus*, trad. Brian Massumi, (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987), esp. pp. 351-423.

23 Sobre la subsunción formal y real en Marx, ver especialmente Karl Marx, *Capital*, vol. 1, trad. Ben Fowkes (New York: Vintage, 1976), pp. 1019-38.

3.3. Resistencia, Crisis, Transformación

1 Karl Marx, *Capital*, vol. 1, trad. Ben Fowkes (New York: Vintage, 1976), p. 918.

2 Ver especialmente Samir Amin, *Accumulation in a World Scale*, trad. Brian Pearce (New York: Monthly Review Press, 1974); y Andre Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America* (New York: Monthly Review Press, 1967).

3.4. Posmodernización, o la Informatización de la Producción

1 Sobre la crisis y reestructuración de la producción capitalista en los '60 y '70, ver Michael Piore y Charles Sabel, *The Second Industrial Divide*, (New York: Basic Books, 1984). Sobre la crisis económica y financiera, ver Robert Boyer y Jacques Mistral, *Accumulation, Inflation, Crises*, (Paris: PUF, 1978)

2 Ver Antonio Negri, "Marx on Cycle and Crisis", en *Revolution Retrieved* (London: Red Notes, 1988), pp. 43-90.

3 Ver los ensayos históricos "Do You Remember Revolution?" escritos colectivamente y "Do You Remember Counter-Revolution?" de Paolo Virno, en Paolo Virno y Michael Hardt, eds., *Radical Thought in Italy* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996), pp. 225-259. También ver Paolo Carpiagnano, "Note su classe Operaia e capitale in America negli anni sessanta", en Sergio Bologna,

Paolo Carpi gnano y Antonio Negri, *Crisi e organizzazione operaia* (Milan: Feltrinelli, 1976), pp. 73-97.

4 Sobre la "explosión del bienestar social en los '60", ver Frances Fox Piven y Richard Cloward, *Regulating the Poor: The Functions of Public Welfare* (New York: Pantheon, 1971), en esp, pp. 183-199. Ver también Piven y Cloward, *The New Class War: Reagan's Attack on the Welfare State and Its Consequences* (New York: Pantheon, 1982).

5 Ver Luciano Ferrari Bravo, "Introduzione: vecchie e nuove questioni nella teoria dell'imperialismo", en Luciano Ferrari Bravo, ed., *Imperialismo e classe operaia multinazionale* (Milan: Feltrinelli, 1975), pp. 7-70.

6 Claude Ake llega tan lejos como a caracterizar a todo el sistema capitalista mundial como un conflicto entre "países burgueses" y "países proletarios", en *Revolutionary Pressures in Africa* (London: Zed Books, 1978), p. 11.

7 Esta perspectiva Tercermundista está implícita en muchos de los escritos de Immanuel Wallerstein, Andre Gunder Frank y Samir Amin.

8 Para un completo detalle de los eventos y protagonistas de la conferencia de Bretton Woods, ver Armand Van Dormael, *Bretton Woods: Birth of a Monetary System* (London: Macmillan, 1978). Para un relato histórico que ofrece un comprensivo enfoque de la preparación de Estados Unidos para la hegemonía en el período de posguerra, mediante la planificación económica en Bretton Woods junto con la planificación política en Dumbarton Oaks, ver George Schild, *Bretton Woods and Dumbarton Oaks: American Economic and Political Postwar Planning in the Summer of 1944* (New York: St. Martín Press, 1995)

9 Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century* (London: Verso, 1994), p. 278-279.

10 Sobre la crisis financiera internacional que comenzó en los '70 con el colapso de los mecanismos de Bretton Woods, ver Peter Coffey, *The World Monetary Crisis* (New York: St. Martin's Press, 1974); y Arrighi, *The Long Twentieth Century*, pp. 300-324.

11 Sobre el Eurodólar como elemento de la crisis, ver Jeffrey Frieden, *Banking on the World: The Politics of American International Finance* (New York: Harper and Row, 1987), pp. 79-122.

12 Sobre la convertibilidad del dólar y la maniobra de Nixon de 1971, ver David Calleo y Benjamín Rowland, *America and the World Political Economy: Atlantic Dreams and National Realities* (Bloomington: Indiana University Press, 1973), pp. 87-117; y Coffey, *The World Monetary Crisis*, pp. 25-42.

13 Sobre los límites del Fordismo y la necesidad del capital de hallar un esquema post-Fordista de producción y acumulación, ver Benjamín Coriat, *L'Atelier et le robot: essai sur le fordisme et la production de masse á l'age de l'électronique* (Paris: Christian Bourgois, 1990)

14 Fredric Jameson sostiene que las luchas sociales de los '60 en el Primer Mundo, particularmente en Estados Unidos y Francia, siguieron en la línea de (e incluso derivaron) los poderosos movimientos de descolonización y liberación del Tercer Mundo durante los '50 y '60. Ver Fredric Jameson, "Periodizing the '60s", en *Ideologies of Theory: Essays, 1971-1986* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1988), 2:178-208, esp. pp. 180-186.

15 Ver Giovanni Arrighi, "Marxist Century, American Century: The Making and Remaking of the World Labor Movement", en Samir Amin, Giovanni Arrighi, Andre Gunder Frank e Immanuel

Wallerstein, *Transforming the Revolution: Social Movements and the World System* (New York: Monthly Press Review, 1990), 54-95.

16 Robin Kelley provee un relato ejemplar de las dinámicas del rechazo proletario y las formas alternativas de vida en su maravillosa historia sobre la clase trabajadora negra de los Estados Unidos, *Race Rebels: Culture, Politics, and the Black Working Class* (New York: Free Press, 1994).

17 También en el pensamiento ecológico, al menos en sus paradigmas más productivos, podemos ver claramente que la "naturaleza" en cuestión es tanto humana como no-humana; la ecología involucra no sólo la preservación de las cosas, sino la producción de relaciones y subjetividad. Ver Felix Guattari, *Les tríos écologiques* (Paris: Galilée, 1989); y Verena Andermatt Conley, *Ecopolitics: The Environment in Poststructuralist Thought* (London: Routledge, 1997). Franco Piperno continúa esta línea de pensamiento "ecológico", aunque en diferente registro, en *Elogio dello spirito pubblico meridionale* (Rome: Manifestolibri, 1997).

18 En su esfuerzo para pensar en la importancia y límites reales del "exterior", Rosa Luxemburgo puede haber sido la primera gran pensadora ecológica del siglo veinte. Los mejores ejemplos de pensamiento ecológico marxista en autores como André Gorz y James O'Connor adoptan una forma de argumento similar a la posición antiimperialista de Luxemburgo (aunque sus trabajos no deriven directamente del de ella): la producción capitalista implica necesariamente una expansión dentro y destrucción de la naturaleza, que no sólo tiene consecuencias trágicas sobre la vida en el planeta sino que también socava la viabilidad futura del propio capitalismo. De André Gorz, ver *Ecology as Politics*, trad. Patsy Vigderman y Jonathan Cloud (Boston: South End Press, 1980); de James O'Connor, ver "Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction", *Capitalism, Nature, Socialism*, 1, No 1 (1989), 11-38.

19 "Así, el capitalismo tardío aparece como el período en el cual todas las ramas de la economía están por primera vez industrializadas por completo; a lo cual podríamos agregar..la creciente mecanización de la superestructura". Ernest Mandel, *Late Capitalism*, trad. Joris De Bres (London: Verso, 1978), pp. 190-191.

20 "Este capitalismo puro de nuestro tiempo ha así eliminado los enclaves de organización precapitalista que previamente toleró y explotó de un modo tributario". Fredric Jameson, *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism* (Durham: Duke University Press, 1990), p. 36.

21 Con esto no pretendemos sugerir que el capital pueda, mediante avances tecnológicos, reconciliar perpetuamente su relación destructiva con el ambiente (humano y no-humano). Lo que puede lograr el avance tecnológico es desviar el terreno del conflicto y diferir la crisis, pero los límites y el antagonismo permanecen.

22 Stanley Aronowitz nos ofrece una provechosa reevaluación de la panoplia de los movimientos sociales de Estados Unidos en los '60 en *The Death and Rebirth of American Radicalism* (London: Routledge, 1996), pp. 57-90.

23 Ver otra vez Kelley, *Race Rebels*, en especial pp. 17-100, sobre la historia oculta de la resistencia.

24 Acerca de la historia de los rechazos sostenidos por los movimientos feministas norteamericanos, ver Alice Echols, *Daring to Be Bad: Radical Feminism in America, 1967-1975* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1989)

25 Ver, por ejemplo, Judith Butler, "Merely Cultural", *New Left Review*, No 227 (January-February 1998), 33-44. El texto más influyente para la interpretación política de los "nuevos movimientos

sociales" en este sentido es: Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics (London: Verso, 1985)

26 Ver Antonio Negri, *The Politics of Subversión: A manifesto for the Twenty-first Century*, trad. James Newell (Oxford: Polity Press, 1989)

27 Fredric Jameson, por ejemplo, sostiene que el colapso de la Unión Soviética se "debió no a sus fallas sino a sus éxitos, al menos en lo que a modernización concierne". Ver su "Actually Existing Marxism", en Saree Makdisi, Cesare Casarino y Rebecca Karl, eds. *Marxism beyond Marxism* (London: Routledge, 1996), pp. 14-54; cita p. 43. Más ampliamente, acerca de cómo la propaganda de la guerra fría (de ambos lados) nos cegó a los movimientos reales de la historia social dentro del régimen soviético, ver Moshe Lewin, *The Making of the Soviet System* (New York: Pantheon, 1985)

28 Ver Leon Trotsky, *The Revolution Betrayed*, trad. Max Eastman (Garden City, N. Y. : Doubleday, 1937); y Conelius Castoriadis, *Devant la guerre* (Paris: Fayard, 1981). Ver también una serie de artículos de Denis Berger sobre el colapso de la Unión Soviética, "Perestroïka: la révolution réellement existante?" *Futur antérieur*, No 1 (1990), 53-62; "Que reste-t-il de la perestroïka?" *Futur antérieur*, No 6 (1991), 15-20; y "L'Union Soviétique á l'heure du vide", *Futur antérieur*, No 8 (1991), 5-12.

29 Nos parece que podemos efectuar una argumentación paralela acerca de las cambiantes prácticas sociales del proletariado Chino en la era pos-maoista, desembocando en los movimientos de la Revolución Cultural de los '80. Ver Xudong Zhang, *Chinese Modernism in the Era of Reforms* (Durham: Duke University Press, 1997). Zhang muestra nítidamente la fabulosa creatividad liberada durante este período.

3.5. Constitución Mixta

1 Los textos que sientan los términos para una enorme literatura que debate la periodización de las fases de la producción moderna son: Daniel Bell, *Coming of Post-Industrial Society* (New York: Basic Books, 1973); y Alain Touraine, *Post-Industrial Society*, trad. Leonard Mayhew (New York: Random House, 1971)

2 Ver Manuel Castells y Yuko Aoyama, "Paths towards the Informational Society: Employment Structure in G-7 Countries, 1920-90", *International Labour Review*, 133, No 1 (1994), 5-33, cita p. 13.

3 Acerca de las falsas analogías históricas que contribuyeron a la crisis de la deuda de los países del Tercer Mundo, ver Cheryl Payer, *Lent and Lost: Foreign Credit and Third World Development* (London: Zed Books, 1991)

4 Las presentaciones clásicas de las teorías del subdesarrollo y la dependencia son: Andre Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America* (New York: Monthly Review Press, 1967); y Fernando Enrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependency and Development in Latin America*, trad. Marjory Mattingly Urquidi (Berkeley: University of California Press, 1979). Para una crítica muy incisiva de los argumentos de los estadios de desarrollo, ver Immanuel Wallerstein, *The Capitalist World-Economy* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979), pp. 3-5.

5 El discurso del desarrollo fue una ilusión, pero una ilusión real y efectiva que estableció sus propias instituciones y estructuras a lo largo del mundo "en desarrollo". Acerca de la institucionalización del desarrollo, ver Arturo Escobar, *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Tirad World* (Princeton: Princeton University Press, 1991), pp. 73-101.

6 Sobre una crítica de la ideología desarrollista de las teorías de la dependencia, ver *ibid.*, pp. 80-81.

7 Ver, por ejemplo, Claude Ake, *A Political Economy of Africa* (Harlow, Essex: Longman, 1981), p. 136. Este es también el marco general presente en la obra de Andre Gunder Frank y Samir Amin.

8 Robert Musil, *The Man without Qualities*, trad. Sophie Wilkins (New York: Knopf, 1995), 2: 367.

9 Francois Bar, "Information Infrastructure and the Transformation of Manufacturing", en William Drake, ed., *The New Information Infrastructure: Strategies for U. S. Policy* (New York: Twentieth Century Fund Press, 1995), pp. 55-74; cita p. 56.

10 Ver Robert Chase y David Garvin, "The Service Factory", en Gary Pisano y Robert Hayes, eds., *Manufacturing Renaissance* (Boston: Harvard Business School Press, 1995), pp. 35-45.

11 Ver Castells y Aoyama, "Paths towards the Informational Society", pp. 19-28.

12 Manuel Castells describe a las regiones más subordinadas de la economía global como un "Cuarto Mundo". Ver su ensayo "The Informational Economy and the New International Division of Labor", en Martín Carnoy, Manuel Castells, Stephen Cohen y Fernando Enrique Cardoso, *The New Global Economy in the Information Age* (University Park: Pennsylvania State University Press, 1993), pp. 15-43.

13 Castells y Aoyama, "Paths towards the Informational Society", p. 27.

14 Pierre Levy, *Collective Intelligence: Mankind's Emerging World in Cyberspace* (New York: Plenum Press, 1997)

15 Sobre la comparación entre los modelos Fordistas y Toyotista, ver Benjamín Coriat, *Penser à l'envers: travail et organisation dans l'entreprise japonaise* (Paris: Christian Bourgois, 1994). Para una breve historia del desarrollo inicial de los métodos de producción de Toyota, ver Kazuo Wada, "The Emergence of the 'Flow Production' Method in Japan", en Haruhito Shiomi y Kazuo Wada, eds., *Fordism Transformed: The Development of Production Methods in the Automobile Industry* (Oxford: Oxford University Press, 1995), pp. 11-27.

16 Pensamos principalmente en la división conceptual de Jürgen Habermas entre acción comunicativa y acción instrumental, en obras tales como *The Theory of Communicative Action*, trad. Thomas Mc Carthy (Boston: Beacon Press, 1984). Para una excelente crítica de esta división de Habermas, ver Christian Marazzi, *Il posto dei calzini: la svolta linguistica dell'economia e i suoi effetti nella politica* (Bellinzona, Switzerland: Casagrande, 1995), pp. 29-34.

17 Acerca de una definición y análisis del trabajo inmaterial, ver Mauricio Lazzarato, "Immaterial Labor", en Paolo Virno y Michael Hardt, eds., *Radical Thought in Italy* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996), pp. 133-147. Ver también el índice de entradas sobre trabajo inmaterial al final de esa colección, p. 262.

18 Peter Drucker entiende el pasaje hacia la producción inmaterial en términos extremos. "El recurso económico básico- los medios de producción, para utilizar el término de los economistas-ya no es el capital, ni los recursos naturales (la 'tierra' de los economistas), ni el 'trabajo'. Es y será el conocimiento". Peter Drucker, *Post-Capitalist Society* (New York: Harper, 1993), p. 8. Lo que Drucker no comprende es que el conocimiento no está dado sino producido, y que su producción implica nuevos tipos de medios de producción y trabajo.

19 Robert Reich, *The Work of Nations: Preparing Ourselves for 21st-Century Capitalism* (New York: Knopf, 1991), p. 177. Lo más importante para Reich es que la ventaja-y finalmente la dominación

nacional-será ganada en la economía global siguiendo las líneas de esta nueva división, a través de la distribución geográfica de estas tareas de alto o bajo valor.

20 Ver Karl Marx, *Capital*, Vol. 1, trad. Ben Fawkes (New York: Vintage, 1976), pp. 131-137.

21 Ver Dorothy Smith, *The Everyday World as Problematic: A Feminist Sociology* (Boston: Northeastern University Press, 1987), esp. pp. 78-88.

22 En su momento, Marx consideró a la cooperación como resultado de las acciones del capitalista, que actuaba como un director de orquesta o un general de campo, desplegando y coordinando las fuerzas productivas en un esfuerzo común. Ver, *Capital*, 1:439-454. Para un análisis de las dinámicas contemporáneas de la cooperación social y productiva, ver Antonio Negri, *The Politics of Subversión: A Manifesto for the Twenty-First Century*, trad. James Newell (Oxford: Polity Press, 1989).

23 Ver Saskia Sassen, *The Global City: New York, London, Tokio* (Princeton: Princeton University Press, 1991)

24 Acerca de la empresa en red ver Manuel Castells, *The Rise of the Network Society* (Oxford: Blackwell, 1996), pp. 151-200.

25 Bill Gates, *The Road Ahead* (New York: Viking, 1995), p. 158.

26 Algunos analistas italianos ven en la descentralización de la producción en red en las pequeñas y medianas empresas del norte de Italia una oportunidad para crear nuevos circuitos de trabajo autónomo. Ver Sergio Bologna y Andrea Fumagalli, eds., *Il lavoro autónomo di seconda generazione: scenari del postfordismo in Italia* (Milan: Feltrinelli, 1997)

27 Sobre el crecimiento de "servicios para productores" en centros concentrados de control, ver Sassen, *The Global City*, pp. 90-125.

28 Peter Cowhey, "Building the Global Information Highway: Toll Booths, Construction Contracts and Rules of the Road", in William Drake, ed. *The New Information Infrastructure* (New York: Twentieth Century Fund Press, 1995), pp. 175-204, cita p. 175.

30 Sobre las falsas promesas igualitarias de la "superautopista informática" en los Estados Unidos, ver Herbert Schiller, *Information Inequality: The Deepening Social Crisis in America* (New York: Routledge, 1996), esp. pp. 75-89. Para un análisis más general de la distribución desigual de la información y la tecnología, ver William Wresch, *Disconnected: Haves and Have-Nots in the Information Age* (New Brunswick: N. J.: Rutgers University Press, 1996)

3.6. Soberanía Capitalista, o Administrando la Sociedad Global de Control

1 Para un análisis de los pasajes de la obra de Marx y Engels acerca de la teoría del Estado, ver Antonio Negri, "Communist State Theory", en Michael Hardt y Antonio Negri, *Labor of Dionysus* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994), pp. 139-176.

2 Ver M. C. Ricklefs, *A History of Modern Indonesia*, 2a ed. (London: Macmillan, 1993). La compleja interrelación entre la administración holandesa, las autoridades Javanesas tradicionales y los poderes económicos en el inicio del siglo veinte está descripta bellamente en la enorme novela histórica en cuatro tomos de Pramoedya Ananta Toer, *The Buru Quartet*, trad. Max Lane (London: Penguin Books, 1982-1992)

3 Ver Brian Gardner, *The East India Company* (London: Rupert Hart-Davis, 1971); y Geoffrey Wheatcroft, *The Randalords* (New York: Atheneum, 1986)

4 Marx sostuvo que la mayor concentración y centralización del capital actúan contra las fuerzas de la competencia y son por lo tanto un proceso destructivo para el capital. Ver Karl Marx, *Capital*, vol. 3, trad. David Fernbach (London: Penguin, 1981), pp. 566-573. Lenin utilizó este argumento en sus análisis de la fase monopólica del capital: los monopolios destruyen la competencia, que es la base del desarrollo capitalista. Ver V. I. Lenin, *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism* (New York: International Publishers, 1939), pp. 16-30.

5 Ver por ejemplo, Richard Barnet y John Cavanagh, *Global Dreams: Imperial Corporations and the New World Order* (New York: Simon and Schuster, 1994).

6 Al concepto de "autonomía de la política", que pertenece a la tradición de la teología política, le fue dada su primer gran definición por el teólogo político Thomas Hobbes. Luego Carl Schmitt lo elevó a una altura aún mayor, ver *The Concept of the Political*, trad. George Schwab (New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press, 1976); y *Verfassunglehre*, 8a ed. (Berlin: Duncker & Humblot, 1993). Aquí la política es entendida como la base de cada relación social y la evaluación o "decisión" originaria que construye la esfera del poder y con ello garantiza el espacio de la vida. Es interesante observar que la concepción de la política de Schmitt está ineludiblemente unida a la definición jurídica del Estado-nación, siendo inconcebible fuera de su ámbito. El propio Schmitt parece reconocer este hecho tras haber presenciado la catástrofe del Estado-nación alemán. Ver Carl Schmitt, *Der Nomos der Erde im Völkerrecht des jus publicum europaeum* (Cologne: Greven Verlag, 1950). La consideración más extensa de las concepciones de Schmitt que conocemos está contenida en Carlo Galli, *Genealogía della política: C. Schmitt e la crisi del pensiero político moderno* (Bologna: Il Mulino, 1996). Esta crítica al concepto de Schmitt de la "autonomía de la política" debe extenderse a las diversas posiciones que en alguna manera derivan de su pensamiento. En dos extremos opuestos podemos citar a Leo Strauss, quien intentó apropiarse del concepto de Schmitt bajo su propia concepción liberal del derecho natural, y a Mario Tronti, quien creyó encontrar en la autonomía de la política un terreno capaz de apoyar un compromiso con las fuerzas políticas liberales en un período en el cual los partidos comunistas del Oeste europeo se hallaban en una profunda crisis. Sobre la interpretación que Strauss hace del texto de Schmitt y sus ambiguas relaciones, ver Heinrich Meier, *Carl Schmitt and Leo Strauss: The Hidden Dialogue*, trad. J. Harvey Lomas (Chicago: University of Chicago Press, 1995). Sobre Tronti ver *L'autonomía del político* (Milan: Feltrinelli, 1977).

7 Hay numerosas y excelentes críticas de los medios y su pretendida objetividad. Para dos buenos ejemplos, ver Edward Said, *Covering Islam: How the Media and the Experts Determine How We See the Rest of the World* (New York: Pantheon, 1981); y Edward Herman y Noam Chomsky, *Manufacturing Consent: The Political Economy of Mass Media* (New York: Pantheon, 1988)

8 Ver, por ejemplo, Elise Boulding, "IGOs, the UN, and International NGOs: The Evolving Ecology of the International System", en Richard Falk, Robert Johansen y Samuel Kim, eds., *The Constitutional Foundations of World Peace* (Albany: SUNY Press, 1993), pp. 167-188; cita p. 179.

9 Sobre caracterizaciones de los diversos tipos de ONG, ver John Clark, *Democratizing Development: The Role of Voluntary Organizations* (West Hartford, Conn.: Kumarian Press, 1990); Lowell Livezey, *Nongovernmental Organizations and the Ideas of Human Rights* (Princeton: The Center of International Studies, 1988); y Andrew Natsios, "NGOs and the UN System in Complex Humanitarian Emergencies: Conflict or Cooperation?" en Peter Diehl, ed., *The Politics of Global Governance: International Organizations in an Independent World* (Boulder: Lynne Reiner, 1997), pp. 287-303.

10 James Petras, "Imperialism and NGOs in Latin America", en *Monthly Review*, 49 (Diciembre 1997), 10-27.

11 Ver Polibio, *The Rise of the Roman Empire*, trad. Ian Scott Rilygert (Harmondsworth: Penguin, 1979), Book VI, pp. 302-352.

12 Ver G. A. Pocock, *The Maciavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition* (Princeton: Princeton University Press, 1975)

13 Sobre la transformación de un modelo de cuerpos en un modelo funcional en la Constitución de Estados Unidos, ver Antonio Negri, *Il potree costituente: saggio sulle alternative del moderno* (Milan: Sugarco, 1992), cap. 4, pp. 165-222.

14 Es interesante observar aquí que, al menos desde el constitucionalismo de la República de Weimar, la tradición Europea continental de pensamiento constitucional ha adoptado también estos principios, que se suponían pertenecientes sólo al mundo anglo-sajón. Los textos fundamentales de la tradición germana en este aspecto son Max Weber, *Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland* (Munich: Duncker & Humblot, 1918); Hugo Preuss, *Staat, Recht und Freiheit* (Tubingen: Mohr, 1926); y Hermann Séller, *Die Souveranität* (Berlin: W. De Gruyter, 1927)

15 Generalmente, los análisis provenientes de la Izquierda son los que insisten con más fuerza en que la génesis del Imperio activa las formas "malas" de gobierno. Ver, por ejemplo, Étienne Balibar, *La crainte des masses* (París: Galilée, 1997), libro que, entre otros aspectos, está extremadamente abierto a los análisis de los nuevos procesos de producción (masiva) de la subjetividad.

16 Para un análisis de estos procesos y una buena discusión de la bibliografía relevante, ver Yann Moulier Boutang, "La revanche des externalités: globalisation des économies, externalités, mobilité, transformation de l'économie et de l'intervention publique", *Futur antérieur*, No 39-40 (Fall 1997), pp. 85-115.

17 Debe quedar en claro que lo que afirmamos, además de involucrar a las condiciones teóricas subyacentes a nuestras hipótesis, debe implicar una revisión analítica radical de la reproducción. En otras palabras, cualquier concepción teórica que considere a la reproducción como una simple parte de la circulación del capital (como han hecho las economías clásicas, la teoría marxiana y las neoclásicas) no podrá manejar críticamente las condiciones de nuestra nueva situación, en especial aquellas resultantes de las relaciones político-económicas del mercado mundial en la posmodernidad. Nuestra descripción del biopoder en la Sección 1.2 es el comienzo de ese análisis revisado de la reproducción. Para la definición de algunos elementos fundamentales relacionados con la integración del trabajo, el afecto y el biopoder, ver Antonio Negri, "Value and Affect" y Michael Hardt, "Affective Labour", *boundary2*, 26, No 2 (Summer 1999).

18 Nos referimos nuevamente a la obra de Michel Foucault y las interpretaciones que de ella hace Gilles Deleuze. Ver nuestra discusión en la Sección 1.2.

19 Esta primera variable y el análisis del funcionamiento de la red en términos constitucionales se relaciona en algunos aspectos con las diversas teorías autopiéticas de las redes. Ver, por ejemplo, la obra de Humberto Maturana y Francisco Varela, *Para un excelente análisis de la teoría de sistemas en el contexto de las teorías posmodernas*, ver Cary Wolfe, *Critical Environments* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1998)

20 Los diversos avances en teorías de sistemas contribuyen también a nuestra comprensión de esta segunda variable. La obra de Niklas Luhmann ha sido la más influyente para el análisis de los sistemas autopiéticos en términos de filosofía social y legal.

21 Jameson nos ofrece una excelente crítica de "la concepción de la cultura de masas como pura manipulación". Sostiene que aunque la cultura de masas es "administrada", contiene, sin embargo,

posibilidades utópicas. Ver Fredric Jameson, "Reification and Utopia in Mass Culture", en *Signatures of the Visible* (New York: Routledge, 1992), pp. 9-34.

22 Ver Guy Debord, *Society of Spectacle*, trad. Donald Nicholson-Smith (New York: Zone Books, 1994); y *Comments on the Society of the Spectacle* (London: Verso, 1990)

23 Fredric Jameson "Totality as Conspiracy", en *The Geopolitical Aesthetic: Cinema and Space in the World System* (Bloomington: Indiana University Press, 1992), pp. 9-84.

24 Thomas Hobbes, *Leviatán*, ed. C. B. Macpherson (London: Penguin, 1968), p. 200.

25 Ver Brian Massumi, ed. *The Politics of Everyday Fear* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993)

3.6. Soberanía Capitalista, o Administrando la Sociedad Global de Control

1 Gilles Deleuze y Felix Guattari, *Anti-Oedipus*, trad. Robert Hurley, Mark Lane y Helen Lane (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983), p. 224.

2 Sobre la concepción de Deleuze y Guattari acerca de la axiomática del capital, ver Gilles Deleuze y Felix Guattari, *A Thousand Plateaus*, trad. Brian Massumi, (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987), pp. 452-473.

3 Robert Blanché, *Axiomatics*, trad. G. B. Keene (New York: Free Press of Glencoe, 1962), pp. 30-31.

4 Hay, por supuesto un elemento de trascendencia y segmentación esencial para el funcionamiento del capital, que es la explotación de clase. Esta es una frontera, por flexible o indiscernible que pueda parecer a veces, que el capital debe mantener en toda la sociedad. Las divisiones de clase continúan siendo centralmente efectivas en la nueva segmentación que investigaremos más adelante en esta Sección.

5 Ver Michel Foucault, "La gouvernementalité", en *Dits et écrits* (Paris: Gallimard, 1994), 3:635-657; y *Il faut défendre la société* (Paris: Seuil/Gallimard, 1997)

6 Ver Michael Hardt y Antonio Negri, *Labor of Dionysus* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994), pp. 257-259.

7 Ver Michael Hardt, "The Withering of Civil Society", *Social Text* No 45 (Winter 1995), 27-44.

8 Para una excelente explicación de la concepción del diagrama de Foucault, ver Gilles Deleuze, Foucault, trad. Seán Hand (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1988), pp. 34-37.

9 Sobre las relaciones entre identidad y pertenencia y sobre la constitución de una "subjetividad" cualquiera, ver Giorgio Agamben, *The Coming Community*, trad. Michael Hardt (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993)

10 Rosa Luxemburgo, *The Accumulation of Capital*, trad. Agnes Schwarzschild (New York: Monthly Review Press, 1968), p. 446.

11 En este sentido la obra clásica es la de Samir Amin, *Accumulation on a World Scale*, trad. Brian Pearce (New York: Monthly Review Press, 1974)

12 Ver Mike Davis, *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*, (London: Verso, 1990), pp. 221-263.

13 Michel Aglietta ha demostrado claramente en términos estructurales los poderes violentos y dictatoriales de los regímenes monetarios. Ver su La violence de la monnaie (París: PUF, 1982). Ver también sus ensayos en Werner Bonefeld y John Holloway, eds., Global Capital, National State, and the Politics of Money (London: Macmillan, 1995)

Parte 4

LA DECLINACIÓN Y CAÍDA DEL IMPERIO

4.1 VIRTUALIDADES

El pueblo ya no existe, o aún no...el pueblo está ausente.

Gilles Deleuze

En el transcurso de nuestros argumentos hemos tratado con el Imperio en términos de una crítica de lo que es y lo que existe, y por ende, en términos ontológicos. En ocasiones, sin embargo, a fin de reforzar la argumentación, hemos enfocado la problemática del Imperio con un discurso ético-político, calculando las mecánicas de las pasiones y los intereses- por ejemplo cuando inicialmente en nuestro argumento juzgamos al Imperio como menos malo o mejor que el previo paradigma de poder desde la perspectiva de la multitud. La teoría política inglesa en el período que va de Hobbes a Hume presenta el ejemplo paradigmático de discurso ético-político, que comienza por una descripción pesimista de la naturaleza humana presocial e intenta, por medio de la confianza en una noción trascendente del poder, establecer la legitimidad del Estado. El (más o menos liberal) Leviatán es menos malo que la guerra de todos contra todos, mejor porque establece y preserva la paz. 1 Este estilo de teorización política, sin embargo, ya no es muy útil. Con él se pretende que el sujeto puede ser entendido presocialmente y fuera de la comunidad, para luego imponerle una especie de socialización trascendental. En el Imperio no hay subjetividad afuera, y todos los lugares han sido subsumidos en un "no-lugar" general. La ficción trascendental de la política ya no puede sostenerse ni posee utilidad argumental porque todo existe íntegramente dentro del ámbito de lo social y lo político. Cuando reconocemos esta determinación radical de la posmodernidad, la filosofía política nos empuja a penetrar en el terreno de la ontología.

Medida Exterior (lo inconmensurable)

Cuando afirmamos que la teoría política debe ocuparse de la ontología, queremos decir primeramente que la política no puede construirse desde afuera. La política está dada inmediatamente; es un campo de inmanencia pura. El Imperio se forma en este horizonte superficial en el que están embebidos nuestros cuerpos y nuestras mentes. Es puramente positivo. No hay ninguna máquina lógica externa que lo constituya. La cosa más natural del mundo es que el mundo aparece políticamente unido, que el

mercado es global, y que el poder está organizado mediante esta universalidad. La política imperial se articula siendo en su extensión global-un gran océano que sólo mueven los vientos y las corrientes. Así, la neutralización de la imaginación trascendental es el primer sentido en el cual la política en el dominio imperial es ontológica. 2

La política también debe ser entendida como ontológica debido al hecho que todas las determinaciones trascendentales de valor y medida que se utilizaron para ordenar los despliegues de poder (o, realmente, determinar sus precios, subdivisiones y jerarquías) han perdido la coherencia. Desde los mitos sagrados del poder que emplearon antropólogos históricos como Rudolf Otto y Georges Dumézil, a las reglas de la nueva ciencia política que describieron los autores de El Federalista; desde los Derechos del Hombre a las normas de la ley pública internacional-todo esto se desvanece con el pasaje al Imperio. El Imperio dicta sus leyes y mantiene la paz según un modelo de derecho posmoderno y ley posmoderna, mediante procedimientos móviles, fluidos y localizados. 3 El Imperio constituye el entramado ontológico en el que todas las relaciones de poder son entrelazadas-relaciones políticas y económicas y relaciones sociales y personales. Es en este dominio híbrido de la estructura biopolítica del ser donde se revela la estructura interna de la constitución imperial, porque en la globalidad del biopoder cada medida fija de valor tiende a ser disuelta, y el horizonte imperial de poder se revela finalmente como un horizonte exterior a las medidas. No sólo lo trascendente político sino también lo trascendente como tal ha dejado de determinar las medidas.

La mayor tradición metafísica Occidental ha aborrecido siempre lo inconmensurable. Desde la teoría de Aristóteles de la virtud como medida 4 hasta la teoría de Hegel de la medida como clave del pasaje de la existencia a la esencia 5, la cuestión de la medida ha estado estrechamente unida a la del orden trascendente. Incluso la teoría del valor de Marx paga tributo a esta tradición metafísica: su teoría del valor es verdaderamente una teoría de la medida del valor 6 Sólo en el horizonte ontológico del Imperio, sin embargo, se halla finalmente el mundo sin medida, y aquí podemos ver claramente el odio profundo que la metafísica siente por lo inmensurable. Deriva de la necesidad ideológica de otorgarle una fundación ontológica trascendente al orden. Del mismo modo que Dios es necesario para la fundación trascendente del poder, la medida es necesaria para la fundación trascendente de los valores del Estado moderno. Si no hubiera medida, dicen los metafísicos, no habría cosmos, no habría Estado. En este marco uno no puede pensar lo inconmensurable, es decir, uno no debe pensarlo. Durante toda la modernidad lo inconmensurable fue objeto de una veda absoluta, una prohibición epistemológica. Esta ilusión metafísica hoy ha desaparecido, sin embargo, porque en el contexto de la ontología biopolítica y sus atractivos, lo trascendente es lo impensable. Cuando hoy se proclama la trascendencia política, se cae de inmediato en la tiranía y la barbarie.

Cuando decimos inconmensurable, nos referimos a que los desarrollos políticos del ser imperial están fuera de toda medida preconstituida. Queremos decir que las

relaciones entre los modos de ser y los segmentos del poder están siempre construidas de nuevo, y que varían infinitamente. Los índices del comando (como los del valor económico) están definidos sobre la base de elementos siempre contingentes y puramente convencionales. Por cierto, hay ápices y cumbres de poder imperial que garantizan que la contingencia no se torne subversiva, que no se una a las tormentas que aparecen en los mares del ser-ápices tales como el monopolio de las armas nucleares, el control del dinero, y la colonización del éter. Estos despliegues reales del Imperio garantizan que la contingencia se vuelva una necesidad y no caiga en el desorden. Sin embargo, estos máximos poderes no representan una figura de orden o una medida del cosmos; por el contrario, su efectividad está basada en la destrucción (por la bomba), el juicio (por el dinero), o el miedo (por la comunicación)

Uno puede preguntarse llegado a este punto si esta idea de inconmensurabilidad no implica una negación absoluta del concepto de justicia. La historia de la idea de justicia ha estado referida generalmente a alguna noción de medida, ya sea una medida de igualdad o una medida de proporcionalidad. Más aún: como dijo Aristóteles siguiendo una línea de Theognis, "en la justicia se suman todas las virtudes".⁷ ¿Estamos entonces haciendo un reclamo nihilista sin sentido cuando afirmamos que en la ontología del Imperio el valor está fuera de la medida? ¿Sostenemos que no pueden existir valor, justicia, ni siquiera virtud? No, en contraste con aquellos que siempre han sostenido que el valor sólo puede ser afirmado en la figura de la medida y el orden, nosotros sostenemos que el valor y la justicia pueden vivir y nutrirse en un mundo inmensurable. Aquí podemos ver nuevamente la importancia de la revolución del humanismo renacentista. Ni Dieu, ni maitre, ni l'homme- ningún poder o medida trascendente determinarán los valores de nuestro mundo. El valor será determinado sólo por la continua innovación y creación de la humanidad.

Más allá de la medida (lo Virtual)

Aún si la política se ha vuelto un ámbito fuera de medida, el valor permanece. Aún si en el capitalismo posmoderno ya no hay una escala fija que mida al valor, el valor es aún poderoso y ubicuo. Este hecho se demuestra primero por la persistencia de la explotación, y segundo porque la innovación productiva y la creación de riqueza continúan incansablemente-de hecho movilizan trabajo en cada intersticio del mundo. En el Imperio la construcción de valor tiene lugar más allá de la medida. El contraste entre los inconmensurables excesos de la globalización imperial y la actividad productiva que está más allá de toda medida debe entenderse desde la perspectiva de la actividad subjetiva que crea y re-crea el mundo en su totalidad.

Sin embargo, en este punto es preciso subrayar algo más sustancial que la simple afirmación acerca de que el trabajo sigue siendo la base constituyente central de la sociedad mientras el capital la transforma en su etapa posmoderna. Mientras que

"fuera de medida" se refiere a la imposibilidad del poder para calcular y ordenar la producción a nivel global, "más allá de la medida" se refiere a la vitalidad del contexto productivo, la expresión del trabajo como deseo y su capacidad para constituir el tejido biopolítico del Imperio desde abajo. Más allá de la medida se refiere al nuevo lugar en el no-lugar, el lugar definido por la actividad productiva autónoma de todo régimen externo de medida. Más allá de la medida se refiere a la virtualidad que inviste a toda la trama biopolítica de la globalización imperial.

Por virtual entendemos el conjunto de poderes de acción (ser, amar, transformar, crear) que residen en la multitud. Ya hemos visto cómo el conjunto de poderes virtuales de la multitud se construye mediante las luchas y se consolida en el deseo. Ahora debemos investigar cómo lo virtual puede presionar sobre los límites de lo posible, y así alcanzar lo real. El pasaje de lo virtual a lo posible y a lo real es el acto fundamental de creación. 8 Es el trabajo viviente el que construye el camino desde lo virtual a lo real; es el vehículo de la posibilidad. El trabajo que ha roto las rejas de la disciplina política, social y económica y sobrepasado toda dimensión reguladora del capitalismo moderno, junto con su forma Estado, aparece ahora como actividad social general. 9 El trabajo es exceso productivo con respecto del orden existente y las reglas de su reproducción. Este exceso productivo es tanto resultado de una fuerza colectiva de emancipación como la sustancia de la nueva virtualidad social de las capacidades productivas y liberadoras del trabajo.

En el pasaje a la posmodernidad, una de las condiciones del trabajo es que funciona fuera de medida. La regimentación temporal del trabajo y todas las demás medidas económicas y/o políticas que se le impusieron han sido eliminadas. Hoy el trabajo es, inmediatamente, una fuerza social animada por los poderes del conocimiento, el afecto, la ciencia y el lenguaje. De hecho, el trabajo es la actividad productiva de un intelecto general y un cuerpo general fuera de medida. El trabajo aparece simplemente como el poder de actuar, que es tanto singular como universal: singular en tanto el trabajo se ha vuelto dominio exclusivo de la mente y el cuerpo de la multitud; y universal en tanto el deseo que la multitud expresa en el movimiento desde lo virtual hacia lo posible está constituido constantemente como cosa común. Sólo cuando lo que es común se forma puede tener lugar la producción y elevarse la productividad general. Todo aquello que bloquee la acción de este poder es meramente un obstáculo a superar-obstáculo eventualmente superado, debilitado y aplastado por los poderes críticos del trabajo y la cotidiana sabiduría pasional de los afectos. El poder de actuar es constituido por el trabajo, la inteligencia, la pasión y el afecto en un lugar común.

Esta noción del trabajo como el poder común para actuar aparece en una relación dinámica, contemporánea y coextensiva con la construcción de la comunidad. Esta relación es recíproca de tal modo que por un lado los poderes singulares del trabajo crean continuamente nuevas construcciones comunes y, por otro lado, lo que es común se singulariza. 10 Por ello podemos definir al poder virtual del trabajo como un poder de auto-valorización que se excede a sí mismo, fluye sobre el otro y,

mediante esta inversión, constituye una comunalidad expansiva. Las acciones comunes del trabajo, la inteligencia, la pasión y el afecto configuran un poder constituyente.

El proceso que estamos describiendo no es meramente formal; es material, y se realiza en el terreno biopolítico. La virtualidad de la acción y la transformación de las condiciones materiales, que a veces son apropiadas por este poder y lo enriquecen para actuar, están constituidas en mecanismos o aparatos ontológicos más allá de toda medida. Este aparato ontológico más allá de la medida es un poder expansivo, un poder de libertad, de construcción ontológica y de diseminación omnilateral.

Esta última definición puede considerarse redundante. Si el poder para actuar construye valor desde abajo, si transforma el valor de acuerdo con el ritmo de lo que es común, y si se apropia constitutivamente de las condiciones materiales de su propia realización, entonces es obvio que en él reside una fuerza expansiva más allá de toda medida. Esta definición no es redundante, sin embargo, sino que agrega una nueva dimensión al concepto en la medida en que demuestra el carácter positivo del no-lugar y la irrepresibilidad de la acción común más allá de toda medida. Esta definición expansiva juega un rol anti-dialéctico, demostrando la creatividad de lo que está más allá de la medida. En referencia a la historia de la filosofía, podríamos agregar que mientras las definiciones del poder para actuar en términos de lo singular y lo común son Spinozistas, esta última definición es realmente una concepción Nietzscheana. La expansividad omnilateral del poder para actuar demuestra las bases ontológicas de la transvaluación, es decir, su capacidad para no sólo destruir los valores que descienden del reino trascendente de la medida, sino también para crear nuevos valores. 11

El terreno ontológico del Imperio, completamente arado e irrigado por un trabajo constituyente, poderoso y auto-valorizante, es así sembrado con una virtualidad que busca ser real. Las claves de la posibilidad, o, realmente, de las modalidades de ser que transformen lo virtual en realidad, residen en este reino más allá de toda medida.

Parásito

Uno podría objetar, llegado a este punto, que, pese a los poderes de la multitud, este Imperio aún existe y comanda. Nosotros mismos hemos descrito ampliamente su funcionamiento y subrayado su extrema violencia. Con respecto a la virtualidad de la multitud, sin embargo, el gobierno imperial aparece como una caparazón vacía o un parásito. 12 ¿Significa esto que las inversiones de poder que efectúa continuamente el Imperio para mantener el orden imperial y la debilidad de la multitud son realmente ineficaces? Si este fuera el caso, entonces las argumentaciones que hemos venido desarrollando hasta ahora sobre el carácter extrínseco del gobierno imperial respecto

de los desarrollos ontológicos de la multitud serían contradictorias. La brecha entre virtualidad y posibilidad, que creemos que puede atravesarse desde la perspectiva de la acción de la multitud, es mantenida efectivamente abierta por la dominación imperial. Ambas fuerzas parecen alzarse en contradicción.

Sin embargo, no creemos que ésta sea realmente una contradicción. Sólo en la lógica formal la contradicción es estática; en la lógica material (la lógica política, histórica y ontológica) la contradicción nunca es estática, pues está instalada en el terreno de lo posible, y, por ende, en el terreno del poder. Desde luego, la relación que el gobierno imperial impone a la virtualidad de la multitud es una simple relación estática de opresión. Las inversiones del gobierno imperial son esencialmente negativas, desplegadas mediante procedimientos tendientes a ordenar coercitivamente las acciones y eventos que amenazan con caer en el desorden. En todos los casos la efectividad del gobierno imperial es regulatoria y no constituyente, ni siquiera cuando sus efectos son duraderos. Esta redundancia del comando imperial configura la crónica que registra la vida política, es decir la imagen más repetitiva y vacilante de las determinaciones del ser.

Las prerrogativas reales del gobierno imperial, su monopolio de la bomba, del dinero y del éter comunicativo, son meras capacidades destructivas, y, por ello, poderes de negación. La acción del gobierno imperial interviene en el proyecto de la multitud de unir a la virtualidad con la posibilidad, a fin de separarlo y detenerlo. En este sentido el Imperio influye en el curso del movimiento histórico, pero por esta razón no puede ser definido como una capacidad positiva-por el contrario, la legitimidad de su comando es crecientemente socavada por estos movimientos.

Cuando la acción del Imperio es eficaz, ello no se debe a su propia fuerza sino al hecho que es dirigida por el rebote de la resistencia de la multitud contra el poder imperial. En este sentido podríamos decir que la resistencia es realmente previa al poder. 13 Cuando interviene el gobierno imperial, selecciona a los impulsos liberadores de la multitud a fin de destruirlos, y en respuesta es empujado hacia delante por la resistencia. Las investiduras reales del Imperio y todas sus iniciativas políticas son construidas de acuerdo con el ritmo de los actos de resistencia que constituyen el ser de la multitud. En otras palabras, la efectividad de los procedimientos regulatorios y represivos del Imperio debe ser seguida hacia atrás hasta la acción constitutiva, virtual, de la multitud. En el preciso momento en que se alza, cae. Cada acción imperial es un rebote de la resistencia de la multitud, que coloca un nuevo obstáculo que la multitud debe superar. 14

El comando imperial no produce nada vital ni ontológico. Desde la perspectiva ontológica, el comando imperial es puramente negativo y pasivo. Por cierto el poder está en todas partes, pero está en todas partes porque es allí donde juega el nexo entre virtualidad y posibilidad, un nexo que es campo exclusivo de la multitud. El poder imperial es el residuo negativo, el retroceso ante la operación de la multitud; es un parásito que obtiene su vitalidad de la capacidad de la multitud para crear siempre

nuevas fuentes de energía y valor. Un parásito que debilita la fuerza de su huésped, sin embargo, puede poner en peligro su propia existencia. El funcionamiento del poder imperial está inevitablemente ligado a su declinación.

Nomadismo y Mezcla de Razas

La trama ontológica del Imperio se construye mediante la actividad más allá de toda medida de la multitud y sus poderes virtuales. Estos poderes constitutivos, virtuales, entran en interminable conflicto con los poderes constituidos del Imperio. Y son completamente positivos puesto que su "ser-contra" es un "ser-para", en otras palabras, una resistencia que se vuelve amor y comunidad. Estamos situados precisamente en esa bisagra de la finitud infinita que enlaza lo virtual con lo posible, comprometida con el pasaje desde el deseo a un futuro venidero. 15

Esta relación ontológica opera primeramente en el espacio. La virtualidad del espacio mundial constituye la primera determinación de los movimientos de la multitud-virtualidad que debe volverse real. Un espacio que puede ser meramente atravesado debe transformarse en espacio de vida; la circulación debe volverse libertad. En otras palabras, la multitud móvil debe alcanzar una ciudadanía global. La resistencia de la multitud a la servidumbre-la lucha contra la esclavitud de pertenecer a una nación, una identidad y un pueblo, y por ello la deserción de la soberanía y de los límites que le impone a la subjetividad-es absolutamente positiva. El nomadismo y la mezcla de razas aparecen aquí como figuras virtuosas, como las primeras prácticas éticas en el terreno del Imperio. Desde esta perspectiva el espacio objetivo de la globalización capitalista se quiebra. Sólo un espacio animado por la circulación subjetiva y sólo un espacio definido por los movimientos irreprimibles (legales o clandestinos) de los individuos y los grupos puede ser real. Las actuales celebraciones de lo local pueden ser regresivas e incluso fascistas cuando se oponen a la circulación y la mezcla, reforzando así los muros de la nación, la etnicidad, la raza, el pueblo y similares. Sin embargo, el concepto de local no necesita ser definido por la soledad y la pureza. De hecho, si uno derrumba las paredes que rodean lo local (separando así el concepto del de raza, religión, etnia, nación y pueblo), puede enlazarlo directamente con lo universal. Es el universo concreto el que le permite a la multitud pasar de lugar en lugar y convertir cada lugar en propio. Este es el lugar común del nomadismo y la mezcla de razas. Mediante la circulación se compone la especie humana común, un Orfeo multicolor de infinito poder; mediante la circulación se compone la comunidad humana. Por fuera de cada nube Iluminista o de cada recuerdo Kantiano, el deseo de la multitud es la especie común, no el Estado cosmopolita. 16 Como en un Pentecostés secular, los cuerpos se mezclan y los nómades hablan una lengua común.

En este contexto la ontología no es una ciencia abstracta. Implica el reconocimiento conceptual de la producción y reproducción del ser, y con ello el reconocimiento de

que la realidad política está constituida por el movimiento del deseo y la realización práctica del trabajo como valor. Hoy la dimensión espacial de la ontología se demuestra mediante los procesos concretos de globalización de la multitud, es decir, el volverse común del deseo de comunidad humana.

Un importante ejemplo del funcionamiento de esta dimensión espacial se demuestra por los procesos que han terminado con el Tercer Mundo, junto con todas las glorias y desgracias de sus pasadas luchas, el poder de los deseos que atravesaron sus procesos de liberación, y la pobreza de los resultados que coronaron sus éxitos. Hoy, los héroes reales de la liberación del Tercer Mundo pueden haber sido los emigrantes y los flujos de población que destruyeron viejas y nuevas fronteras. De hecho, el héroe poscolonial es aquel que continuamente transgrede los límites territoriales y raciales, el que destruye los particularismos puntuales en pos de una civilización común. En contraste, el comando imperial aísla a las poblaciones en la pobreza, permitiéndoles actuar sólo en los corsés de las naciones poscoloniales subordinadas. El éxodo del localismo, la trasgresión de costumbres y límites, y la deserción de la soberanía fueron las fuerzas operativas de la liberación del Tercer Mundo. Aquí podemos reconocer más que nunca la diferencia que definió Marx entre emancipación y liberación. 17 La emancipación es el ingreso de nuevas naciones y pueblos dentro de la sociedad imperial del control, con sus nuevas jerarquías y segmentaciones; liberación, en contraste, significa la destrucción de fronteras y patrones de migración forzada, la reapropiación del espacio y el poder de la multitud para determinar la circulación y mezcla global de individuos y poblaciones. El Tercer Mundo, que se construyó con el colonialismo y el imperialismo de Estados-naciones y quedó atrapado en la Guerra Fría, se destruye cuando las antiguas reglas de la disciplina política del Estado moderno (y sus servomecanismos de regulación étnica y geográfica de las poblaciones) son aplastadas. Se destruye cuando a lo largo de todo el terreno ontológico de la globalización los más miserables de la tierra se vuelven el ser más poderoso, porque su nueva singularidad nómada es la fuerza más creativa, y el movimiento omnilateral de su deseo es en sí mismo la liberación que llega.

El poder de circular es una determinación primaria de la virtualidad de la multitud, y la circulación en el primer acto ético de la ontología contraimperial. Este aspecto ontológico de circulación y mezcla biopolítica es resaltado aún más cuando contrasta con otros significados atribuidos a la circulación posmoderna, tales como los intercambios de mercado o la velocidad de comunicación. Aquellos aspectos de la velocidad y la circulación pertenecen, en realidad, a la violencia del comando imperial. 18 Los intercambios y la comunicación dominados por el capital están integrados a su lógica, y sólo un acto radical de resistencia puede recapturar el sentido productivo de la nueva movilidad e hibridez de los sujetos y realizar su liberación. Esta ruptura, y sólo esta ruptura, nos conduce al terreno ontológico de la multitud y al terreno en el cual la circulación y la hibridización son biopolíticas. La circulación biopolítica se enfoca y festeja las determinaciones sustanciales de las actividades de producción, auto-valorización y libertad. La circulación es un éxodo global, realmente nomadismo; y un éxodo corporal, realmente mezcla de razas.

Intelecto General y Biopoder

Hemos insistido antes en la importancia y limitaciones de la noción de Marx de "intelecto general" (Sección 1.2). En un determinado punto del desarrollo capitalista, que Marx sólo vislumbró como el futuro, los poderes del trabajo son infundidos por los poderes de la ciencia, la comunicación y el lenguaje. El intelecto general es una inteligencia social, colectiva, creada por conocimientos, técnicas y saberes acumulados. El valor del trabajo es realizado así por una nueva fuerza de trabajo universal y concreta, mediante la apropiación y el libre uso de las nuevas fuerzas productivas. Lo que Marx vio como futuro es nuestra era. Esta transformación radical de la fuerza de trabajo y la incorporación de la ciencia, la comunicación y el lenguaje dentro de las fuerzas productivas han redefinido la totalidad de la fenomenología del trabajo y todo el horizonte mundial de la producción.

El peligro del discurso del intelecto general es que corre el riesgo de permanecer por entero en el plano del pensamiento, como si los nuevos poderes del trabajo fueran sólo intelectuales y no, también, corporales (Sección 3.4). Como hemos visto antes, nuevas fuerzas y nuevas posiciones de trabajo afectivo caracterizan a la fuerza de trabajo, tanto como lo hace el trabajo intelectual. Biopoder es la definición de estas capacidades productivas de vida que son tanto corporales como intelectuales. Los poderes de la producción hoy son, de hecho, totalmente biopolíticos; en otras palabras, atraviesan y constituyen directamente no sólo la producción sino todo el ámbito de la reproducción. El biopoder se vuelve un agente de producción cuando todo el contexto de la reproducción es subsumido bajo el mando capitalista, es decir, cuando la reproducción y las interrelaciones vitales que la constituyen se vuelven directamente productivas. Biopoder es otro nombre para la subsunción real de la sociedad bajo el capital, y ambos son sinónimos del orden productivo globalizado. La producción llena las superficies del Imperio; es una máquina llena de vida, una vida inteligente que expresándose a sí misma en la producción y la reproducción, como también en la circulación (de trabajo, afectos y lenguaje) imprime a la sociedad un nuevo sentido colectivo y reconoce virtud y civilización en la cooperación.

Los poderes de la ciencia, el conocimiento, los afectos y la comunicación son los principales poderes que constituyen nuestra virtualidad antropológica y se hallan desplegados en las superficies del Imperio. Este despliegue se extiende por los territorios lingüísticos generales que caracterizan a las intersecciones entre producción y vida. El trabajo se vuelve crecientemente inmaterial, y realiza su valor mediante un proceso singular y continuo de innovación de la producción; es crecientemente capaz de consumir o utilizar los servicios de reproducción social de un modo cada vez más refinado e interactivo. La inteligencia y el afecto (o en verdad la mente coextensiva con el cuerpo), cuando se vuelven los poderes productivos primarios hacen coincidir a la vida y la producción en el terreno en que operan,

porque la vida no es otra cosa más que la producción y reproducción del conjunto de cuerpos y mentes.

La relación entre producción y vida se ha alterado de modo tal que se encuentra ahora completamente invertida respecto de cómo la entiende la disciplina de la economía política. La vida ya no es producida en los ciclos de reproducción subordinados a la jornada laboral; por el contrario, la vida es la que infunde y domina toda la producción. De hecho, el valor del trabajo y la producción está determinado en las profundidades de la víscera de la vida. La industria no produce más excedente que el generado por la actividad social-y por esto, hundido en la gran ballena de la vida, el valor está más allá de toda medida. No habría excedente si la producción no estuviera animada por la inteligencia social, por el intelecto general y al mismo tiempo por las expresiones afectivas que definen a las relaciones sociales y gobiernan sobre las articulaciones del ser social. El exceso de valor está hoy determinado en los afectos, en los cuerpos cruzados por el conocimiento, en la inteligencia de la mente y en el puro poder de actuar. La producción de mercancías tiende a ser lograda enteramente mediante el lenguaje, donde por lenguaje queremos significar máquinas de inteligencia continuamente renovadas por los afectos y las pasiones subjetivas. 19

En este punto debería quedar claro lo que constituye la cooperación social aquí, en las superficies de la sociedad imperial: las sinergias de la vida, es decir, las manifestaciones productivas de la vida desnuda. Giorgio Agamben ha utilizado el término "vida desnuda" para referirse al límite negativo de la humanidad y exponer, por detrás del abismo político que han construido los modernos totalitarismos, las condiciones (más o menos heroicas) de la pasividad humana. 20 Podríamos decir, por el contrario, que mediante la monstruosidad de reducir a los seres humanos a una mínima vida desnuda, el fascismo y el nazismo intentaron vanamente destruir el enorme poder en que podría devenir la vida desnuda, y aniquilar la forma en la cual se acumulan los nuevos poderes de la cooperación productiva de la multitud. De acuerdo con esta línea podríamos decir que los delirios reaccionarios del fascismo y el nazismo se desataron cuando el capital descubrió que la cooperación social ya no era resultado de la inversión de capital sino un poder autónomo, el a priori de cada acto de producción. Cuando el poder humano aparece inmediatamente como una fuerza colectiva autónomamente cooperante, la prehistoria capitalista llega a su fin. En otras palabras, la prehistoria capitalista llega a su fin cuando la cooperación social y subjetiva ya no es un producto sino una presuposición, cuando la vida desnuda es elevada a la dignidad de poder productivo, o cuando aparece como la riqueza de la virtualidad.

Las fuerzas afectivas, científicas y lingüísticas de la multitud transforman agresivamente las condiciones de la producción social. El campo en el que las fuerzas productivas son reapropiadas por la multitud es un campo de metamorfosis radicales- la escena de una operación demiúrgico. Estas consisten principalmente en una completa revisión de la producción de subjetividad cooperativa; consisten en un acto de fusión e hibridización con las máquinas que la multitud se ha reapropiado y

reinventado; consiste, por lo tanto, en un éxodo no sólo espacial sino también mecánico en el sentido que el sujeto es transformado en (y halla la cooperación que lo constituye multiplicada en) la máquina-un éxodo maquínico. 21 La historia del trabajador moderno y del sujeto de la soberanía moderna contiene un amplio catálogo de metamorfosis maquínica, pero la hibridización de los humanos y las máquinas ya no se define mediante la vía lineal que transcurrió durante el período moderno. Hemos alcanzado el momento en que puede destruirse la relación con el poder que dominó las hibridizaciones y las metamorfosis maquínicas. Marx reconoció que el conflicto entre trabajadores y máquinas era un falso conflicto: "Se ha necesitado de tiempo y experiencia para que los trabajadores aprendieran a distinguir entre la maquinaria y su empleo por el capital, transfiriendo en consecuencia sus ataques desde los instrumentos materiales de la producción hacia la forma de sociedad que utiliza dichos instrumentos". 22 Ahora, las nuevas virtualidades, la vida desnuda del presente, tienen la capacidad de tomar el control de los procesos de metamorfosis maquínica. En el Imperio la lucha política sobre la definición de virtualidad maquínica, o en verdad sobre las diferentes alternativas del pasaje entre lo virtual y lo real, es un campo de lucha central. Este nuevo terreno de la producción y la vida abre para el trabajo un futuro de metamorfosis que la cooperación productiva puede y debe controlar éticamente, políticamente y productivamente.

Res Gestae / Machinae

En años recientes ha habido muchos comentarios sobre el fin de la historia, y se han efectuado también muchas objeciones justificadas a las reaccionarias celebraciones de un fin de la historia que vería al actual estado de mando como eterno. Es ciertamente real, sin embargo, que en la modernidad el poder del capital y sus instituciones de soberanía han tenido una sólida persistencia en la historia y ejercido su mando sobre el proceso histórico. Los poderes virtuales de la multitud en la posmodernidad señalan el fin de ese mando y de aquellas instituciones. Esa historia ha concluido. El mando capitalista se ha revelado como un período transitorio. Y sin embargo, si la teleología trascendente que construyó la modernidad capitalista está finalizando, ¿cómo puede la multitud definir un telos materialista que la reemplace?23

Sólo estaremos en condiciones de responder a esta pregunta tras conducir un análisis histórico y fenomenológico de la relación entre virtualidad y posibilidad, es decir, tras responder a la pregunta sobre cómo y cuándo la virtualidad de la multitud pasará a la posibilidad y se volverá realidad. En este sentido, la ontología de lo posible es el terreno central de análisis. Esta problemática ha sido abordada por autores desde Lukács a Benjamín, desde Adorno hasta el Wittgenstein tardío, desde Foucault hasta Deleuze, e incluso por todos aquellos que han reconocido el crepúsculo de la modernidad. ¡En todos estos casos la pregunta se instalaba contra tan tremendos obstáculos metafísicos! Y ahora podemos ver cuan pálidas eran las respuestas respecto de la enormidad de la pregunta. Lo que hoy es cierto es que la problemática

no corre el riesgo de repetir los viejos modelos de la tradición metafísica, ni siquiera los más poderosos. De hecho, toda tradición metafísica está hoy completamente agotada. Si hay una solución al problema no ayudará que sea material y explosiva. Mientras nuestra atención se posó primero en la intensidad de los elementos de la virtualidad que constituyen la multitud, ahora debemos enfocarla en la hipótesis que aquellas virtualidades acumulan y alcanzan un umbral de realización adecuado a su poder. Este es el sentido en que hablamos de intelecto general y su articulación en conocimiento, afecto y cooperación; y, similarmente, el sentido en el cual hablamos de las diversas formas del éxodo colectivo de aquellos movimientos nómades de la multitud que se apropian de espacios y los renuevan.

Aquí nos abocamos a dos pasajes. El primero consiste en el hecho que la virtualidad totaliza el campo de la *res gestae*. La virtualidad se adelanta y demuestra que la capacidad de la historia *rerum gestarum* para dominar las singularidades virtuales activas ha expirado definitivamente. Esta es la historia que llega a su fin cuando las nuevas virtualidades emergen como poderosas y se liberan de un ser que está investido hegemónicamente por el capital y sus instituciones. Hoy, sólo la *res gestae* está cargada con capacidades históricas, es decir, hoy no hay historia, sólo historicidad. El segundo pasaje consiste en el hecho que estas virtualidades singulares en la medida que ganan autonomía se vuelven auto-valorizantes. Se expresan a sí mismas como máquinas de innovación. No sólo rehúsan ser dominadas por los viejos sistemas de valor y explotación, sino que realmente crean también sus propias posibilidades irreductibles. Es aquí donde se define un telos materialista, fundado sobre la acción de las singularidades, una teleología resultante de la *res gestae* y una figura de la lógica maquínica de la multitud.

La *res gestae*, las virtualidades singulares que operan la conexión entre lo posible y lo real, están en el primer pasaje fuera de la medida y en el segundo más allá de la medida. Las virtualidades singulares, que son la bisagra entre lo posible y lo real, juegan estas dos cartas: están fuera de la medida como un arma destructiva (deconstructiva en teoría, y subversiva en la práctica); y más allá de la medida como poder constituyente. Lo virtual y lo posible están unidos como innovación irreductible y como máquina revolucionaria.

4.2 GENERACIÓN Y CORRUPCIÓN

No se puede derramar una sola gota de sangre americana sin derramar la sangre de todo el mundo...Nuestra sangre es como la corriente del Amazonas, hecha de miles de nobles corrientes, desembocando todas en una. Más que una nación somos un mundo; porque a menos que reclamemos todo el mundo para nosotros, como Melchisedec, no tenemos madre ni padre...Nuestros ancestros se pierden en la paternidad universal...Somos los herederos de todos los tiempos, y dividimos nuestra herencia con todas las naciones.

Herman Melville

El destino ha querido que desde ahora América deba estar en el centro de la civilización occidental y no en la periferia.

Walter Lippmann

No hay escapatoria de los negocios americanos.

Louis-Ferdinand Céline

Como los teóricos europeos del Imperio han reconocido durante los últimos miles de años, la teoría de la constitución del Imperio es también una teoría de su declinación. Ya en la antigüedad Greco-Romana, Tucídides, Tácito y Polibio encontraron la secuencia de auge y caída, tal como luego harían los Padres de la Iglesia y los teóricos del Cristianismo temprano. En ninguno de estos casos hablar del Imperio era repetir la teoría clásica de la alternancia entre las formas "positivas" y "negativas" de gobierno, pues el Imperio está, por definición, más allá de esta alternancia. Sin embargo, la crisis interna del concepto de Imperio fue evidente sólo en el período del Iluminismo y la construcción de la modernidad europea, cuando autores tales como Montesquieu y Gibbon colocaron al problema de la decadencia del Imperio Romano como un elemento central del análisis de las formas políticas del Estado soberano moderno. 1

Auge y Caída (Maquiavelo)

En la antigüedad clásica el concepto de Imperio ya presuponía crisis. El Imperio era concebido en el marco de una teoría naturalista de las formas de gobierno; y aún cuando rompiera con las alternancias de formas buenas y malas, no se hallaba exento del destino de corrupción de la ciudad y la civilización en conjunto. La historia está dominada por Thyche (la Fortuna o Destino), que llegado el momento arruina inevitablemente la perfección que logra el Imperio. Desde Tucídides a Tácito y desde Atenas a Roma, el equilibrio necesario entre las formas de la vida común y el comando se situó en este destino lineal. Los análisis de Polibio sobre el Imperio Romano rompen con esta concepción del carácter cíclico del desarrollo histórico según la cual la construcción humana de la política cambia constantemente de las formas buenas a las malas de la ciudad y el poder: de la monarquía a la tiranía, de la aristocracia a la oligarquía, y desde la democracia a la anarquía, comenzando luego, eventualmente, un nuevo ciclo. Polibio afirmó que el Imperio Romano rompió este ciclo al crear una síntesis de las buenas formas de poder (ver Sección 3.5). De este modo el Imperio es entendido no tanto como gobierno sobre el espacio y tiempo universal, sino como un movimiento que reúne los espacios y las temporalidades mediante los poderes de las fuerzas sociales que buscan liberarse del carácter cíclico natural del tiempo de la historia. Superar la línea de destino, sin embargo, es aleatorio. La síntesis de las buenas formas de gobierno, el gobierno de la virtud cívica, puede desafiar al destino pero no reemplazarlo. Crisis y declinación son determinaciones que deben ser superadas todos los días.

Durante el Iluminismo europeo, autores tales como Montesquieu y Gibbon rechazaron la concepción naturalista de este proceso. La declinación del Imperio fue explicada en términos científicos sociales como resultado de la imposibilidad de alcanzar las construcciones sociales e históricas de la multitud y la virtud de sus héroes. La corrupción y declinación del Imperio resulta así no una presuposición natural, determinada por el destino cíclico de la historia, sino un producto de la imposibilidad humana (o al menos de su extrema dificultad) de gobernar un espacio y tiempo ilimitados. Lo ilimitado del Imperio socava la capacidad de hacer funcionar bien y perdurar a las buenas instituciones. Sin embargo, el Imperio era un fin hacia el cual tendían el deseo y la virtud cívica de la multitud y sus capacidades humanas para construir la historia. Era una situación precaria que no soportaba los espacios y tiempos ilimitados, pero limitaba inevitablemente los objetivos universales del gobierno a dimensiones sociales y políticas finitas. Los autores del Iluminismo nos han explicado que el gobierno que se aproxime a la perfección será construido con moderación en tiempo y espacio limitado. Por lo tanto, entre el Imperio y la realidad del comando había una contradicción, en principio, que inevitablemente generaría crisis.

Maquiavelo, mirando hacia atrás a la concepción de los ancianos y anticipando la de los modernos, es realmente quien nos ofrece la ilustración más adecuada de la

paradoja del Imperio. 2 Él clarificó la problemática separándola tanto del terreno naturalizante de los ancianos como del terreno sociológico de los modernos, y presentándola, por el contrario, en el campo de la inmanencia y la política pura. En Maquiavelo el gobierno expansivo es empujado hacia delante por la dialéctica de las fuerzas sociales y políticas de la República. Sólo cuando las clases sociales y sus expresiones políticas son colocadas en un juego abierto y continuo de contrapoder, la libertad y la expansión se unen, y por ello, sólo entonces el Imperio es posible. No hay concepto de Imperio, dice Maquiavelo, que no sea un concepto decisivamente expansivo de libertad. Precisamente es en esta dialéctica de libertad, entonces, donde residen los elementos de corrupción y destrucción. Cuando Maquiavelo discute la caída del Imperio Romano, enfoca primero y principalmente la crisis de la religión civil, es decir, la declinación de la relación social que había unificado a las diferentes fuerzas sociales ideológicas, permitiéndoles participar conjuntamente en la interacción abierta de contrapoderes. Es la religión cristiana lo que destruyó al Imperio Romano al destruir la pasión cívica que había sostenido a aquella sociedad pagana, la participación conflictiva pero leal de los ciudadanos en el perfeccionamiento continuo de la constitución y el proceso de libertad.

La antigua noción de la corrupción natural y necesaria de las buenas formas de gobierno es de este modo desplazada radicalmente, porque pueden ser evaluadas sólo en relación con las relaciones políticas y sociales que organizan la constitución. El Iluminismo y la noción moderna de la crisis de los tiempos y espacios incontrolables e ilimitados son a su vez desplazados porque también retornan al reino del poder cívico: sobre esta y ninguna otra base pueden ser evaluados el espacio y el tiempo. Por ello la alternativa no es entre gobierno y corrupción, o entre Imperio y declinación, sino entre, por un lado, gobierno expansivo y socialmente arraigado, es decir, gobierno "cívico" y "democrático", y, por otro lado, toda práctica de gobierno que base su poder en la trascendencia y la represión. Debemos dejar aclarado aquí que cuando hablamos de la "ciudad" o la "democracia" entre comillas, como las bases de la actividad expansiva de la República, y como única posibilidad de un Imperio perdurable, estamos presentando un concepto de participación que se enlaza con la vitalidad de una población y con su capacidad para generar una dialéctica de contrapoderes-un concepto, por consiguiente, que tiene poco que ver con el concepto clásico o moderno de democracia. Incluso los reinos de Genghis Khan y Tamerlán fueron, desde esta perspectiva, en alguna medida "democráticos", al igual que las legiones de César, los ejércitos de Napoleón y los de Stalin y Eisenhower, puesto que cada uno de ellos permitió la participación de una población que apoyó su acción expansiva. Lo principal en todos estos casos, y en el concepto general del Imperio, es que sea afirmado un terreno de inmanencia. La inmanencia se define como ausencia de todo límite externo a las trayectorias de la acción de la multitud, y la inmanencia está atada solamente, en sus afirmaciones y destrucciones, a los regímenes de posibilidad que constituyen su formación y desarrollo.

Aquí nos hallamos nuevamente en el centro de la paradoja por la cual cada teoría del Imperio concibe la posibilidad de su propia declinación-pero ahora podemos

comenzar a explicarla. Si el Imperio es siempre una positividad absoluta, la realización de un gobierno de la multitud, y un aparato absolutamente inmanente, está expuesta a la crisis precisamente en el terreno de esta definición, y no por otra necesidad o trascendencia opuesta a él. La crisis es el signo de una posibilidad alternativa en el plano de la inmanencia-una crisis que no es necesaria pero siempre posible. Maquiavelo nos ayuda a entender este sentido de la crisis inmanente, constitutivo y ontológico. Sólo en la presente situación, sin embargo, esta coexistencia de la crisis y el terreno de la inmanencia se torna completamente clara. Como las dimensiones espaciales y temporales de la acción política ya no son los límites sino los mecanismos constructivos del gobierno imperial, la coexistencia de lo positivo y lo negativo en el terreno de la inmanencia se configura ahora como una alternativa abierta. Hoy, los mismos movimientos y tendencias constituyen tanto el auge como la declinación del Imperio.

Finis Europae (Wittgenstein)

La coexistencia del espíritu imperial con los signos de la crisis y la declinación han aparecido en muchos modos diferentes en el discurso europeo durante los últimos dos siglos, a menudo como una reflexión ya sobre el fin de la hegemonía europea, ya sobre la crisis de la democracia y el triunfo de la sociedad de masas. Hemos insistido largamente en este libro que los gobiernos modernos de Europa desarrollaron formas no imperiales sino imperialistas. Sin embargo, el concepto de Imperio ha sobrevivido en Europa, y su ausencia ha sido continuamente lamentada. Los debates europeos sobre Imperio y declinación nos interesan por dos razones principales: primero, porque la crisis del ideal de la Europa Imperial está en el centro de estos debates, y, segundo, porque esta crisis golpea precisamente en aquel lugar secreto de la definición de Imperio donde reside el concepto de democracia. Otro elemento que debemos mantener presente es la perspectiva desde la cual han sido conducidos estos debates: una perspectiva que adopta el drama histórico de la declinación del Imperio en términos de experiencia vivida colectivamente. El tema de la crisis de Europa fue traducido en un discurso sobre la declinación del Imperio, y enlazado con la crisis de la democracia, junto con las formas de conciencia y resistencia que esta crisis implica.

Alexis de Tocqueville fue, tal vez, el primero en presentar el problema en estos términos. Sus análisis de la democracia de masas en los Estados Unidos, con su espíritu de iniciativa y expansión, lo llevó al amargo y profético reconocimiento de la imposibilidad de las élites europeas de continuar manteniendo una posición de comando sobre la civilización mundial. ³ Hegel había percibido algo similar: "América es...la tierra del futuro, y su importancia histórica mundial será revelada recién en el tiempo por llegar...Es una tierra de deseo para todos aquellos que están cansados del arsenal histórico de la vieja Europa". ⁴ Sin embargo, Tocqueville entendió este pasaje de un modo mucho más profundo. La razón de la crisis de la

civilización europea y sus prácticas imperiales consiste en el hecho que la virtud europea-o en verdad su moralidad aristocrática organizada en las instituciones de la soberanía moderna-no puede mantener la paz con los poderes vitales de la democracia de masas.

La muerte de Dios que muchos europeos comenzaron a percibir fue ciertamente un signo de la muerte de su propia centralidad planetaria, que sólo podían entender en términos de un moderno escepticismo. De Nietzsche a Burkhardt, de Thomas Mann a Max Weber, de Spengler a Heidegger y Ortega y Gasset, y a otros numerosos autores que transitaron los siglos diecinueve y veinte, esta intuición se volvió un estribillo constante que cantaban con profunda amargura. 5 La aparición de las masas en el escenario político y social, el agotamiento de los modelos productivos y culturales de la modernidad, el apagamiento de los proyectos imperialistas europeos y los conflictos entre las naciones por causa de la escasez, la pobreza y la lucha de clases: todo esto emergió como signo irreversible de la declinación. El Nihilismo dominó la época porque fueron tiempos sin esperanzas. Nietzsche dio su diagnóstico definitivo: "Europa está enferma". 6 Las dos Guerras Mundiales que arrasaron sus territorios, el triunfo del fascismo, y ahora, tras el colapso del stalinismo, la reaparición de los espectros más terribles del nacionalismo y la intolerancia, todo se alza como prueba para confirmar que estas intuiciones eran correctas.

Desde nuestra perspectiva, sin embargo, el hecho que contra los antiguos poderes de Europa un nuevo Imperio se ha formado es una buena noticia. ¿Quién quiere seguir viendo algo más de esa clase europea dirigente parasitaria y pálida que fue desde el ansien régimen al nacionalismo, del populismo al fascismo, y ahora empuja hacia un neoliberalismo generalizado? ¿Quién quiere ver más de aquellas ideologías y aquellos aparatos burocráticos que instigaron y nutrieron las podridas élites europeas? ¿Y quién puede sostener aún a aquellos sistemas de organización del trabajo y aquellas corporaciones que eliminaron todo espíritu vital?

Nuestra tarea aquí no es lamentar la crisis de Europa, sino reconocer en su análisis los elementos que, aún confirmando sus tendencias señalan posibles resistencias, los márgenes de reacción positiva y las alternativas del destino. A menudo estos elementos han aparecido contra la voluntad de los teóricos de la crisis de sus propios tiempos: es una resistencia que salta hacia un tiempo futuro-un futuro pasado real, un tipo de futuro perfectamente tenso. En este sentido, mediante los dolorosos análisis de sus causas, la crisis de la ideología europea puede revelar la definición de recursos nuevos y abiertos. Por esto resulta importante seguir los desarrollos de la crisis de Europa, porque no sólo en autores como Nietzsche y Weber sino también en la opinión pública de estos tiempos, la denuncia de la crisis revela un lado positivo extremadamente poderoso, que contiene las características fundamentales del nuevo Imperio mundial en el que estamos entrando. Los agentes de la crisis del viejo mundo imperial se vuelven cimientos del nuevo. La masa indiferenciada que por su simple presencia fue capaz de destruir la tradición moderna y su poder trascendente, aparece hoy como una poderosa fuerza productiva y una fuente incontenible de valorización.

Una nueva vitalidad, similar a las fuerzas bárbaras que enterraron Roma, reanima el campo de la inmanencia que la muerte del Dios Europeo nos dejó como nuestro horizonte. Cada teoría de la crisis del Hombre Europeo y de la declinación de la idea del Imperio Europeo es de algún modo un síntoma de la nueva fuerza vital de las masas, o como preferimos, del deseo de la multitud. Esto declaró Nietzsche desde las cumbres: "He absorbido en mí mismo el espíritu de Europa-ahora quiero abandonarlo".⁷ Ir más allá de la modernidad significa ir más allá de las barreras y trascendencias del Eurocentrismo y avanzar hacia la adopción definitiva del campo de la inmanencia como terreno exclusivo de la teoría y práctica de la política.

En los años posteriores a la explosión de la Primera Guerra Mundial, aquellos que habían participado de la gran masacre intentaron desesperadamente de entender y controlar la crisis. Considérese los testimonios de Franz Rosenzweig y Walter Benjamín. Para ambos, el mecanismo por el cual se había liberado la crisis debía ser algún tipo de escatología secular.⁸ Tras la experiencia histórica de la guerra y la miseria, y tal vez también con una intuición del holocausto que llegaría, intentaron descubrir una esperanza y una luz de redención. Este intento, sin embargo, no tuvo éxito en escapar de la poderosa resaca de la dialéctica. Ciertamente la dialéctica, esa maldecida dialéctica que había reunido y unido a los valores europeos, había sido vaciada desde adentro, y era definida ahora en términos completamente negativos. La escena apocalíptica en la cual el misticismo buscaba la liberación y redención, sin embargo, se hallaba aún muy implicada en la crisis. Benjamín reconoció esto amargamente: "El pasado carga consigo un índice temporal por el cual será conocido para la redención. Existe un acuerdo secreto entre las generaciones pasadas y la presente. Nuestra llegada era esperada en la Tierra. Como cada generación que nos ha precedido, hemos sido investidos de un débil poder mesiánico, un poder al cual le reclama el pasado."⁹

Esta experiencia teórica emerge precisamente donde la crisis de la modernidad aparece con mayor intensidad. En este mismo terreno otros autores buscaron romper con los remanentes de la dialéctica y sus poderes de subsunción. Nos parece, sin embargo, que incluso los pensadores más fuertes no fueron capaces de romper con la dialéctica y la crisis. En Max Weber la crisis de la soberanía y la legitimidad puede ser resuelta sólo mediante el recurso a la figura irracional del carisma. En Carl Schmitt el horizonte de las prácticas soberanas sólo puede ser aclarado recurriendo a la "decisión". Sin embargo, una dialéctica irracional no puede resolver ni siquiera atenuar la crisis de la realidad.¹⁰ Y la sombra poderosa de una dialéctica estetizada cubre incluso la noción de Heidegger de una función pastoral sobre un ser fracturado y desperdigado.

Por la clarificación real de esta escena, estamos en deuda con la serie de filósofos franceses que relejeron a Nietzsche muchas décadas después, en la década de 1960.¹¹ Su relectura implicó una reorientación de la perspectiva de la crítica, que emergió cuando comenzaron a reconocer el fin del funcionamiento de la dialéctica, y cuando este reconocimiento se confirmó en las nuevas experiencias políticas, prácticas,

centradas en la producción de subjetividad. Esta era una producción de subjetividad como poder, como constitución de una autonomía que no podía ser reducida a ninguna síntesis abstracta o trascendente. 12 No la dialéctica sino el rechazo, la resistencia, la violencia y la afirmación positiva del ser marcan ahora la relación entre la ubicación de la crisis en la realidad y la respuesta adecuada. Lo que en medio de la crisis de los '20 apareció como trascendencia contra la historia, redención contra la corrupción y mesianismo contra el nihilismo fue construido ahora como una posición ontológicamente definida, afuera y en contra, y por ello más allá de todo posible residuo de la dialéctica. Este fue un nuevo materialismo que negó todo elemento trascendente y constituyó una reorientación radical del espíritu.

A fin de comprender la profundidad de este pasaje, haríamos bien en observar su conciencia y anticipación en el pensamiento de Ludwig Wittgenstein. Los escritos tempranos de Wittgenstein le dieron nueva vida a los temas dominantes del pensamiento europeo de principios del siglo veinte: la condición de morar en el desierto de los sentidos buscando los significados, la coexistencia de un misticismo de la totalidad junto con la producción de subjetividad. La historia contemporánea y su drama, que se desprendió de toda dialéctica, fue removida por Wittgenstein de toda contingencia. La historia y la experiencia se volvieron la escena de una refundación materialista y tautológica del sujeto en un intento desesperado de hallar coherencia en la crisis. En medio de la Primera Guerra Mundial Wittgenstein escribió: "Cómo están las cosas es Dios, Dios es cómo están las cosas. Sólo de la conciencia de la singularidad de mi vida derivan la religión-la ciencia-y el arte". Y luego: "La conciencia es la misma vida. ¿Puede haber una ética aún cuando no haya otro ser viviente fuera de mí? ¿Puede haber una ética aún cuando no haya otro ser viviente excepto yo? Si la ética se supone algo fundamental, entonces puede. Si estoy en lo cierto, entonces no es suficiente para el juicio ético que haya un mundo. Entonces el mundo en sí mismo no es ni bueno ni malo...Lo bueno y lo malo sólo llegan por el sujeto. Y el sujeto no es parte del mundo sino un límite del mundo". Wittgenstein denuncia al Dios de la guerra y al desierto de las cosas en el cual lo bueno y lo malo son ahora indistinguibles, situando al mundo en el límite de la subjetividad tautológica: "Aquí puede verse al solipsismo coincidir con el realismo puro, si se lo piensa bien". 13 Pero este límite es creativo. La alternativa está dada completamente cuando, y sólo cuando, la subjetividad es colocada fuera del mundo: "Mi propuestas sirve como aclaraciones del siguiente modo: todo aquel que me comprenda las reconocerá eventualmente como sin sentido, cuando las haya utilizado-como escalones-para escalar por encima de ellas. (Deberá, para decirlo así, arrojar la escalera tras haber trepado en ella). Deberá trascender estas proposiciones, y entonces verá al mundo". 14 Wittgenstein reconoce el fin de toda dialéctica posible y de cualquier sentido que resida en la lógica del mundo y no en su superación subjetiva, marginal.

La trágica trayectoria de esta experiencia filosófica nos permite aprehender aquellos elementos que hicieron de la percepción de la crisis de la modernidad y la declinación de la idea de Europa una condición (negativa pero necesaria) de la definición del

Imperio que está llegando. Estos autores fueron voces gritando en el desierto. Parte de esta generación sería recluida en campos de exterminio. Otros perpetuarían la crisis mediante una fe ilusoria en la modernización Soviética. Otros, aún, un grupo significativo de estos autores, volaría a América. También fueron voces gritando en el desierto, pero sus raras y singulares anticipaciones de la vida en el desierto nos dieron los medios para reflexionar en las posibilidades de la multitud en la nueva realidad del Imperio posmoderno. Aquellos autores fueron los primeros en definir la condición de completa deterritorialización del Imperio viniente, y se situaron en ella del mismo modo en que hoy se sitúan en ella las multitudes. La negatividad, el rechazo a participar, el descubrimiento de un vacío que invade todo: esto significa situarse perentoriamente en una realidad imperial que está definida por la crisis. El Imperio es el desierto, y la crisis es en este punto indistinguible de la tendencia de la historia. Mientras que en el mundo antiguo la crisis imperial era concebida como el producto de una historia cíclica natural, y en el mundo moderno la crisis era definida por una serie de aporías de tiempo y espacio, ahora la figura de crisis y las prácticas del Imperio se han vuelto indistinguibles. Los teóricos de la crisis del siglo veinte, sin embargo, nos han enseñado que en este espacio deterritorializado y destemporalizado donde se está construyendo el Imperio, en este desierto del sentido, el testimonio de la crisis puede pasar hacia la realización de un sujeto singular y colectivo, hacia los poderes de la multitud. La multitud ha internalizado la falta de lugar y tiempo fijo; es móvil y flexible, y concibe el futuro sólo como una totalidad de posibilidades que se remifican en todas direcciones. El universo imperial que está llegando, ciego al sentido, está lleno de la variada totalidad de la producción de subjetividad. La declinación ya no es un destino futuro sino la realidad presente del Imperio.

América, América

La fuga de los intelectuales europeos a los Estados Unidos fue un intento de redescubrir un lugar perdido. ¿Acaso la democracia de América no se fundó sobre la democracia del éxodo, sobre valores afirmativos y no-dialécticos, y sobre el pluralismo y la libertad? ¿Estos valores no recrearon perpetuamente, junto con la noción de nuevas fronteras, la expansión de sus bases democráticas, más allá de cada obstáculo abstracto de la nación, la etnicidad y la religión? Esta música fue interpretada a veces de muy buen modo en el proyecto de la "Pax Americana" proclamado por los líderes liberales, y a veces, en un modo menor, representado por el sueño americano de movilidad social e igualdad de oportunidades de riqueza y libertad para toda persona honesta-en suma, "el modo Americano de vida". El proyecto del Nuevo Acuerdo para remontar la crisis mundial de 1930, que fue tan distinto y tanto más liberal que los proyectos políticos y culturales europeos para responder a la crisis, sostuvo esta concepción del ideal Americano. Cuando Hannah Arendt proclamó que la Revolución Americana era superior a la Francesa porque era una búsqueda ilimitada de libertad política, mientras que la Francesa era una lucha

limitada sobre la escasez y la desigualdad, no sólo celebró un ideal de libertad que los europeos desconocían desde mucho tiempo atrás, sino que también lo reterritorializó en los Estados Unidos.¹⁵ En cierto sentido, entonces, pareció como que la continuidad que había existido entre la historia de Estados Unidos y la historia de Europa estaba rota, y que los Estados Unidos se habían embarcado en un curso diferente, pero en realidad representaron para aquellos europeos la resurrección de una idea de libertad que Europa había perdido.

Desde la perspectiva de una Europa en crisis, los Estados Unidos, el "Imperio de la libertad" de Jefferson, representó la renovación de la idea imperial. Los grandes escritores norteamericanos del siglo diecinueve han cantado a las dimensiones épicas de la libertad del nuevo continente. En Whitman el naturalismo se vuelve afirmativo, y en Melville el realismo se vuelve deseo. Un espacio americano se territorializó en nombre de una constitución de libertad, y al mismo tiempo, se deterritorializó continuamente mediante la apertura de fronteras y éxodos. Los grandes filósofos americanos, desde Emerson a Whitehead y Pierce, abrieron el Hegelianismo (o en verdad la apología de la Europa imperialista) a las corrientes espirituales de un proceso que era nuevo e inmenso, determinado e ilimitado. ¹⁶

Los europeos en crisis estaban encantados con estos cantos de sirena de un nuevo Imperio. El americanismo europeo y el anti-americanismo del siglo veinte son ambas manifestaciones de la difícil relación entre los europeos en crisis y el proyecto imperial de Estados Unidos. La utopía americana fue recibida de muchos modos diferentes, pero funcionó en todas partes en la Europa del siglo veinte como un punto referencial central. La preocupación continua se manifestó tanto en el malestar de la crisis como en el espíritu de las vanguardias, en otras palabras, desde la autodestrucción de la modernidad y la indeterminada pero incontenible voluntad de innovación que dirigió la última ola de grandes movimientos culturales europeos, desde el expresionismo y el futurismo al cubismo y el abstraccionismo.

La historia militar del doble rescate de Europa por los ejércitos de Estados Unidos en las dos Guerras Mundiales fue paralela al rescate en términos políticos y culturales. La hegemonía americana sobre Europa, fundada en estructuras financieras, económicas y militares, pudo ser vista como natural mediante una serie de operaciones culturales e ideológicas. Considérese, por ejemplo, cómo en los años que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial el locus de la producción artística y la idea del arte moderno cambió de París a Nueva York. Serge Guilbaut cuenta la fascinante historia de cómo, cuando la escena del arte de París había sido arrojada al desorden por la guerra y la ocupación Nazi, y en medio de una campaña ideológica para promover el rol de liderazgo de los Estados Unidos en el mundo de posguerra, el expresionismo abstracto de artistas de Nueva York tales como Jackson Pollock y Robert Motherwell se estableció como la continuación natural y el heredero del modernismo europeo y, específicamente Parisino. Nueva York robó la idea del arte moderno:

El arte americano fue así descrito como la culminación lógica de una larga e inexorable tendencia hacia la abstracción. Una vez que la cultura americana fue elevada al status de modelo internacional, el significado de lo específicamente americano debía cambiar: lo que había sido específicamente americano era ahora representativo de la "cultura Occidental" como un todo. De este modo el arte americano fue transformado de regional en arte internacional, y luego en arte universal...En este sentido, la cultura americana de posguerra fue colocada en la misma huella de la potencia económica y militar americana: se la hizo responsable de la supervivencia de las libertades democráticas en el mundo "libre". 17

Este pasaje en la historia de la producción artística y, más importante, la crítica de arte, es simplemente un aspecto de la operación ideológica multifacética que forjó la hegemonía global de los Estados Unidos como consecuencia natural e ineludible de la crisis de Europa.

Paradójicamente, incluso los feroces nacionalismos europeos, que condujeron a conflictos de tanta violencia durante la primera mitad del siglo, fueron desplazados eventualmente por una competencia acerca de quién podía expresar mejor un fuerte americanismo. De hecho, la Unión Soviética de Lenín pudo escuchar más claramente el canto de sirena del americanismo. El desafío fue replicar los resultados del capitalismo que había alcanzado su pináculo en Estados Unidos. Los Soviéticos argumentaron contra los medios empleados por Estados Unidos, proclamando que el socialismo obtendría los mismos resultados, más eficientemente, mediante el trabajo intenso y el sacrificio de la libertad. Esta terrible ambigüedad recorre también los escritos de Gramsci sobre el americanismo y el fordismo, uno de los textos fundamentales para comprender el problema americano desde la perspectiva europea. 18 Gramsci vio a los Estados Unidos, con su combinación de nuevas formas Tayloristas de organización del trabajo y su poderosa voluntad capitalista de dominar, como el punto de referencia inevitable para el futuro: era el único camino al desarrollo. Para Gramsci, era entonces cuestión de entender si esa revolución sería activa (como la de la Rusia Soviética) o pasiva (como la Italia Fascista). La consonancia entre americanismo y socialismo de Estado sería obvia, con sus caminos paralelos de desarrollo en ambos lados del Atlántico durante la Guerra Fría, que condujeron finalmente a una peligrosa competencia en la exploración espacial y las armas nucleares. Estos caminos paralelos subrayaron simplemente el hecho que un cierto americanismo había penetrado incluso en el corazón de su más fuerte adversario. Los desarrollos de Rusia en el siglo veinte fueron en cierta medida un microcosmos para aquellos de Europa.

El rechazo de la conciencia europea a reconocer su declinación tomó a menudo la forma de proyectar la crisis en la utopía americana. Dicha proyección continuó por largo tiempo, tan largo como lo que duró la necesidad y urgencia de redescubrir un lugar de libertad que pudiese continuar la visión teleológica de la cual el historicismo Hegeliano es, tal vez, su mayor expresión. Las paradojas de esta proyección se multiplicaron, hasta el punto donde la conciencia europea, enfrentada con su

innegable e irreversible declinación, reaccionó yendo al otro extremo: el sitio primario de competencia, que había afirmado y repetido el poder formal de la utopía de Estados Unidos, representaba ahora su completa derrota. La Rusia de Solzhenitzyn se volvió el negativo absoluto de las imágenes más caricaturescas y apoloéticas de la utopía norteamericana, al estilo de Arnold Toynbee. No debe sorprender que las ideologías del fin de la historia, que son tan evolucionarias como posmodernas, aparecieran para completar esta mezcla ideológica. El Imperio Americano le pondrá fin a la historia.

Sabemos, sin embargo, que esta idea del Imperio Americano como la redención de la utopía es completamente ilusoria. Primero, el Imperio que llega no es americano, y los Estados Unidos no son su centro. El principio fundamental del Imperio, como hemos descrito a lo largo de este libro, es que su poder no posee centro o terreno real o localizable. El poder imperial está distribuido en redes, mediante mecanismos de control móviles y articulados. Esto no quiere decir que el gobierno y el territorio de los Estados Unidos son iguales a cualquier otro: ciertamente los Estados Unidos ocupan una posición privilegiada en las jerarquías y segmentaciones globales del Imperio. Pero en la medida en que los poderes y fronteras de los Estados-nación declinan, sin embargo, las diferencias entre territorios nacionales se tornan crecientemente relativas. Ahora no hay diferencias de naturaleza (como eran, por ejemplo, las diferencias entre el territorio de la metrópolis y el de la colonia) sino diferencias de grado.

Más aún, los Estados Unidos no pueden rectificar o redimir la crisis y declinación del Imperio. Los Estados Unidos no son el lugar donde los europeos e incluso el sujeto moderno pueden huir para resolver sus dificultades e infelicidad, no existe tal lugar. El medio para ir más allá de la crisis es el desplazamiento ontológico del sujeto. Por lo tanto, el cambio más importante tiene lugar dentro de la humanidad, puesto que con el fin de la modernidad también termina la esperanza de hallar algo que pueda identificar al yo fuera de la comunidad, fuera de la cooperación, y fuera de las relaciones críticas y contradictorias que cada persona halla en un no-lugar, es decir, en el mundo y la multitud. Es aquí donde reaparece la idea de Imperio, no como territorio, no en las dimensiones determinadas de su tiempo y espacio, y no desde la perspectiva de un pueblo y su historia, sino simplemente como la trama de una dimensión humana ontológica que tiende a ser universal.

Crisis

La posmodernización y el pasaje al Imperio implican una convergencia real de las esferas que solían ser designadas como base y superestructura. El Imperio toma forma cuando lenguaje y comunicación, es decir, cuando trabajo inmaterial y cooperación, se vuelven la fuerza productiva dominante (ver Sección 3.4). La superestructura es puesta en marcha, y el universo en el que vivimos es un universo

de redes lingüísticas productivas. Las líneas de producción y las de representación se cruzan y mezclan en la misma esfera lingüística y productiva. En este contexto las distinciones que definen a las categorías centrales de la economía política tienden a borrarse. La producción se vuelve indistinguible de la reproducción; las fuerzas productivas se funden con las relaciones de producción; el capital constante tiende a estar constituido y representado dentro del capital variable, en las mentes, los cuerpos y la cooperación de los sujetos productivos. Los sujetos sociales son al mismo tiempo productores y productos de esta máquina unitaria. En esta nueva formación histórica ya no es posible identificar un signo, un sujeto, un valor, o una práctica que esté "afuera".

Sin embargo, la formación de esta totalidad no elimina la explotación. En realidad, la redefine, principalmente en relación con la comunicación y la cooperación. La explotación es la expropiación de la cooperación y la nulificación de los sentidos de la producción lingüística. Consecuentemente, las resistencias al comando emergen continuamente dentro del Imperio. Los antagonismos a la explotación son articulados a lo largo de las redes globales de producción y determinan crisis en todos y cada uno de sus nodos. La crisis es coextensiva con la totalidad posmoderna de la producción capitalista; es propia del control imperial. En este sentido, la declinación y caída del Imperio se define no como un movimiento diacrónico sino como una realidad sincrónica. La crisis corre atravesando cada momento del desarrollo y recomposición de la totalidad.

Con la subsunción real de la sociedad bajo el capital, los antagonismos sociales pueden erupcionar como conflictos en cada momento y en cada término de producción e intercambio comunicativo. El capital se ha vuelto un mundo. El valor de uso y todas las demás referencias a los valores y procesos de valorización que fueron concebidos como externos al modo capitalista de producción se han desvanecido progresivamente. La subjetividad está sumergida enteramente en el lenguaje y el intercambio, pero eso no significa que ahora sea pacífica. El desarrollo tecnológico basado en la generalización de las relaciones comunicativas de producción es un motor de la crisis, y el intelecto general productivo es cuna de antagonismos. Crisis y declinación no se refieren a algo exterior al Imperio sino a lo más interno a él. Pertenecen a la propia producción de subjetividad, y por ello son al mismo tiempo propios y contrarios a los procesos de reproducción del Imperio. Crisis y declinación no son una base oculta ni un futuro ominoso, sino una nítida y obvia actualidad, un evento siempre esperado, una latencia que está siempre presente.

Es medianoche en una noche de fantasmas. Tanto el nuevo reino del Imperio como la nueva creatividad cooperativa e inmaterial de la multitud se mueven en las sombras, y nada intenta iluminar el destino que nos aguarda adelante. Sin embargo, hemos adquirido un nuevo punto de referencia (y mañana, tal vez, una nueva conciencia), que consiste en el hecho que el Imperio está definido por la crisis, que su declinación ya ha comenzado, y que en consecuencia cada línea de antagonismo apunta hacia el evento y la singularidad. ¿Qué significa, prácticamente, que la crisis sea inmanente e

indistinguible del Imperio? ¿Es posible en esta noche oscura teorizar positivamente y definir una práctica del evento?

Generación

Dos impedimentos principales nos inhiben para responder inmediatamente a estas cuestiones. El primero se presenta por el poder dominante de la metafísica burguesa, en especial la ilusión extensamente propagada de que el mercado capitalista y el régimen capitalista de producción son eternos e insuperables. La bizarra naturalidad del capitalismo es una simple y pura mistificación, y debemos liberarnos de ella. El segundo impedimento está constituido por las numerosas posturas teóricas que no ven alternativa a la actual forma de mando excepto alguna otra anárquicamente ciega, y eso participa en un misticismo del límite. Desde esta perspectiva ideológica no puede pretenderse manejar el sufrimiento de la existencia articulándolo, volviéndolo conciente y estableciendo una perspectiva de rebelión. Esta posición teórica conduce meramente a una actitud cínica y a prácticas inmovilizantes. La ilusión de la naturalidad del capitalismo y la radicalidad del límite realmente se colocan en una relación de complementariedad. Su complicidad se expresa en una debilidad agotadora. El hecho es que ninguna de estas posiciones, ni la apologética ni la mística, intentan aprehender el aspecto principal del orden biopolítico: su productividad. No pueden interpretar los poderes virtuales de la multitud que tienden constantemente a volverse posibles y reales. En otras palabras, le han perdido la pista a la productividad fundamental del ser.

Podremos responder a la pregunta sobre cómo salir de la crisis sólo si descendemos a la virtualidad biopolítica, enriquecida por los singulares y creativos procesos de producción de subjetividad. ¿Cómo pueden ser posibles la ruptura y la innovación, sin embargo, en el horizonte absoluto en que estamos sumergidos, en un mundo en el cual los valores parecen haber sido negados en un vacío de sentido y una ausencia de cualquier medida? Aquí no necesitamos retroceder nuevamente a una descripción del deseo y sus excesos ontológicos, ni insistir en la dimensión del "más allá". Es suficiente señalar a la determinación generativa del deseo, y con ello a su productividad. En efecto, el completo advenimiento de lo político, lo social y lo económico en la constitución del presente revela un espacio biopolítico que-mucho mejor que la nostálgica utopía del espacio político de Hannah Arendt-explica la capacidad del deseo de confrontar la crisis.¹⁹ Todo el horizonte conceptual es así redefinido completamente. Lo biopolítico, visto desde el punto de vista del deseo, no es otra cosa más que producción concreta, colectividad humana en acción. El deseo aparece aquí como espacio productivo, como la actualidad de la cooperación humana en la construcción de la historia. Esta producción es pura y simple reproducción humana, el poder de generación. La producción deseante es generación, es decir, el

excedente de trabajo y la acumulación de un poder incorporado en el movimiento colectivo de las esencias singulares, tanto su causa como su fin.

Cuando nuestro análisis se sitúa sólidamente en el mundo biopolítico donde coinciden la producción y reproducción social, económica y política, la perspectiva ontológica y la antropológica tienden a superponerse. El Imperio pretende ser el dueño de ese mundo porque puede destruirlo. ¡Qué horrible ilusión! En realidad somos nosotros los dueños del mundo, porque es nuestro deseo y nuestro trabajo lo que lo regenera continuamente. El mundo biopolítico es un incansable entretejido de acciones generativas, de las cuales el colectivo (como punto de encuentro de las singularidades) es el motor. Ninguna metafísica, salvo alguna delirante, puede pretender definir a la humanidad como aislada e inerme. Ninguna ontología, salvo alguna trascendente, puede relegar a la humanidad a la individualidad. Ninguna antropología, excepto una patológica, puede definir a la humanidad como un poder negativo. La generación, ese primer hecho de la metafísica, la ontología y la antropología, es un mecanismo colectivo o aparato del deseo. La biopolítica que está llegando celebra esta "primera" dimensión en términos absolutos.

La teoría política se ve forzada por esta nueva realidad a redefinirse radicalmente a sí misma. En la sociedad biopolítica, por ejemplo, el miedo no puede emplearse, como propuso Thomas Hobbes, como motor exclusivo de la constitución contractual de la política, negando así el amor de la multitud. Es decir, en la sociedad biopolítica la decisión del soberano no puede negar nunca el deseo de la multitud. Si aquellas fundantes estrategias modernas de la soberanía se emplearan hoy, con las oposiciones que determinan, el mundo se detendría, pues ya no sería posible la generación. Para que tenga lugar la generación, la política debe someterse al amor y al deseo, o sea a las fuerzas fundamentales de la producción biopolítica. La política no es lo que hoy se nos ha enseñado mediante el maquiavelismo cínico de los políticos; es en realidad lo que nos contó el Maquiavelo democrático: el poder de la generación, del deseo y del amor. La teoría política debe reorientarse según estas líneas y asumir el lenguaje de la generación.

La generación es el *primum* del mundo biopolítico del Imperio. El biopoder-un horizonte de la hibridización de lo natural con lo artificial, las necesidades y las máquinas, el deseo y la organización colectiva de lo económico y lo social-debe reorganizarse continuamente a sí mismo para poder existir. La generación está allí, antes que todo, como base y motor de la producción y reproducción. La conexión generativa le da sentido a la comunicación, y cualquier modelo (cotidiano, filosófico o político) de comunicación que no responda a esta premisa es falso. Las relaciones sociales y políticas del Imperio registran esta fase del desarrollo de la producción e interpretan la biosfera generativa y productiva. Hemos alcanzado así el límite de la virtualidad de la subsunción real de la sociedad productiva bajo el capital-y precisamente en este límite la posibilidad de generación y la fuerza colectiva del deseo se revelan en toda su potencia.

Corrupción

Opuesta a la generación se alza la corrupción. Lejos de ser el complemento necesario de la generación, como les gustaría a las diversas corrientes Platónicas de la filosofía, la corrupción es apenas su simple negación. 20 La corrupción rompe la cadena del deseo e interrumpe su extensión por el horizonte biopolítico de la producción. Construye agujeros negros y vacíos ontológicos en la vida de la multitud, que ni siquiera las más perversas ciencias políticas pueden camuflar. La corrupción, al contrario del deseo, no es un motor ontológico sino simplemente la ausencia de fundamento ontológico de las prácticas biopolíticas del ser.

En el Imperio la corrupción está en todas partes. Es la piedra basal y la clave de la dominación. Reside en diferentes formas en el gobierno supremo del Imperio y sus administraciones vasallas, en las fuerzas administrativas policiales más refinadas y en las más podridas, en los lobbies de las clases dirigentes, las mafias de los grupos sociales ascendentes, las iglesias y sectas, los perpetradores y perseguidores del escándalo, los grandes conglomerados financieros y las transacciones económicas cotidianas. Mediante la corrupción el poder imperial extiende un manto de humo sobre el mundo, y el comando sobre la multitud es ejercido en esta nube pútrida, en ausencia de luz y verdad.

No hay misterio en cómo reconocemos a la corrupción y cómo identificamos a la poderosa vacuidad de la niebla de indiferencia que los poderes imperiales extienden por todo el mundo. De hecho, la habilidad de reconocer a la corrupción es, para usar una frase de Descartes, "la faculté la mieux partagée du monde", la facultad más ampliamente compartida del mundo. La corrupción se percibe fácilmente porque aparece inmediatamente como una forma de violencia, como un insulto. Y ciertamente es un insulto: la corrupción es, de hecho, el signo de la imposibilidad de unir el poder con el valor, y por ello su denuncia es una intuición directa de la falta de ser. La corrupción es lo que separa a un cuerpo y una mente de lo que pueden hacer. Como el conocimiento y la existencia en el mundo biopolítico consisten siempre en una producción de valor, esta falta de ser aparece como una herida, un anhelo letal del socio, un despojarse el ser del mundo.

Las formas en las que aparece la corrupción son tan numerosas que intentar hacer un listado de ellas es como pretender medir el mar con una taza. Intentemos, sin embargo, dar algunos ejemplos, aunque no puedan representar a la totalidad. En primer lugar, hay corrupción como una elección individual que se opone y viola a la comunidad fundamental y a la solidaridad definida por la producción biopolítica. Esta pequeña, cotidiana violencia del poder es una corrupción mafiosa. En segundo lugar, hay corrupción del orden productivo, es decir, explotación. Esto incluye al hecho que los valores que derivan de la cooperación colectiva del trabajo son expropiados, y

aquello que estaba en lo biopolítico ab origine público es privatizado. El capitalismo está completamente implicado en esta corrupción de la privatización. Como dijo San Agustín, los grandes reinos sólo son proyecciones aumentadas de pequeños ladrones. Sin embargo, Agustín de Hippo, tan realista en esta concepción pesimista del poder, quedaría anonadado por los actuales pequeños ladrones del poder monetario y financiero. Realmente, cuando el capitalismo pierde su relación con el valor (tanto como medida de la explotación individual y como norma de progreso colectivo), aparece inmediatamente como corrupción. La secuencia crecientemente abstracta de su funcionamiento (desde la acumulación de plusvalor a la especulación monetaria y financiera) se muestra como una poderosa marcha hacia la corrupción generalizada. Si el capitalismo es, por definición, un sistema de corrupción, mantenido, como en la fábula de Mandeville, por su agudeza cooperativa y redimido según todas sus ideologías del derecho, y continuado por sus funciones progresivas, entonces, cuando la medida se disuelve y el telos progresivo se quiebra, nada esencial queda del capitalismo, salvo corrupción. En tercer lugar, la corrupción aparece en el funcionamiento de la ideología, o mejor dicho, en la perversión de los sentidos de la comunicación lingüística. Aquí la corrupción toca la esfera biopolítica, atacando sus nodos productivos y obstruyendo sus procesos generativos. Este ataque queda demostrado, en cuarto lugar, cuando en las prácticas del gobierno imperial la amenaza del terror se vuelve un arma para resolver conflictos limitados o regionales y un aparato para el desarrollo imperial. En este caso el comando imperial está disfrazado, pudiendo aparecer alternativamente como corrupción o destrucción, lo suficiente como para revelar el profundo llamado que la primera le hace a la segunda y la segunda a la primera. Ambas danzan juntas sobre el abismo, sobre la ausencia de ser imperial.

Dichos ejemplos de corrupción pueden multiplicarse al infinito, pero en la base de todas estas formas de corrupción hay una operación de nulificación ontológica definida y ejercida como destrucción de la esencia singular de la multitud. La multitud debe ser unificada o segmentada en diferentes unidades: es así como la multitud será corrompida. Por esto, los conceptos antiguos y modernos de corrupción no pueden ser traducidos directamente al concepto posmoderno. Mientras que en los tiempos antiguos y modernos la corrupción era definida en relación con los esquemas y / o relaciones de valor y demostrada como una falsificación de ellos de modo tal que podía a veces jugar un papel en el cambio entre las formas de gobierno y la restauración de los valores, hoy, en contraste, la corrupción no puede jugar ningún papel en ninguna transformación de las formas de gobierno, porque la propia corrupción es la sustancia y totalidad del Imperio. La corrupción es el ejercicio puro del comando, sin ninguna referencia proporcionada o adecuada al mundo de la vida. Es comando apuntado hacia la destrucción de la singularidad de la multitud mediante su unificación coercitiva y / o su cruel segmentación. Por esto, el Imperio necesariamente declina en el momento de su auge.

Esta figura negativa del comando sobre el biopoder productivo es aún más paradójica cuando se contempla desde la perspectiva de la corporalidad. La generación

biopolítica transforma directamente los cuerpos de la multitud. Ellos son, como hemos visto, cuerpos enriquecidos con poder intelectual y cooperativo, y cuerpos que ya son híbridos. Lo que la generación nos ofrece en la posmodernidad, pues, son cuerpos "más allá de la medida". En este contexto la corrupción aparece simplemente como enfermedad, frustración y mutilación. Es así como ha actuado siempre el poder contra los cuerpos enriquecidos. La corrupción aparece también como psicosis, opio, angustia y aburrimiento, pero esto también ha sucedido siempre durante la modernidad y las sociedades disciplinarias. La especificidad actual de la corrupción es, en cambio, la ruptura de la comunidad de cuerpos singulares y el impedimento de su acción-ruptura de la comunidad biopolítica productiva e impedimento de su vida. Aquí nos encontramos entonces frente a una paradoja, el Imperio reconoce y se beneficia del hecho que en la cooperación los cuerpos producen más y en comunidad los cuerpos disfrutan más, pero debe obstruir y controlar esta autonomía cooperativa para no ser destruido por ella. La corrupción opera para impedir esta ida "más allá de la medida" de los cuerpos en la comunidad, esta universalización singular del nuevo poder de los cuerpos, que amenaza la existencia real del Imperio. La paradoja es irresoluble: cuanto más rico se vuelva el mundo, más deberá el Imperio, que está basado en esta riqueza, negar las condiciones de la producción de riqueza. Nuestra tarea es investigar cómo será forzada finalmente la corrupción a ceder su control sobre la generación.

4.3 LA MULTITUD CONTRA EL IMPERIO

Las grandes masas necesitan de una religión material de los sentidos [eine sinnliche Religion]. No sólo las grandes masas sino también los filósofos la necesitan. Monoteísmo de la razón y el corazón, politeísmo de la imaginación y el arte, esto es lo que necesitamos... Debemos tener una nueva mitología, pero esta mitología deberá estar al servicio de las ideas. Deberá ser una mitología de la razón.

*Das älteste Systemprogramm des deutschen Idealismus,
Por Hegel, Hölderlin o Schelling*

No nos falta comunicación, al contrario, tenemos demasiada. Nos falta creación. Nos falta resistencia al presente.

Gilles Deleuze y Félix Guattari

El poder imperial ya no puede resolver el conflicto de las fuerzas sociales mediante esquemas que desplacen los términos del conflicto. Los conflictos sociales que constituyen la política se confrontan entre ellos directamente, sin ningún tipo de mediación. Esta es la novedad esencial de la situación imperial. El Imperio crea un potencial para la revolución mucho mayor que el de los regímenes modernos de poder, porque nos presenta, a lo largo de la máquina de comando, frente a una alternativa: el conjunto de todos los explotados y subyugados, una multitud directamente opuesta al Imperio, sin mediación entre ellos. En este punto, entonces, como dice San Agustín, nuestra tarea es discutir, con lo mejor de nuestros poderes, "el ascenso, el desarrollo y el fin destinado de las dos ciudades... que hallamos... entretreídas... y mezcladas entre sí".¹ Ahora, tras habernos ocupado extensamente del Imperio, debemos abocarnos directamente a la multitud y su poder político potencial.

Las Dos Ciudades

Debemos investigar específicamente cómo puede la multitud volverse un sujeto político en el contexto del Imperio. Podemos reconocer ciertamente la existencia de la multitud desde la perspectiva de la constitución del Imperio, pero desde esa perspectiva la multitud puede aparecer como generada y sostenida por el comando imperial. En el nuevo Imperio posmoderno no hay un Emperador Caracalla que le garantice la ciudadanía a todos los sujetos formando así la multitud como un sujeto político. La formación de la multitud de productores explotados y subyugados puede verse más claramente en la historia de las revoluciones del siglo veinte. Entre las revoluciones comunistas de 1917 y 1949, las grandes luchas antifascistas de los '30 y los '40, y las numerosas luchas de liberación de los '60 hasta las de 1989, nacieron las condiciones para la ciudadanía de la multitud, se extendieron y consolidaron. Lejos de haber sido derrotadas, cada revolución del siglo veinte impulsó hacia delante y transformó los términos del conflicto de clases, instalando las condiciones de una nueva subjetividad política, una multitud insurgente contra el poder imperial. El ritmo que han establecido los movimientos revolucionarios es el golpe del nuevo aetas, una nueva madurez y metamorfosis de los tiempos.

La constitución del Imperio no es la causa sino la consecuencia del ascenso de estos nuevos poderes. No debe sorprender, entonces, que al Imperio, pese a sus esfuerzos, le resulte imposible construir un sistema de derecho adecuado a la nueva realidad de la globalización de las relaciones económicas y sociales. Esta imposibilidad (que sirvió de punto de partida para nuestro argumento en la Sección 1.1) no se debe a la amplia extensión del campo de la regulación; tampoco es el resultado simple del dificultoso pasaje desde el viejo sistema de ley pública internacional hacia el nuevo sistema imperial. Esta imposibilidad se explica, en realidad, por la naturaleza revolucionaria de la multitud, cuyas luchas han producido el Imperio como una inversión de su propia imagen, y que ahora representa en este nuevo escenario una fuerza incontenible y un exceso de valor con respecto a toda forma de derecho y ley.

Para confirmar esta hipótesis es suficiente con mirar al desarrollo contemporáneo de la multitud y explayarse en la vitalidad de sus expresiones actuales. Cuando la multitud trabaja produce autónomamente y reproduce la totalidad del mundo de la vida. Producir y reproducir autónomamente significa construir una nueva realidad ontológica. Efectivamente: trabajando, la multitud se produce a sí misma como singularidad. Una singularidad que establece un nuevo lugar en el no-lugar del Imperio, una singularidad que es una realidad producida por la cooperación, representada por la comunidad lingüística y desarrollada por los movimientos de hibridización. La multitud afirma su singularidad invirtiendo la ilusión ideológica de que todos los humanos en las superficies globales del mercado mundial son intercambiables. Poniendo sobre sus pies a la ideología del mercado, la multitud promueve mediante su trabajo las singularizaciones biopolíticas de grupos y conjuntos de humanidad, en todos y cada nodo de intercambio global.

Las luchas de clase y los procesos revolucionarios del pasado socavaron los poderes políticos de pueblos y naciones. El preámbulo revolucionario que se escribió durante

los siglos diecinueve y veinte ha preparado la nueva configuración subjetiva del trabajo que llega para ser realizada hoy. La cooperación y la comunicación entre todas las esferas de la producción biopolítica definen una nueva singularidad productiva. La multitud no se forma simplemente arrojando y mezclando indiferentemente naciones y pueblos; es el poder singular de una nueva ciudad.

En este punto puede objetarse, con buenas razones, que todo esto no alcanza aún para establecer a la multitud como un sujeto político propiamente dicho, ni mucho menos como un sujeto con el potencial de controlar su propio destino. Esta objeción, sin embargo, no representa un obstáculo insuperable, pues el pasado revolucionario y las capacidades productivas cooperativas contemporáneas, mediante las cuales se transcriben y reformulan continuamente las características antropológicas de la multitud, no pueden revelar un telos, una afirmación material de la liberación. En el mundo antiguo Plotino enfrentó algo similar a esta situación:

"Volemos entonces a la amada Madre Patria": este es el mejor consejo...La Madre Patria para nosotros es Allí de donde venimos, y Allí está el Padre. ¿Cuál será entonces nuestro rumbo, cuál el modo de volar? Esta no es jornada para nuestros pies; los pies sólo nos llevan de tierra en tierra; tampoco necesitas de un carro o nave para llevarte; todo este orden de cosas debes dejarlas a un lado y negarte a verlas: debes cerrar los ojos y llamar a otro tipo de visión que deberá despertarse dentro tuyo, una visión, el inicio de todo, que pocos tendrán.²

Es así cómo los antiguos místicos expresaban el nuevo telos. La multitud actual, sin embargo, reside en las superficies imperiales donde no hay Dios Padre ni trascendencia. En lugar de ello está nuestro trabajo inmanente. La teleología de la multitud es teúrgica: consiste en la posibilidad de dirigir las tecnologías y la producción hacia su propio júbilo y el incremento de su poder. La multitud no tiene motivos para buscar fuera de su propia historia y de su propio poder productivo actual los medios necesarios para alcanzar su constitución como sujeto político.

Así comienza a formarse una mitología material de la razón, y está construida en los lenguajes, tecnologías y todos los medios que constituyen el mundo de la vida. Es una religión material de los sentidos que separan a la multitud de todo residuo de poder soberano y de todo "largo brazo" del Imperio. La mitología de la razón es la articulación simbólica e imaginativa que permite a la ontología de la multitud expresarse a sí misma como actividad y conciencia. La mitología de los lenguajes de la multitud interpreta el telos de una ciudad terrenal, llevada por el poder de su propio destino a no pertenecer ni estar sujeta a una ciudad de Dios, que ha perdido todo honor y legitimidad. A las mediaciones metafísicas y trascendentes, a la violencia y corrupción, se le opone, entonces, la constitución absoluta del trabajo y la cooperación, la ciudad terrenal de la multitud.

Infinitos Caminos (El derecho a la Ciudadanía Global)

La constitución de la multitud aparece primeramente como un movimiento espacial que constituye a la multitud en un espacio sin límites. La movilidad de las mercancías, y por lo tanto de esa mercancía especial que es la fuerza de trabajo, ha sido presentada por el capitalismo desde sus comienzos como la condición fundamental de la acumulación. La clase de movimientos de individuos, grupos y poblaciones que hallamos hoy en el Imperio, sin embargo, no pueden ser subyugados totalmente a las leyes de la acumulación capitalista-a cada momento sobrepasan y rompen los límites de la medida. Los movimientos de la multitud diseñan nuevos espacios, y sus jornadas establecen nuevas residencias. Es el movimiento autónomo el que define el espacio propio de la multitud. Cada vez menos podrán los pasaportes y documentos legales regular nuestros movimientos a través de las fronteras. Una nueva geografía es establecida por la multitud mientras los flujos productivos de los cuerpos definen nuevos ríos y puertos. Las ciudades de la Tierra se transformarán en grandes depósitos de humanidad cooperadora y locomotoras de la circulación, residencias temporales y redes de distribución masiva de la viviente humanidad.

Mediante la circulación la multitud se reapropia de espacio, constituyéndose a sí misma como sujeto activo. Cuando miramos más de cerca cómo opera este proceso constitutivo de la subjetividad, podemos ver que los nuevos espacios son descritos por topologías inusuales, por rizomas subterráneos e incontenibles-por mitologías geográficas que marcan los nuevos caminos del destino. Con frecuencia estos movimientos cuestan terribles sufrimientos, pero hay en ellos un deseo de liberación que no se sacia excepto por la reapropiación de nuevos espacios, alrededor de los cuales se construyen nuevas libertades. En todo lugar donde estos movimientos llegan, y a lo largo de todos sus caminos, determinan nuevas formas de vida y cooperación-en todo lugar en el que crean esa riqueza que el capitalismo parasitario posmoderno no sabría de que otro modo succionar de la sangre del proletariado, porque la actual creciente producción tiene lugar en el movimiento y la cooperación, en el éxodo y la comunidad. ¿Sería posible imaginar a la agricultura y las industrias de servicios de Estados Unidos sin el trabajo inmigrante mexicano, o al petróleo árabe sin palestinos y paquistaníes? Más aún, ¿dónde estarían los grandes sectores innovadores de la producción inmaterial, desde el diseño a la moda, y desde la electrónica a la ciencia en Europa, Estados Unidos y Asia, sin el "trabajo ilegal" de las grandes masas, movilizadas hacia los radiantes horizontes de la riqueza y la libertad capitalista? Las migraciones masivas se han vuelto necesarias para la producción. Cada camino está forjado, mapeado y transitado. Pareciera que cuanto más intensamente es transitado y cuanto más sufrimiento se deposita en él, más se vuelve productivo cada camino. Estos caminos son los que sacan a la "ciudad terrenal" de la nube y confusión que el Imperio vuelca sobre ella. Este es el modo en que la multitud gana poder para afirmar su autonomía, desplazándose y expresándose a través de un aparato de extensa reapropiación territorial transversal.

Reconocer la autonomía potencial de la multitud móvil, sin embargo, sólo señala hacia la cuestión real. Lo que necesitamos comprender es cómo la multitud es reorganizada y redefinida como un poder político positivo. Hasta este momento hemos podido describir la existencia potencial de este poder político en términos meramente formales. Sería un error detenernos aquí, sin avanzar en investigar las formas maduras de la conciencia y organización política de la multitud, sin reconocer cuán poderosa ya es en estos movimientos territoriales de la fuerza de trabajo del Imperio. ¿Cómo podremos reconocer (y revelar) una tendencia política constituyente dentro y más allá de la espontaneidad de los movimientos de la multitud?

Esta cuestión puede ser abordada inicialmente desde el otro lado, considerando las políticas del Imperio que reprimen dichos movimientos. El Imperio no sabe realmente cómo controlar estos caminos, y sólo puede intentar criminalizar a aquellos que los transitan, aún cuando los movimientos sean requeridos por la propia producción capitalista. Las líneas de migración que corren desde Sur a Norte América son obstinadamente denominadas por los nuevos zares de la droga "la ruta de la cocaína"; o mejor aún, las articulaciones del éxodo desde el Norte de África y el África Sub-Sahariana son tratadas por los líderes europeos como "vías del terrorismo"; o mejor aún, las poblaciones forzadas a huír a través del Océano Índico son reducidas a la esclavitud en la "Arabia feliz"; y la lista continúa. Y continúan los flujos de población. El Imperio debe restringir y aislar los movimientos espaciales de la multitud a fin de impedir que ganen legitimidad política. Es extremadamente importante desde este punto de vista que el Imperio utilice sus poderes para manejar y orquestar las variadas fuerzas del nacionalismo y el fundamentalismo (ver Secciones 2.2 y 2.4). Y no es menos importante que el Imperio despliegue sus poderes militares y políticos para volver al orden a los rebeldes e indomables. Sin embargo, estas prácticas imperiales, por sí mismas aún no inciden sobre la tensión política que corre a través de los movimientos espontáneos de la multitud. Todas estas acciones represivas permanecen esencialmente externas a la multitud y sus movimientos. El Imperio sólo puede aislar, dividir y segregar. El capital imperial ataca, de hecho, a los movimientos de la multitud con una determinación incansable: patrulla los mares y las fronteras; dentro de cada país divide y segrega; y en el mundo del trabajo refuerza los clivajes y divisiones de raza, género, lenguaje, cultura y demás. Incluso entonces, sin embargo, debe ser cuidadoso para no restringir demasiado la productividad de la multitud, pues el Imperio también depende de este poder. Se deberá permitir que los movimientos de la multitud se expandan cada vez más por la escena mundial, y los intentos de reprimir a la multitud son realmente paradójicas manifestaciones invertidas de su fuerza.

Esto nos devuelve a nuestra tarea fundamental: ¿cómo pueden volverse políticas las acciones de la multitud? ¿Cómo puede la multitud organizar y concentrar sus energías contra la represión y las incesantes segmentaciones territoriales del Imperio? La única respuesta que podemos dar a estas preguntas es que la acción de la multitud se torna política principalmente cuando comienza a confrontar, directamente y con una conciencia adecuada, a las acciones represivas centrales del Imperio. Es cuestión de

reconocer y entrar en lucha con las iniciativas imperiales, no permitiéndoles reestablecer continuamente el orden; es cuestión de cruzar y romper los límites y segmentaciones que se le imponen a la nueva fuerza laboral colectiva; es cuestión de unificar estas experiencias de resistencia y esgrimir las contra los nervios centrales del comando imperial.

Esta tarea de la multitud, aunque está clara en el ámbito conceptual, es aún muy abstracta. ¿Qué prácticas concretas y específicas animarán este proyecto político? No podemos decirlo en este momento. Lo que sí podemos ver, sin embargo, es un primer elemento de un programa político para la multitud global, una primera demanda política: ciudadanía global. Durante las demostraciones de 1996 a favor de los sans papier, los extranjeros indocumentados residentes en Francia, las pancartas demandaban "Papiers pour tous!" Papeles de residencia para todos significa en primer lugar que todos deben tener plenos derechos de ciudadanía en el país en el que viven y trabajan. Esta no es una demanda política utópica o irreal. La demanda es, simplemente, que el status jurídico de la población se reforme de acuerdo con las transformaciones económicas reales de los últimos años. El propio capital ha demandado la creciente movilidad de la fuerza de trabajo y las continuas migraciones a través de las fronteras nacionales. La producción capitalista en las regiones más dominantes (en Europa, Estados Unidos y Japón, y también en Singapur, Arabia Saudita, y todas partes) es altamente dependiente del influjo de trabajadores desde las regiones subordinadas del mundo. Por lo tanto, la demanda política es que el hecho existente de la producción capitalista sea reconocido jurídicamente y que a todos los trabajadores se les otorguen plenos derechos de ciudadanía. Esta demanda política insiste en la posmodernidad sobre el fundamental principio constitucional moderno que une el derecho con el trabajo, recompensando por ello con la ciudadanía al trabajador que crea capital.

Esta demanda puede ser configurada también de un modo más general y radical con respecto a las condiciones posmodernas del Imperio. Si en un primer momento la multitud demanda que cada Estado reconozca jurídicamente a las migraciones necesarias para el capital, en un segundo momento debe demandar control sobre los propios movimientos. La multitud debe poder decidir si, cuándo y dónde se mueve. También debe tener el derecho de quedarse inmóvil y disfrutar de un lugar en vez de ser forzada a moverse continuamente. El derecho general a controlar su propio movimiento es la demanda final por la ciudadanía global. Esta demanda es radical en tanto que desafía al aparato fundamental del control imperial sobre la producción y la vida de la multitud. La ciudadanía global es el poder de la multitud para reapropiarse del control sobre el espacio, y con ello diseñar la nueva cartografía.

Tiempo y Cuerpo (El derecho a un Salario Social)

Además de las dimensiones espaciales que hemos considerado, múltiples elementos emergen de los infinitos caminos de la multitud móvil. En particular, la multitud se apodera del tiempo y construye nuevas temporalidades, que podemos reconocer observando las transformaciones del trabajo. La comprensión de esta construcción de nuevas temporalidades nos ayudará, asimismo, a ver cómo la multitud posee el potencial de tornar su acción coherente como una tendencia política real.

Las nuevas temporalidades de producción biopolítica no pueden ser entendidas en los marcos de las concepciones tradicionales del tiempo. Aristóteles definía al tiempo por la medida del movimiento entre un antes y un después. Esta definición de Aristóteles poseyó el enorme mérito de separar la definición de tiempo de la experiencia individual y del espiritualismo. El tiempo es una experiencia colectiva que se incorpora y vive en los movimientos de la multitud. Aristóteles, sin embargo, procedió a reducir este tiempo colectivo determinado por la experiencia de la multitud a un patrón de medida trascendente. A lo largo de la metafísica Occidental, desde Aristóteles hasta Kant y Heidegger, el tiempo ha sido ubicado continuamente en esta morada trascendente. En la modernidad, la realidad no era concebible sino como medida, y la medida a su vez, no era concebible sino como un (real o formal) a priori que acorralaba al ser dentro de un orden trascendente. Sólo en la posmodernidad ha habido una ruptura real con esta tradición-ruptura no con el primer elemento de la definición Aristotélica del tiempo en cuanto constitución colectiva, sino con la segunda configuración trascendente. En la posmodernidad, en realidad, el tiempo ya no está determinado por ninguna medida trascendente, por ningún a priori: el tiempo pertenece directamente a la existencia. Es aquí donde se quiebra la tradición Aristotélica de la medida. De hecho, desde nuestra perspectiva, el trascendentalismo de la temporalidad es destruido más decisivamente por la circunstancia que es ahora imposible medir el trabajo, ya sea por convención o por cálculo. El tiempo regresa enteramente bajo la existencia colectiva, y por ello reside dentro de la cooperación de la multitud.

Mediante la cooperación, la existencia colectiva y las redes comunicativas que se forman y reforman dentro de la multitud, el tiempo es reapropiado en el plano de la immanencia. No se le otorga un a priori, sino que lleva la marca de la acción colectiva. La nueva fenomenología del trabajo de la multitud revela al trabajo como la actividad creativa fundamental que, mediante la cooperación va más allá de todo obstáculo impuesto sobre ella, y re-crea constantemente al mundo. Por ello, el tiempo puede ser definido como la inconmensurabilidad del movimiento entre un antes y un después, un proceso inmanente de constitución. 4 Los procesos de constitución ontológica se despliegan durante los movimientos colectivos de cooperación, a través de las nuevas tramas tejidas por la producción de subjetividad. Es en este sitio de constitución ontológica donde el nuevo proletariado aparece como un poder constituyente.

Este es un nuevo proletariado y no una nueva clase trabajadora industrial. Esta distinción es fundamental. Como hemos explicado antes, "proletariado" es el concepto general que define a todos aquellos cuyo trabajo es explotado por el capital,

toda la multitud cooperativa (Sección 1.3). La clase trabajadora industrial representa sólo un momento parcial en la historia del proletariado y sus revoluciones, en el período en que el capital era capaz de reducir el valor a la medida. En aquel período parecía como que sólo el trabajo de los trabajadores asalariados era productivo, y por lo tanto todos los demás segmentos del trabajo aparecían como meramente reproductivos e incluso improductivos. Sin embargo, en el contexto biopolítico del Imperio, la producción de capital converge cada vez más con la producción y reproducción de la misma vida social; y por ello es cada vez más difícil mantener las distinciones entre trabajo productivo, reproductivo e improductivo. El trabajo-material o inmaterial, intelectual o corporal-produce y reproduce la vida social, y en ese proceso es explotado por el capital. Este amplio panorama de producción biopolítica nos permite reconocer la generalidad total del concepto de proletariado. La indistinción progresiva entre producción y reproducción en el contexto biopolítico también subraya nuevamente la inconmensurabilidad del tiempo y el valor. A medida que el trabajo se mueve hacia fuera de las paredes de las fábricas, es cada vez más difícil mantener la ficción de cualquier medida de la jornada laboral, y mediante ello separar al tiempo de producción del tiempo de reproducción, o al tiempo de trabajo del tiempo de ocio. No hay relojes para fichar la hora en el terreno de la producción biopolítica; el proletariado produce en toda su generalidad en todas partes durante todo el día.

Esta generalidad de la producción biopolítica deja en evidencia una segunda demanda política de la multitud: un salario social y un ingreso garantizado para todos. El salario social se opone, primeramente, al salario familiar, esa arma fundamental de la división sexual del trabajo por la cual el salario pagado por el trabajo productivo del trabajador varón es concebido también como pago por el trabajo reproductivo no asalariado de la mujer del trabajador y sus dependientes en el hogar. Este salario familiar mantiene el control familiar firmemente en las manos del varón ganador de salario y perpetúa un falso concepto sobre cual trabajo es productivo y cual no lo es. A medida que la distinción entre trabajo productivo y reproductivo se desvanece, así también se desvanece la legitimación del salario familiar. El salario social se extiende mucho más allá de la familia, hacia toda la multitud, incluso a aquellos que están desempleados, porque toda la multitud produce, y su producción es necesaria desde la perspectiva del capital social total. En el pasaje a la posmodernidad y la producción biopolítica, la fuerza de trabajo se ha vuelto crecientemente colectiva y social. Ya no es posible sostener el viejo slogan "a igual trabajo igual paga" cuando el trabajo deja de ser individualizado y medible. La demanda de un salario se extiende a toda la población que demanda que toda actividad necesaria para la producción de capital sea reconocida con igual compensación, de tal modo que un salario social sea un ingreso garantizado. Una vez que la ciudadanía se extienda para todos, podremos llamar a este ingreso garantizado un ingreso ciudadano, debido a cada uno en tanto miembro de la sociedad.

Telos (El Derecho a la Reapropiación)

Desde que en la esfera imperial de biopoder producción y vida tienden a coincidir, la lucha de clases posee el potencial de erupcionar en todos los campos de la vida. El problema que debemos confrontar ahora es cómo pueden emerger instancias concretas de lucha de clases, y, más aún, cómo pueden conformar un programa de lucha coherente, un poder constituyente adecuado para la destrucción del enemigo y la construcción de una nueva sociedad. La pregunta es, realmente, cómo el cuerpo de la multitud puede configurarse a sí mismo como un telos.

El primer aspecto del telos de la multitud tiene que ver con los sentidos del lenguaje y la comunicación. Si la comunicación se ha vuelto crecientemente el tejido de la producción, y si la cooperación lingüística se ha vuelto crecientemente la estructura de la corporalidad productiva, entonces el control sobre el sentido y significado lingüístico y las redes de comunicación se vuelve una cuestión central para la lucha política. Jürgen Habermas parece haber entendido este hecho, pero él garantizó las funciones liberadas del lenguaje y la comunicación sólo para individuos y segmentos aislados de la sociedad. ⁵ El pasaje a la posmodernidad y el Imperio prohíbe toda compartimentalización del mundo de la vida, y presenta inmediatamente a la comunicación, la producción y la vida como un complejo todo, un lugar abierto de conflicto. Los teóricos y practicantes de la ciencia han ocupado largamente estos sitios de controversia, pero hoy toda la fuerza de trabajo (sea inmaterial o material, intelectual o manual) está ocupada en luchas sobre los sentidos del lenguaje y en contra de la colonización de la socialidad comunicativa por el capital. Todos los elementos de corrupción y explotación nos son impuestos por los regímenes lingüísticos y comunicativos de producción: destruirlos en palabras es tan urgente como hacerlo en hechos. Esto no es realmente cuestión de ideología crítica, si por ideología aún entendemos un reino superestructural de ideas y lenguaje, externo a la producción. En realidad: en la ideología del régimen imperial, la crítica se vuelve tanto crítica de la economía política como de la experiencia vivida. ¿Cómo pueden ser orientados diferentemente el sentido y el significado, u organizados en aparatos comunicativos alternativos, coherentes? ¿Cómo podemos descubrir y dirigir las líneas preformativas de conjuntos lingüísticos y redes comunicativas que crean el tejido de la vida y la producción? El conocimiento deberá volverse acción lingüística y la filosofía una verdadera reapropiación del conocimiento. ⁶ En otras palabras, el conocimiento y la comunicación deberán constituir la vida mediante la lucha. Un primer aspecto del telos aparece cuando, mediante la lucha de la multitud, se desarrollan los aparatos que unen la comunicación con los modos de vida.

A cada lenguaje y red comunicativa le corresponde un sistema de máquinas, y la cuestión de las máquinas y su uso nos permite reconocer un segundo aspecto del telos de la multitud, que se integra al primero y lo continúa. Sabemos bien que las máquinas y las tecnologías no son entidades neutras e independientes. Son herramientas biopolíticas desplegadas en regímenes específicos de producción, que

facilitan ciertas prácticas y prohíben otras. Los procesos de construcción del nuevo proletariado que hemos venido siguiendo traspasan un umbral fundamental cuando la multitud se reconoce a sí misma como maquínica, cuando concibe la posibilidad de un nuevo uso de las máquinas y la tecnología en el cual el proletariado no esté subsumido como "capital variable", como una parte interna de la producción de capital, sino que sea un agente autónomo de producción. En el pasaje de la lucha sobre el sentido del lenguaje a la construcción de un nuevo sistema de máquinas, el telos gana mayor consistencia. Este segundo aspecto del telos sirve para que aquello que se construyó en el lenguaje se vuelva una durable progresión corporal de deseo en libertad. La hibridización del humano y la máquina ya no es un proceso que tiene lugar en los márgenes de la sociedad; en realidad es un episodio fundamental en el centro de la constitución de la multitud y su poder.

Como deben mobilizarse enormes medios colectivos para esta mutación, el telos debe ser configurado como telos colectivo. Debe volverse real como sitio de encuentro entre sujetos y mecanismo de constitución de la multitud. ⁷ Este es el tercer aspecto de la serie de pasajes mediante los cuales se forma la teleología material del nuevo proletariado. Aquí, la conciencia y la voluntad, el lenguaje y la máquina, son llamadas a sostener la construcción colectiva de la historia. La demostración de este porvenir no puede consistir en nada más que la experiencia y experimentación de la multitud. Por lo tanto, el poder de la dialéctica, que imagina a lo colectivo formado mediante la mediación antes que por constitución, ha sido definitivamente disuelto. La construcción de la historia es, en este sentido, la construcción de la vida de la multitud.

El cuarto aspecto tiene que ver con la biopolítica. La subjetividad del trabajo viviente revela, simple y directamente en la lucha sobre los sentidos del lenguaje y la tecnología, que cuando hablamos de medios colectivos de constitución de un nuevo mundo, hablamos de la conexión entre el poder de la vida y su organización política. Aquí lo político, lo social, lo económico y lo vital moran juntos. Están totalmente interrelacionados y son completamente intercambiables. Las prácticas de la multitud invisten este horizonte unitario y complejo-que es al mismo tiempo ontológico e histórico. Es aquí donde la trama biopolítica se abre al poder constituyente, constitutivo.

El quinto y último aspecto, entonces, trata directamente con el poder constituyente de la multitud-es decir, con el producto de la imaginación creativa de la multitud que configura su propia constitución. Este poder constituyente posibilita la continua apertura a un proceso de transformaciones radicales y progresivas. Vuelve concebibles a la igualdad y la solidaridad, esas frágiles demandas que fueron fundamentales pero permanecieron abstractas durante toda la historia de las constituciones modernas. No debe sorprendernos que la multitud posmoderna derive de la Constitución norteamericana, que le posibilitó ser, por encima y en contra de todas las otras constituciones, una constitución imperial: su noción de una ilimitada frontera de libertad y su definición de una espacialidad y temporalidad abiertas,

célebres en un poder constituyente. Este nuevo rango de posibilidades no garantiza en modo alguno lo que habrá de llegar. Y sin embargo, pese a esas reservas, hay algo real que presagia un próximo futuro: el telos que podemos sentir latiendo, la multitud que construimos dentro del deseo.

Ahora podemos formular una tercera demanda política de la multitud: el derecho a la reapropiación. El derecho a la reapropiación es, primeramente, el derecho a la reapropiación de los medios de producción. Los socialistas y comunistas han demandado largamente que el proletariado tenga libre acceso y control sobre las máquinas y materiales que utilizan para producir. En el contexto de la producción inmaterial y biopolítica, sin embargo, esta demanda tradicional toma un nuevo aspecto. La multitud no sólo usa máquinas para producir, sino que también se vuelve crecientemente maquinica, en tanto los medios de producción están cada vez más integrados en las mentes y cuerpos de la multitud. En este contexto, la reapropiación significa tener libre acceso y control sobre el conocimiento, la información, la comunicación y los afectos-puesto que estos son algunos de los medios primarios de producción biopolítica. Pero que estas máquinas productivas hayan sido integradas dentro de la multitud no significa que la multitud tenga control sobre ellas. Por el contrario, hace más viciosa e injuriosa su alineación. El derecho a la reapropiación es, realmente, el derecho de la multitud al auto-control y la auto-producción autónoma.

Posse

El telos de la multitud debe vivir y organizar su espacio político contra el Imperio, aún dentro de la "madurez de los tiempos" y las condiciones ontológicas que presenta el Imperio. Hemos visto cómo la multitud se mueve por infinitos caminos y toma formas corporales mediante la reapropiación del tiempo e hibridando nuevos sistemas maquinicos. También hemos visto cómo se materializa el poder de la multitud dentro del vacío que necesariamente queda en el corazón del Imperio. Ahora es cuestión de instalar dentro de estas dimensiones el problema del volverse-sujeto de la multitud. En otras palabras, las condiciones virtuales deben ahora volverse reales en una figura concreta. En contra de la ciudad divina, la ciudad terrenal debe demostrar su poder como aparato de la mitología de la razón que organiza la realidad biopolítica de la multitud.

El nombre que queremos utilizar para referirnos a la multitud en su autonomía política y su actividad productiva es el término latino posse-poder como verbo, como actividad. En el humanismo Renacentista la tríada esse-nosse-posse (ser-conocer-teniendo poder) representó el corazón metafísico de aquel paradigma filosófico constitutivo que fue entrar en la crisis a medida que la modernidad tomaba forma progresivamente. La filosofía europea moderna, en sus orígenes y en sus componentes creativos que no estaban subyugados al trascendentalismo, tendió continuamente a instalar la posse en el centro de la dinámica ontológica: posse es la

máquina que enlaza juntos al conocimiento y el ser en un proceso constitutivo expansivo. Cuando el Renacimiento maduró y alcanzó el punto de conflicto con las fuerzas de la contrarrevolución, la posse humanística se transformó en fuerza y símbolo de resistencia, en la noción de inventio o experimentación de Bacon, la concepción de amor de Campanella, y la potentia utilizada por Spinoza. Posse es lo que pueden hacer un cuerpo y una mente. Precisamente porque continuó viviendo en resistencia, el término metafísico se volvió un término político. Posse se refiere al poder de la multitud y su telos, un poder incorporado de conocimiento y ser, siempre abierto a lo posible.

Los grupos norteamericanos contemporáneos de rap han redescubierto el término "posse" como sustantivo para marcar la fuerza que define musical y literariamente al grupo, la diferencia singular de la multitud posmoderna. Por supuesto, la referencia más próxima para los raperos probablemente sea la posse comitatus del saber del Salvaje Oeste, el rudo grupo de hombres armados que estaban siempre listos para ser autorizados por el sheriff a cazar a los fuera de la ley. Esta fantasía americana de vigilantes y forajidos, sin embargo, no nos interesa demasiado. Es más interesante trazar hacia atrás una etimología más profunda y oculta del término. Nos parece que, tal vez, un extraño destino ha renovado la noción Renacentista y, con una pizca de locura, hecho merecedor nuevamente a este término de su alta tradición política.

Desde esta perspectiva queremos hablar de posse y no de "res-publica", porque lo público y la actividad de las singularidades que lo componen van más allá de todo objeto (res) y son constitucionalmente incapaces de ser acorralados allí. Por el contrario, las singularidades son productoras. Como la "posse" del Renacimiento, que estaba atravesada por el conocimiento y residía en la raíz metafísica del ser, ellas también estarán en el origen de la nueva realidad política que la multitud está definiendo en el vacío de la ontología imperial. Posse es la perspectiva que mejor nos permite entender a la multitud como subjetividad singular: posse constituye su modo de producción y su ser.

Como en todos los procesos innovadores, el modo de producción que emerge es instalado contra las condiciones de las cuales debe liberarse. El modo de producción de la multitud es instalado contra la explotación en nombre del trabajo, contra la propiedad en nombre de la cooperación, y contra la corrupción en nombre de la libertad. Auto-valoriza los cuerpos en el trabajo, se reapropia de la inteligencia productiva mediante la cooperación, y transforma la existencia en libertad. La historia de la composición de clase y la historia de la militancia trabajadora demuestran la matriz de estas siempre nuevas, y aún así determinadas, reconfiguraciones de auto-valorización, cooperación y auto-organización política, como proyecto social efectivo.

La primera etapa de una militancia obrera capitalista propiamente dicha, es decir, la fase de producción industrial que precedió el pleno despliegue de los regímenes Fordista y Taylorista, estuvo definida por la figura del trabajador profesional, el

trabajador altamente calificado, organizado jerárquicamente en la producción industrial. La militancia implicaba principalmente transformar el poder específico de valorización del propio trabajo obrero y la cooperación productiva en un arma a ser utilizada en un proyecto de reapropiación, un proyecto en el cual la figura singular del poder productivo del trabajador fuera exaltada. Una república de consejos obreros era su slogan; un soviét de productores su telos; y la autonomía en la articulación de la modernización, su programa. El nacimiento de los sindicatos modernos y la construcción del partido de vanguardia corresponden, ambos, a este período de luchas obreras, y lo determinaron efectivamente.

La segunda fase de militancia obrera capitalista, que corresponde al despliegue de los regímenes Fordista y Taylorista, fue definida por la figura del obrero masa. La militancia del obrero masa combinó su propia auto-valorización como rechazo del trabajo fabril y la extensión de su poder sobre todos los mecanismos de reproducción social. Su programa fue crear una alternativa real al sistema de poder capitalista. La organización de sindicatos de masa, la construcción del Estado de Bienestar, y el reformismo social-demócrata fueron resultados de las relaciones de fuerza definidos por el obrero masa y las sobredeterminaciones que le impuso al desarrollo capitalista. La alternativa comunista actuó en esta fase como un contrapoder dentro de los procesos del desarrollo capitalista.

Hoy, en la fase de militancia obrera que corresponde a los regímenes post-Fordistas, informacionales, de producción, emerge la figura del obrero social. En la figura del obrero social son entretejidos los diversos hilos de la fuerza de trabajo inmaterial. Un poder constituyente que conecta la intelectualidad de masas y la auto-valorización en todas las arenas de la flexible y nómade cooperación social productiva es el hecho del día. En otras palabras, el programa del obrero social es un proyecto de constitución. En la actual matriz productiva, el poder constituyente del trabajo puede expresarse como auto-valorización de lo humano (el derecho común de ciudadanía para todos en toda la esfera del mercado mundial); como cooperación (el derecho a comunicarse, construir lenguajes y controlar redes de comunicación); y como poder político, es decir, como constitución de una sociedad en la cual la base del poder esté definida por la expresión de las necesidades de todos. Esta es la organización del trabajador social y del trabajo inmaterial, una organización de poder político y productivo como unidad biopolítica manejada por la multitud, organizada por la multitud, dirigida por la multitud-la democracia absoluta en acción.

La posse produce los cromosomas de su futura organización. Los cuerpos están en la primera línea en esta batalla, cuerpos que consolidan de modo irreversible los resultados de luchas pasadas e incorporan un poder que se ha ganado ontológicamente. La explotación no sólo debe ser negada desde la perspectiva de la práctica sino también anulada en sus premisas, en sus bases, arrancada de la génesis de la realidad. La explotación debe ser excluida de los cuerpos de la fuerza de trabajo inmaterial del mismo modo que de los conocimientos sociales y los afectos de reproducción (generación, amor, la continuidad de afinidades y relaciones

comunitarias, etc.) que juntan al valor con el afecto en un mismo poder. La constitución de nuevos cuerpos, por fuera de la explotación, es una base fundamental del nuevo modelo de producción.

El modo de producción de la multitud se reapropia de la riqueza del capital y también construye una nueva riqueza, articulada con los poderes de la ciencia y el conocimiento social mediante la cooperación. La cooperación anula el título de propiedad. En la modernidad, la propiedad privada fue legitimada a menudo por el trabajo, pero esta ecuación, si alguna vez tuvo algún sentido, hoy tiende a ser completamente destruida. Hoy, en la era de la hegemonía del trabajo cooperativo e inmaterial, la propiedad privada de los medios de producción es sólo una obsolescencia pútrida y tiránica. Las herramientas de producción tienden a ser recompuestas en la subjetividad colectiva y el afecto y la inteligencia colectiva de los trabajadores; los emprendimientos empresariales tienden a organizarse por la cooperación de sujetos en el intelecto general. La organización de la multitud como sujeto político, como posse, comienza así a aparecer en la escena mundial. La multitud es auto-organización biopolítica.

Ciertamente, debe haber un momento en el que la reapropiación y auto-organización alcancen un umbral y configuren un evento real. Esto es cuando la política es verdaderamente afirmada-cuando la génesis se completa y la auto-valorización, la convergencia cooperativa de los sujetos y la administración proletaria de la producción se vuelvan un poder constituyente. Este es el punto cuando la república moderna deja de existir y emerge la posse posmoderna. Este es el momento fundacional de una fuerte ciudad terrenal, distinta de toda ciudad divina. La capacidad para construir espacios, temporalidades, migraciones y nuevos cuerpos, afirma su hegemonía mediante las acciones de la multitud contra el Imperio. La corrupción imperial ya está socavada por la productividad de los cuerpos, la cooperación y los diseños de productividad de la multitud. El único evento que aún aguardamos es la construcción, o mejor dicho, la insurgencia de una poderosa organización. La cadena genética se ha formado y establecido en la ontología, el andamiaje es continuamente construido y renovado por la nueva productividad cooperativa, y por ello aguardamos sólo la maduración del desarrollo político de la posse. No tenemos ningún modelo para ofrecer para este evento. Sólo la multitud, mediante su experimentación práctica, ofrecerá los modelos y determinará cuándo y cómo lo posible se volverá real.

Militante

En la era posmoderna, a medida que la figura del pueblo se disuelve, es el militante quien mejor expresa la vida de la multitud: el agente de la producción biopolítica y la resistencia contra el Imperio. Cuando hablamos del militante, no pensamos en algo parecido al triste, ascético agente de la Tercera Internacional cuya alma estaba

profundamente permeada por la razón de Estado soviética, de igual modo que la voluntad del Papa estaba embebida en los corazones de los caballeros de la Sociedad de Jesús. No estamos pensando en nada como eso ni en nadie que actúe sobre la base del deber y la disciplina, que pretenda que sus acciones se deduzcan de un plan ideal. Por el contrario, nos referimos a alguien más parecido a los combatientes comunistas y libertadores de las revoluciones del siglo veinte, los intelectuales que fueron perseguidos y exiliados en el transcurso de las luchas antifascistas, los republicanos de la Guerra Civil española y los movimientos de resistencia europeos, y los guerreros de la libertad de todas las guerras anticoloniales y anti-imperialistas. Un ejemplo prototípico de esta figura revolucionaria es el agitador militante de los Trabajadores Industriales del Mundo. El Wobbly construyó asociaciones entre la gente trabajadora de abajo, mediante continua agitación, y al organizarlos posibilitó el desarrollo del pensamiento utópico y el conocimiento revolucionario. El militante fue el actor fundamental de la "larga marcha" de la emancipación del trabajo desde el siglo diecinueve hasta el veinte, la singularidad creativa de aquel movimiento colectivo gigantesco que fue la lucha de la clase trabajadora.

En todo este largo período, la actividad del militante consistió, primero, en prácticas de resistencia en la fábrica y la sociedad contra la explotación capitalista. Consistió también, mediante y más allá de la resistencia, en la construcción colectiva y el ejercicio de un contrapoder capaz de destruir el poder del capitalismo, y oponerse a él con un programa alternativo de gobierno. En oposición al cinismo de la burguesía, a la alienación monetaria, a la expropiación de la vida, a la explotación del trabajo, a la colonización de los afectos, el militante organizó la lucha. La insurrección fue el orgulloso emblema del militante. Este militante fue repetidamente martirizado en la trágica historia de las luchas comunistas. A veces, aunque no a menudo, la estructura normal del Estado de derecho fue suficiente para las tareas represivas requeridas para destruir al contrapoder. Sin embargo, cuando no fueron suficientes, se invitó a los fascistas y los guardianes blancos del terror de Estado, o a las mafias negras al servicio de los capitalismo "democráticos", a prestar su ayuda para reforzar las estructuras represivas legales.

Hoy, tras tantas victorias capitalistas, luego que las esperanzas socialistas se han marchitado en la desilusión, y luego de que la violencia capitalista contra el trabajo se ha solidificado bajo el nombre del ultraliberalismo, ¿porqué aún emergen instancias de militancia, porqué se han profundizado las resistencias y porqué reemerge continuamente la lucha, con nuevo vigor? Debemos decir que esta nueva militancia no repite, simplemente, las fórmulas organizativas de la antigua clase trabajadora revolucionaria. Hoy el militante no puede ni siquiera pretender ser un representante, ni aún de las necesidades humanas fundamentales de los explotados. El militante político revolucionario actual, por el contrario, debe redescubrir la que ha sido siempre su propia forma: no la actividad representativa sino la constituyente. Hoy la militancia es una actividad innovadora, constructiva y positiva. Esta es la forma en la que nosotros y todos aquellos que se rebelan contra el mando del capital hoy nos reconocemos como militantes. Los militantes resisten el comando imperial de un

modo creativo. En otras palabras, la resistencia está unida inmediatamente con una inversión constitutiva en la esfera biopolítica y con la formación de aparatos cooperativos de producción y comunidad. Aquí está la fuerte novedad de la militancia actual: repite las virtudes de la acción insurreccional de doscientos años de experiencia subversiva, pero al mismo tiempo está unido a un nuevo mundo, un mundo que no tiene exterior. Sólo conoce un interior, una participación vital e ineludible en el conjunto de estructuras sociales, sin posibilidad de trascenderlas. Este interior es la cooperación productiva de la intelectualidad de masas y las redes afectivas, la productividad de la biopolítica posmoderna. Esta militancia transforma la resistencia en contrapoder y cambia la rebelión en un proyecto de amor.

Hay una antigua leyenda que puede servir para ilustrar la vida futura de la militancia comunista: la de San Francisco de Asís. Consideremos su obra. Para denunciar la pobreza de la multitud adoptó esa condición común y descubrió allí el poder ontológico de una nueva sociedad. El militante comunista hace lo mismo, identificando en la condición común de la multitud su enorme riqueza. Francisco, oponiéndose al naciente capitalismo, rechazó toda disciplina instrumental, y en oposición a la mortificación de la carne (en la pobreza y el orden constituido) sostuvo una vida gozosa, incluyendo a todos los seres y a la naturaleza, los animales, la hermana luna, el hermano sol, las aves del campo, los pobres y explotados humanos, juntos contra la voluntad del poder y la corrupción. Una vez más, en la posmodernidad nos hallamos en la situación de Francisco, levantando contra la miseria del poder la alegría de ser. Esta es una revolución que ningún poder logrará controlar-porque biopoder y comunismo, cooperación y revolución, permanecen juntos, en amor, simplicidad, y también inocencia. Esta es la irreprimible alegría y gozo de ser comunistas.

NOTAS

Parte 4

1 *Sobre el estilo de las teorizaciones políticas*, ver C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke* (New York: Oxford University Press, 1962); y Albert O. Hirschman, *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before Its Triumph* (Princeton: Princeton University Press, 1977)

2 *Sobre la relación inmanente entre política y ontología*, ver Antonio Negri, *The Savage Anomaly*, trad. Michael Hardt (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1991); y Baruch Spinoza, *Theologico-Political Treatise*, en *The Chief Works of Spinoza, Vol 1*, trad. R. H. M. Elwes (New York: Dover Press, 1951), pp. 1-278.

3 *Sobre derecho y ley posmodernos*, ver Michael Hardt y Antonio Negri, *Labor of Dionysus* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994), cap. 6, pp. 217-261.

4 Ver Rémi Brague, *Du Temps chez Platon et Aristote* (París: PUF, 1982)

5 G. W. F. Hegel, *Science of Logic*, trad. A. V. Miller (Atlantic Highlands, N. J. : Humanities Press International, 1989), pp. 327-385.

6 *La medida del valor significa su explotación ordenada, las normas de su división social y su reproducción capitalista. Por cierto Marx fue más allá de Marx, y no debemos pretender nunca que sus discusiones sobre el trabajo y el valor hayan sido sólo un discurso acerca de la medida: más allá del valor, el trabajo es siempre la fuerza viviente del ser. Ver Antonio Negri, "Twenty Taces on Marx", en Saree Makdisi, Cesare Cesarino y Rebecca Karl, eds., *Marxism Beyond Marxism* (New York: Routledge, 1996), pp. 149-180.*

7 Aristóteles, *Nicomachean Ethics*, trad. Terence Irwin (Indianápolis: Hackett, 1985), p. 119 (1129b30)

8 *Sobre lo virtual* ver Gilles Deleuze y Felix Guattari, *What is Philosophy?*, trad. Hugh Tomlinson y Graham Burchell (New York: Columbia University Press, 1994); y Gilles Deleuze, *Bergsonism*, trad. Hugh Tomlinson y Barbara Habberjam (New York: Zone, 1988), pp. 94-103. *Nuestra concepción de la virtualidad y su relación con la realidad es algo diferente de la que Deleuze deriva de Bergson, la que hace una distinción entre el pasaje de lo virtual a lo actual y el de lo posible a lo real. El principal objetivo de Bergson con esta distinción y su afirmación sobre la pareja virtual-actual sobre lo posible-real es enfatizar la fuerza creativa del ser y subrayar que ser no es meramente la reducción de numerosos mundos posibles a un único mundo real basado en la semejanza, sino que ser es siempre un acto de creación e imprevisible novedad. Ver Henry Bergson, "The Possible and the Real", en *The Creative Mind*, trad. Mabelle Andison (New York: Philosophical Library, 1946), pp. 91-106. Ciertamente reconocemos la necesidad de insistir sobre los poderes creativos de la virtualidad, pero este discurso bergsoniano nos resulta insuficiente en tanto también necesitamos insistir sobre la realidad del ser creado, su peso ontológico y las instituciones que estructuran al mundo, creando necesidad de la contingencia. Sobre el pasaje de lo virtual a lo real, ver Gilbert Simondon, *L'individu et sa genèse physico-biologique* (París: PUF, 1964); y Brian Masumi, "The Autonomy of Affect", *Cultural Critique*, No 31 (Otoño 1995), 83-109.*

9 *Las discusiones de Marx acerca de la abstracción tienen una doble relación con este discurso de la virtualidad y la posibilidad. Uno debe distinguir entre dos nociones marxianas de abstracción. Por un lado, y por el lado del capital, la abstracción significa la separación de nuestros poderes para actuar, siendo así negación de lo virtual. Por otro lado, sin embargo, y desde el lado del trabajo, lo abstracto*

es el conjunto general de nuestros poderes para actuar, lo virtual en sí. Ver Antonio Negri, *Marx Beyond Marx*, trad. Harry Cleaver, Michael Ryan y Mauricio Viano (New York: Autonomedia, 1991); y Karl Marx, *Grundrisse*, trad. Martín Nicolaus (New York: Vintage, 1973), pp. 83-111.

10 Sobre la relación entre lo singular y lo común, ver Giorgio Agamben, *The Coming Community*, trad. Michael Hardt (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993)

11 Ver principalmente Friedrich Nietzsche, *On the Genealogy of Morals*, trad. Walter Kaufman y R. J. Hollingdale (New York: Vintage, 1967)

12 Ver Bernard Aspe y Muriel Combes, "Du vampire au parasite", *Futur antérieur*, No 35-36 (1996), 207-219.

13 Sobre la prioridad de la resistencia ante el poder, ver Gilles Deleuze, Foucault, trad. Seán Hand (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1988), p. 89: "La última palabra sobre el poder es que la resistencia es previa".

14 Esta dialéctica del obstáculo y el límite, respecto del poder de la mente por un lado y el poder político por otro, fue bien comprendida por la fenomenología de la subjetividad que (en contraste con la corriente Heideggeriana) reconoció al nazismo, y por ende al Estado capitalista, como el verdadero límite del progreso histórico. Desde Husserl a Sartre hallamos los esfuerzos principales para transformar los límites en inicios, y en muchos modos Foucault siguió esta misma línea. Ver Edmund Husserl, *Crisis of European Sciences and Transcendental Phenomenology*, trad. David Carr (Evanston, Ill.: Northwestern University Press, 1970); Jean-Paul Sartre, *Critique of Dialectical Reason*, trad. Quentin Hoare (London: Verso, 1990); y Deleuze, Foucault.

15 Ver Jacques Rancière, *La mesentante: politique et philosophie* (Paris: Galilée, 1995)

16 Un ejemplo de reminiscencia Kantiana es Lucien Goldmann, *Mensch, Gemeinschaft und Welt in der Philosophie Immanuel Kant* (Zurich: Europa Verlag, 1945)

17 Ver Karl Marx, "On the Jewish Question", en *Early Writings*, trad. Rodney Livingstone y Gregor Benton (London: Penguin, 1975), pp. 211-241.

18 Ver Paul Virilio, *L'insecurité du territoire* (Paris: Stock, 1976)

19 Acerca de la importancia de la lingüística en la economía contemporánea, ver Christian Marazzi, *Il posto dei calzini: la svolta linguistica dell'economia e i suoi effetti nella politica* (Bellinzona: Casagrande, 1995)

20 Ver Giorgio Agamben, *Homo sacer: il potree sovrano e la nuda vita* (Turín: Einaudi, 1995)

21 Sobre esta concepción de lo maquínico, ver Félix Guattari, *L'inconscient machinique: essai de schizo-analyse* (Fontenay-sous-Bois: Encres/Recherches, 1979); y Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Anti-Oedipus*, trad. Robert Hurley, Mark Lane y Helen Lane (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983)

22 Karl Marx, *Capital*, vol 1, trad. Ben Fowkes (New York: Vintage, 1976), pp. 554-555.

23 Obviamente cuando hablamos de un telos materialista nos referimos a un telos construido por sujetos, constituido por la multitud en acción. Esto implica una lectura materialista de la historia que reconoce que las instituciones de la sociedad están formadas mediante el encuentro y conflicto de las clases sociales. El telos no está predeterminado en este caso, sino construido en el proceso. Los historiadores materialistas como Tucídides y Maquiavelo, como los grandes filósofos materialistas

tales como Epicuro, Lucrecio y Spinoza, nunca han negado un telos construido por las acciones humanas. Como escribió Marx en la Introducción a los Grundrisse, no es la anatomía del mono la que explica la del humano, sino viceversa, la anatomía de los humanos la que explica la del mono (p. 105). El telos sólo aparece después, como resultado de las acciones de la historia.

4.1. Virtualidades

1 Ver Charles de Secondat Montesquieu, *Considerations of the Causes of the Greatness of the Romans and Their Decline*, trad. David Lowenthal (New York: Free Press, 1965); y Edward Gibbon, *Decline and Fall of the Roman Empire*, 3 vol. (New York: Knopf, 1993)

2 Ver Maquiavelo, *Discourses*, trad. Leslie Walker (New Haven: Yale University Press, 1950); y Antonio Negri, *Il potree costituente* (Milan: Sugarco, 1992), pp. 75-96.

3 Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, trad. George Lawrence (New York: Harper and Row, 1966)

4 G. W. F. Hegel, *Lectures on the Philosophy of World History*, trad. H. B. Nisbet (Cambridge: Cambridge University Press, 1975), p. 170.

5 Massimo Cacciari, con su habitual erudición, nos ha dado un estimulante análisis de la fortuna y declinación de las ideas europeas en *Geo-filosofía dell'Europa* (Milan: Adelphi, 1994)

6 Friedrich Nietzsche, *The Gay Science*, trad. Walter Kaufman (New York: Random House, 1974), p. 99 (sec.24)

7 Friedrich Nietzsche, *Werke*, ed. Giorgio Colli y Mazzino Montinari (Berlín: de Gruyter, 1967), vol. 8, pt. 1, p. 77; citado en Cacciari, *Geofilosofía dell'Europa*, p. 9. El pasaje original decía: "Ich habe den Geist Europas in mich genommen-nun will ich den Gegenschlag thun!"

8 Ver Franz Rosenzweig, *The Star of Redemption*, trad. William Hallo (New York: Holt, Rinehart y Winston, 1971)

9 Walter Benjamín, "Teces of the Philosophy of History", en *Illuminations*, trad. Harry Zohn (New York: Schocken, 1968), pp. 253-264; cita p. 254 (Tesis 2).

10 Sobre la suerte del irracionalismo europeo, ver Georg Lukács, *The Destruction of Reason*, trad. Peter Palmer (London: Merlin, 1980)

11 Nos referimos principalmente a Gilles Deleuze, Michel Foucault y Jacques Derrida.

12 Ver Hans Jürgen Krahl, *Konstitution und Klassenkampf* (Frankfurt: Neue Kritik, 1971).

13 Ludwig Wittgenstein, *Notebooks, 1914-16*, ed. G. H. Von Wright y G. E. M. Anscombe, 2a ed. (Chicago: University of Chicago Press, 1979), pp. 79-80 (Agosto 1 y 2 y Setiembre 2, 1916)

14 Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Lógico-Philosophicus*, trad. D. F. Pears y B. F. McGuinness (London: Routledge, 1961), p. 74.

15 Hannah Arendt, *On Revolution* (New York: Viking, 1963)

16 Gilles Deleuze canta con frecuencia las alabanzas de la literatura americana por sus poderes deterritorializantes y su nomadismo. Pareciera que para Deleuze, América representa una liberación

de los cerrados confines de la conciencia europea. Ver, por ejemplo, "Whitman" y "Bartleby, ou la formule", en *Critique et clinique* (Paris: Minuit, 1993), pp. 75-80 y 89-114.

17 Serge Guilbaut, *How New York Stole the Idea of Modern Art: Abstract Expressionism, Freedom and the Cold War*, trad. Arthur Goldhammer (Chicago: University of Chicago Press, 1983)

18 Ver Antonio Gramsci, "Americanism and Fordism", en *Selections from the Prison Notebooks*, trad. Quintín Hoare y Geoffrey Nowell Smith (New York: International Publishers, 1971), pp. 279-318.

19 Hannah Arendt se ha vuelto un autor favorito de los teóricos políticos de Estados Unidos y Europa que quieren reconcebir la política. Ver, por ejemplo, los ensayos de Bonnie Honig, ed., *Feminist Interpretations of Hannah Arendt* (University Park: Pennsylvania State University Press, 1995); y Craig Calhoun y John McGowan, eds., *Hannah Arendt and the Meaning of Politics* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997)

20 Acerca de las concepciones filosóficas de generación y corrupción, ver Reiner Schürmann, *Des hégémonies brisées* (Mouvezin: T. E. R., 1996)

4.2. Generación y Corrupción

1 San Agustín, *The City of God*, trad. Henry Bettenson (Harmondsworth: Penguin, 1972), p. 430 (Libro XI, Cap. 1)

2 Plotino, *Enneads*, trad. Stephen MacKenna (London: Faber and Faber, 1956), p. 63 (1.6.8)

3 Sobre los poderes militares del Imperio, ver Manuel de Landa, *War in the Age of Intelligent Machines* (New York: Zone, 1991)

4 Sobre la constitución del tiempo, ver Antonio Negri, *La costituzione del tempo* (Rome: Castelvecchi, 1997); y Michael Hardt, "Prison Time", *Genet: In the Language of the Enemy*, *Yale French Studies*, No 91 (1997), 64-79. Ver también Eric Alliez, *Capital Times*, trad. Georges Van Den Abeel (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996)

5 Ver Jürgen Habermas, *Theory of Communicative Actino*, trad. Thomas McCarthy (Boston: Beacon Press, 1984). André Gorz reconoce similarmente sólo a una fracción del proletariado como relacionada con las nuevas líneas comunicativas de producción en *Farewell to the Working Class*, trad. Michael Sonenscher (Boston: South End Press, 1982)

6 Aquí seguimos la intrigante etimología que Barbara Cassin le da al término "filosofía".

7 Sobre esta noción constitutiva del encuentro, ver las últimas obras de Louis Althusser, escritas tras su confinamiento en los '80, en particular "Le courant souterrain du matérialisme de la reencontré", en *Écrits philosophiques et politiques*, vol. 1 (Paris: STOCK/IMEC, 1994), pp. 539-579.